



FUERTES HEROÍNAS LIBRO 2

La novia vikinga
DEL' HIGHLANDER
CATHY & DD
MACRAE

LA NOVIA VIKINGA DEL HIGHLANDER

Fuertes Heroínas Libro 2

Por Cathy & DD MacRae

Dedicado a Freki. Fiel compañero, feroz protector, y todo un encanto.

Contenido

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)

[PALABRAS GAÉLICAS Y ESCOCESAS DE INTERÉS](#)

[ANTIGUAS PALABRAS NÓRDICAS](#)

[NOTA DE LAS AUTORAS](#)

[SOBRE LAS AUTORAS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO 1

1445 D.C.

Caithness, Escocia

La mirada de Robert MacGerry se clavó en la de su hijo, su voz entrecortada y retorcida por el dolor, sus nudosas manos aferrando con fuerza el brazo de Calder.

—Prometedme que mantendréis fuerte al clan.

Calder se tragó su pesar, su pecho ardiendo de conmoción y consternación mientras apoyaba suavemente la cabeza de su padre en su regazo. Aplicando presión con un trozo de tela de lana sobre la herida irregular del vientre, Calder observó los ojos de su padre mientras la chispa de vida se desvanecía.

—Sí, padre, haré todo lo que pueda.

Calder se atragantó con su angustia, su padre -su héroe, su protector- yaciendo en sus brazos, roto para siempre, herido de muerte en una incursión que salió mal en tierras de Sinclair. Calder frotó la áspera y retorcida cruz de madera que colgaba de su cuello y rezó fervientemente para poder cambiar de lugar con su padre. Se estremeció cuando un viento cortante los envolvió con niebla cargada de hielo y el olor acre de una ciénaga cercana.

—¿Os encargasteis del bastardo que hizo esto? —La voz de Robert carraspeaba.

—Sí, padre. Lo hice. —Calder miró el cuerpo sin vida del hombre que había asestado el golpe mortal a su padre, arrugado contra una gran roca.

—Cuidad de vuestro hermano y hermana. —Robert sujetó la camisa de Calder, sus ojos escudriñaron el rostro de su hijo.

—Sí, podéis confiar en que me ocuparé de todo lo que haga falta. Cuando lleguéis al cielo, decidle a mi hermano mayor que le echo de menos. —La dura realidad clavó más sus garras en la petición de su padre. Calder miró a su tío Finn, que estaba a su lado. Finn posó una pesada mano sobre su hombro, dándole su apoyo. Calder tragó saliva antes de contestar.

El dolor abrasó la garganta y los ojos de Calder cuando su padre exhaló su último suspiro. El tiempo se detuvo, esperando desesperadamente la exhalación que nunca llegó. Lágrimas silenciosas cayeron sobre la camisa rota de su padre, mezclándose con el último pulso de sangre rojo oscuro. Pasaron varios minutos antes de que alguien hablara.

—¿Qué ordenáis, mi lord?

Calder se sobresaltó por la sorpresa. Miró sin comprender a su tío antes de entender lo que Finn le pedía. Con su hermano mayor, y ahora su padre, muertos, él era el nuevo lord de los MacGerry.

—Preparaos para partir. —Calder aclaró su garganta.

Envolvieron suavemente el cuerpo de Robert en su capa, asegurándolo a su caballo para su regreso a Fairetur. Las pocas ovejas robadas esta noche tenían un precio demasiado alto. Fuera lo que fuese lo que había iniciado esta disputa con los Sinclair, le había costado caro al clan MacGerry.

—¿Qué vais a hacer, muchacho? —Finn tiró de su caballo, interrumpiendo los pensamientos de Calder.

—Lo que hemos discutido estos últimos meses. Buscaré una tregua con los Sinclair. No tenemos suficiente comida para sobrevivir al invierno. Esta maldita disputa ha durado

demasiado. Ya nadie sabe el por qué. La lucha ha costado la vida de demasiados hombres buenos, dejando viudas a demasiadas mujeres en plena juventud. No quiero ver más vidas desperdiciadas en una disputa de sangre iniciada por muertos que llevan mucho tiempo en sus tumbas.

Finn asintió. Llamó a un muchacho y lo envió delante del grupo para que preparara al clan para la sombría noticia de la muerte de Robert.

Las puertas de Fairetur se abrieron lentamente a su llegada. Dos jinetes condujeron las ovejas robadas al interior para que se unieran al pequeño rebaño que ya poseían. Calder entregó su caballo a un mozo que esperaba. Vio a su hermana, Torri, de pie al frente de la multitud, apretando sus faldas en cada puño, a una palabra, a una mirada de la desesperación aplastante. Daría cualquier cosa por amortiguar el golpe en su blando corazón. Ella debió leer la verdad en su expresión. Las lágrimas brotaban y fluían silenciosamente por sus mejillas mientras corría hacia él, arrojándose a sus brazos.

—Oh, ahora. Todo irá bien. —Su voz intentó calmarla, pero Torri se puso rígida y se apartó.

—¿Cómo que todo irá bien, hermano? —Sus ojos brillaban a través de las lágrimas.

Calder no tenía una respuesta preparada, así que la abrazó de nuevo y la acompañó lentamente hacia el gran salón, sosteniéndola erguida mientras se hundía contra él. La noticia de la muerte de su lord llenó la torre del homenaje con el espeso sabor del luto y una profunda melancolía se apoderó de sus habitantes, normalmente de buen corazón. Las voces animadas se convirtieron en susurros, y el ruido normal de los pies sobre el suelo de piedra se convirtió en un arrastre sordo. Calder guio a Torri a los reconfortantes brazos de su abuela y ambos se acurrucaron juntos en un dolor compartido. Se dirigió a la chimenea del gran salón y se acomodó en las gastadas sillas de roble con su tío y su hermano menor, Robbie.

—¿Cómo sucedió? —Robbie se sentó en el borde de su asiento, con el rostro sombrío. Apenas podía mirar a Calder a los ojos.

—Los Sinclair nos estaban esperando. —La voz llena de dolor de Finn apenas superaba un susurro—. Fue como si supieran que veníamos. Vuestro padre y Calder nos cubrieron mientras nos retirábamos con el rebaño que capturamos. Los Sinclair no lucharon demasiado por un puñado de ovejas, pero un bastardo asestó un golpe mortal. Vuestro padre recibió una estocada en las tripas. —Su voz se quebró—. Murió en los brazos de vuestro hermano.

—¿Qué ha dicho padre, Calder? —Las palabras de Robbie, cargadas de angustia, renovaron el tormento de Calder, que hizo una pausa antes de contestar.

—Me pidió que jurara mantener fuerte al clan.

—¿Ninguna demanda de venganza? ¿Ninguna palabra de odio hacia los tres veces malditos Sinclair? —Cuando no hubo más explicaciones, Robbie insistió. Su voz se alzó desafiante.

—No. No hizo votos de venganza. No creo que sus últimos pensamientos fueran sobre matar, sino más bien sobre su familia y clan. —Calder esperó a que su hermano se calmara.

Robbie aspiró profundamente. Calder sintió que parte de la oscuridad que se cernía sobre ellos se disipaba un poco. Tal vez habría una oportunidad para algo más que sangre y muerte en su futuro.

—¿Qué haréis? —preguntó Robbie.

—Nos ocuparemos del entierro de padre mañana. Cuando sea nombrado lord, ofreceré una tregua a los Sinclair. Entonces nos prepararemos para un duro invierno. Demasiadas granjas en el pueblo están listas. No quiero la muerte de viudas y niños en mis manos. Aquellos cuyas casas no podamos reparar a tiempo se mudarán al torreón cuando llegue la nieve.

—Lo siento por vuestro padre, Calder. Iré a vuestra habitación si necesitáis consuelo esta noche. —Una sirvienta les trajo una jarra de cerveza a cada uno. Dejando las bebidas, la muchacha rodeó a Calder por detrás y le susurró al oído. El calor de su aliento le tentó.

—Gracias, Lorna, pero deseo estar solo esta noche. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y no quiero que penséis que soy un amante negligente. —Calder le dedicó una pequeña sonrisa.

—Tenemos demasiada experiencia juntos como para que piense eso. Si sólo queréis un celo feroz para aliviar vuestro dolor, puedo vivir sin vuestro tierno contacto esta noche.

—Gracias. Esta noche no. —El tentador ronroneo de su voz evocó imágenes del placer que habían compartido, pero el corazón de él no respondió a su promesa de alivio temporal. Calder le dio un casto beso en la mejilla.

Lorna le abrazó una vez, apretando su suave pecho contra su nuca antes de retirarse a la cocina. Calder observó el exagerado balanceo de sus caderas mientras se marchaba. El aroma de las rosas permanecía en el aire.

—Sabéis que la muchacha se cree ahora la mujer del lord, ¿verdad? —Finn asintió en dirección a la mujer.

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que los planes de mi amante, tío. —Calder miró a su tío.

Finn sacudió la cabeza, pero no dijo nada más.

Después de recibir las condolencias de los miembros del clan y de la familia, Finn y Robbie dejaron a Calder con sus pensamientos. Calder sabía que el sueño no lo encontraría mientras daba vueltas una y otra vez en su mente a la situación en que lo había colocado el destino. Tras más de veinte años como segundo hijo, se encontraba como lord de los MacGerry, con una disputa que acabar y un invierno difícil por delante. Las tripas se le apretaron ante las numerosas tareas que tenía ante sí. Pasaron largas horas antes de que su mente se calmara y llegara el sueño.

Una espesa niebla cubría los páramos a la mañana siguiente, lo que parecía apropiado dado el estado de ánimo de los que rodeaban la tumba de Robert MacGerry. Cuando los últimos miembros del clan pasaron para presentar sus respetos al antiguo lord y saludar al nuevo, Calder encabezó la procesión hasta el gran salón para aceptar su nuevo título. El título de su padre. El título que debería haber correspondido a su hermano mayor. Al cabo de un breve ritual, pidió a todos que se sentaran y rompieran el ayuno. Se puso de pie y levantó su jarra de sidra en un brindis.

—Por Robert MacGerry. Un buen lord, un buen padre y un buen hombre.

—¡MacGerry! —Todos levantaron sus jarras en señal de saludo.

—Las últimas palabras que mi padre pronunció fueron sobre vosotros, su clan. Me hizo jurar que os mantendría fuertes. Y eso es lo que pretendo hacer. A partir de ahora, no habrá más incursiones ni ataques a las tierras de Sinclair. Enviaré mañana un mensaje a los Sinclair ofreciendo una tregua. —Calder se puso en pie, con su mirada decidida barriendo la sala.

Un jadeo colectivo de sorpresa se extendió en murmullos contrariados, provocando algunas miradas de indignación. Calder no se inmutó.

—¡Escuchadme! Nadie ha perdido más que Robbie, Torri y yo. Perdimos a nuestro padre y a nuestro hermano Ewan en este combate, y a la abuela antes que ellos. Nadie recuerda por qué atacamos y luchamos contra los Sinclair. Es sólo que siempre lo hemos hecho, una causa insuficiente para mantener la sangre fluyendo. El clan MacGerry no sobrevivirá mucho tiempo si todos nuestros hombres son asesinados. No es venganza o justicia, sino locura. Haré una tregua para que podamos sobrevivir el invierno. En primavera trabajaremos para hacer más fuertes a los MacGerry.

El tío Finn, Peadar el Rojo y Ramsey se pusieron de pie junto a Calder. Auld Liam se levantó de mala gana. Un silbido de disensión recorrió la sala, pero Calder no pudo distinguir su origen. El consejo de ancianos, junto con Robbie, no dejaban lugar a dudas sobre su apoyo a la decisión de su nuevo lord. Sólo podía rezar para que Sinclair la apoyara también.

* * *

Las puertas exteriores crujieron y el ruido sordo de las botas al caminar sobre las piedras se hizo más fuerte. Calder levantó la cabeza y encontró al hombre que había enviado tres días antes, ofreciendo la paz a Sinclair, cruzando la sala. Su rápido regreso podía ser muy bueno o muy malo, pues era sabido que Sinclair se apresuraba a decir sí o no. El hecho de que Niell pareciera sano era una señal alentadora. Claramente satisfecho consigo mismo, Niell se acercó al tablero.

—La respuesta del Conde de Caithness, lord. —Se inclinó y le entregó la carta.

Rompiendo el sello de lacre rojo oscuro, Calder escudriñó el contenido. Incrédulo, leyó la misiva dos veces más antes de permitir que una sonrisa se dibujara en su rostro.

—Son buenas noticias, muchachos. El Sinclair nos invita a venir y disfrutar de su hospitalidad mientras negociamos un acuerdo. —Le entregó el pergamino a Finn, que estaba sentado a su lado.

—Es una trampa. Nunca confiéis en un Sinclair. Son muy traicioneros. —Auld Liam frunció el ceño.

—Sí, es posible. Sin embargo, no lo sabremos si no vamos. —Calder asintió con la cabeza.

—Tratar con el diablo en su propia guarida es una locura. —El ceño de Liam se frunció y se echó hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Calder pasó la nota por la mesa mientras se entretenían con la cena.

—Auld Liam tiene razón. Podría ser una trampa, muchacho. —Finn se frotó la barbilla canosa.

—Por eso Robbie se quedará aquí mientras vos y yo partimos, tío, con media docena de hombres armados. —Calder asintió.

—No me gusta, pero si de verdad queremos la paz no hay más remedio que arriesgarse. —Peadar tomó la palabra.

—Si Sinclair tiende una trampa, Robbie cabalgará hasta el hombre del rey en Wick e informará de lo sucedido. Con esta nota como prueba, Sinclair no es tan tonto como para arriesgar su reputación y demostrar que es un hombre que no cumple su palabra. —Calder miró a cada uno de los hombres, buscando su consentimiento. Las cabezas asintieron lentamente.

—Está decidido entonces. Finn y yo cabalgaremos hasta Ruadhcreag al día siguiente. Llevaremos al joven Cole con nosotros. Cuando veamos lo que ofrece el Sinclair, volverá con las noticias.

A la mañana siguiente, Calder y Finn, junto con varios hombres de MacGerry, partieron hacia la tierra de Sinclair. Al atravesar los bosques del sur, Calder vislumbró el Loch Beaggorm, recordando a la muchacha que había visto mientras cazaba hacía dos años, cuando se había aventurado cerca del lago, donde sus tierras limitaban con las del clan Sinclair.

Sus labios se torcieron al recordar con cariño a la joven sentada en una roca calentándose al sol, vistiendo poco más que su piel. Tan afectado por su belleza que no podía respirar, no podía moverse, sólo podía observarla desde el refugio del bosque. Su cuerpo largo y ágil yacía grácilmente sobre la roca, con el cabello rubio recogido en una espesa trenza que le llegaba hasta la curva de las caderas. Su piel, del color de la crema, parecía impecable. Parecía inocente y provocativa a la vez, con unos senos pequeños en lo alto del pecho. Una mata de rizos rubios

anidaba entre sus piernas, fácilmente visibles a través de su corta y fina camisa. Al no poder ver el color de sus ojos, Calder adivinó que eran del azul más intenso. La joven se bajó de la roca y se metió en el agua, nadando sin esfuerzo durante un rato antes de volver a salir. Después de secarse al sol, se colocó sus *trews* y una túnica sobre su corta camisa. Montada en un castrado ruano azul atado a un árbol cercano, se adentró en las tierras de Sinclair. Calder había permanecido allí varios minutos, hechizado por la escena que había presenciado. Conmovido más allá de lo razonable, su mundo se había transformado de un modo invisible y desconocido.

De vuelta a casa, había preguntado a su alrededor, tratando de averiguar quién podría ser ella, a quién pertenecía. Para su frustración, se enteró de que la sirena del lago era la hija del lord Sinclair. Estaba completamente fuera de lugar que buscara a la hija de su enemigo, y mucho menos a la hija de un conde cuyo rango la situaba muy por encima de él. Su decepción, sin embargo, no le impidió pensar en la joven con frecuencia. Ella invadió su sueño muchas noches. Incluso ahora, dos años después, nunca se alejaba de sus pensamientos.

La posibilidad de volver a verla le aceleró el pulso y el nerviosismo revoloteó en su vientre. Siempre a gusto con las muchachas, Calder no entendía qué tenía esta de especial que hacía que su corazón se acelerara como el de un potro asustadizo. Cualquiera que fuese la razón, su imagen rodaba por su mente, espesándole la sangre y endureciéndole el cuerpo.

Reprendiéndose a sí mismo por su tontería juvenil, se obligó a concentrarse en la tarea que tenía entre manos, no en un sueño de juventud fuera de su alcance. Ciertamente, ya era la mujer de otro hombre. Sin embargo, fue incapaz de desterrar por completo la esperanza de verla en tierra de Sinclair. Empujó lo suficiente como para forzar el pequeño anhelo en la esquina posterior de su mente. Aun así, ella continuaba provocándole, negándose a ser ignorada. Calder llegó a comprender por qué Adam deshonró sus votos a Dios por amor a una mujer.

Los guardias de Sinclair recibieron cautelosamente a los MacGerry en la puerta, aunque se esperaba su llegada. Los campesinos que salían del castillo de camino a casa miraban a los MacGerry con temor y recelo.

De cerca, la fortaleza de los Sinclair se alzaba imponente, empequeñeciendo el tamaño de la casa de los MacGerry. Los bloques de piedra roja contrastaban con el verde del paisaje circundante, de ahí su nombre, Ruadhcreag. Los altos y gruesos muros de cortina protegían cuatro torres de piedra plagadas de aspilleras diseñadas para alojar a arqueros con arcos largos o ballestas. Estas fortificaciones, junto con múltiples puertas de hierro, hacían que esta fortaleza fuera casi impenetrable. A cualquier fuerza hostil le iría mejor esperando a que el conde se rindiera, agotando sus provisiones con el tiempo, que lanzándose sin remedio contra estas murallas.

Dejando sus caballos con los mozos de cuadra, Calder y sus hombres siguieron a los guardias que los escoltaban hasta el gran salón mientras miradas desconfiadas se desviaban hacia ellos. El lord Sinclair estaba sentado a la mesa con tres jóvenes. Al darse cuenta de su llegada, se levantó.

—Bienvenido. Soy Henry Sinclair. Estos son mis hijos, Bjorn, Christer y Patrik. Venid. Uníos a nosotros como invitados a nuestra mesa.

La corpulencia de Sinclair y su cabello castaño contrastaban con la estatura de sus rubios hijos, aunque el mayor parecía tener más el color de su padre.

Intercambiando una mirada, Calder y Finn se unieron al lord mientras sus hombres tomaban asiento en una mesa más baja. Calder notó de inmediato la abundancia de comida y la comodidad de la sala.

Elaborados tapices cubrían las paredes de piedra. Las ventanas eran de cristal. La sala

brillaba, bien iluminada por innumerables velas colocadas en soportes contra las paredes y en candelabros colgados sobre las mesas. Un gran hogar ardía en un extremo, aportando luz y calor a la estancia. La mesa y las sillas sobre las que se sentaban eran de una madera oscura ornamentada. Delante de cada silla descansaban *quaichs* de plata, a la espera de vino o cerveza.

Un sirviente vertía la cerveza en las escudillas, mientras otros dos traían bandejas con aves de caza, pan recién horneado y sopa. La mesa estaba adornada con tazones de miel y mantequilla. A Calder le rugía el estómago al oler los pasteles de carne calientes. No recordaba haber visto tanta comida a la vez. Todo en la sala y en la comida hablaba de riqueza y prosperidad.

Mientras una de las sirvientas servía la cerveza de Calder, se inclinó lo suficiente como para permitirle ver su faja. Después de llenarle la copa, le llamó la atención y le dedicó una sonrisa prometiéndole una cama caliente si le interesaba.

La voz del Sinclair retumbó desde la mesa alta, interrumpiendo el sutil rechazo de Calder a los servicios de la mujer.

—Permitidme que os exprese mis condolencias por la pérdida de vuestro padre. No le conocía, pero todos decían que era un buen hombre. Esta disputa ha sido costosa para ambos clanes. Doy la bienvenida a la oferta de poner fin a las hostilidades entre nuestros pueblos. Nadie aquí puede recordar por qué estamos enfrentados.

—A nosotros nos pasa lo mismo. —Calder repelió la ola de dolor que le amenazaba.

—Entonces brindemos por los nuevos comienzos. —Sinclair levantó su *quaich* para brindar.

Alrededor de las mesas, los demás siguieron el ejemplo de su lord. Hasta el momento, su bienvenida era más de lo que Calder podría haber esperado. Un cosquilleo en la espalda le advirtió de que algo estaba pasando.

* * *

Katja acudió de mala gana a la llamada de su padre al gran salón. Prefería comer en su habitación, pues las constantes críticas y desprecios de su padre no le hacían buena compañía. Lo único que lamentaba era no haber pasado el tiempo con sus hermanos. Recordaba los días anteriores a la muerte de su ama, cuando las comidas eran agradables, incluso placenteras. No recordaba los días en que su madre estaba viva.

Todos en el torreón sabían que habían llegado invitados, se rumoreaba que eran los odiados MacGerry. Su padre probablemente aprovecharía la oportunidad para volver a ponerla como cebo para algún tipo de alianza, con su mano en matrimonio como parte del trato. Hizo una mueca. El lord MacGerry era tan viejo como su padre, al igual que todos los hombres que su padre le había presentado como posibles maridos.

—No me casaré con un hombre que triplica mi edad. ¿Por qué sigue trayendo esas viejas reliquias, Freki? ¿Es que no conoce a nadie que tenga menos de cuarenta años?

Su compañera no respondió.

Katja corrió hacia el gran salón con Freki a su lado. Si dejaba esperar demasiado a su señor, éste aumentaría su humillación exhibiéndola como una trucha recién pescada delante de sus invitados. Por mucho que le disgustara apaciguarlo, hacer alarde de su desdén era mucho peor.

Cuando llegaron a la puerta de la sala, levantó una mano y susurró una orden a su acompañante para que esperara fuera de la puerta mientras ella observaba a las personas sentadas en el gran salón. Pálidas auras de color rodeaban a cada uno de los hombres, dando a la sala un aspecto festivo si no fuera por la inquietante historia que cada color le contaba. El rojo de la ira y

la lujuria, el marrón de la deshonestidad, el gris y el azufre de los pensamientos oscuros y el dolor. Gracias a la práctica, ignoró las pálidas miradas verdes de compasión que sabía que iban dirigidas a ella.

Esquivando las auras rojas, Katja entró en silencio en la habitación, sin llamar la atención. Años de evitar a su padre le dieron la habilidad de moverse por el castillo como un espectro, encontrando un enorme valor en ser invisible cuando la necesidad lo requería. Hasta que no estuvo cerca de las mesas inferiores, nadie reparó en ella. Los ojos del lord Sinclair brillaron.

—Ah, *aquí* está mi hija. Katja, os presento al nuevo lord MacGerry.

* * *

Calder miró a la joven que había entrado en la sala tan silenciosa como un fantasma. Aunque los hombres Sinclair no se levantaron en señal de respeto ante su presentación, Calder, Finn y el resto de los hombres MacGerry se levantaron inmediatamente de sus asientos. La joven hizo una pequeña reverencia y bajó la mirada al suelo, aparentemente incómoda por la atención que recibía.

Calder se quedó paralizado, como si le hubiera golpeado el martillo de una herrería. No podía hacer otra cosa que mirar fijamente a la muchacha que tenía delante y que había atormentado sus pensamientos y sueños durante tanto tiempo. Para su asombro, parecía aún más hermosa de lo que recordaba.

Grisés. Sus ojos eran grises, no el azul oscuro que había imaginado. Si le hubieran dicho que era un ángel venido a la tierra, no lo habría discutido ni por un momento.

Finn tiró de su manga e inclinó la cabeza hacia la chica. Calder recobró el ingenio suficiente para hablar.

—Es un placer conoceros, *lady* Katja.

* * *

La visión de un hombre joven en lugar del viejo lord que esperaba sobresaltó a Katja. Alto, musculoso, de cabello castaño oscuro y piel clara, sus ojos azul oscuro eran del color de los zafiros o quizá del océano en un día tranquilo. Frente alta, mandíbula fuerte y labios carnosos conformaban un rostro muy apuesto. Labios que se curvaban en una sonrisa amable hacia ella.

Sus ansiosos ojos azules la miraban fijamente, como atrapados en un sueño placentero. A Katja se le retorció el estómago de una forma que no había experimentado antes. El calor se abrió paso desde su cabeza hasta sus hombros, hormigueando a lo largo de sus pechos y descendiendo más abajo. No reconocía ni comprendía aquella extraña sensación. Su respiración se aceleró y los latidos de su corazón se triplicaron. ¿Cómo era posible que la mirada de un hombre le provocara semejante reacción? Apartó la mirada en un esfuerzo por controlar su cuerpo y sus emociones. Inhaló profundamente y volvió a alzar los ojos para encontrarse con las mismas sensaciones golpeándola de nuevo. Necesitaba una distracción.

«Usad la visión. Esta no miente».

Mirando más allá de su capacidad normal para ver, miró primero a su padre. El aura gris oscuro que lo rodeaba reflejaba su codicia, su naturaleza cada vez más corrupta con el tiempo. Una franja de color marrón oscuro superpuesta al gris era nueva hoy. Sabía que era señal de engaño y se preguntó qué estaría tramando. Al examinar el resto de la mesa, el azul claro que rodeaba a sus hermanos Bjorn, Christer y Patrik reflejaba confusión. Fuera lo que fuese lo que su padre había tramado con los MacGerry, ellos no sabían nada.

El amarillo rodeaba a la compañera mayor de MacGerry, aparentemente feliz por las circunstancias de este encuentro. Finalmente, al mirar al hombre que le habían presentado como Calder MacGerry, parecía inundado de color. Luchaba con emociones fuertes, el rojo de la lujuria mezclado con el amarillo de la felicidad. El azul oscuro cabalgaba por encima de todos, el miedo a decir la verdad. La sospecha se apoderó de ella al pensar en lo que MacGerry podría estar ocultando. Su padre volvió a dirigirse a ella, interrumpiendo sus pensamientos.

—Hija, preparad los aposentos para nuestros invitados. Aseguraos de que todas sus necesidades estén cubiertas. Experimentarán la plenitud de nuestra hospitalidad mientras estén aquí. —Sinclair envió a Calder una sonrisa socarrona.

—Muchas gracias por vuestra hospitalidad, lord, pero después de esta buena comida no necesitaremos más que una cama esta noche. —Los ojos de Calder se abrieron de par en par, claramente sorprendido por las palabras del padre de la joven.

La mortificación invadió a Katja ante la descarada sugerencia de su señor, haciéndola volver al propósito para el que había sido convocada. Ya era bastante malo que mantuviera a su alrededor mujeres sirvientes que alardeaban abiertamente de sus favores hacia todo lo masculino. Hacerla responsable de traer a esas mujeres a sus invitados era más de lo que su temperamento podía soportar.

Agradecida de que su invitado la rescatara de una mayor humillación, salió rápidamente de la habitación, desafiando a su señor a reprender su brusquedad. Cuando Katja cruzó la puerta, Freki se levantó siguiéndola de cerca. Hizo los arreglos necesarios con el mayordomo y se dirigió a su alcoba. Dio un portazo y cerró el pestillo en cuanto ella y Freki entraron en la habitación. Su padre estaba claramente tramando algún engaño. No importaban sus generosas palabras, su aura marrón decía todo lo que ella necesitaba saber, garantizando que intentaría engañar a los MacGerry de alguna manera a pesar de su aparentemente cálida hospitalidad. Aunque los MacGerry y los Sinclair eran enemigos acérrimos desde hacía más tiempo del que ella recordaba, no podía evitar sentir lástima por ellos. Incluso los MacGerry merecían algo mejor que la traición de su padre.

Después del encuentro de esta noche, juró evitar a su padre más que nunca. Inquieta por su reacción ante el nuevo lord MacGerry, lo mejor era mantenerse alejada hasta que concluyesen sus asuntos. No estaba segura de poder soportar ver la artimaña que había planeado su padre, y no quería que sus visitantes pensaran que ella había participado en la traición.

CAPÍTULO 2

Después de consumir una comida mejor de lo que Calder podía recordar -quizá desde siempre-, siguió una agradable conversación mientras se retiraban a las sillas ante el hogar. El dulce olor a serbal quemado llenaba la sala en lugar del picante aroma a turba al que Calder estaba acostumbrado. Con vino especiado hablaron de las noticias de la zona, nombrando aliados y enemigos, prolongando su reunión informal hasta altas horas de la noche.

—Seguid a las doncellas a vuestros aposentos. —Por fin, el lord Sinclair se levantó de su silla, indicando que la velada había llegado a su fin. Hizo un gesto a un par de sirvientas que estaban en la sala. Incluyó la cabeza y una media sonrisa se dibujó en sus labios, con las manos extendidas ante él en un gesto apaciguador, aunque la mirada era desconcertantemente depredadora en lugar de tranquilizadora.

—Debido a nuestra historia juntos, he colocado dos guardias en la sala para vuestra protección, aunque os sugiero que permanezcáis confinados en vuestros aposentos. Comenzaremos las negociaciones mañana, después de romper el ayuno. Os deseo que durmáis bien. —El hombre salió de la sala, dejando que los MacGerry siguieran a las dos doncellas a sus respectivas habitaciones. Ambas mujeres hicieron ofertas tácitas de compañía tocando y rozando brevemente a los hombres MacGerry. Con un sutil gesto de la mano, Calder advirtió a los demás que no disfrutarían de compañía femenina esta noche. Después de que las criadas se retiraran, varios hombres se reunieron en la habitación de Calder.

—Hasta ahora todo parece como esperábamos. Sinclair es un buen anfitrión y parece sincero en su deseo de tregua. —Finn se encogió de hombros.

—No detecto engaño en sus palabras o acciones, aunque es preocupante y algo me dice que no todos es lo que parece. Sin embargo, aún no hemos oído sus condiciones. Buscad vuestras camas. Necesitamos estar alerta mañana. —Calder se reclinó en una silla frente a la pequeña chimenea, meditando sobre los acontecimientos de la noche.

—¿Hay algo que necesitéis decirme sobre la muchacha? —Finn le dirigió una mirada extraña una vez que la habitación se despejó.

—La vi hace mucho tiempo y he estado hechizado por ella desde entonces. Una vez que descubrí que era la hija de Sinclair, traté de olvidarla. No había vuelto a verla hasta esta noche. —Calder se reclinó más en su asiento, considerando cuánto revelar a su astuto tío.

—¿Será la muchacha una distracción? Sinclair ha notado vuestra reacción ante ella.

—Finn ladeó la cabeza.

—No. No permitiré que afecte a la razón por la que estamos aquí.

La declaración de Calder tenía más convicción de la que él mismo sentía.

—Que durmáis bien, lord. —Finn se tocó la frente con un nudillo mientras se levantaba.

Calder correspondió a la inclinación de cabeza de su tío, pensando ya en otras cosas cuando la puerta se cerró. Sentado ante el pequeño fuego de su habitación, Calder bebió un trago de vino y miró hacia la cama. Si se acostaba temprano, tendría cinco horas de sueño. Sin embargo, el sueño le era esquivo. Los pensamientos sobre la bella Katja Sinclair anulaban cualquier posibilidad de pasar una noche tranquila.

A la mañana siguiente, se reunieron para comer gachas de avena calientes, miel, nata y fruta. El olor a pan horneado llenó el salón, haciendo que incluso un estómago lleno gruñera ante la perspectiva de otra comida bien cocinada. El conde se levantó de su asiento, llamando la

atención de Calder.

—Hablemos de nuestro futuro. —Abrió la puerta de su solar a través de la pared detrás de la mesa alta. La habitación contenía más de los ricos muebles que habían visto por todo el castillo. En una esquina había un escritorio ornamentado y a un lado una mesa con sillas acolchadas.

—Mis fuentes dicen que tendréis un invierno difícil. —Cuando todos se acomodaron, Sinclair empezó.

Calder lanzó una mirada a Finn y se arrellanó en su silla, receloso de la dirección de la conversación. A pesar de su esperanza de paz, había algo en aquel hombre que inquietaba a Calder. Hacía tiempo que había aprendido a confiar en sus instintos. En el pasado, eso lo había mantenido con vida más de una vez.

—Tranquilos, muchachos. No quiero faltáros al respeto. ¿No es verdad? —El Sinclair inclinó la cabeza. Levantó las manos en señal de rendición.

Calder miró a su anfitrión.

La túnica negra de Sinclair con bordados de plata estaba hecha de la lana más fina. El coste de sus prendas alimentaría al clan MacGerry durante un mes. Con un gesto seco de la cabeza, Calder admitió la desafortunada circunstancia. Por su parte, Sinclair pareció satisfecho con la respuesta, y juntó las manos sobre el escritorio. Sus ojos brillaron mientras dirigía su atención únicamente a Calder.

—Creo que tengo una solución para nuestro problema mutuo. Mis fuentes también me dicen que sois soltero, lord MacGerry.

Una vez más, Calder asintió con la cabeza, su inquietud iba en aumento.

—Noté vuestro... *interés* por mi hija la pasada noche.

Calder miró a Sinclair a los ojos, entrecerrando la mirada. Un escalofrío le recorrió la nuca como si el frío aliento sobrenatural de un *Sith* le hubiera tocado.

—Me ha costado mucho trabajo casarla. Cuando establezcamos un tratado entre nuestros clanes, deberéis aceptar casaros con mi hija. El matrimonio fortalecerá nuestro acuerdo y pondrá fin a las incursiones.

—No lo entiendo. Es una mujer hermosa. ¿Por qué no se ha casado ya? Está en edad de casarse, ¿no? —Los ojos de Calder se abrieron de par en par, asombrado por la pregunta. No podía haber oído bien.

—Sí, lo está, pero rechaza cualquier matrimonio que le propongo. Estoy cansado de intentar complacerla. Su reacción de anoche fue lo más cercano a la aceptación que he visto. Viene con una gran dote. Le dará a vuestro clan la moneda que necesitáis y una considerable extensión de tierras. Las 336 hectáreas están en su frontera noroeste y las pequeñas granjas con ellos. La gente que las cuida se trasladará a otro lugar.

Calder se quedó sin habla. Conocía la zona, ya que habían hecho incursiones allí más de una vez. Tanta tierra y oro, ¿todos por casarse con la hija de un hombre? Incapaz de entender lo que Sinclair ponía sobre la mesa, permaneció en silencio. Miró a su tío. Finn se retorció el cuello hasta que este crujió, moviéndose inquieto en la silla. Algo no encajaba. Era una oferta demasiado generosa.

—Sí, conocemos esa porción de tierra. Es muy fértil, muy buena. ¿Por qué querríais desprenderos de ella? —Finn recuperó primero la voz.

—Cuando su abuela murió, dejó provisiones específicas para su única nieta. El oro y las tierras sólo pueden liberarse cuando se case. —La sonrisa depredadora de Sinclair destelló brevemente. El desdén y la frustración impregnaban las palabras del conde.

—¿Qué opina ella del matrimonio?

—No se lo he dicho. No permitiré que vuelva a huir o a decir que no. Un acuerdo de paz es demasiado importante para nuestros dos clanes. —El rostro de Sinclair se endureció.

—No tendré una novia no deseada en mi cama. Es un camino seguro a la miseria. —Calder sacudió la cabeza, atónito.

—Ambos conocemos las probabilidades de que vuestro clan sobreviva al invierno sano y salvo. Os ofrezco paz, una gran cantidad de oro para alimentar a vuestra gente este invierno, y tierras para evitar que paséis hambre en el futuro. Incluiré suficientes ovejas, ganado y grano para mantener a vuestro clan durante los próximos meses y para que crezcan nuevos rebaños. A cambio, tendremos paz, pero debéis casaros y acostaros con mi hija, y partir al final de este día. No deseo volver a verla. Esos son mis términos. No son negociables. —La expresión de Sinclair se ensombreció.

Demasiado asombrado para formular una respuesta coherente, Calder se quedó mirando, paralizado.

—Es una oferta generosa, lord. ¿Podríamos mi sobrino y yo dar un paseo mientras lo discutimos? —Finn habló primero.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. He dado aviso al sacerdote esta mañana. Nos espera en la iglesia. Mi oferta expira cuando el sol se ponga. —Sinclair hizo un gesto con la mano en respuesta.

Finn sujetó a Calder por el brazo y lo arrastró de la silla, asintiendo cortésmente a Sinclair antes de salir de la habitación.

Una vez en el patio, Calder fulminó a Finn con la mirada mientras se paseaba. A su alrededor, grandes y bien mantenidas dependencias rendían tributo a la prosperidad de Sinclair. El tintineo de un martillo y un yunque atrajo su mirada hacia un herrero que daba forma de herradura a un trozo de metal.

—¿Cómo puede un hombre hacerle algo así a su propia hija? No tendrá vestido de novia, ni tiempo para prepararse, ni celebración con amigos o familiares. ¿Qué clase de hombre es este Sinclair? Algo anda mal. Algo debe de pasarle a la muchacha. —Calder se enfureció.

—O algo está muy mal con su padre. Ella es la mujer con la que has estado soñando, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes que no tendremos una oferta tan generosa sin que aceptes el matrimonio?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—El problema es que tendré una esposa que no desea casarse. Es un camino seguro a una cama fría. Como hija de un conde, está demasiado por encima de mis posibilidades. No soy un hombre que se casa con una mujer de sangre noble. Hay una razón por la que Sinclair quiere deshacerse de su hija. Necesito saber por qué. —Calder giró para mirar a su tío.

—Disculpad caballeros, ¿puedo preguntaros sobre vuestro argumento?

Atrapado en su discusión, Calder no se había dado cuenta de que Christer Sinclair se acercaba. Miró al hombre con desconfianza. Una mirada de reojo al semblante de su tío demostró que Finn también desconfiaba.

—Entiendo por vuestra animada conversación que mi padre os ha ofrecido a mi hermana.

—Sí, junto con todo el oro y las tierras de su dote. No se lo dirá hasta que sea el momento de casarse, ni le dará opción a elegir. No quiero llevarme a casa una novia que no está dispuesta, por muy hermosa que sea. —Calder estudió a Christer un momento más antes de contestar.

—Comprendo. ¿Os ha dicho mi padre por qué desea proceder así? —Christer hizo una mueca mientras se frotaba la barbilla.

—Dijo que ella ha rechazado todos los intentos de matrimonio que le ha hecho. —Calder asintió.

—¿Apuesto a que no os dijo que todos esos encuentros eran con hombres de su edad o mayores? —resopló Christer.

Finn escupió al suelo, su disgusto era evidente.

—Como pensaba. Nuestro señor nunca ha tratado a mi hermana con el respeto que se merece. He hecho lo que he podido para protegerla, pero por razones propias, está resentido con ella. Katja sirve fielmente en el mantenimiento de nuestro hogar. Es una buena muchacha, aunque un poco terca y carente de los refinamientos que se esperan de la hija de un conde. Sería una buena esposa. —Christer frunció el ceño.

Calder dirigió una mirada escéptica al joven.

—Nuestra madre murió cuando éramos pequeños. Katja fue criada por nuestra abuela. Madre murió cuando Katja sólo tenía apenas doce años. Creció rodeada de hermanos y no de mujeres que le enseñaran a ser una dama. Habéis visto la clase de mujeres que mi padre tiene en el castillo. —Christer hizo una pausa, mirando a Calder, obligándole a responder.

Calder asintió, recordando las poco sutiles ofertas de las sirvientas desde su llegada.

—Los MacGerry tienen fama de ser un clan muy unido. Esa calidez es lo que Katja necesita después de tantos años de desprecio. Si la apreciáis todos, le concederíais una bendición tomándola por esposa. Aunque ella no lo vea ahora, lo hará si sois pacientes. De lo contrario, mi padre seguirá buscando los compromisos que más le benefician, en lugar de velar por la felicidad de ella. Como su hermano, quiero lo mejor para mi hermana y el clan, pero tengo poca influencia sobre el conde —continuó Christer, y luego miró a Calder con dureza.

—Vuestro padre la quiere casada, acostada y fuera de las puertas al final del día. De lo contrario, se cancela la transacción. —El desprecio en la voz de Calder era palpable.

—¡Madre de Dios! —Christer sacudió la cabeza. Se hizo el silencio mientras asimilaba la gravedad de la situación. Miró a lo lejos antes de volver a mirar a Calder.

—No tenéis muchas opciones si lo que oímos de vuestro clan es cierto. Hablaré con ella, le haré comprender la situación. Le hablaré de vuestra reticencia a aceptar los planes del conde. Sabe que debe casarse y que no tiene futuro aquí. Vos sois de lejos la mejor opción que se le ha presentado. Estará de acuerdo con eso. No os mentiré, Katja se enfadará. Pero si la tratáis bien, entrará en razón, tenéis mi palabra. ¿Lo haréis?

Calder apoyó un hombro contra el áspero muro de piedra roja que formaba la torre del homenaje de los Sinclair y se frotó furiosamente la frente, tratando de ahuyentar el dolor que surgía detrás de sus ojos.

—Muchacho, debéis hacerlo. Cuando salgamos hoy por esas puertas habréis conseguido la fortuna que tanto necesitamos, la paz que nos ha hecho falta durante tres generaciones y la mujer en la que lleváis años pensando. —La voz de Finn se alzó con urgencia.

—Estoy de acuerdo, pero os tomo la palabra. Explicadle las circunstancias. No quiero preocuparme de que mi mujer me destripe mientras duermo. —Las cejas de Christer se alzaron. Calder se dio cuenta de su reacción y le hizo un gesto para que se fuera.

Christer y Finn sonrieron ante su respuesta. Christer sujetó el brazo de Calder para tranquilizarlo y se dirigió a la torre del homenaje.

—Bueno, muchacho, no hagamos esperar a vuestro nuevo padre por matrimonio. —La boca de Finn se ensanchó en una sonrisa.

—Haced que Cole viaje a casa con la noticia. Enviad a dos de los hombres con él. Decidles que preparen una bienvenida para nuestra nueva dama. —Calder sacudió la cabeza.

—Si, mi lord. —Finn le guiñó un ojo, sus ojos llenos de picardía mientras le daba una palmada en la espalda a su sobrino, dejando a su paso una carcajada.

Una sensación de terror invadió las entrañas de Calder al considerar la red en la que ahora se encontraba atrapado. Le vinieron a la mente todas las razones posibles por las que aquel hombre querría deshacerse de su hija de una forma tan vergonzosa, cada una más desagradable que la otra. Con la mandíbula apretada en señal de determinación, siguió la estela de Finn.

Cuando llegaron al gran salón, les esperaba la comida del mediodía. Uniéndose a Sinclair y a sus hijos en la mesa alta, Calder se encontró con la mirada de Sinclair.

—Acepto vuestras condiciones.

—Sabía decisión, lord. Hoy seremos parientes. Me he tomado la libertad de redactar el contrato. —El rostro del hombre se transformó en una sonrisa dentada mientras apretaba el hombro de Calder.

Ante las palabras de su señor, Bjorn y Patrik los miraron a los dos, con sorpresa en sus rostros. Christer frunció el ceño, pero guardó silencio.

Al estudiar el acuerdo, Calder observó que las condiciones eran tan generosas como se había dicho. Algo en el hecho de ver por escrito todo lo que ganarían los MacGerry le confundió, aumentando sus sospechas. La cantidad de oro, tierras, ovejas, grano... todos eran demasiados. ¿Todos para librar al hombre de un viejo enemigo y de su única hija? Algo iba muy mal. Sin embargo, no tenía tiempo para averiguarlo.

Calder se recordó a sí mismo que había tomado la mejor decisión posible para su clan. Le estaba haciendo un favor a Katja alejándola de un hombre que apenas merecía el título de padre. Ella podría provenir de sangre noble, pero al menos él sabía cómo cuidar adecuadamente a una muchacha. ¿Que se casaría con la mujer de sus sueños hoy mismo? Era muy posible que sus sueños se convirtieran en algo mucho más oscuro.

Contra su propio buen juicio, aceptó este cruel acuerdo. Por haber sido obligado a casarse con el lord del enemigo de su padre, sólo podía esperar que la joven le perdonara. Si no, ambos eran lo suficientemente jóvenes como para esperar un largo y miserable matrimonio.

* * *

—He oído que los MacGerry han estado encerrados en el solar del conde desde la comida de la mañana.

Katja miró a la mujer mayor que tenía a su lado. Siempre podía contar con la cocinera Sinclair como fuente de cotilleos. Las mujeres inclinadas sobre la mesa cortando verduras volvieron su atención para escuchar más.

—¿Qué hacen aquí esos malditos ladrones? —preguntó Mab, una criada de la cocina.

—Por lo que dice mi hombre, han venido a buscar una tregua. —Respondió Dora, esposa de uno de los guardias del lord.

—Eh... El día que esos forajidos de baja cuna acaten un acuerdo de paz, os inclinaréis ante mí como reina. —Cook apoyó un puño en su amplia cadera, agitando una cuchilla a modo de cetro con la otra mano.

Las mujeres rieron ante la predicción de Cook.

Katja observó a las mujeres mientras volvían a sus quehaceres. Con la cosecha de otoño terminada, había mucho para mantenerlas ocupadas. Había sido una estación próspera, que aliviaría las duras tormentas invernales que se acercaban.

Esta mañana cocinaron, conservaron y almacenaron lo último de la cosecha para el próximo cambio de estación. Las verduras en escabeche y las frutas en conserva se alineaban en los

estantes del almacén. Los cereales y las legumbres estaban secándose y hoy se colocarían en contenedores seguros para mantener alejadas a las alimañas. El aroma de las verduras recién cortadas llenaba el aire y el ruido de las cuchillas marcaba un ritmo inestable.

Los cotilleos incesantes mantenían a todos cerca y atentos. Al final de la larga mesa central, algunas mujeres salaban la carne y el pescado recién descuartizados para secarlos y ahumarlos. Katja se movía entre ellas, llevando una cuenta detallada de las cantidades y sus lugares de almacenamiento. Su trabajo consistía en velar por el suministro de alimentos, asegurándose de que duraran los duros meses. También creaba listas, priorizando las tareas que debían realizarse una vez que el frío obligara a todos a permanecer dentro.

Katja se fijó en las sirvientas que llevaban a la cocina los restos de la comida del mediodía. No se había parado a comer, sino que se había entretenido con la comida mientras la preparaban. Christer la saludó desde la puerta.

—Venid, hermana. Padre desea hablar con vosotros en su solar.

A Katja se le erizó el vello de la nuca ante tan ominosa petición, pero se quitó el pañuelo del cabello y le siguió al pasadizo, desenrollándose las mangas mientras avanzaba. Freki se levantó de su sitio junto a la puerta y se acercó unos metros por detrás.

—¿Por qué en su solar, Christer? ¿Qué ocurre? La inquietud la invadió.

—No puedo deciros, pero prometedme que esta vez os guardaréis vuestra lengua. —Su expresión severa se transformó en una de preocupación.

—Así que lo sabéis, pero os negáis a decirlo. Es malo que me pidáis que me contenga.

—Levantó la barbilla, desafiándole a negarlo.

—Katja, sabéis que no apruebo los métodos de padre ni sus planes. Creedme cuando os digo que esta situación os beneficiará. No puedo deciros más. —Soltando un pesado suspiro, Christer la llevó del brazo por el pasillo hasta una alcoba privada. La miró a los ojos implorándole que confiara en él. Entonces, su hermana lo miró fijamente, buscando el significado de sus palabras, y luego asintió brevemente con la cabeza, ignorando la preocupación que se apoderaba de sus miembros.

—No perderé los estribos, no perderé los estribos —murmuró y, mientras se acercaba hasta el solar del conde, se armó de valor. Apoyó una mano en su compañera para fortalecerse y respiró hondo.

Katja llamó a la puerta. La áspera y ronca llamada de su padre llegó a través del grueso portal.

—Entrad.

Tras abrir la puerta, pronunció en voz baja una orden para que Freki se quedara atrás y se deslizó dentro de la habitación.

—Os he dicho que no uséis ese lenguaje soez en mi casa. —El rostro de Henry se ensombreció.

Katja hizo una mueca. No se había dado cuenta de que la había oído hablar. Desde la muerte de su madre, Henry había prohibido la lengua *norn*, aunque su madre se la había hablado a todos sus hijos, enseñándoles su herencia nórdica. A Katja le enfurecía saber que su padre despreciaba el hermoso legado de su madre, declarando que manchaba su sangre escocesa. Katja sabía por qué pensaba así, pero se negaba a darle motivos para que recapacitara.

—Por eso sólo lo uso con mis animales. —Desviando la mirada, Katja esperó a oír sus planes para ella.

—Ya es hora de que os caséis. —La voz áspera y la expresión de Enrique no transmitían afecto paternal—. Lleváis demasiado tiempo evitando vuestro deber de casaros para conseguir

una alianza que beneficie a vuestro clan.

Apretó los dientes, consciente de que había cumplido con su deber sin una palabra amable durante años. Se abstuvo de responder, recordando su promesa a Christer.

—No volveréis a desafiarme. Os casaréis con lord MacGerry. —Su padre se puso de pie.

Era lo que ella había pensado. Utilizó la oferta de su mano como incentivo para una nueva alianza. Se mordió el labio inferior. Al menos el MacGerry no era un anciano, sino un hombre valiente y apuesto no muchos años mayor que ella. El matrimonio para forjar la paz entre los clanes era algo que Katja podía aceptar, aunque le dolía tener que someterse a las exigencias de su padre. Sabía que eso no era todo. Mirándole fijamente, esperó el resto.

—Os casaréis y os acostaréis esta tarde, y partiréis con los MacGerry antes del anochecer.

Sus palabras la golpearon como un puñetazo en el estómago. Luchó por un momento para hablar. Las repercusiones de sus exigencias superaron su normal obediencia estoica.

—Pero no tengo vestido de novia. No se ha anunciado el compromiso. ¿No habrá banquete ni celebración? —Vaciló, disgustada por su declaración, que desafiaba la tradición y el derecho canónico.

En cuanto pronunció aquellas palabras, la respuesta apareció en la sonrisa burlona de su padre. La quería casada y fuera de su vista lo antes posible, y la posibilidad de frustrarla en el trato le complacía. Katja sabía que su abuelo había dejado instrucciones escritas para su dote, tanto en monedas como en tierras. Había soportado las quejas de su señor durante años, quejándose de que la dote era demasiado buena para ella. Si su señor pudiera manipular las disposiciones del testamento del viejo lord y reclamar para sí las monedas y las tierras, lo haría. Sin embargo, su abuelo había sido respetado por todos, y los ancianos del clan se encargarían de que se cumplieran sus deseos.

No se celebraría su boda con amigos y familiares. Nada de días de planificación y anticipación. Su padre aprovecharía esta situación para infligirle el mayor daño y humillación posibles. Este, su castigo final por no haber sido un hijo, o al menos por no haber sido una hija que pudiera utilizar para engañar a los demás. No era la primera vez que Katja se alegraba de haber guardado para sí su capacidad de ver auras.

—¿Así que vais a casarme apresuradamente, avergonzada, como si fuera una mujer adúltera? —Katja se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas y el estómago revuelto como si hubiera comido algo asqueroso. Su promesa a Christer voló de su mente.

—Siempre habéis sido una decepción. Estoy harto de que cada día me recordéis vuestras carencias y deseo librarme de vos. Generaciones de mujeres Sinclair han heredado esa visión. —La mueca de desprecio de su señor se acentuó. El desprecio engrosó su tono—. Pero vosotras, con la sangre nórdica de vuestra madre, me habéis fallado. —Se levantó del escritorio y se sentó en el borde delantero. Su expresión se transformó en una de regodeo.

—Ya que habéis dicho que no a todos los que os he ofrecido con tanta diligencia como marido adecuado para vosotras, no tendréis la oportunidad de decir que no otra vez. Ranald está fuera de esta puerta para escoltaros a vuestra habitación. Tenéis una hora para prepararos. Si no venís a la iglesia, os casaréis por poderes. De cualquier manera, seréis la carga de otro hombre a partir de hoy.

CAPÍTULO 3

—Sois un hombre horrible. No sé por qué mi madre se casó con vos. —El insulto implícito de su padre de que actuaría cobardemente y no iría a la iglesia hizo que su temperamento se saliera de control.

Le lanzó una mirada desafiante. La ira le retumbó en las entrañas y no reaccionó con la rapidez suficiente para escapar de la ira de su señor. Al momento siguiente yacía en el suelo, con la luz encendida y un dolor ardiente en la cara.

—¡Quitadla de mi vista! —Henry se dirigió a la puerta y llamó a Ranald.

El cuerpo de Freki saltó por los aires cuando Sinclair abrió la puerta. Un gruñido atronó su pecho cuando aterrizó al lado de Katja. Su mano tanteó el dobladillo de la falda, buscando la daga que llevaba atada a la pantorrilla, sólo para recordar que se había dejado la espada en la cocina, inmovilizando a una desventurada ave a la mesa. Recuperando el aliento, hizo callar a Freki con una palabra.

—Venid, *lady* Katja, debéis prepararos. —Las fuertes manos del capitán del conde agarraron suavemente sus brazos y la levantaron.

Freki acurrucó la cabeza contra los brazos donde Ranald la sujetaba. Ella rascó al perro detrás de las orejas para hacerle saber que todos estaban bien.

—Es un honor acompañarla a vuestra boda, *milady*. —Ranald se quitó el sombrero.

Su expresión de simpatía la tentó a esforzarse por sonreír, aunque su rostro le dolía. Era como un tío querido para ella, uno de los pocos del clan Sinclair a los que echaría de menos. Siempre había sido amable, cuidando de ella en la medida de lo posible cuando su padre nunca lo hacía. Sí, lo echaría de menos.

Una vez en su habitación, se acercó al espejo de cristal de la pared y observó su aspecto. Llevaba el cabello suelto de la trenza y la toga manchada y despeinada por el calor de la cocina. Su ojo y su mejilla merecían preocupación. La sangre ya le salía a la superficie de la piel por encima de la ceja al igual que el párpado y la mejilla, que mostraban signos de hinchazón.

Al ver su reflejo, el peso del odio del conde cayó pesadamente sobre ella, por lo que se derrumbó sobre la cama y lloró. Lágrimas por la pérdida de aquellos pocos que realmente se preocupaban por ella, y dolor por el amor que nunca había recibido de su padre. Freki se arrastró hasta la cólcedra con ella, acariciándola con la nariz hasta que se abrazó a él.

Unos golpes suaves pero insistentes la sacaron de su tristeza. Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta. Morag entró, ofreciéndole sus brazos. Katja no dudó en rodear a su antigua curandera.

—Callad, niña. He oído las noticias. Sabía que necesitaríais ayuda para prepararos para vuestra boda.

—Creo que vuestro vestido azul os hace ver mejor. —La anciana limpió suavemente las lágrimas de las mejillas de Katja, evitando con cuidado la tierna zona que convertirse en lo que sin duda se convertiría en un vivo moratón bajo su ojo izquierdo.

Katja asintió y se dio la vuelta para que la mujer mayor pudiera desabrocharse la toga que llevaba. Con un lavatorio de agua y jabón perfumado con campanillas, Katja se lavó el sudor de la mañana. Una vez limpia, se puso la camisa que le había entregado Morag, seguida de una robusta toga de lana teñida del color de un cielo azul intenso.

—No tenemos tiempo para lujos, pero con vuestro cabello, estaréis preciosa incluso con

algo sencillo. —Cuando quedaba poco tiempo para que las esperaran en la iglesia, Morag soltó el cabello de Katja de su gruesa trenza. Le hizo dos trenzas finas a cada lado de la cara y luego las unió por detrás, formando una trenza larga y fina por el medio. Dejó suelto el resto del espeso cabello rubio de Katja, el cual le llegaba casi hasta las caderas.

—Tomad, mi dulce corderita. Esto aliviará vuestros miedos y sufrimientos. —Cuando Morag terminó, le ofreció a Katja una copa de vino caliente.

Katja tomó la copa y bebió profundamente. El calor del vino penetró en su estómago y se extendió por todo su cuerpo. Se lo bebió de dos largos tragos, agradeciendo el efecto calmante. La anciana resopló y se secó sus ojos. Katja posó suavemente la palma de la mano en la mejilla marchita de la mujer.

—No os preocupéis por los sentimientos de una anciana. Recuerdo el día en que nacisteis como si fuera ayer. Ahora miraos, una hermosa mujer crecida. Vuestro nuevo marido es un hombre muy afortunado, mi preciosa corderita. —Morag palmeó la mano de Katja.

Katja apretó los dientes. ¿Marido? ¿Cómo podía entregarse voluntariamente a un hombre que seguía el vergonzoso plan de su padre? Recordó las auras coloreadas que la rodeaban cuando lo conoció. Acostumbrada al ambiente lujurioso del castillo de su padre, comprendió la neblina roja que rodeaba a Calder. ¿Amarillo? ¿Podría estar contento de estar aquí? Sacudió la cabeza, desechando la idea al recordar el último color. Azul oscuro, temía decir la verdad. ¿Delante de su padre? ¿O normalmente era un hombre que se guardaba sus pensamientos, o mentía?

—Ya está. No podemos hacerles esperar. —Morag acomodó un rizo detrás de la oreja de Katja, interrumpiendo sus reflexiones.

—¿Pero cómo puedo soportar a un marido que permite semejante insulto a mi honor?

—Katja exigió, con sus labios delgados por la ira—. ¿Qué debe pensar de mí y de las razones de la prisa de mi padre, si es que le ha contado alguna razón?

—No sabemos por qué ha accedido. Se dice que su clan sufre terriblemente por la disputa. Sabemos que su padre murió recientemente a causa de ella. Tal vez no tuvo elección en el asunto. Conocéis al conde. Es un hombre duro y frío cuando se trata de vosotros. ¿Lo sería menos con un enemigo? —La expresión de Morag se suavizó.

Katja mordió su labio. ¿Qué había dicho Christer antes? Esta situación sería ventajosa para ella. Había soñado durante años con escapar de las duras garras de su señor. Dejar el único hogar que conocía valdría la pena por no tener que vivir con el miedo del conde por más tiempo. Pero, ¿cómo podría ser mejor ser arrojada a la posesión de un hombre que permitiría que semejante vergüenza cayera sobre su nueva esposa? ¿No sería su marido mejor que su padre?

* * *

Calder se acercó a lo alto del muro exterior. En dos horas estaría casado. ¡*Dos horas!* El hecho de que su matrimonio fuera un regalo más allá de lo que podría haber esperado, calmó la indecisión que le quedaba. Como lord, era su deber casarse para beneficiar a su clan, más que por su propio deseo o corazón. Así era entre gente como él y Katja. Que lograra ambas cosas este día iba más allá de lo que podía comprender.

No podía evitar creer que su padre se alegraría de cómo las Parcas le sonreían a él y a su clan. Aunque armado con este conocimiento, seguía luchando contra una sensación de temor. Intentó reemplazar sus recelos con pensamientos de la hermosa Katja tumbada desnuda bajo él, gimiendo su nombre. Esas imágenes hicieron que se endureciera, acelerando su pulso. Entró en su habitación para prepararse para la boda. Una boda apresurada destinada a avergonzar a su nueva esposa.

Mientras terminaba de lavarse, unos golpes en la puerta le sacaron de sus pensamientos.

—Venid.

Su tío entró en la habitación, con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—¿Cómo estáis, chicos?

—Estoy bien, tío. —Calder no levantó la vista de su tartán, su túnica y jubón recién cepillados.

—¿Alguna duda?

—Ninguna. Es lo mejor para el clan.

—Sí, y además con un bonito premio. —Finn rio entre dientes.

—¿Teníais algo en mente además de provocarme, viejo? —Calder le lanzó una mirada irritada.

—No. Ya que mi hermano está en su descanso eterno, pensé en ponerme en su lugar con vosotros. —La expresión de Finn cambió a una de afecto.

—Sí, será un honor que ocupéis su lugar. —Calder sonrió al hombre que siempre había sido un segundo padre para él.

Era un triste recordatorio de que su padre no vería casarse a los tres hijos que le quedaban, ni tendría en brazos a ninguno de sus nietos.

—¿No estáis nervioso? Pareces tan tranquilo como si fueras a bajar las escaleras para cenar. —Finn lo miró.

—Un poco, pero más bien conmocionado. Una parte de mí piensa que es lo mejor que podría pasar. Otra parte de mí advierte que es un error, y que estoy sentando una mala base para el matrimonio. Como segundo hijo, siempre esperé encontrar el amor como lo hicieron mis padres, en vez de casarme por una alianza.

—Sí. Pero como dice su hermano, es una muchacha inteligente. Pronto verá la verdad de nuestra situación cuando llegue a su nuevo hogar. Entenderá el por qué. Por la forma en que cuida el castillo de su padre, tal vez pueda aliviar sus cargas de muchas maneras. Hemos estado sin una verdadera señora desde que vuestra madre murió.

—Está el otro aspecto. Como hija de un conde, debería estar fuera de mi alcance. ¿Cómo puedo hacerla feliz si esto es lo que ha conocido toda su vida? Es cierto que lograremos mucho con lo que este acuerdo trae, pero Fairetur nunca será tan grande. —Calder hizo una mueca de dolor ante las palabras de su tío.

Calder pasó las manos por su cabello con el ceño fruncido. Por todos los beneficios que él y su clan habían obtenido, parecía que su novia sólo se enfrentaba a pérdidas.

—¿Qué hace de Fairetur un hogar? —preguntó Finn con las manos en la cintura—. ¿Son las paredes, o el número de torres, o los tapices de la sala?

—No, es la gente. No las piedras ni las escaleras. —Mirando por la ventana, Calder consideró la pregunta.

—Sí. Por lo que hemos visto, *lady* Katja no ha sido bien tratada por su padre. Si sólo pensamos en lo que vimos anoche cuando entró en la sala, está claro que no recibe el respeto que merece. El ejemplo de su señor parece ser seguido por todos. Si la tratáis con amabilidad y honor, ¿creéis que le importará cuántas torres le ofrezcáis? —Finn asintió.

Calder oyó la verdad en las palabras de su tío y exhaló un suspiro. Sin embargo, la culpa le roía las entrañas.

«¿Cómo podía ser amable u honorable este camino?»

—Sí, no puedo reemplazar las galas de las que está rodeada, pero puedo ofrecerle más cariño y respeto del que ha conocido aquí. ¿Pero qué hay de nuestra gente? ¿Aceptarán a la hija

del Conde de Caithness como su nueva señora?

Finn frotó sus bigotes y no tuvo respuesta para él... o muy posiblemente temía cuál sería la respuesta.

* * *

De pie ante la puerta de la iglesia, Calder juraba que una manada de caballos salvajes retumbaba en su pecho. Nunca había sentido su corazón trabajar tan duro mientras su cuerpo permanecía inactivo. Siempre había sido un hombre paciente, pero hoy la espera le molestaba como arena en los *trews*. El miedo le sujetó por la garganta, susurrándole que había llegado demasiado alto con este matrimonio. Los dedos de plomo de la duda le impedían respirar. Volvió a preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que su esposa perdonara sus acciones de ese día, si es que alguna vez lo haría.

En ese momento, vio a Katja acercarse y sus temores se desvanecieron. Al menos había venido por voluntad propia, por muy obligada que estuviera. Del brazo de uno de los guardias de su padre, era una visión en azul, con su pálido cabello brillando a la luz del sol. Si no la conociera, creería que es un hada. Su cabello colgaba suelto a su alrededor, fluyendo como una pálida cascada dorada. Con gracia, se dirigió hacia él. El azul intenso de su vestido acentuaba el bronceado dorado de su cuello y dejaba entrever sus pechos en la parte superior de la faja. Levantó los ojos de la tentadora visión y se encontró con un rostro marcado por el desafío y la valentía. Su novia tenía espíritu, de eso no cabía duda. Sentimientos de alegría, de un sueño hecho realidad, le recorrieron junto con visiones de lo que harían pronto, muy pronto.

Cuando ella se acercó, vio una mancha en un costado de su rostro. ¿Había sido golpeada recientemente? Los agradables sentimientos anteriores se convirtieron en rabia. ¿Quién se atrevería a golpear a la hija del conde?

Inmediatamente la respuesta voló hacia él. Su padre. Aquel hombre debía de ser un verdadero demonio para añadir una herida más a la lista de todos los días. Calder luchó por refrenar su impulso de abandonar a su novia por un momento mientras le daba a Sinclair una lección sobre cómo tratar a una mujer. En lugar de eso, se obligó a centrarse únicamente en ella cuando llegó a su lado.

—¿Os encontráis bien, *milady*?

—Bastante bien, mi lord. —Sus ojos permanecían fijos en el sacerdote, su rostro una máscara de inflexible compostura.

Calder alejó los pensamientos de cualquier otra cosa, reduciendo el mundo a su novia y al sacerdote cuando entraron en la pequeña iglesia. El orgullo se apoderó de su pecho cuando percibió la fuerza y el valor de la novia mientras recitaba sus votos con voz clara y enérgica. Su Katja no era una flor marchita.

«Su Katja».

Deseoso de recompensar su valor, de hacerle saber que estaba muy satisfecho con ella, la miró de frente cuando le llegó el turno de hablar. Repitió los votos, cada palabra llena de todo el significado y sinceridad que pudo reunir.

Fue entonces cuando el sacerdote anunció que estaban casados, y Calder depositó en aquel beso todas las promesas de cariño y protección que ella encontraría en él. No quería que se malinterpretara que ahora le pertenecía. Cuidaría de Katja con honor y afecto, y esperaba con impaciencia el día en que ella pudiera dejar atrás su pasado.

* * *

El nuevo marido de Katja la rodeó con un brazo y le cogió suavemente la barbilla con los dedos de la otra mano, inclinando su rostro hacia él. Bajó lentamente la cabeza y posó su boca en la de ella. Su corazón se estremeció y su respiración se agitó en su pecho. ¿Quién iba a decir que los labios de un hombre podían ser tan suaves, tan ardientes? Aunque breve, el ardor de su beso perduró. Resistió la tentación de llevarse un dedo a la boca para comprobar si estaba tan caliente al tacto como parecía. Se debatía entre reprocharle que estuviera de acuerdo con aquel insulto de boda y sujetarlo para reanudar el beso.

Cuando se acercó a la iglesia, vio a Calder en la puerta con el sacerdote. Llevaba la misma sonrisa amable que había visto la noche anterior en la sala. Inmediatamente buscó los finos colores que lo rodeaban, utilizando la *vista* como siempre hacía cuando necesitaba cerciorarse de los pensamientos de una persona. El aura amarilla de felicidad que le rodeaba le decía que no le habían obligado a unirse a ella. O, si le hubiesen obligado, se alegraba de ello.

«¿Qué clase de hombre acepta comenzar su matrimonio así? ¿Cómo puede soportar casarse conmigo en la vergüenza?»

Katja apretó los dientes con conocimiento. Oro y tierras, eso es. Permitió que su humillación encendiera su ira mientras caminaba a su lado. El hecho de que esperaran que se acostara con aquel desconocido inmediatamente después de la ceremonia echaba más leña al fuego que crecía en su interior. Su aura amarilla pronto se mezcló con el rojo brillante de la lujuria.

«Típico de un hombre que pasa por alto todo lo que ocurre a su alrededor, pensando sólo en su miembro».

Ignorando esa imagen, se fijó en su aspecto. Estaba guapo con su túnica blanca, su jubón de lana y su tartán. Aunque no sabía qué clase de matrimonio tendrían, al menos su marido era agradable a la vista.

Su encantadora sonrisa se desvaneció en algo duro y peligroso, sus ojos se entrecerraron cuando su mirada se fijó en un lado del rostro de ella. El aura amarilla y roja que lo rodeaba se oscureció hasta que el rojo turbio de la ira se arremolinó a su alrededor. Se sintió satisfecha al saber que le enfurecía que su nueva esposa luciera un rostro magullado el día de su boda. Al menos demostró ser capaz de comprender una parte de su humillación.

Una vez que ella llegó a su lado, Ranald besó su mano y la colocó sobre la de MacGerry. Una transferencia de propiedad. Su vida era ahora suya. El pecho de Katja se encogió. Juntos, ella y Calder entraron en la iglesia, seguidos por los que presenciarían su bendición por el sacerdote.

Al comenzar la ceremonia, Katja intentó no pensar en lo diferente que habría sido este día si su madre siguiera viva. Cómo lo habrían planeado juntas durante semanas. Habría habido un ritual en el que las mujeres más cercanas a ella se habrían reunido para confeccionar vestidos nuevos y habrían compartido anécdotas de su vida de casadas. La música, el baile, la fiesta y la bebida se habrían prolongado hasta altas horas de la madrugada. Su lecho sería bendecido por el sacerdote, y amigos y familiares les acompañarían a su habitación, deseándoles felicidad, larga vida y muchos hijos. Sería su día perfecto, su mejor día. En lugar de eso, se casó precipitadamente, como si fuera culpable de fornicación o, peor aún, como si ya estuviera embarazada. Miró rápidamente al hombre que estaba a su lado. Seguro que él no sospechaba eso de ella.

No, no quería pensar en cosas tan sensibleras. La sangre de los vikingos corría por sus venas. No se escondería detrás de los sueños de lo que no sería. Se concentraría en lo que tenía delante, enfrentándose a ello como era su costumbre. Pronto sabría que no era hija de ningún

hombre. Volvió a mirar al hombre que estaba a su lado y se preguntó qué clase de marido sería. Sólo sabía que poseía una sonrisa amable y no veía en él ninguno de los inquietantes colores grises o marrones de su tramposo progenitor. También sabía que algo inexplicable fluía entre ellos. Inclino la cabeza hacia un lado, casi esperando ver cómo saltaban chispas entre ellos.

Cuando llegó el momento de pronunciar sus votos, se serenó y habló con voz clara y fuerte. Nadie podría decir que era una cobarde. Cuando llegó el turno de MacGerry, la miró de frente para pronunciar las palabras de compromiso, como si quisiera que ella supiera que se tomaba en serio sus votos, para decirle que esto significaba algo más que unir a un clan con otro y un intercambio de riquezas. Su estómago se estremeció ante su sencillo gesto, a pesar del dolor y la ira que aún se agolpaban en su corazón. El oscuro timbre de su voz la envolvió como una cálida manta en una fría mañana de invierno.

Al oír la declaración del sacerdote, sus hermanos la abrazaron y estrecharon la mano de su nuevo marido. Christer la estrechó en su abrazo con un susurro sólo para sus oídos: *«MacGerry no tuvo nada que ver con esto. De hecho, se opuso ante tal oportunidad. Sin embargo, no se opone a casaros. Parece un buen hombre. Haríais bien en confiar en él, hermana. Os deseo que seáis felices»*.

La joven sonrió por primera vez aquel día, y besó a Christer en la mejilla en respuesta. ¿Confiar? Ella no daría a ningún hombre su confianza. Vio a Morag en el fondo de la multitud, secándose los ojos con un jirón de lino. Su padre pasó a su lado, con una sonrisa de victoria en el rostro.

Ahora unida a Calder MacGerry por Dios, y sabiendo que su padre no le daría ningún recurso si su matrimonio fracasaba, Katja no podía evitar sentirse como una oveja llevada al matadero.

CAPÍTULO 4

Una pasión que Calder no vio venir, le encendió. Ciertamente había probado su ración de delicias femeninas a lo largo de los años, pero ningún beso había despertado su ardor o avivado sus emociones como lo había hecho éste. Ahora, ante un sacerdote y rodeado de un clan al que sólo conocía como hostil, luchaba por recobrar la cordura, aturdido por el breve contacto de sus labios. Su corazón latía con fuerza y sus pulmones aspiraban aire como el fuelle de un herrero.

Con un brazo alrededor de la cintura de Katja, miró a los pocos testigos de su unión. La primera palmada en la espalda lo sacó de la felicidad en la que había caído con ella en sus brazos y su boca en la suya. El conde se escabulló por la puerta, recordando a Calder las desagradables circunstancias en las que se encontraba.

Los hermanos de Katja estaban presentes, junto con un pequeño número de personas del clan. Ranald, un puñado de soldados Sinclair y los hombres MacGerry completaban el resto de los asistentes. Era una reunión vergonzosamente pequeña para la boda entre la hija del conde y un lord vecino. Sobre todo, porque su unión marcaba el final de una larga y sangrienta enemistad.

Tras conceder a los pocos que acudieron a ver la boda de su señora la oportunidad de ofrecer sus bendiciones, Calder consideró el siguiente paso en el plan de su padre, arduamente ideado. Necesitaba ganarse rápidamente su confianza, suavizarla, asegurándole que tenía sus mejores intereses en mente, dejar atrás su noche de bodas.

¡Cojones de cerdo! Nunca antes había tenido en su cama a una mujer reacia. Y además virgen. No tenía habilidades para cortejar. Pero debía cortejarla, y rápido. Se encontró estrechando la mano de un hermano tras otro, y luego del Capitán de la Guardia, junto con varios otros sirvientes presentes. Al parecer, todos sabían lo mal que la consideraba su padre. Nadie dijo ni una palabra sobre su herida ni puso cara de sorpresa, como si ver a la hija del conde con los indicios de un ojo amoratado fuera algo habitual.

«¡Santo Dios! ¿A qué he accedido?»

Con sus mensajes silenciosos, su familia le hizo saber que su trato con esta joven tenía que ser mucho mejor que lo que ella conocía aquí. Cogió su mano posesivamente, como si le ofreciera una prueba de sus buenas intenciones. El calor de su carne sobre la suya le produjo una sensación de calma que no tuvo tiempo de contemplar.

Cuando finalmente atravesó el puñado de hermanos y tíos sustitutos hasta llegar a la puerta, Calder no deseaba otra cosa que quedarse a solas con ella. Sentía una ardiente necesidad de explicarse, de distanciarse tanto como ella le permitiera de los planes de su padre. Le preocupaba que ella no aceptara ni su explicación ni la de su hermano.

Calder pronto se daría cuenta.

El viejo criado de su esposa abrió la puerta de la iglesia y Calder se balanceó sobre sus talones, enfrentado a una montaña de pelo que le gruñía amenazadoramente, con unos dientes brillantes que darían envidia a un *Cù Sìth*. Inmovilizado por unos instantes, Calder oyó a su novia murmurar algo en un idioma áspero y luego ofrecer las manos que mantenían juntas para que la bestia las examinara. Tras unos cuantos olisqueos y un húmedo movimiento de la lengua, el monstruo emitió un quejido de aceptación a regañadientes antes de ocupar su lugar al otro lado de Katja.

—Freki no os hará daño por ahora, a menos que hagáis un movimiento agresivo hacia mí.

—La voz sería de Katja tenía un tono frío.

—¿Freki? ¿Qué es? —Calder se sorprendió por el tamaño de la criatura.

—Freki es un perro lobo, un regalo de mi tío. Según la leyenda nórdica, es uno de los lobos de Odín. —Katja miró y rascó las orejas de la bestia de color rojizo con una expresión de adoración en el rostro, como si fuera su propio hijo.

¿Uno de los lobos de Odín? *Freki* era un nombre bastante apropiado, entonces. El monstruo era ciertamente lo suficientemente grande como para ser la mascota de un dios de la guerra.

—Nunca he visto un perro de su tamaño. —Calder aún no confiaba en que la bestia le hubiera quitado de la lista de comidas potenciales.

—Eh, bueno, mi tío dice que su linaje se encuentra en Irlanda. «Cazador de lobos», a veces llamado *deerhound*.

Calder miró a la bestia con recelo. Más bien, debería llamarse «el cazador del diablo».

La voz de la muchacha se hizo más cálida al hablar de su perro y él buscó la forma de que siguiera hablando, aunque sólo fuera para oír el dulce sonido de su voz. Aunque clara como campanillas en el viento, poseía una cualidad seductora que despertaba su lujuria.

—¿Cuáles fueron las palabras que le dijiste? Nunca las había oído.

—*Norn*. El idioma de mi madre. Soy escocesa por parte de padre y nórdica por parte de madre. —Las mejillas de Katja se oscurecieron.

Calder recordó a Christer diciendo que su madre ya no estaba entre los vivos. Pero la prueba del linaje de Katja resonaba en su cabello rubio pálido, su postura esbelta y orgullosa, y la forma intrépida en que lo miraba. Por sus venas corría sangre vikinga.

—¿Cuántos años tenéis, mi señora? —Calder se estremeció, encontrando extraño tener esta conversación *después* de su boda. Hace dos años, en el lago, no le importaba la edad de ella. Ahora se preguntaba si sus pensamientos lujuriosos de aquel día iban dirigidos a una muchacha demasiado joven para sus fantasías carnales.

—Dieciocho, mi señor. ¿Y vosotros?

—Veinticuatro, mi señora. —Aliviado de no ser tan lascivo como temía, respondió a su pregunta.

Continuaron hacia el interior del torreón y subieron las escaleras. Cuando se acercaron a la habitación de Katja, Freki gruñó enseñando los dientes. El conde salió al pasadizo desde el hueco de una puerta oscurecida.

—No veo heridas ni cortes en vosotros, yerno.

—Ninguna herida, lord. ¿Por qué lo preguntáis? —Calder inclinó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Parecéis un hombre valiente y honorable. Me gustaría que suministrara la sangre que exige nuestro acuerdo.

La insinuación de que debía proporcionar la sangre para probar la pureza de Katja fue como el golpe que el conde había asestado antes a su hija. Calder aspiró con dificultad, luchando contra el impulso de golpear al hombre que tenía delante, con el cuerpo endurecido y los ojos entrecerrados.

—Como vos decís, lord, soy un hombre honorable que se atiene siempre a su palabra. Eso significa que cumpliré nuestro acuerdo y me aseguraré de que mi esposa no sufra ningún daño.

Calder fulminó con la mirada al bastardo al que ahora tenía por suegro. Por su parte, los labios de Sinclair se curvaron hacia arriba, aunque no era una sonrisa. Asintió y se apartó, permitiéndoles continuar.

Cuando llegaron a su puerta, Katja ordenó a Freki que se sentara fuera de la alcoba. Calder

entró en la habitación, paseándose de un lado a otro frente a la chimenea ardiente, con las fosas nasales encendidas y los puños apretados. En una última pasada, se dio cuenta de dónde estaba, de lo que hacía allí. Detuvo su marcha, cerró los ojos, respiró hondo y obligó a su cuerpo a relajarse.

Al abrir de nuevo los ojos, su nueva esposa estaba ante él. Lo miraba como a un animal rabioso, evaluando lo peligroso que podía ser cuando se enfadaba. Al darse cuenta de que su temperamento lo colocaba en la misma categoría de hombre que su padre, una punzada de remordimiento le atravesó el pecho, disipando la rabia que le quedaba y recordándole la tarea que tenían ante sí.

—Perdonadme, señora, pero vuestro padre pondría a prueba el temple de un santo. —Una comisura de sus labios se crispó ante sus palabras y sus ojos brillaron—. Ahora que estamos solos, ¿podemos sentarnos y hablar?

Katja asintió una vez y se dirigió con cautela hacia la pequeña mesa y las sillas del rincón, como si no creyera que la tormenta hubiera terminado de verdad. Cogió la jarra de vino que descansaba sobre la mesa y le sirvió una copa a él y otra a ella. Calder se levantó y le tendió la silla, lo que le valió una arruga en el ceño y una mirada de confusión... ¿o de desconfianza?

La joven dejó que la sentara y se apoyó en el borde de la silla, con la espalda rígida, dispuesta a huir. Miró hacia la puerta como para evaluar la distancia, y pareció permanecer sentada sólo por fuerza de voluntad. Calder volvió a respirar hondo mientras se sentaba, sintiéndose como si estuviera a punto de arrodillarse ante un confesor tras una larga temporada de libertinaje.

Después de beber un largo trago para tranquilizarse, trató de encontrar una explicación, una disculpa, algo que despejara el camino entre ellos.

—*Lady* Katja, debo pedir os perdón. Nunca fue mi intención causar os angustia. Cuando mi padre murió hace unos días, el señorío recayó en mí. Deseaba poner fin a las disputas entre nuestros pueblos y me acerqué a vuestro padre hace un par de noches pidiéndole que habláramos de paz. Hoy, me ofreció una solución, pero al precio de vuestra mano en matrimonio. Sus condiciones eran que se hiciera y consumara antes del atardecer. No dejó otra opción.

—La riqueza y las tierras que traigo conmigo, ¿están relacionadas con esta decisión?
—Le miró fijamente.

Calder miró la desgastada superficie de la mesa, haciendo una mueca de dolor ante su acusación. La culpa subió a la superficie amenazando con desbordarse. ¿Qué podía decir, qué podía hacer? Al menos, ella se merecía su sinceridad. Apoyó los codos en la mesa, se frotó la cara y se pasó las manos por el cabello una y otra vez.

—Sí, el dinero, las tierras, las ovejas y el grano que incluía el conde es lo que me persuadió a aceptar los términos que os avergonzaban.

—¿Ovejas y grano? —Su voz subió una octava por la incredulidad.

—Vuestro padre sabe que nuestro clan es pobre. Tendremos dificultades para alimentar a todos este invierno. Por eso necesitaba buscar la paz. No podemos seguir como hasta ahora. Su oferta incluye suficiente grano, ovejas y alimentos para pasar el invierno y ayudar a restablecer nuestros rebaños esta primavera. —Asintió a regañadientes.

—No teníais elección y mi señor lo sabía. Os hizo una oferta que no podíais rechazar. Y a su vez, lo arregló para que yo tampoco pudiera negarme. —Su expresión pasó de la incredulidad a algo más duro. Cruzó los brazos sobre el pecho.

La cabeza de Calder se inclinó, bajando las cejas en una pregunta silenciosa.

—Amenazó con desposarme por poderes si me negaba a reunirme con vosotros hoy en la

iglesia. —Katja levantó la barbilla.

—Sí, pero lo que no puedo entender es por qué sería tan cruel con su propia hija. —La culpa de Calder dio otro salto hacia delante. Tragó saliva antes de pedir la respuesta que necesitaba.

—Siempre he sido una decepción para él. Ha intentado librarse de mí casándome desde hace más de dos años. —Katja sintió dolor y bajó los ojos antes de responder.

—No tiene sentido. Vuestro hermano dice que sois una buena mujer y que seréis una buena esposa. Miro a mi alrededor y veo lo bien que llevas su casa. —Calder la miró fijamente, sabiendo que no lo estaba oyendo todo—. Sé que este matrimonio no es de vuestra elección. No puedo ofreceros aquello a lo que estáis acostumbrada. Lo siento.

—Vosotros y vuestros hombres ya me habéis dado más de lo que estoy acostumbrada al mostrarme respeto cuando entro en una habitación. —Los largos dedos de Katja acariciaron el borde de su copa.

Por primera vez, Calder vio su sonrisa. No era grande, más bien como una estrella fugaz, un destello brillante que luego desaparece. Aunque breve, su belleza trajo un poco de esperanza, inspirándole a reconocer lo que ella ofrecía contra su voluntad. A reconocer su valentía.

—A veces debemos hacer sacrificios difíciles por el bien de nuestro clan. —Para su sorpresa, sus mejillas se sonrojaron y su cuerpo se tensó. Sus ojos se entrecerraron mientras se inclinaba hacia él.

—Yo estoy sacrificando mi virtud, mi *familia*, mi elección de marido y el único hogar que he conocido. Decidme, lord, ¿qué estáis sacrificando vos exactamente?

Calder esbozó una débil sonrisa y asintió con la cabeza, luego desvió la mirada hacia la ventana. Katja se había ganado el derecho a enfadarse. Frotó su barbilla. No se había explicado bien. Ella no entendía su situación con la misma claridad.

—Enterré mi *sacrificio* más reciente hace una noche. Antes de mi padre, fueron mi hermano mayor Ewan, mi abuela, varios primos y muchos parientes a lo largo de los años. No pretendo menospreciar el coste de este tratado para vosotros, pero creedme cuando os digo que no sois los únicos que arriesgáis mucho. —Le ofreció una sonrisa afligida que esperaba reflejara algo de la pérdida que describía.

—Le ruego me disculpe, mi lord. No sabía que tantos de vuestra familia habían muerto en esta contienda. —Agachó la cabeza y sus mejillas se ensombrecieron. La disculpa apareció en sus ojos.

—No os preocupéis. Con gusto os quitaría la carga si pudiera, o seguiría otro camino si viera alguno. —Calder trató de asegurárselo con otra cálida sonrisa.

Katja soltó un suspiro. Por su parte, Calder bebió un sorbo de su taza.

—Y nada más *mi lord*, de vuestra parte. Sólo hace unos días que soy lord y el hecho de que me llamen por el título de mi padre, que debería haber sido el de mi hermano, me deja un sabor amargo. Puede que aún seamos extraños, pero estamos casados. Mi nombre es Calder. Me complacería que lo usarais.

Katja volvió a asentir, su única respuesta.

A continuación, se sentaron en silencio, bebiendo de sus copas. El vino servía de distracción mientras cada uno reflexionaba sobre lo que había pasado entre ellos en tan poco tiempo. Calder sabía que lo necesitaba tanto como ella para prepararse para el siguiente paso. Tras un largo silencio, observó la posición del sol en el cielo a través de la ventana. Cuanto antes consumaran su unión, antes podrían empezar su vida juntos.

Calder quería alejarse de aquel lugar. Más que eso, quería llevársela lejos de este lugar.

Bebió un último sorbo de vino y se levantó de la silla. La mirada de Katja se clavó en la suya, penetrando en su alma. Su piel se erizó y le ofreció la mano. Ella dudó antes de levantarse para cogerla. Lentamente, él la acercó y la rodeó con los brazos, anticipando el acto que los uniría para siempre.

Calder saboreó la suavidad de su abrazo. Aunque una parte de él seguía sin creer que la hermosa muchacha de sus recuerdos fuera ahora su novia, luchó contra el creciente deseo que amenazaba con liberarse de sus órdenes. Demasiadas heridas habían sido infligidas este día. No las agravaría actuando como un bruto. El cuerpo de la joven se estremeció contra él mientras le permitía abrazarla.

—Os doy mi palabra de que nunca os levantaré la mano ni os haré daño de manera intencionada. Os cuidaré, os trataré como a una dama y os protegeré. —Habló bajo, pero claro. Entonces, pasó lentamente los dedos por la seda dorada de su cabello hasta frotarle suavemente la nuca—. No podría haber elegido a una muchacha más hermosa como novia. Estoy encantado de teneros como esposa, con o sin vuestra dote.

Katja se echó hacia atrás y lo miró. Su expresión de enfado se convirtió en incertidumbre, pero él no detectó miedo. Mientras ella vacilaba, Calder bajó la cabeza, cubriendo sus labios con los suyos en un beso lento y suave. Nunca antes se había acostado con una virgen, aunque sabía lo suficiente como para ir despacio. Katja necesitaba ser cortejada, pero sus conocimientos de seducción eran escasos. Sus experiencias en la cama de una mujer siempre habían sido de mutuo acuerdo, un revolcón bondadoso. Esperaba que sus escasas habilidades fueran suficientes para complacer a su novia virgen.

Al probarla, se inundó del sabor del vino y de la mujer. Olía a flores y a algo más, algo que él no podía identificar. Exudaba un elemento de dulzura que envolvía sus sentidos, atrayéndolo hacia ella.

El deseo de levantarle las faldas y tomarla aumentaba con cada respiración. Luchó contra el impulso, necesitaba seguir acariciándola. Katja se ablandó bajo su beso, invitándole a dar el siguiente paso. Él atrajo suavemente el labio inferior hacia su boca y el suave maullido que se escapó de ella casi lo deshace. Aprovechando que ella tenía los labios separados, Calder deslizó la lengua en su calor, explorándola lentamente. Ella se puso rígida antes de dejarse besar, siguiéndole tentativamente en su baile. Continuó seduciendo a la mujer en la que había pensado y soñado durante tanto tiempo. Dibujó pequeños y tranquilizadores patrones en su espalda con una mano y tiró de ella para acercarla. La joven levantó los brazos, le rodeó el cuello y enredó lentamente los dedos en su cabello. Calder no pudo reprimir una sonrisa ante su tímida aceptación. Besó la línea de su mandíbula, la larga y suave columna de su cuello. La respiración de Katja se entrecortó, su cuerpo se ablandó y se apretó aún más contra el lord.

Al cabo de unos instantes, Calder se apartó, estudiando a su nueva esposa. Sus ojos se oscurecieron y su pecho se agitó con cada respiración acelerada. La giró, apartó su cabello por encima de un hombro y le rodeó la cintura con un brazo. La joven se inclinó ligeramente hacia delante, permitiendo que sus besos llegaran mejor a la suave y dulce piel de su cuello.

Calder avanzó con pequeños movimientos circulares con la mano que la aprisionaba contra sí. Cuando tocó la parte inferior de su pecho, ella se detuvo, aspirando un suspiro de sorpresa. Dándole tiempo para que se acostumbrara a su mano, Calder la subió aún más, cubriendo la plenitud de su pecho. Le frotó el pezón en círculos con el pulgar y a Katja se le escapó otro jadeo cuando la carne se endureció bajo su mano. Cuando cambió al otro pecho, el pequeño gemido de ella le calentó la sangre y su erección se volvió dolorosa al empujar contra su tartán.

Tomando su respuesta como un permiso, el lord desató los cordones de la parte trasera del

vestido con la mano libre. Katja apretó la suavidad de su trasero perfecto contra su excitación, casi poniendo fin anticipadamente a su seducción. Calder trató de concentrarse en otras cosas en un esfuerzo por mantener el control de la bestia lujuriosa que amenazaba con apoderarse de él.

Distrayéndose con una ligera pasada de lengua por la sensible carne de su cuello, consiguió desabrocharle el vestido, aunque la tarea pareció durar una eternidad. El deseo hizo que sus dedos tantearan como si fuera un muchacho inexperto. Cuando por fin terminó, retrocedió y dejó que el vestido cayera hasta las caderas de la muchacha, quien se puso rígida al inhalar bruscamente.

Calder volvió a acariciarle los pechos, que cabían fácilmente en las palmas de sus manos. Esta vez sólo quedaba entre ellos la fina tela de la camisa. Le acarició el cuello, aspirando su dulce aroma. Los gemidos de Katja lo tensaron de deseo, como un juglar afinando las cuerdas de un laúd. Templó su respuesta.

«Un paso cada vez».

Las inocentes reacciones de ella rompieron rápidamente las ataduras de su control. Le desató las cintas de la camisa y la deslizó por sus caderas. El vestido y la camisa cayeron al suelo en un elegante montón. Calder se detuvo, sorprendido. Sujeta a su muslo había una daga muy usada.

* * *

—¿Habéis venido armada a vuestra boda, señora esposa? —Calder enarcó una ceja y señaló su pierna con la cabeza.

Consciente de su mirada y de lo vulnerable que era, Katja lo enfrentó y cruzó los brazos sobre los pechos. Calder la estrechó entre sus brazos. Ella se inclinó hacia atrás para establecer contacto visual, ladeando un poco la cabeza.

—Sí. Nunca voy desarmada.

Su respuesta le inspiró la primera sonrisa de verdad que había visto en él, y el calor floreció en su interior al verla.

Antes de que su sentido de la modestia pudiera protestar, el lord la estrechó entre sus brazos y la llevó hasta la cama, apartando las mantas para depositarla sobre las sábanas. El juego de los músculos duros contra su piel aumentó el calor en su interior. Insegura de cómo entregarse al marido que apenas conocía, dejó a un lado el pánico y lo miró fijamente, apoyándose en la única verdad en la que podía confiar.

El rojo brillante de la lujuria brillaba en él como ella esperaba, pero Katja se sorprendió al ver una cantidad igual de amarillo. No mentía cuando decía que se alegraba de tenerla. Su corazón latió un poco más deprisa. Tal vez podía confiar en él... en esto.

Calder se desabrochó el ancho cinturón de cuero, dejando su tartán y su zurrón en el suelo junto a su vestido. Rápidamente se quitó las botas, luego se acercó a ella y lentamente le desenrolló las medias, desabrochando la vaina, depositándola junto con la daga en el creciente montón de prendas. La opresión de su pecho se convirtió en un calor lánguido que encendió todos sus nervios mientras él besaba, lamía y mordisqueaba primero una pierna y luego la otra. Un intenso latido comenzó en su interior. Inquieta por las reacciones de su cuerpo, se escondió bajo la sábana y la manta. Contempló sus musculosas piernas y la parte delantera de su túnica, hinchada por la excitación. Un leve jadeo se le escapó mientras lo observaba con cautelosa fascinación.

Calder ralentizó sus movimientos, subiéndose tranquilamente a la cama. Soltó su agarre de la sábana, reprendiéndose a sí misma por actuar con cobardía. Era una Sinclair. Haría lo que

habían hecho generaciones de mujeres Sinclair. Por desgracia, sin su madre ni su abuela para aconsejarla, no estaba muy segura de lo que eso implicaba exactamente.

—No sé qué hacer. —El tono de la muchacha era quebradizo, pues trataba de ocultar el miedo y la expectación en su voz.

Calder le dedicó otra sonrisa -ella empezaba a esperarlas con impaciencia- antes de meterse con ella bajo el manto.

—Es vuestra primera vez. Vuestro trabajo es relajarnos y disfrutar todo lo que podáis. Sabes que la primera unión es dolorosa. —Su voz era tan suave y dulce como el mejor hidromiel. Los colores a su alrededor no cambiaron. El amarillo no se confundía con el marrón del engaño.

«Confía en él».

Katja asintió. Sabía que habría dolor y sangre, su sangre.

—Nos tomaremos nuestro tiempo. Primero quiero ofreceros un poco de placer. Quizá pueda aliviar un poco el escozor de hoy. —Se quitó la ropa con un rápido movimiento y se acomodó junto a ella.

Sus cálidas manos acariciaron sus brazos, haciendo que los finos cabellos se erizaran. Su boca volvió a encontrar la de ella, deslizándose, saboreando, acariciando. Su lengua recorrió sus labios y Katja se abrió para él. A medida que su beso se hacía más profundo, las manos de él acariciaban sus caderas, sus costillas y, una vez más, sus pechos. El cuerpo de ella se movió hacia arriba, como si tirara de una cuerda. Ella gimió en su boca. Los labios del lord se curvaron en una sonrisa.

Tras romper el beso, su boca se cerró primero sobre un pezón y luego sobre el otro. Sus calientes labios y su lengua tiraron y se contorsionaron, creando chispas que se encendieron en el bajo vientre de Katja, que fue acariciado suavemente, trazando círculos perezosos que descendían hasta la parte superior de sus muslos.

Le chupó los pechos hasta dejarla sin aliento, con el cuerpo fuera de control. Sus manos recorrieron las curvas de la espalda y los costados de él, deslizándose rápidamente con una urgencia que crecía en su interior. Quería más, más de su tacto, más de su sabor, más de su olor.

Cuando sus dedos se deslizaron hábilmente por los rizos entre sus piernas, la respiración de Katja se aceleró. Nunca antes nadie se había atrevido a tocarla de esa manera. Su caricia flotó sobre la piel de sus muslos. Sus caderas se movieron sin que ella lo pensara. Calder rozó la sensible piel una y otra vez, subiendo hasta tocar su centro.

—¡Mi señor! —Un medio grito de protesta salió de sus labios.

Calder levantó la cabeza por encima de sus pechos. Sus profundos ojos azules brillaban. La almohadilla callosa de su dedo, resbaladiza por la humedad de la mujer, rozó ligera y rítmicamente el nódulo de carne, encendiendo todo su cuerpo.

—Sí, eso es. Relajaos y disfrutad del placer que puedo proporcionaros.

Sus susurros de aliento la excitaban casi tanto como sus caricias.

El lord aumentó la velocidad para igualar el movimiento de sus caderas mientras ella se apretaba más contra su mano. Su cuerpo luchaba por seguir los enloquecedores movimientos de él. Katja se aferró a su cabello, enredando los dedos en las largas hebras. Sus piernas se flexionaron, arqueando las caderas en una última embestida mientras aspiraba aire en los pulmones. Gritó cuando una sensación vertiginosa se apoderó de ella y una oleada tras otra de placer la invadió. Tras unos instantes sin aliento, volvió a recostarse en la cama y sus pulmones volvieron a tomar aire. Su marido se cernía sobre ella, rozando la abertura de su cuerpo con el miembro erecto. Instintivamente, la mujer abrió más las piernas para facilitarle el acceso. La penetró un poco y su conciencia volvió al presente.

—Iré muy despacio para facilitaros el camino. —Sus ojos contenían una mezcla de deseo y preocupación apenas contenida, su voz era un gruñido grave.

Más allá del habla, Katja asintió con la cabeza y se aferró a sus caderas. Él había buscado el placer de ella antes que el suyo, ganándose aún más su confianza. El aroma de su excitación se mezclaba con el almizcle del lord, y ella se deleitaba en el tacto de su piel desnuda. Con cada cuidadosa caricia, su canal ardía al estirarse para acogerlo, hasta que por fin él se sumergió profundamente en ella. Con la mandíbula apretada, Katja se obligó a no gritar.

Calder se detuvo, completamente inmerso en ella, y los músculos de sus brazos temblaron bajo sus dedos. Su rostro se contorsionó y el sudor invadió su frente. Algo más cruzó su expresión, pero Katja estaba demasiado inmersa en el momento como para preguntarle.

—¿Estáis preparada, muchacha? —Su pregunta fue un ronco susurro. Calder no se movió, aunque el sudor cubrió su frente. Parecía que esperaba una respuesta de ella.

—Sí. —La palabra fue una súplica ahogada para que continuara, para que hiciera algo con el dolor de su cuerpo a medida que el dolor retrocedía. Katja se movió debajo de él, buscando alivio a la creciente tensión.

—Ah Katja, os sentís tan bien, tan apretada. Ahora sois mía, sólo mía.

La muchacha casi no reconocía su voz, grave y carrasposa por el placer. Levantó las caderas para recibir cada caricia, ignorando la sensación de ardor que la abrasaba de nuevo. Una sensación de expectación creció lentamente y un maullido retumbó en su garganta. Calder gimió y se estremeció sobre ella, y luego se calmó.

Mientras yacían entrelazados, ella dibujaba patrones sin sentido en la espalda de él, con los pensamientos dispersos mientras buscaba algo más allá de su alcance. Calder le dio un ligero beso en la mejilla y rodó hacia un lado. Katja apretó las piernas contra el persistente escozor y una peculiar sensación de pérdida.

—¿Tenéis algo que decirme, esposa?

CAPÍTULO 5

Los ojos de Katja se abrieron de golpe al oír el cambio en su voz: los tonos tranquilizadores de su amante sustituidos por la dureza de la sospecha. Estaba tumbado a su lado, aún bajo las sábanas, apoyando la cabeza en un codo, con un leve rastro de celos verde oscuro entrelazando el aura amarilla de la lujuria.

—¿Qué queréis decir? —El miedo a haber hecho algo mal duplicó su ritmo cardíaco. La incertidumbre se apoderó de su voz. No sabía nada de hacer el amor y se preguntaba si él expresaría ahora su descontento con ella. Después de ser una decepción para su padre durante toda su vida, debería haber sabido que su marido también encontraría defectos en ella.

—No eráis virgen.

Sus palabras le dolieron como una bofetada. Se incorporó como un rayo, aferrando la manta contra sí.

—¡Claro que era virgen! ¿Por qué hacéis una acusación tan terrible? —jadeó—.

El rostro del lord se suavizó. Sin una palabra de respuesta, se bajó de la cama y ella contempló su cuerpo delgado y desnudo. Se inclinó, recogió su camisa del suelo y se la ofreció. Sin saber a qué se refería, ella aceptó la prenda y se la colocó por encima de la cabeza antes de cogerle la mano para unirse a él junto a la cama.

Calder apartó la cálcedra, indicando la cama donde ella se había tumbado debajo de él.

«Sábanas blancas como la nieve».

Katja tapó su boca con una mano, pero no antes de que se le escapara un grito de horror. La mancha húmeda de su semilla era evidente, pero no había sangre. El pánico amenazó con robarle el juicio. ¿Cómo era posible que no hubiera sangre?

—Así es, mi señora. Como he dicho, ¿tenéis algo que queráis decirme? —Sus ojos se volvieron fríos.

—Os aseguro que no he estado con ningún hombre antes. Eres el primer hombre al que beso y mucho menos... —Katja encontró su voz. No terminó, sino que se limitó a señalar con un dedo tembloroso el punto del centro de la cama.

Calder se vistió mientras Katja se estremecía de horror. Era evidente que no le creía. ¿Qué le exigiría a su señor como satisfacción? ¿Qué le exigiría a ella?

—Sin sangre, no estoy seguro de cómo reaccionará vuestro padre. No quiero que os avergoncéis más. —Sus palabras eran tan informales como los movimientos que hacía para ceñir su tartán a las caderas.

—¿Qué has hecho con mi daga? —Un rayo de miedo la sacudió al considerar la respuesta del conde a su falta de virginidad. Sólo tardó un momento en decidirse. Llevó la mano a su pierna desnuda.

Su marido la miró tan inexpresivo como si le hubiera pedido la Piedra de Scone.

—Es mi sangre la que quiere, es mi sangre la que tendrá. —Inclinó la cabeza.

Calder recogió su puñal del revoltijo de faldas que había en el suelo. Entonces, después de colocar una pierna sobre la cálcedra, Katja contuvo un grito al hacerse un pequeño corte en la piel de la pantorrilla. La sangre brotó a la superficie y Katja la secó en la sábana húmeda. Luego se limpió la pierna y la cuchilla con agua del lavatorio de la mesa. Envolvió el corte con una tira de lino, envainó el arma y se la volvió a atar a la pierna.

—Vuestro honor está intacto. No mentiremos sobre que es mi sangre. —Le dirigió una

mirada tensa, con los temblores de la conmoción aún resonando.

Un golpe en la puerta interrumpió cualquier discusión. La puerta se abrió de golpe y apareció una cabeza llena de cabellos grises. Katja reconoció a su antigua curandera.

—Venid, Morag.

La anciana se deslizó por la puerta, seguida por el perro de Katja. Morag inclinó la cabeza ante Calder y se encontró con la mirada de Katja antes de echar un vistazo a las sábanas manchadas. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras se dedicaba a la tarea de preparar los zurroneos para el viaje.

—Morag. ¿Cómo es posible que llegara a mi lecho nupcial sin virginidad? —El miedo y la vergüenza chocaron en el pecho de Katja mientras luchaba por encontrar las palabras para formular una pregunta.

El calor inundó la parte superior de su cuerpo y agachó la cabeza para evitar unas palabras que no estaba segura de querer oír.

Con un silbido de aliento, su vieja curandera se encontró con la mirada de su protegida. La mirada interrogante que dirigió a las sábanas y de nuevo a ella fue inconfundible. Katja se levantó la camisa para que Morag pudiera verle la pierna vendada.

—Juro por mi vida que esta oveja llegó pura como el día en que nació. —La vieja bruja la miró con compasión antes de dirigir una mirada desafiante a MacGerry—. Es el montar a horcajadas lo que os quitó vuestra preciosa cabeza de doncella. Os advertí que podría haceros daño, pero sois demasiado terca para escuchar a la vieja Morag. —Se volvió hacia Katja—. No penséis que os han engañado, lord. Esta nunca se ha acercado a ningún hombre. Su padre amenazó de muerte a cualquier Sinclair que la tocara. Como herramienta de negociación, no toleraría la interferencia de ningún hombre. Cada pretendiente potencial ante el que la hizo trotar sólo se reunía con ella en el gran salón. Yo misma me aseguré de ello. —Señaló a Calder con un dedo huesudo y entrecerró los ojos—. Además, la mayoría de ellos eran tan viejos que no podían mantenerse en pie con la ayuda de un fuerte viento... si me entendéis. —Bufó. Se interpuso entre los dos, con los puños apoyados en las amplias caderas y los ojos endurecidos desafiando a MacGerry a discutir con ella.

Otra oleada de calor invadió a Katja y apartó la mirada de Morag y sus atrevidas palabras. Antes de que su mirada se posara en el suelo, vio que los labios de su marido se torcían en una sonrisa.

* * *

Calder reconoció que había sido aventajado. En realidad, no le importaba si ella había tenido un amante en el pasado o si había, en efecto, otra explicación. Ahora era su esposa, y todo lo que hubiera ocurrido antes de aquel día permanecería en el pasado. Desde luego, él no había sido un santo, así que podía disculpar la indiscreción de Katja si es que había ocurrido. Su relación amorosa superó todas sus expectativas, y desde luego estuvo muy lejos del frío lecho que había temido. Mientras ella le fuera fiel, no preveía quejas.

—Os creo, señora. Sus reacciones incluso a las caricias más suaves eran las de una inocente, no las de una mujer que hubiera probado la pasión antes. Si era virgen o no al principio del día, no lo es ahora. Es mi esposa, y estoy muy satisfecho con ella. —Levantó las manos en señal de rendición.

—Mi preciosa oveja es una dama bien nacida y será una buena esposa para vosotros. Sólo os pido que la tratéis con la amabilidad que rara vez conoció aquí. —Morag movió una vez su cabeza gris, aparentemente apaciguada de que él no rechazara a su ama.

Calder luchó por no sonreír ante la corpulenta defensora de Katja, haciendo una breve reverencia con lo que esperaba que pareciese una expresión adecuadamente solemne.

—Llevaré esto al conde. Trae sólo lo que puedas llevar en vuestro caballo, Katja. El resto será traído en carreta con las provisiones y las ovejas dentro de unos días. Partiremos dentro de una hora. —Recogiendo la sábana manchada en una mano, se dirigió a la puerta.

El lord ofreció a su esposa una sonrisa de seguridad y luego salió de la habitación. Una vez más, Calder se preguntó en qué demonios se había metido.

* * *

Katja terminó de preparar sus escasas posesiones mientras Morag se marchaba a realizar otras tareas. Dieciocho años de vida metidos en un cofre mediano. El hecho le pareció liberador, aunque con un punto de amargura. Agraviada por no tener más que mostrar por tanto tiempo en este lugar. Sin embargo, no estar atada a posesiones -a diferencia del deseo de su señor de amasar riquezas- le dio la libertad de entrar en su nueva vida sin vacilar.

«Una nueva vida».

Reflexionó sobre las palabras. Hasta el momento, su marido había demostrado ser apuesto, bien hablado y amable. El lugar secreto de su corazón palpitaba. El acto en sí había sido doloroso, abrupto.

El calor floreció en su vientre al recordar sus manos sobre ella. Acariciándola, lamiéndola, tocándola. Dándole la bienvenida a una nueva estación con él. El calor subió por sus mejillas y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

Un familiar cuadrado de lino yacía sobre la pila de ropa pulcramente doblada. Con bordes desgastados y campanillas desteñidas delicadamente bordadas en el centro, este trozo de lino y amor nunca dejaba de recordarle el tacto de los brazos de su madre sobre ella. La suave textura de la tela finamente tejida daba paso al hilo de seda en relieve de las flores.

Si cerraba los ojos y se concentraba, Katja podía imaginar el aroma de su madre en la tela. Después de diez años, su parte racional sabía que no quedaba ningún aroma. En cambio, la niña que llevaba dentro, que echaba desesperadamente de menos a su madre, que echaba de menos los brazos que una vez la abrazaron y los tiernos besos que le daban, seguía oliendo a campanillas.

Freki estaba tumbado cerca de la pequeña chimenea, con su enorme cabeza apoyada en sus grandes patas y unos ojos expresivos que seguían todos sus movimientos. Katja sonrió a la bestia.

—Hoy nos vamos para siempre, muchacho. Ahora tenemos un nuevo hogar, con nuevos lugares por descubrir. ¿Os habéis enterado? Voy a ser la nueva *lady* MacGerry. Creo que los MacGerry no estarán contentos de oír que la hija de Sinclair es su nueva señora. No les agradará en absoluto.

Freki gimió y movió ligeramente su cuerpo.

—Sí, y lo peor es que el hombre con el que me casé cree que llegué a nuestro lecho matrimonial sin ser casta. —Las palabras apuñalaron su corazón, dejando una dentellada tras de sí.

Cambiando su vestido por *trews*, túnica, botas altas y un jubón de cuero, Katja abrió la puerta para encontrar a Ranald y otro guardia esperando.

—¿Estáis lista, *lady* MacGerry?

La incertidumbre se desató en su interior al oír su nuevo título. Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que comenzaran los cotilleos en su nuevo hogar sobre las circunstancias de su vergonzosa boda.

* * *

Ranald entró en la habitación y cogió las árguenas de Katja. Al ver la espada envainada en un rincón, la cogió también.

—Ahora sois *lady* MacGerry, pero puede que haya quien no vea con buenos ojos que la hija del conde esté por encima de ellos. Mantened vuestras armas a mano, *milady*. Recordad nuestras lecciones y mantened a Freki cerca.

Katja asintió. Sabía que el matrimonio y un acuerdo de paz no borrarían de la noche a la mañana casi cien años de luchas. Tal vez la riqueza y las tierras que ella traía podrían facilitar el camino, aunque sólo fuera un poco. Si la pérdida de la familia de Calder resultaba ser típica de todos los MacGerry, se iría a la cama cada noche con un puñal en la mano.

—Es un regalo de bodas de Terric. Dice que este nuevo diseño funcionará a la perfección, sustituyendo a la daga de vuestra nuca. —Ranald le entregó un pequeño paquete mientras salían del torreón.

Katja desenvolvió la áspera tela de cáñamo y encontró una pequeña daga en su interior. Al igual que otras que le había regalado el viejo herrero, la había diseñado para sus manos. Su diseño plano la hacía fácil de lanzar con precisión. El escudo de los Sinclair estaba tallado en el mango de hueso, y el lema de su clan, «*Encomendad vuestro trabajo a Dios*», grabado en el otro lado. Sacudió la cabeza ante la ironía de las palabras.

Todos los trabajos en torno a Ruadhcreag se encomendaban exclusivamente a su lord. El Todopoderoso no recibía nada. Sus incansables esfuerzos por dirigir la casa de su padre seguirían siendo siempre ingratos. Pronto ocuparía cualquier puesto que le esperara en tierras de los MacGerry. Otra incógnita más sobre la situación en la que se encontraba. ¿Cuál sería el alcance de sus deberes, de su autoridad? Esperaría a que su nuevo lord y marido se lo dijeran. Sacó el puñal que llevaba en la funda oculta en la nuca y lo sustituyó por el último regalo del herrero. El viejo puñal se unió a los otros que llevaba sobre las botas.

Patrik y Christer se reunieron con ella a las puertas del gran salón y le abrieron los brazos.

—Sed feliz, hermana. Os lo merecéis. —Patrik le dio un beso en la mejilla ilesa y la apretó suavemente.

—Sí, os lo merecéis. Ya es hora de que forméis vuestra propia familia. Espero convertirme en tío el próximo verano. Nos dará una excusa para venir de visita y saber que todos estáis bien. Si algo sucede, avisadme y acudiremos. Prometedme que nos escribiréis para contarnos cómo os va. —Christer la cogió por los hombros, asegurándose de que lo miraba.

—Os lo prometo. Yo también os deseo que seáis felices, aunque no sé cómo podréis serlo si os quedáis aquí. —Katja se sonrojó ante la idea de convertirse en madre, pero se emocionó ante la idea de tener a alguien que la cuidara y amara a cambio. Sonrió y asintió.

—Tendré un trabajo constante manteniendo a este idiota alejado de los problemas y de las chicas de la cocina. —Christer sujetó a Patrik por el cuello y le frotó la cabeza con los nudillos.

Sin duda era su intención. Sin embargo, le esperaba la despedida más difícil. Morag se reunió con ella delante de los establos retorciéndose las manos, con la angustia invadiendo sus facciones.

—*Milady*, ¿estáis segura de que no deseáis que os acompañe?

—No. Vuestro lugar está con Edeena y Ranald. Os necesitan, y los niños necesitan a su abuela. —El conflicto y las lágrimas de su vieja curandera tiraron del corazón de Katja.

—He cuidado de vosotros todos los días que habéis respirado. ¿Qué haré sin ti, mi corderito? —Morag la abrazó con fuerza mientras le hablaba con voz espesa.

—Estaré bien. Tenéis mucho en lo que ocuparos. —Katja forzó la confianza en su voz por

lo que se vio obligada a contener las lágrimas que amenazaban con invadirla, sabiendo que una vez que cediera, no habría forma de detener el flujo.

Katja apartó la mirada para recuperar la compostura y tragó saliva. Notó que Calder comprobaba la montura de su caballo mientras se aseguraba las árguenas. Le dirigió una mirada tan compasiva que su corazón se detuvo. Rara vez había visto una expresión semejante en la gente de Ruadhcreag, y sólo ocasionalmente en sus hermanos. Nunca de un enemigo. Ya no sólo de un enemigo... sino de su marido enemigo.

Calder se acercó a su caballo y le quitó sus cosas a Ranald, compartiendo unas breves palabras que ella no pudo oír. Su nuevo marido aseguró sus pertenencias y luego le ofreció la mano a Katja. Con un último beso en la frágil mejilla de Morag, se acercó a él y aceptó su ofrecimiento, permitiéndole que la ayudara a subir a la silla de montar. Formando fila con el resto de los hombres MacGerry, se permitió una última mirada por encima del hombro. Aunque ansiaba librarse del miedo y el desprecio diarios que sufría por parte de su señor, Ruadhcreag era el único hogar que conocía. La pérdida y la nostalgia chocaban con el miedo a lo desconocido. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero las ahogó antes de que alguien se diera cuenta de su debilidad. Si iba a ser su amante, no podía permitir que esos hombres la consideraran cobarde. Había sido su enemiga durante demasiado tiempo.

Durante unos pocos segundos, un hombre MacGerry la miraba. Con cada mirada hirviente, Katja se refugiaba más en su interior, cubriéndose la cabeza con la capucha de su capa. Sospechaba que su lord y tal vez su dote eran lo único que les impedía dar rienda suelta a su ira. A pesar de ser la esposa de su lord, nunca dejaría de ser la hija de su adversario de toda la vida. Intentó ignorar el odio que desprendían. La hostilidad espesaba el aire a su alrededor, sofocándola hasta que se obligó a respirar despacio, protegiéndose de los que la rodeaban.

* * *

En cuanto le entregó la sábana ensangrentada al conde, Calder sintió deseos de alejarse de aquel repugnante hombre. Echando un último vistazo a la sábana, Calder volvió a preguntarse si su novia decía la verdad sobre su castidad. Cada palabra que pronunciaba, cada reacción que tenía al hacer el amor de él apoyaba su afirmación.

Incluso la explicación de su antigua curandera tenía sentido. Ya había oído antes esa advertencia en particular. ¿Cuántas veces había regañado su abuela a Torri por lo mismo? Por suerte, poseía el suficiente ingenio como para no darle más importancia. Como él decía, ya era cosa del pasado. No había que darle más vueltas. Seguirían adelante.

¿Pero hacia dónde?

El moratón que le había salido en la cara le recordaba su papel de cómplice. ¿Qué creerían los MacGerry de su nueva señora?

Había pasado menos de una hora desde que la tuvo en sus brazos, pero ver su esbelta figura vestida de hombre despertó su deseo. Suspiró. Necesitaría tiempo para que el dolor de su cuerpo y el de su corazón disminuyeran antes de que volvieran a unirse.

La llorosa despedida de la anciana le hizo sentir compasión. Sabía lo que significaba la pérdida. Katja no llevaría a nadie a su nuevo hogar. Nadie excepto su pequeña bestia, que permanecía obediente junto a su caballo. Los dos animales se olisqueaban y se daban codazos como viejos amigos. Fue entonces cuando Calder se dio cuenta de que, fuera donde fuera, los ojos del monstruo de color óxido no se apartaban de ella. Su mirada se hacía más intensa, su cuerpo más tenso cuanto más se alejaba de él. Incluso con su castrado mordisqueándole juguetonamente las orejas y el pelaje, la mirada de Freki nunca se apartó.

—Viajaremos hasta el anochecer, luego acamparemos y llegaremos a casa al mediodía del día siguiente. —Calder hizo un gesto para que se marcharan.

Con un gesto suyo, los hombres se agruparon alrededor de su montura, un jinete a cada lado. Dejaron espacio suficiente a su perro para que corriera a su lado, mientras sus caballos sacudían la cabeza y golpeaban los cascos en señal de desconfianza hacia la gran bestia.

Llegaron a la cima de una colina y Calder vio a Katja secándose unas lágrimas mientras se giraba para echar una última mirada atrás. Su valor seguía impresionándole. Sospechaba que la mayoría de las mujeres que abandonaban su hogar para instalarse en un clan enemigo llorarían y se lamentarían sin cesar. Con un escalofrío, elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento por la paciencia de Katja.

Calder observó a su novia y su ojo entrenado se dio cuenta de que estaba casi erizada de espadas. Contó los dos puñales que llevaba en el cinturón, los tres que llevaba en las botas y uno que había deslizado bajo la trenza de la nuca. Habría permanecido oculta si no la hubiera visto colocarla allí.

Por la forma en que la tela se amontonaba en su brazo izquierdo, sospechó que había una séptima en una vaina sujeta a su antebrazo. Si añadimos la espada atada al lomo de su caballo y el arco curvo en su funda de cuero, estaba mejor armada que él y sus hombres. Eso sin contar el gran montón de pieles y colmillos que llevaba a su lado. Si tenía las habilidades que había sugerido el capitán del Sinclair, con las armas que llevaba, no debía preocuparse por su seguridad en Fairetur.

CAPÍTULO 6

Los jinetes se detuvieron en Loch Beaggorm, en el límite de las tierras de MacGerry, para acampar antes del anochecer. Algunos cuidaban de los caballos mientras otros recogían leña para el fuego. Katja se afanaba en desensillar a su caballo.

—Es un caballo precioso. ¿Cómo se llama?

Los pequeños vellos de la nuca de Katja se erizaron al oír la voz de Calder detrás de ella.

—Skündi, que significa «veloz» en *norn*. —Jugueteó con la cincha, demorándose en sus quehaceres, reacia a mostrar que su unión -y las últimas horas en la silla de montar- la habían dejado dolorida. Insegura de poder caminar sin tambalearse como una borracha, se tomó su tiempo para permitir que la sensibilidad se aliviara. No quería avergonzarse dando a los hombres una razón para reírse de su incomodidad. Tampoco deseaba revelar sus defectos a su nuevo marido.

—Tengo hombres que cuidarán de vuestra montura, Katja. —Calder puso su mano sobre la de ella cuando ésta se acercó para quitar la silla de montar del lomo de Skündi.

—Gracias, lord, pero prefiero cuidar de mi propio caballo.

—Aceptasteis llamarme Calder. —Soltó un suspiro.

—A menos que recibamos visitas importantes, siempre seré Calder para vos.

—Sí, pero hacerlo delante de vuestros hombres sería de mala educación.

—A menos que recibamos visitas importantes, siempre seré Calder para vosotros. Como vuestro marido, me ocuparé de vuestras necesidades.

Katja asintió, aunque le suplicó con la mirada que cediera en este caso. Con una sonrisa, le apretó la mano y se dirigió hacia sus hombres. Se quedó sin aliento cuando el calor de su tacto y la calidez de su sonrisa le trajeron recuerdos de cuando hacían el amor, antes de que él consumara su unión. Su corazón se aceleró al preguntarse si él volvería a acercarse a ella esta noche. No estaba segura de poder soportar otro encuentro tan pronto. Las horas en la silla de montar no habían sido buenas para su tierna carne. A continuación, ató su caballo al de los demás y se acercó con cautela al grupo, consciente de las miradas resentidas que la acechaban. Su animosidad se hacía cada vez mayor, amenazando con ahogarla de nuevo. Extendió una manta de lana en el suelo fuera del círculo, cerca de un árbol caído. Había dejado a propósito su tartán de Sinclair y su alfiler en Ruadhcreag con Morag, segura de que tal recordatorio de su herencia no le haría ganarse los favores de su nuevo clan.

Freki permaneció a su lado mientras buscaba algo que hacer. Los hombres trabajaban en silencio, cada uno con una tarea prescrita, pero ella no tenía ningún trabajo asignado. Recogió algunas ramas caídas y las colocó junto a las que ya yacían junto a la hoguera recién cavada.

Finn, el hombre al que conocía como el tío de Calder, le tendió trozos de pan y queso con una sonrisa y un brillo juguetón en los ojos. Aparte de Calder, era el único MacGerry del que no percibía sentimientos hostiles. Su aura azul y firme reflejaba su naturaleza relajada.

—Aquí tiene, *milady*. No es una gran comida, pero hará que no os suene la barriga.

Ella lo aceptó con un tímido gesto de agradecimiento. Finn regresó al fuego con su peculiar paso de piernas arqueadas. Katja se acomodó en un árbol caído, sin perder de vista a los que tenía delante. Freki le dio un codazo en la mano con mirada expectante. Detestaba estar sin su protección, aunque fuera unos minutos, pero él también necesitaba comer.

—Freki, *henta*. —Pasó el brazo por encima de su cuerpo y señaló en dirección al bosque.

Con las orejas alerta, exploró la zona y olfateó el suelo antes de adentrarse en la oscuridad.

Todos los ojos le observaron alejarse.

—¿Qué le habéis mandado hacer, *milady*? —Finn expresó lo que todos claramente se preguntaban.

—Lo envié a cazar su cena. Volverá dentro de un rato. —Katja no levantó la vista por miedo a lo que vería ahora que su protector ya no estaba sentado a su lado. Sacó un puñal de su cinturón y lo utilizó para cortar el queso duro y reforzar su confianza. El tiempo que faltaba para el regreso de Freki parecía una eternidad.

Se dejó caer sobre la manta y se envolvió con la capa. Freki se acomodó a su lado con un resoplido de satisfacción. Ella se arrellanó contra su cuerpo cálido y su pelaje enjuto, sin más deseo que rendirse al sueño después de un día que le había cambiado la vida.

Lady Katja Sinclair ya no existía. Aunque nunca había sido feliz, al menos conocía su papel, conocía a los que la rodeaban y sabía lo que le depararía cada día. Ahora ocupaba su piel un extraño con el que apenas podía entenderse. En pocas horas, había experimentado la pasión en su máxima expresión y la humillación en su máxima expresión. Y lo que es más importante, poseía un nuevo título, un nuevo marido y un nuevo clan.

Bastante ocupada con el remolino de pensamientos que se agolpaban en su mente, trató de no escuchar las conversaciones en torno al fuego. Oír en voz alta el desprecio que había observado e intuido durante todo el día no le atraía.

* * *

—¿Queréis invitar a vuestra nueva esposa a un poco del agua de la vida? —Finn le dio el odre de whisky a Calder mientras se sentaban junto al fuego.

—No. Dejadla dormir si puede. Ha lidiado con más de lo que una muchacha debería en un día.

—Sí, y sin una palabra de queja ni lágrimas. Nunca supe que un Sinclair fuera valiente sin la ventaja del número. Este parece tener una medida completa y algo más. Tal vez sus mujeres son más feroces que sus hombres.

Las risas retumbaban por lo bajo.

—Es muy bonita, aunque lleva más espadas que un calderero. ¿Creéis que sabe manejar un puñal? —Finn ladeó la cabeza.

Calder vio la picardía en los ojos de Finn ahora que había bebido más de un par de tragos del odre que se pasaban. Le gustaba apuntar a su sobrino favorito o a alguna otra pobre alma. A Calder no le importaban las burlas, pero no tenía intención de dejar que su novia sufriera más faltas de respeto, fueran o no de buen carácter.

—El hombre de Sinclair dice que sí. Dice que la entrenó junto con sus hermanos desde pequeños. Por lo que cuenta, también es buena con el arco, y ella misma entrenó al caballo y al perro.

—Hablando de su bruto peludo, parece que se ha puesto de vuestro lado de la manta, mi lord.

Siguieron más risas hasta que Calder les hizo un gesto para que se callasen. Tenía que admitir que verla tumbada y acurrucada junto a su enorme guardián le provocaba un poco de celos. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que ella deseara tumbarse a su lado en busca de protección y calor?

—Lord, ¿qué hay de su cara? Era todo lo que podíamos hacer para contener nuestras lenguas cada vez que la mirábamos. Los muchachos y yo con gusto cabalgaremos de vuelta y le

daremos una lección a ese bastardo. Sólo tenéis que ordenarlo.

Un lado de la boca de Calder se inclinó hacia arriba ante la oferta. A pesar de ser la hija del conde, una Sinclair, sus hombres estaban dispuestos a defenderla después de haber estado cerca de ella sólo un día. Era una buena señal. Por supuesto, Quinn siempre fue un poco terco.

—No será necesario. Recordad, acordamos la paz. Lo peor ya ha pasado. Nos esforzaremos por mostrarle cómo los verdaderos escoceses tratan a una muchacha, especialmente a una noble. Prefiero mirar al mañana, cuando presentemos a todos a la nueva *lady* MacGerry, y la razón por la que no moriremos de hambre este invierno.

Sus palabras hicieron reflexionar a todos. Los hombres asintieron con más de una mirada de agradecimiento dirigida hacia la forma ahora dormida de Katja. Aunque se alegraba de que estos hombres lo vieran como él, Calder dudaba que el resto del clan recibiera a su nueva esposa con la misma facilidad.

* * *

Katja se despertó cuando los primeros rayos de un nuevo amanecer rosaban el cielo. Estiró las piernas. El dolor que sentía entre ellas y en los muslos y las pantorrillas le recordaba las actividades del día anterior. Aunque no tan mal como el día anterior, sabía que otro medio día en la silla de montar no ayudaría. Sobresaltada, se dio cuenta de que sus compañeros ya estaban en pie, algunos preparando los caballos y otros levantando el campamento.

Una torta de avena y un odre de agua estaban sobre la manta a su lado. Mirándola como si nunca hubiera visto un *bannock* de avena, Katja trató de recordar a algún hombre que le hubiera traído la comida. Una extraña sensación se apoderó de su pecho cuando cogió la torta de avena aún caliente.

¿Cómo había podido dormir con los ruidos de su actividad? Había oído rumores de que los MacGerry se movían como sombras, sin hacer ruido ni dejar rastro en sus incursiones. Parecía que era más que un rumor. Con gestos de las manos y asentimientos, se movían juntos, utilizando sólo la comunicación silenciosa.

La hierba sin marcas y cargada de rocío junto a su manta declaraba que Calder había dormido en otro lugar. Aunque había elegido un lugar alejado de los hombres, se preguntaba si él descansaría con ella. Un destello de memoria se agitó en su vientre, recordándole el placer que él le había proporcionado antes de tomar el suyo. Tal vez ella podría ignorar el incómodo estiramiento y el ardor si él atendía primero a sus necesidades.

La idea la excitó y la avergonzó a la vez. ¿Cómo podía desear que la tocara después de pasar tan poco tiempo entre sus brazos? Privada de afecto desde que murió su abuela, tal vez él despertara un hambre de piel que ella no sabía que existía.

Los pensamientos de Katja se volvieron amargos. Con el acuerdo de paz firmemente en la mano, junto con su dote, ya no necesitaba preocuparse por una esposa mancillada. ¿Insistiría en que siguieran siendo extraños como sus padres, relacionándose sólo cuando fuera necesario? Un hombre tan guapo como él probablemente tenía una chica MacGerry cerca para saciar su lujuria. Ella ya no sería necesaria hasta que él quisiera un heredero. Sacudió la cabeza para despejarla de ideas tan oscuras y de la desesperación que amenazaba con abrumarla. No serviría de nada preocuparse por lo que pudiera pasar. Afrontaría cada día como viniera.

Katja se levantó, temblando de frío, notando que su aliento empañaba el aire. Se acercó rígida al estanque y se ocupó de sus necesidades matutinas, palpándose la piel sensible alrededor del ojo y la mejilla, preguntándose qué mal aspecto tenía.

—¿Qué aspecto tengo esta mañana, Freki? —Se giró, dándole una buena vista del lado

izquierdo de su cara.

El animal ladeó la cabeza y gimoteó.

—Mal, ¿eh? Me lo temía.

Con un suspiro, decidió que no había nada que hacer. Se presentaría al clan MacGerry con la marca del disgusto de su señor. Se colocó una camisa limpia y un vestido verde claro de lana gruesa antes de volver al campamento para doblar la manta y preparar el caballo. Cuando se acercó al grupo, volvieron las miradas duras, aunque cada hombre se tocó la frente con respeto. Inclino la cabeza en respuesta, sin saber qué más hacer. Arrugó el ceño al preguntarse qué significarían esas dos acciones contradictorias. Un rojo turbio se mezclaba con un aura verde claro alrededor de los hombres. ¿Ira y aversión unidas a lástima por lo que tendría que afrontar como forastera? Katja levantó la barbilla y se dirigió a su caballo.

De nuevo, Calder estaba de pie, esperando para ayudarla a montar.

—¿Cómo habéis dormido, Katja?

El calor de su mano y el retumbar de su profunda voz la invitaron a rodearle el cuello con los brazos y darle uno de esos besos con los que había soñado la noche anterior. Un beso que, sin duda, él compartía libremente con otras muchachas, aunque aparentemente no veía razón alguna para regalárselos a su nueva esposa. La idea le revolvió el estómago, amenazando la torta de avena que había comido antes, y dejó pasar la idea de besarlo.

—Bien, mi lord... Calder, ¿y vos? —Su mirada se enredó con la de Calder, haciéndola sentir como una cierva atrapada por la mirada de un lobo hambriento. Su arrebato de ira se desvaneció mientras un cálido cosquilleo se extendía por su cuerpo, centrándose en el lugar más dolorido.

La atenta mirada del lord le recordaba a la de los hombres de su padre cuando observaban a las sirvientas. Su hambre desnuda hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Su corazón latía con una cadencia lenta y espesa.

—Sí, bastante bien. —Le dirigió una mirada penetrante—. ¿Hoy no hay *trews*?

La pregunta la cogió por sorpresa. Inclino la cabeza para estudiar sus facciones, asombrada por la cualidad juguetona evidente en su media sonrisa. El brillo de sus ojos.

—¿Estáis jugando conmigo?

—Sí, lo hago. A pesar de lo mucho que me gusta veros con *trews*, hoy estáis muy bonita. No os enfadéis. El clan sabe que traigo a casa una novia Sinclair con una dote que les llenará la barriga a todos en este invierno. Esperarán su turno para besaros la mano en agradecimiento. — Sus labios se entreabrieron, mostrando una blanca dentadura.

—¿Incluso cuando descubran que soy la hija del conde? Katja arqueó una ceja.

—Deberíais saber que esta disputa no ha dejado indemne a ningún MacGerry. Todos han perdido a seres queridos. Pero todos saben que una hija no tiene nada que ver con las decisiones de su padre. Algunos pueden odiaros y mantenerse alejados de vosotros, pero el clan sabrá el sacrificio que hicisteis por ellos. Será un periodo de adaptación, pero sois su nueva señora.

—El brillo alegre de los ojos de Calder se desvaneció un poco.

Katja dejó que sus palabras resonaran. Era como ella pensaba. Su clan perdió más de lo que jamás hubiera imaginado. Ciertamente, más que el suyo propio en términos de vidas. Sin embargo, el hombre debía estar loco si pensaba que harían cola para darle las gracias. Un vientre lleno y tierras fértiles eran un pobre intercambio por la vida de un padre o un hermano. Un pobre intercambio, de hecho. Aun así, no podía evitar estar agradecida por su respeto y cuidado. Dada su ausencia a su lado la noche anterior, se había preguntado cuáles eran sus intenciones.

—Si no os importa demasiado, preferiría no asumir el cargo de señora de inmediato. Creo

que es mejor trabajar un poco entre las mujeres mientras aprendo sus costumbres y me gano su respeto. —Se preguntó si se enfadaría con ella por elegir un camino distinto al que él deseaba.

Calder le inclinó la barbilla con los dedos y le rozó el labio inferior con el pulgar. La áspera y suave yema rozó la sensible piel, haciendo que sus rodillas flaquearan y su respiración se entrecortara. Quería ronronear por la sensación y envolverse en él, aunque una parte de ella seguía desconfiando de sus intenciones.

—Sí, es una buena estrategia. Infiltrarse en el enemigo antes de tomar el control. Parece que tengo que estudiar vuestras tácticas. —Le guiñó un ojo, la subió a la silla y le dio un suave apretón en el trasero.

Katja se quedó boquiabierta. La forma provocativa en que le rozó los labios y la tocó, junto con la burla que hizo de su súplica, la dejaron sin aliento. A pesar del dolor, su cuerpo deseaba que la tocara de nuevo. Nunca se lo había pensado dos veces antes, pero una mirada y una caricia de éste la dejaron hambrienta.

«Ahora me pertenece».

El pensamiento resonó en su corazón con gran fuerza. Atrapada en el grupo de jinetes, se vio arrastrada por los hombres y los caballos con la misma seguridad con la que Calder arrastró sus emociones con sus caricias y sus juegos. Cuando la inmediata punzada de anhelo se calmó, se dio cuenta de que tendría que guardarse el corazón. No era difícil imaginarse a sí misma persiguiendo a aquel hombre como un niño persigue golosinas. Sin embargo, el peligro de otorgarle tal poder sobre ella se cernía como una auténtica amenaza. Se estremeció ante la desagradable idea de que un hombre pudiera controlar su corazón. No quería acabar como su madre, amando a un hombre que la trataba como a cualquier otra posesión. Una posesión despreciada, además.

Katja volvió su atención a la tierra, disfrutando de los colores otoñales mientras viajaban hacia el este. El fresco olor del cambio de estación flotaba en el aire. Sólo quedaban unas semanas antes de que la nieve anunciara la llegada del invierno. Pensó en todas las cosas que quedaban por hacer para preparar a Ruadhcreag para los duros días que se avecinaban. Sabiendo que los MacGerry no estaban tan preparados, se preguntó qué quedaba por hacer en Fairetur.

—Oh, mi esposa me recibirá con los brazos abiertos. —Un hombre pelirrojo que le habían presentado como Quinn se golpeó el pecho.

—Sólo porque necesita vuestra ayuda con las seis crías que le habéis dado —replicó Finn. Los hombres rugieron de agradecimiento.

Con cada tramo recorrido, los demás caballos y jinetes se mostraban más tranquilos pero ansiosos por llegar a casa. No se había dado cuenta de lo difíciles que habían sido para ellos los dos últimos días. Estar alojados tras las murallas de su enemigo, ampliamente superados en número, debía de ser angustioso.

Tras tragar una dosis de culpa, Katja se dio cuenta de que sus pensamientos se habían detenido egoístamente en sus propios problemas. El papel de señora exigía anteponer las necesidades de su nuevo clan a su propio malestar e incertidumbre. Dos cualidades que poseía en abundancia, y con razón.

* * *

Hacia el mediodía, se divisaba un torreón fortificado. Katja sintió una combinación de curiosidad y temor al ver la gran estructura rectangular con torres en dos esquinas en lo alto de la colina que dominaba el valle y el río cercano. Su altura y ubicación daban a los MacGerry la ventaja de ver kilómetros de colinas y valles desde todas las direcciones. Los muros que

rodeaban la fortaleza no eran tan altos como los de Ruadhcreag, pero parecían gruesos y eficaces. Un único rastrillo y una robusta puerta de madera recubierta de hierro se interponían entre los habitantes del torreón y sus enemigos.

A medida que se acercaban, Katja observó que había muchas granjas vacías en diversos estados de deterioro. Incluso las ocupadas parecían estar en mal estado. Por cada campo cultivado que pasaban, al menos dos estaban en barbecho. Las pocas personas que trabajaban fuera saludaron con entusiasmo a su grupo y se apresuraron hacia el torreón. Había el doble de mujeres y niños que de hombres trabajando fuera. ¿Los hombres cazaban o trabajaban en otra parte?

El sonido de las gaitas se elevó desde el torreón, interpretando una emocionante canción de victoria. Cuando entraron por la puerta, una multitud los recibió en el patio. Vio a un anciano en lo alto de la escalinata, con una gaita en la mano, que llenaba el aire con la cadenciosa música del triunfo.

La multitud rodeó a Calder, metiéndolo en el torreón como un héroe conquistador, separándolo de ella y llevandoselo en una marea de emoción. Desconcertada ante la visión de tan alegre regreso a casa, pasaron unos minutos antes de que Katja se diera cuenta de que seguía montada y sola. Miró hacia abajo y vio a un muchacho de no más de doce años que la miraba con curiosidad y un ojo nervioso puesto en su perro.

—¿Necesitáis ayuda, *milady*? —Habló despacio, como si le preocupara que fuera simple, mirándola a ella y de nuevo hacia su compañera.

—Se llama Freki. No os hará daño.

—Gracias por cuidar de mi caballo. —Se bajó de la silla, sonrió y puso las riendas en manos del muchacho. Frotó la nariz de Skündi con cariño. Este la acarició con el hocico, y un ligero bufido le calentó el costado del cuello.

—Sí, *milady*. Lo trataré como si fuera su madre. —El muchacho sonrió ampliamente, mostrando sus torcidos dientes.

—Dadme la mano. ¿Cuál es vuestro nombre? —Katja le tendió la mano.

El muchacho puso tímidamente la mano en la suya. Freki se adelantó para olisquear los dedos del muchacho, y un rápido lametón con su lengua rosada borró la expresión preocupada del muchacho.

—Soy Jamie, *milady*. ¿Sois la nueva esposa del lord, *milady*?

—Sí Jamie, soy la nueva esposa del lord. Es un placer conoceros. —Le dio una palmadita en el hombro. Jamie apartó la mirada de Freki, con los ojos muy abiertos por la emoción.

—¡Es el perro más grande que he visto!

—¡Jamie! ¡Dejad de molestar a la señora y ocupaos de su caballo!

—Lo siento, *milady*, pero Jamie habla más de lo que trabaja. —Un anciano cojo hizo señas desde la entrada de los establos, se quitó el sombrero y se inclinó rígidamente. La preocupación iluminó sus ojos y volvió a inclinarse.

—No se moleste, señor. Sólo está siendo amable. ¿Y vuestro nombre? —Katja intentó tranquilizarlo con una pequeña sonrisa.

—Titus, *milady*. Como el de la Biblia. —Hizo una tercera reverencia.

—Es un placer conoceros. —Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que quedaba poca gente en el patio y que las puertas de la sala se habían cerrado tras su marido y los regocijados MacGerry. Cogió sus árguenas y se dirigió a la puerta, con Freki a su lado. Pasó una mano por su áspero pelaje en señal de confianza y abrió la puerta. Entró en la sala, el olor a comida y los sonidos de la celebración se elevaban a su alrededor. Una multitud rodeaba a Calder. Era más

alto que los demás y ella reconoció al instante su cabello oscuro. Sintiendo abandonada, se quedó atrás, insegura de su entorno y de lo que debía hacer. Al cabo de unos instantes, se reprendió a sí misma por su timidez. Era la hija de Elke Reginulfsdotter, descendiente de guerreros, entrenada para ser doncella escudera. Sin ella no habría celebración. Alisándose el vestido, se acercó a la multitud.

Con la cabeza alta, se acercó a Freki, que caminaba a su lado. Unas cuantas personas las vieron y la dejaron entrar en la multitud, dándole distancia suficiente para escoltarla. Katja se detuvo a unos metros de los hombres que estrechaban la mano de su marido y le daban palmadas en la espalda, esperando a que él la reconociera. Una mujer pechugona de cabello rojo oscuro se lanzó a los brazos de Calder.

—Calder, os he echado de menos. Mi cama ha estado fría sin vosotros. —Apretada contra él, con sus amplios pechos amenazando con salirse del bajo cuello de su vestido, le plantó un beso en la mejilla.

Katja se quedó estupefacta y las bolsas se le escaparon de los dedos. Sonaron unas carcajadas y la asquerosa muchacha lanzó una mirada cómplice a Katja mientras se frotaba contra el hombro de Calder.

—Cuando hayáis bebido hasta hartaros, me ocuparé de que os bañéis y de daros una buena bienvenida esta noche. —La mujer se volvió y reclamó los labios de Calder. Las miradas se clavaron en Katja, y esta vez no hubo risas tras las descaradas palabras de la mujer.

El segundo beso sacó a Katja de su sorpresa, encendiéndola de ira. Aunque Calder no parecía participar activamente, no hizo nada para apartar a la mujerzuela. Ya era bastante malo que la dejaran fuera como si fuera una carga innecesaria. Soportar ser deshonrada por la amante de su marido delante del clan era más que demasiado.

¿Cómo podía pensar que Calder era diferente a cualquier otro hombre que conociera? Los hombres podían encubrir sus intenciones tras alguna que otra palabra bonita o alguna que otra acción amable, pero ella poseía la capacidad de ver que todos ellos se dejaban llevar por sus necesidades más bajas. En menos de dos días su marido demostró no ser diferente. Giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Una pequeña mano la interceptó, enroscándose alrededor de su brazo. Una muchacha unos años más joven que ella, de cabello castaño oscuro, la miraba con ojos de un azul intenso.

—Por favor, no dejéis que el estúpido de mi hermano os moleste. A Lorna le gusta montar una escena, fingiendo ser más de lo que es. Soy Torri, vuestra nueva hermana.

Katja vio al instante el parecido con Calder. Cepilló sus faldas en un esfuerzo por librarlas del polvo del viaje, tomándose un momento para calmar su ira. Una anciana de cabello blanco se acercó con una sonrisa de bienvenida. Unos ojos penetrantes la evaluaron de arriba abajo con un movimiento lento. Otro par de ojos azules MacGerry.

—Vos sois la nueva y bella esposa de mi tonto nieto. Soy Beitris. Debéis estar cansada y hambrienta de vuestros viajes. Venid. Pediré un baño mientras coméis.

Katja respiró hondo. No podía volver a montarse en Skündi y cabalgar de vuelta a Ruadhcreag. Sin otra opción, Katja les dio un brazo a cada una mientras subían las escaleras. Al detenerse en una puerta del cuarto piso, entraron en una gran habitación desprovista de decoración. Una pequeña mesa y sillas, una cama grande y dos cofres completaban el escaso mobiliario. Una pequeña puerta en un extremo de la habitación y una chimenea con una espada de arcilla bien gastada colgada sobre ella eran los únicos elementos destacables. Claramente, era la habitación de un hombre. Vio sus cosas sobre la cama.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Katja, sabiendo la respuesta más probable.

—Es la habitación del lord, ahora, *lady*... —Beitris esperó a que dijera el nombre, con el ceño fruncido.

—Por favor, perdonadme, señora. Mi nombre es Katja, y él es Freki. —Una oleada de vergüenza la invadió por hablar tan bruscamente.

—Por favor, ¿no hay otra habitación? No puedo quedarme aquí. El lord es un extraño para mí, y basándome en lo que he visto abajo, no me siento cómoda durmiendo aquí. —Hizo una reverencia a la anciana, que asintió con la cabeza.

—Como deseéis. —Beitris inclinó ligeramente la cabeza, con una extraña sonrisa en los labios.

Katja cogió sus árguenas y se retiraron a una modesta habitación. Con una cama de la mitad de tamaño que la del lord y dos sillas más pequeñas frente a la chimenea, se adaptaría a sus necesidades. Sólo las suyas.

* * *

Calder supo desde el momento en que Lorna le sorprendió que su intención era crear problemas. La inesperada bienvenida y los abrumadores elogios del clan le robaron la cordura el tiempo suficiente para olvidarse temporalmente de su novia. Lo alababan como a un héroe, pero en realidad Katja merecía su gratitud. La vio entrar en la sala.

El destello de ira iluminó a su nueva esposa como un faro en la costa cuando Lorna le besó. Era una cosa más que enmendar, una cosa más que reparar si querían tener un matrimonio de verdad y no sólo de nombre.

—Lorna, insultaste a mi esposa, vuestra señora. —Cogiendo a la alborotadora muchacha por los hombros, la apartó bruscamente de él. Dejó que sus palabras desahogaran la frustración reprimida de los dos últimos días. Todas las personas callaron ante su castigo, todos los ojos se centraron en él.

—No os sorprendáis si os pone en la picota u os azota por un acto tan presuntuoso. Sea cual sea su juicio, sabed que lo apoyaré. Dejaréis de tratarme con familiaridad y sólo usaréis mi título, si es que me habláis.

Calder nunca había reprendido a alguien tan a fondo, tan públicamente, pero su insulto lo exigía. Con el lío que ya había montado, no necesitaba la ayuda de nadie para empeorar las cosas. Necesitaba dar a conocer sus expectativas sobre cómo su gente trataría a su esposa. Se enfrentaría a cualquier falta de respeto con rapidez y dureza.

Los ojos de Lorna llameaban furiosamente y luego se entrecerraban, con las facciones contraídas por el desafío. Mirando alrededor de la sala, estaba claro que todos esperaban su respuesta. Hizo una reverencia superficial y dio media vuelta, dirigiéndose a la cocina.

La celebración continuó, aunque notablemente contenida. Calder pasó una mano por su cabello, sintiendo el peso de los últimos dos días. Por suerte, Torri y su abuela habían interceptado a Katja y la habían acompañado arriba. Se ocuparían de sus necesidades y de que se instalara. Él sabía que ella no tendría ningún deseo de hablar con él en ese momento. Necesitaría tiempo para calmar su ira. Aunque sentía curiosidad por sus habilidades con la espada, no quería probarlas en sus propias carnes.

—Tomad, muchacho, algo para quitaros la suciedad del camino. —Alguien le puso una taza alta en la mano.

Calder percibió un brillo familiar en los ojos de su tío: el brillo del «os lo dije». Aceptó la cerveza y se dirigió a su lugar en el tablero alto, con Finn y Robbie a su lado.

—Adelante, decidlo. —Calder exhaló un suspiro. Bebió hondo para protegerse de la

burlona regañina que pedía ser soltada.

—¿Que os diga qué? ¿Que os lo advertí? ¿Qué vuestra amante es una zorra astuta? ¿Que os estáis quedando sin formas de ofender a vuestra novia después de sólo dos días? No, eso sería demasiado cruel. Sería como patear a un cachorro indefenso. —Finn soltó una carcajada dentro de la jarra que ahora tenía en los labios, y el eco hizo que su risa fuera más irritante.

Calder sacudió la cabeza cuando Robbie se le unió.

—Es muy bonita, lo reconozco. Tal vez eligió al hermano equivocado. —Robbie le dio una palmada en la espalda, riendo junto con Finn.

—Dadme una incursión y sé cómo planearla sin que me pillen. Dadme una espada y un enemigo, y encontraré la forma de ganar. Dadme una hembra furiosa y estaré tan perdido como un barco en la niebla. —Calder bebió otro largo trago antes de soltar un suspiro de exasperación.

—No dudéis de que Beitris y Torri están allí arriba calmando sus alborotadas plumas y contando historias de vuestra grandeza. —Finn soltó una carcajada antes de volver a llenar las tazas de ambos.

—No lo dudéis. Si veis una cabecita rubia cabalgando hacia el oeste, sabréis que mi bella esposa eligió al canalla de su padre antes que a su tres veces maldito marido. —Calder gruñó, con el rostro entre las manos.

CAPÍTULO 7

—Entonces, ahora que sois un hombre rico, ¿cuáles son vuestros planes? —Robbie le dio una palmada en el hombro a Calder.

—Sinclair dice que las 336 hectáreas tienen 30 pequeñas granjas en buenas condiciones y listos para el invierno. —Contento por la interrupción de sus sombríos pensamientos, Calder se permitió una sonrisa torcida.

—Sí, es cierto. Hemos asaltado la zona con suficiente frecuencia como para saber que están bien cuidados. Sin embargo, la tierra no se trabaja sola. Necesitamos el doble de manos de las que tenemos para atenderla adecuadamente. —Finn frotó una de sus orejas.

—Pensé en contactar a MacCairn sobre un acuerdo de arrendamiento. Su explotación está principalmente en un pantano, y siguen criando muchachos. Necesitamos más hombres, mientras que a ellos les faltan mujeres y tierras decentes. Nuestras jóvenes viudas necesitan maridos que las cuiden a ellas y a sus hijos. Quizá se pueda llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos.

—Me gusta lo que pensáis, lord. Es un buen plan. ¿Quién es el MacCairn ahora? —Finn asintió.

—Broc MacCairn es lord. Su padre murió hace unos meses cuando él y sus hombres se toparon con asaltantes en las afueras de Hacraig. No he hablado con él últimamente, pero lo conozco como un hombre justo y honesto.

—Los asaltantes se están volviendo demasiado audaces. Uno pensaría que el hombre del rey ya estaría involucrado. —Finn agachó la cabeza, acariciándose la barba gris que le cubría la mandíbula.

—Han sido muy hábiles. Nadie sabe dónde están, pero con tantas partidas de exploradores que han ido a cazarlos, están bien escondidos. Sospecho que en las profundas cañadas al suroeste de Hacraig, cerca del lago.

—¿Qué haréis con Lorna? —No había duda de la burla en la pregunta de Finn. Calder se estremeció ante el cambio de tema de su tío.

—Insistiré en que sea una de las primeras esposas de un MacCairn. Sabe cocinar y limpiar y le gusta jugar en la cama. Será una esposa decente si un hombre puede mantener su interés. Cuanto antes salga del torreón, mejor.

—No olvidéis a los MacFies. —Robbie intervino.

—Sí. Diez familias y cinco hombres solteros han acordado unirse a nosotros y deberían llegar en los próximos días. Los cinco aceptaron vivir en el torreón como hombres de armas hasta que tomen esposas. Doblaremos nuestro número y posesiones en quince días, con suficiente dinero y provisiones para empezar de nuevo en primavera. Aunque resuelve nuestro problema inmediato, no es lo mismo que nuestra propia parentela.

—No dejéis que vuestra mente cuestione estas decisiones, muchacho. Has hecho lo que tenías que hacer para nuestra supervivencia. Aquellos que no pueden ver la sabiduría de esto, entrarán en razón o no. Podréis descansar por la noche sabiendo que habéis hecho todos lo que habéis podido. —Finn se recostó en su silla.

—Papá estaría orgulloso de lo que habéis conseguido en tan poco tiempo, hermano. —La respuesta de Robbie sonó sincera.

Calder sonrió y rodeó los hombros de Robbie con un brazo. A pesar de sus constantes burlas, Robbie parecía pensar que su hermano mayor no podía equivocarse. Torri y él eran todos

los que le quedaban. Excepto su mujer, *su esposa*.

Había pospuesto ir a verla las últimas dos horas. Era hora de buscarla y explicarse. No es que pudiera pensar en una explicación razonable para dejarla fuera, sólo para ser insultado por su amante cuando se unió a ellos. Sólo podía esperar que ella le diera la oportunidad de disculparse antes de desenvainar una espada. Prefería morir con la conciencia tranquila.

* * *

Un baño y una comida sonaban como la manera perfecta de calmar su tormenta interior. Cuando Katja entró en la habitación, Torri se sintió como en casa y se tumbó panza abajo en la cama. Beitris habló con una mujer que se apresuró a marcharse y regresó rápidamente con una bandeja de pan, queso y sidra.

—¿Qué os ha pasado en el ojo? —La pregunta de Torri tenía todos los matices de la juventud.

Katja torció los labios, entre sonriente y malhumorada, al recordar el encuentro con el ogro al que llamaba padre. Si el destino le sonreía, sería la última vez que viera a aquel desgraciado.

—Le dije algo a mi señor que le disgustó.

—¿Y os golpeó por ello? *Mi* padre siempre decía que un hombre no debe pegar a una mujer. Debe haber sido algo horrible lo que dijisteis. —Los ojos de Torri se agrandaron.

—Vuestro padre tenía razón. Mi padre no es un buen hombre. —Esta vez la boca de Katja esbozó una sonrisa y rápidamente cambió de tema—. ¿Cuántos años tenéis, Torri?

La muchacha se levantó de su posición boca abajo y se acercó a las sillas donde estaban sentadas Katja y Beitris.

—Trece. ¿Y vosotras? —Desató el cordón de cuero que sujetaba la trenza de Katja y peinó con los dedos la espesa cabellera rubia.

—Yo tengo dieciocho desde el mes pasado. —Katja cogió un trozo de pan e inclinó la cabeza hacia atrás, disfrutando del suave contacto. Con tres hermanos mayores, siempre había deseado tener una hermana. Mientras masticaba, Katja observó el rostro arrugado de Beitris. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo, los dedos nudosos e hinchados. La cinta de color azufre que la rodeaba hablaba de su dolor. Aunque su cuerpo parecía demacrado, sus ojos reflejaban inteligencia y bondad.

Beitris sorprendió a Katja mirándose las manos y las escondió entre los pliegues de su falda.

—¿Os duelen mucho? —La voz de Katja se suavizó.

—Sobre todo al final del día y antes de una tormenta. —Beitris se removió en la silla.

—Lo siento. —A Katja se le encogió el corazón de compasión por aquella mujer mayor que le recordaba tanto a su abuela.

—El dolor me recuerda que aún estoy en el lado correcto del césped. —Beitris hizo un gesto de despedida y le guiñó un ojo mientras su rostro se iluminaba—. Ahora contadme cómo habéis llegado a ser mi nieta más reciente.

Katja respiró hondo y contó todos los detalles, omitiendo la consumación para proteger los inocentes oídos de Torri. Cuando mencionó los intentos anteriores de su señor de casarla, la muchacha frunció el ceño.

—Cuando sea mayor de edad, mi hermano no me obligará a casarme con un hombre tan viejo como para ser mi abuelo. —Torri cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla.

—Estoy segura de que vuestros hermanos complacerán todos vuestros deseos, Torri.

—Katja y Beitris compartieron una mirada risueña.

«Como lo harían los míos, si el conde no fuera tan espantoso».

Las criadas interrumpieron, llevando una tina de madera y cubos de agua. La respiración de Katja se entrecortó. Sabía que bañarse en los castillos no era un asunto solitario. En Ruadhcreag, todos la dejaban en paz, incluso cuando se lavaba. Nadie la trataba con hostilidad, excepto su señor, pero su desagrado hacia ella significaba que la mayoría evitaba el contacto con ella como si no existiera. Tener gente en la habitación mientras se bañaba le producía una sensación de incomodidad. Cuando quedó claro que Torri y Beitris tenían intención de ayudarla, aplacó su incomodidad y se desnudó rápidamente.

Los ojos de ambas mujeres se abrieron de par en par cuando se quitó el puñal del antebrazo izquierdo, el que llevaba atado a la pantorrilla, el del cinturón y, por último, el de la nuca.

«Si cuatro espadas les impresionan, menos mal que no llevo botas y *trews*, que duplican el número».

Katja esbozó una sonrisa, se encogió de hombros y se metió en el agua caliente de la bañera.

—Reclinaos y os ayudaré. Tenéis un cabello precioso, *milady*. Es como hebras del sol más brillante. —Las manos de Torri recogieron su cabello y lo mojaron.

—Pensé que éramos hermanas. —Katja reprendió suavemente.

—Sí.

—Si es así, deberíais llamarme Katja.

El placer de los dedos de Torri masajeando su cuero cabelludo y el relajante aroma del jabón perfumado aliviaron la tensión que se acumulaba en sus hombros. No se había dado cuenta de lo tensos que estaban sus músculos por la tensión de los dos últimos días. Con un suspiro, se relajó y abandonó las preocupaciones que la atormentaban. Finalmente, el agua se enfrió y salió de la bañera.

—¿Vuestro perro siempre se queda con vosotros? —Torri miró de reojo a Freki.

—Sí, siempre. —Katja asintió.

—No estoy segura de que mi hermano le permita dormir en el pasillo. El resto de los perros se quedan abajo. —Torri envolvió el jabón en su paño de lino y lo dejó a un lado.

—Freki tiene buenos modales. Duerme donde yo duermo.

Si Calder insistía, también dormiría debajo de las escaleras. Por lo que había pasado en el pasillo, dudaba que le importara dónde durmiera. Reprimió el destello de ira que amenazaba con deshacer lo bueno que su baño había logrado. Su piel se erizó. Incluso con el fuego ardiendo en el hogar, la habitación seguía estando fría. El mal estado de las contraventanas permitía la entrada del fresco aire otoñal. Torri le tendió un paño para secarse y luego una cálida toga de lana. Beitris la estudió, con una sonrisa reconfortante en el rostro. Las mejillas de Katja se encendieron ante el escrutinio.

—Todo el mundo habla de que vuestra dote nos salvará. Que tendremos mucho oro, ovejas y grano. ¿Es cierto? —Torri la miró expectante.

—¡Torri! No es una pregunta educada. —Beitris enarcó una ceja, enviando a su nieta una mirada de desaprobación.

—No tiene importancia. Mi dote incluye muchas hectáreas de tierra fértil con granjas, así como una buena cantidad de oro. No sé nada de grano ni de ovejas. Vuestro hermano y mi señor conocen esa parte del acuerdo, no yo. —Katja controló cuidadosamente el ceño fruncido.

El recuerdo de no ser más que una esposa no deseada con una pequeña fortuna le irritó. Envío una silenciosa plegaria de agradecimiento a su difunta abuela por mantener sus tierras fuera del alcance de su señor. Sin su generosidad y previsión, ¿quién sabía dónde estaría hoy?

—Venid, Torri, dejemos que Katja descanse. —Beitris hizo un gesto a su nieta para que la

siguiera—. La campana para la cena sonará justo antes del anochecer. Os esperaremos al pie de la escalera.

Katja asintió, ofreciendo la mejor sonrisa que pudo reunir ante la idea de acercarse a las personas que habían presenciado la anterior falta de respeto de Lorna.

—No os preocupéis, muchachas. Todos saldrán bien. Hacía tiempo que necesitábamos una dama por aquí. Yo soy demasiado vieja para la tarea, y Torri es demasiado joven y terca. Recordad, los hombres son criaturas tontas y a menudo hacen cosas estúpidas. Está en su naturaleza. No seáis demasiado dura con el muchacho cuando venga a suplicaros perdón.

—Beitris le dio una palmadita en la mano. Su risita se escapó por encima del hombro mientras ella y Torri salían de la habitación.

Por su parte, Katja dejó caer la barra al otro lado de la puerta y se acomodó para descansar en la cama bajo unas mantas finas y gastadas. Freki se acurrucó a su lado.

¿Pedir perdón? Ningún hombre le había pedido perdón. No, eso no era cierto. Calder le pidió perdón por su participación en su vergonzosa boda. El doloroso recuerdo le produjo un escalofrío.

Además, se había disculpado por no poder proporcionarle el consuelo al que ella estaba acostumbrada. Resopló ante esa idea, aguzando los oídos de Freki. Aunque no era una gran estructura, Fairetur podía ser un buen hogar. Por lo que había visto hasta ahora, sólo necesitaba algunas reparaciones y el toque de una mujer.

¿Le perdonaría si se lo pidiera, como sugirió Beitris? Un suspiro después, se dio cuenta de que sí. No estaba en su naturaleza guardar rencor. Sin embargo, el perdón no era sinónimo de confianza. La situación le proporcionaba una excusa perfecta para mantener las distancias con el hombre que derretía sus defensas con una sonrisa o el más leve roce. No podía permitirse ser tan vulnerable. No quería acabar como su madre, apegada emocionalmente a un marido que sólo la buscaba cuando deseaba su propio placer, sin que pareciera importarle si vivía o moría. Era demasiado peligroso. Aunque, si alejaba a su marido, probablemente él buscaría consuelo en aquella zorra de abultados pechos.

—No me importa, Freki. Puede acostarse con la moza hasta que cierren sus ojos. —Su voz se quebró, doblando su declaración en una respiración aguda.

Freki le pasó la lengua por la mejilla.

Un dolor opresivo se centró en su pecho al imaginar a Calder acostado con la ramera pelirroja. Se enjugó una lágrima perdida. Envolviéndose con los brazos, se negó a reconocer sus sentimientos al respecto. Se ocuparía de mantener y cuidar las relaciones con su nueva hermana y su abuela. Ella y Freki tenían nuevas tierras que cazar y explorar sin ningún tormento que le dijera lo que podía o no podía hacer, ni que le dijera que era indigna. Sería una vida mejor que la que tenía antes, aunque su marido la mantuviera a distancia y algunos la vieran como el enemigo.

* * *

Calder se quedó mirando el final de la escalera y exhaló profundamente. Subía los tramos a diario para ir y volver de sus aposentos. Entonces, ¿por qué esta vez la subida le parecía más desalentadora que una caminata por Ben Morven? Por la nieve.

«Porque es probable que una chica bien armada quiera arrancarme alguna de mis partes más tiernas».

Respirando tranquilamente, se agarró a la barandilla de cuerda sujeta a la pared. Aunque estaba desgastada por décadas de uso, los nudos del grueso cáñamo le proporcionaban un agarre firme y familiar. Sólo los santos sabían que todo lo demás había cambiado considerablemente en

su vida en los últimos quince días. Pensó en las palabras de Finn y por el momento tomó prestada la confianza de su tío.

Calder llamó silenciosamente a la puerta de su habitación. No hubo respuesta. Acercó una oreja al pesado roble, pero no oyó nada dentro. Respirando hondo, abrió la puerta, sólo para encontrar su habitación vacía excepto por su espada y su arco que yacían sobre su cama.

Curioso, cogió la espada.

La empuñadura tenía una serie de púas metálicas entrelazadas formadas para proteger la mano. Balanceó la hoja de un lado a otro, comprobando el equilibrio. El diseño ligero le sorprendió. La ranura central a lo largo de la hoja de doble filo se hundía más en el acero que ninguna otra que hubiera visto, lo que le quitaba gran parte del peso. Aunque un poco más estrecha y corta que su propia espada, era un arma formidable. Calder se maravilló de la artesanía hecha especialmente para una persona más pequeña, para Katja. Volvió a colocar el arma en su vaina y reanudó la búsqueda de su esposa. Con su espada y su arco en su poder, cuando la alcanzara, ella sólo tendría sus puñales.

De algún modo, ese conocimiento no le reconfortó mucho.

Al acercarse de nuevo a la escalera, oyó las voces de su hermana y su abuela. Las alcanzó en el segundo piso.

—¿Dónde habéis llevado a mi mujer? Vi sus cosas en nuestra habitación, pero no parece que haya estado allí.

—*Lady MacGerry* pidió su propia habitación. La pusimos en una de las habitaciones de invitados del tercer piso. —La respuesta de *Beitris* contenía un deje de alegría.

Torri se tapó la boca con una mano y soltó una risita mientras la pareja de alborotadores bajaba apresuradamente las escaleras.

Calder se restregó la cara con una mano. ¿Su propia habitación? Sí, su novia seguía enfadada con él. Volvió al tercer piso y probó la primera puerta. Estaba vacía. La segunda resultó igual. Se detuvo ante la última puerta, la habitación contigua a la de Torri, e intentó de nuevo encontrar una explicación. ¡Cojones de cerdo! Ni siquiera él se creía las pobres excusas que le venían a la cabeza. No, había sido sincero con ella desde el principio. Seguiría como había empezado. Por difícil que fuera, juró decirle siempre la verdad.

—Katja. —Golpeó la puerta tentativamente con los nudillos.

Le respondió un gruñido sordo. Bueno, al menos la había encontrado. Pensando sólo en evitar una daga bien colocada, se había olvidado de su pequeño *Cù Sith*.

Calder cuadró los hombros. Él era el *MacGerry*, y ella, su esposa. Prometió que no tendría a nadie más que a ella. Se encargaría de darle la bienvenida esta noche, asegurando su posición dentro del clan. Luego seguirían adelante juntos. Así de simple.

—Katja. —Llamó de nuevo, esta vez más fuerte.

En esta ocasión, hubo silencio.

—Katja. —Respirando hondo para contener su frustración, lo intentó una vez más.

—Sí. —La voz sonaba suave, distante.

—Abrid la puerta para que podamos hablar. —Mordió las palabras que cayeron más duras de lo que pretendía.

—Estaba durmiendo. ¿No podéis esperar hasta después de cenar?

Calder se pasó una mano por el cabello. Probablemente no había dormido bien anoche en el suelo después de un día tan enojoso. Sin duda necesitaba descansar. Y eso le dio a él un respiro por un par de horas más.

—Sí, descansad. Hablaremos esta noche. —Esperó una respuesta, pero sólo oyó silencio.

Bajó las escaleras hasta el estudio y escribió una misiva a MacCairn, pidiéndole su respuesta a un acuerdo de arrendamiento. Una vez terminada, encontró tiempo suficiente antes de la cena para comprobar cómo progresaban las reparaciones de la granja.

* * *

Katja se despertó con el sonido de una campana. Se incorporó, confusa por un momento, y echó un vistazo a la extraña habitación, con Freki a su lado. Los recuerdos pasaron por su mente. Estaba en su nuevo hogar. Pronto servirían la cena. Había decidido antes no evitar bajar esta noche. Era importante demostrar a su nuevo clan que un par de insultos no la desanimarían. Había soportado cosas mucho peores en Ruadhcreag. La fuerza de su herencia vikinga endureció su espina dorsal. Beitris y Torri la esperaban al pie de la escalera, y Katja encontró un poco más de valor en su compañía.

—Agachaos. —Katja se detuvo en la entrada de la sala y se volvió hacia Freki. Bajó la palma de la mano hacia el suelo. Entonces, Freki se puso boca abajo, con ojos suplicantes.

—No os preocupéis, querida. Os traeré algunas sobras. —Acarició su enorme cabeza y continuó hacia la multitud que se acomodaba en los bancos frente a las mesas de caballete.

Aunque estaba acostumbrada a ver mucha gente en su antiguo hogar, le sorprendió ver tan pocos hombres aquí. Los hombres mayores y los jóvenes superaban con creces a los que estaban en edad de luchar. La asombrosa imagen que tenía ante ella explicaba mejor que ninguna palabra su necesidad de poner fin a la disputa.

Cuando ella, Torri y Beitris entraron en la sala, las voces se apagaron. Un hombre bajó de un salto del estrado situada en la cabecera de la sala y se dirigió con paso seguro hacia ellos, con una sonrisa dibujada en el rostro. Katja reconoció inmediatamente a una versión más joven de Calder. Aunque no era tan alto como su marido, era un poco más musculoso. Se detuvo ante ellos e hizo una elegante reverencia.

—Soy Robbie, hermano de Calder y Torri, y ahora vuestro cuñado.

—Es un placer conoceros, Robbie. Soy Katja . . . Sinclair. —La sonrisa contagiosa de Robbie atrajo una breve sonrisa de ella.

El calor se apoderó de sus mejillas y se encontró disfrutando de su atención. ¿Qué tenían los hermanos MacGerry? Podían arrancarle la corteza a un árbol.

Le cogió la mano y le dio un ligero beso en los nudillos. Su sonrisa desapareció y bajó la mirada. No recordaba que un hombre hubiera hecho algo así. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos brillaban con un destello travieso que le recordó a su tío Finn.

Robbie le ofreció el brazo. Ella lo cogió con vacilación y le permitió que la acompañara hasta la mesa alta, donde estaba sentado el lord, inmerso en una discusión con el hombre mayor que había tocado la gaita durante su llegada.

Cuando Katja llegó a la mesa alta, Calder se levantó y tomó su mano desde la de Robbie. Consciente de que su sonrisa era tan enredosa como cualquier tela de araña, fijó su mirada en la pared que había detrás de él antes de hacer una profunda reverencia.

—Mi lord.

Calder apretó con fuerza su mano. Vaciló, en silencio, quizá esperando a que ella estableciera contacto visual. Katja se negó, manteniendo la mirada en un punto de la habitación, justo a la izquierda de su hombro. Con un breve suspiro, los giró hacia los presentes.

—Ella es mi esposa, Katja Sinclair, ahora *lady* MacGerry. Abandonó voluntariamente su hogar y su familia para casarse con el enemigo de su padre en aras de la paz. Ella es vuestra nueva señora y os pido que la tratéis con el mismo respeto con el que tratasteis a la última *lady*

MacGerry, mi madre. Nadie elige el clan en el que nace, y todos saben que las hijas nada tienen que ver con las acciones de los hombres. —Miró alrededor de la sala y levantó su copa.

—¡*Lady MacGerry*! —Algunas voces murmuraron obedientemente.

La tibia respuesta no sorprendió a Katja. En todo caso, el número de hombres que levantaron sus tazas o tocaron sus bonetes fue inesperado. Sin embargo, predijo la animosidad que se arremolinaba en torno a muchos de los reunidos en las mesas. El odio en la sala la rodeaba como un ser vivo. Fijó su atención en la comida, ignorando los duros colores que se agitaban a su alrededor. Las reacciones contradictorias del clan no parecieron pasar desapercibidas para Calder. Una vez sentados, se inclinó hacia ella.

—Se adaptarán. A algunos les llevará tiempo. Cuando vean que sois una buena muchacha y que pensáis en su bienestar, se adaptarán.

Katja asintió bruscamente, manteniendo la mirada al frente. Calder le partió un trozo de pan oscuro y granulado y le llenó la taza. La escudilla de potaje que tenía ante ella parecía sencillo pero abundante. Con cada bocado, parecía rozarle deliberadamente el brazo o el hombro, o tocarle el muslo con el suyo. El aroma masculino y el calor que irradiaba su cuerpo le hicieron desear algo más que comida. Su consideración y proximidad la tentaron a deleitarse con la cercanía que él le ofrecía. No podía. Permanecería fuerte y mantendría su corazón a salvo.

—Ahora que habéis conseguido a vuestra novia, ¿a qué deberes os dedicaréis, hermano? —Robbie le guiñó un ojo desde su asiento a la derecha de Calder.

Katja se sintió aliviada cuando la atención de Calder se volvió hacia su hermano. La distracción le dio tiempo para refrenar sus revueltas emociones. Invocó el recuerdo del insulto anterior, saboreándolo, utilizándolo para alimentar su ira y endurecer su determinación.

—Tenemos que preparar otras pequeñas granjas para los MacFies que llegarán en los próximos días. ¿Y qué tiene planeado hacer mi hermanito al día siguiente? Seguro que ya os habéis hartado de hacer la paja mientras estábamos fuera. —El tono burlón de Calder llegó a sus oídos.

—Cook se ha quedado sin carne. He pensado en ir de caza. ¿Podéis disponer de alguien que me acompañe?

—No. Necesitamos todas las manos que tengamos para completar el trabajo antes de que llegue la nieve. Si la despensa no estuviera vacía, os pondría a trabajar, con todo y vuestras escasas habilidades.

Distraída por el hombre que estaba a su lado, Katja se dio cuenta por primera vez de que no había carne en la mesa, ni siquiera en la mesa donde estaba sentada. De hecho, la comida servida en las mesas baja y alta era la misma. El personal de cocina de su antigua casa siempre había preparado carnes selectas y manjares para su señor y los invitados que éste había recibido. Los que estaban por debajo de la sal comían bien, pero sus mesas carecían de los extravagantes bocados y manjares que se preparaban para el conde.

—Iré con vosotros, Robbie. A Freki y a mí nos gustaría conocer vuestras tierras y ayudaros con la caza. —Katja se encontró ansiosa por hacer algo en beneficio de su nuevo clan.

La cabeza de Calder se giró, con desaprobación en su rostro.

—Es una gran idea. Habéis pasado tiempo con Katja cuando volvíais de casa del conde, Calder. La abuela y Torri estuvieron con ella toda la tarde. Pasar la mañana cazando sería una forma agradable de conocer a mi nueva hermana. —Robbie lo ignoró.

Katja miró fijamente a su nuevo cuñado, preguntándose si le dolería la sonrisa que este mostraba. La joven temió que se hiciera daño al ver su rostro tan ensanchado por esta. Por la expresión de su marido, era muy posible que fuera él quien terminara dañándolo.

CAPÍTULO 8

Calder había sentido la presencia de Katja en cuanto entró en la sala. Se había percatado de la vigilia de Robbie, pero pensó que buscaba a la sirvienta con la que se había acostado los últimos quince días. Cuando Robbie cruzó la habitación a propósito, Calder supo que no tramaba nada bueno.

Sorprendido, observó las comisuras de los labios de Katja. Rara vez había sonreído desde que se conocieron, y maldita fuera si su hermano menor no le había arrancado una esta noche. Su sonrojo cuando el joven MacGerry se hizo el cortesano hizo que Calder cerrara los puños y se planteara quitarle la sonrisa de la cara a su hermano.

Para empeorar las cosas, su traviesa abuela le dirigió una sonrisa cómplice ante su mal disimulada reacción. Él frunció el ceño en respuesta. ¿Por qué Beitris no podía ser menos ingeniosa y un poco más adusta, como una respetable *cailleach*? Sonrió para sí mientras Katja se sentaba lo más lejos posible en el banco, evitando el contacto físico y visual con él. Si creía que él le permitiría la misma fría distancia que presencié en el palacio del conde, pronto descubriría lo contrario. El clan MacGerry podía ser pequeño y pobre, pero nunca carecía de afecto y risas. Se estremeció al recordar las palabras de Christer sobre ella viviendo en el desprecio y el aislamiento.

La tocó a propósito mientras estaban sentados juntos, midiendo cada vez su reacción. Estaba claro que esas atenciones la inquietaban, la hacían sonrojarse y estremecerse. Aunque ella no sabía qué pensar de sus caricias casuales, el lord recordó que había disfrutado de su relación amorosa hasta que él se precipitó y luego arruinó el momento con sospechas. Si había podido arrancarle tanta pasión en su primera vez juntos, tenían mucho que esperar cuando el invierno acortara los días y alargara las noches.

Absorto en la dirección carnal que le llevaban sus pensamientos, pasó por alto la diablura que instigó Robbie cuando mencionó la caza. Había contado lo que el hombre de Sinclair le había dicho sobre la habilidad de Katja para cazar tanto a Robbie como a Finn. Ahora su hermano utilizó el conocimiento para incitarlo de buena gana saltando sobre su oferta de ir de caza. Si decía que no, lo tacharía de tirano sin razón. Si decía que sí, le daba a Robbie la oportunidad de hacer más travesuras.

—La verdad es que necesitamos la carne si la despensa está vacía. Como tenemos paz con los Sinclair, no debería haber peligro si no viajáis muy lejos. Confieso que estoy ansioso por ver si mi nueva novia sabe cazar tan bien como se rumorea. —Esperó la reacción que sabía que se produciría. Y ella mordió el anzuelo.

—Me reuniré con vosotros en los establos antes del amanecer. Os sugiero que traigáis un caballo extra para llevar todos los animales que vayamos a cazar. —Enderezándose en su silla e inclinando la barbilla hacia arriba, se volvió hacia Robbie.

Los que la escuchaban se rieron de su jactancia. Calder le dio un suave apretón en el muslo por debajo de la mesa, haciéndola saltar. Por fin lo miró, y a Calder no le gustó el dolor que se escondía en sus ojos. El sentimiento de culpa volvió a asaltarle, pues sabía que él había sido el autor de la última herida. Se había comprometido a no causarle dolor, a protegerla y cuidarla. Finn tenía razón. En dos breves días, había causado suficiente daño para toda una vida.

—Permitidme que os enseñe el torreón. —Cuando Katja se levantó de la mesa, Calder la siguió, ofreciéndole el brazo.

La joven vaciló y luego posó una mano en su brazo. La mueca y el suave tacto le indicaban que preferiría estar en cualquier sitio menos con él.

—Pensaba enseñaros primero el solar del lord. —Caminaron hasta la habitación situada justo detrás de la mesa alta. Abrió la puerta y esperó a que ella entrara en la oscura habitación. En el hogar quedaban las brasas de un fuego anterior, y ese penetrante aroma humeante llenaba el aire.

Calder cogió una vela y la acercó a los carbones encendidos. A continuación, encendió un candil sobre el desgastado escritorio de madera, cuya luz disipó la oscuridad en los rincones. Cuando se volvió, su bella esposa estaba de pie, con los pies separados a la altura de los hombros, los brazos cruzados frente al pecho y una expresión de hierro. Sólo necesitaba una espada flamígera para parecer una valquiria de leyenda.

«Santo Dios, ¡es magnífica!»

—Fue irreflexivo por mi parte dejaros hoy en vuestro caballo. No tenía una buena excusa. Me dejé llevar por el jolgorio y olvidé la razón por la que celebramos. Es a vosotros a quienes deberían haber animado, no a mí.

Las facciones de Katja se le suavizaron. Un suspiro después, su máscara de hierro volvió a su sitio.

—Vos sois el que volvisteis con una novia y una gran dote. Vos sois el héroe que salvó a los MacGerry de morir de hambre. Vos sois el que puso fin a la enemistad. Soy la esposa que no queríais. Ahora que me habéis tenido, podéis volver con vuestra puta mientras yo cuido de vuestra casa. Mi única petición es que no volváis a avergonzarme con ella delante del clan.

Cada palabra que le lanzaba contenía un grado de desolación que nunca antes había oído. Sintió que su estoica fachada era tan frágil como una capa de hielo en un lago. Un paso en falso lo hundiría en las profundidades heladas de su dolor. El dolor que tan valientemente luchaba por ocultar se desprendía de ella como una fría lluvia invernal. Claramente subestimaba la gravedad de la herida causada por años de rencor de su padre y su propio comportamiento irreflexivo.

—Sois una novia no buscada. Os dije el día que nos casamos que estaba muy contento de teneros, con o sin vuestra dote. Admito que cometí un error al suponer que no erais virgen cuando os encontré sin virginidad. Vos misma os sorprendisteis al descubrirlo. —Calder se apoyó en el escritorio para estabilizarse y bajó hasta quedar a la altura de sus ojos. Incluyó la cabeza, esperando una respuesta.

Katja levantó la barbilla, pero permaneció en silencio.

—Es cierto que Lorna era mi amante, pero os prometí mi fidelidad. No tendré a nadie más en mi cama a partir de ahora. La reprendí frente al clan por su insulto, y sólo espero vuestra palabra sobre su castigo. Sugiero la picota, pero puedo conseguir un látigo o una vara si queréis que la azoten.

—No quiero que la castiguen. Quiero que se vaya del torreón. —Las fosas nasales de Katja se encendieron y sus brazos cayeron a los lados, empuñándose mientras descendían.

Calder juró que mantendría la calma incluso si ella le gritaba. Reflejando su expresión feroz, habló con voz lenta y calmada, ocultando la ira que amenazaba con aflorar. La ira contra Lorna por forzar esta discusión, y un poco contra Katja por no estar de acuerdo.

—Nadie os faltará al respeto de esa manera sin ser castigado. Haré que la echen a la primera oportunidad. Vosotros elegís el método, pero ella *será* disciplinada.

—No os tomaréis a bien que os diga cómo disciplinar a los hombres, ¿verdad? —Katja respiró hondo, aflojó los puños y se paseó dos veces por la habitación antes de detenerse.

—Sí. —Calder arqueó una ceja.

—¿Ahora soy la señora del torreón?

—Así es.

—El personal es mi responsabilidad a menos que me encontréis deficiente en el trabajo. Lorna está a mi cargo mientras permanezca. Si me rescatáis ahora, ¿cómo actuarán cuando volváis? Seguiré según lo planeado y trabajaré entre ellos para ganarme su respeto. Si Lorna o cualquier otro me falta al respeto, trataré con ellos como crea conveniente, como haríais con vuestros hombres, ¿de acuerdo?

Calder cerró los ojos y reprimió su creciente ira. Ella tenía razón. Su interferencia corría el riesgo de socavar su autoridad, algo que él no podía hacer.

—Estaré de acuerdo, por ahora. No dudéis de que preguntaré sobre lo que ocurra. Si se acostumbra a insultaros, intervendré. Juré protegeros. Mantengo mi palabra.

Katja se relajó ligeramente, bajando el peso a los talones, pero con el semblante de una reina guerrera. Sus ojos grises brillaron.

—Puedo encargarme de esa bestia bovina. Sin embargo, si vuelve a insultarme, puede que no la reconozcáis la próxima vez que la veáis.

Calder ahogó la risa. ¿Estaba su esposa simplemente enfadada por el insulto de Lorna, o también detectaba un poco de celos?

—Actuad como mejor os parezca, sin mutilarla ni matarla. ¿Queréis continuar la visita? — Ofreció su brazo y una sonrisa, creyendo que la brecha entre ellos ya no se cernía como un abismo.

La muchacha exhaló y puso la mano sobre el brazo que él le ofrecía, como si aún no confiara en él. Calder frunció el ceño ante su reticencia. Fue entonces cuando se dio cuenta. No era sólo *él*. Katja no confiaba en los *hombres*.

Aparte de dos de sus hermanos y Ranald, cada vez que la había visto con hombres se mostraba incómoda. Desde su vergüenza cuando él y sus hombres se pararon cuando ella entró en el salón de su padre, hasta la forma en que Robbie la tomó desprevenida con sus galantes atenciones antes de la cena, las pocas veces que la había visto, siempre había parecido sentirse incómoda con los hombres. Dado cómo la maltrataba su padre, no era ningún misterio. Ahora Calder, como marido, pagaría por los pecados del bastardo de su padre. Con todo lo que su clan ganaba con su unión, ofrecerle paciencia mientras se ganaba su confianza parecía un pequeño precio a pagar. Su recorrido terminó el cuarto suelo. Freki le siguió, con su nariz abriéndose paso entre ellos. Al empujar la puerta con un dintel ornamentalmente tallado, Calder levantó el candil para que ella pudiera ver el interior. Una gran sala semicircular con grandes sillas acolchadas y una mesa en el centro. En ella se encontraban los mejores muebles de todo Fairetur. Hablaban de una época más próspera antes de la contienda. Calder notó que Katja observaba lentamente los detalles y que sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba.

—Está muy bien. ¿Qué es esta habitación?

—Es el solar de la señora. Es vuestra habitación, esposa.

Katja se volvió hacia el lord, con un destello de incredulidad en los ojos. Se acercó al asiento acolchado de la ventana.

—Las ventanas miran al sur y dan tanta luz y calor como ofrece el día. Mi hermana y mi abuela la usan de vez en cuando, pero casi siempre está vacía.

Mientras recorría lentamente la habitación, su mano tocaba todos los objetos. Las sillas, las mesas, los cofres, el telar... Nada escapó a su delicada mirada.

—Nunca había tenido una habitación como ésta. Es preciosa. Gracias.

En el rostro de Calder se dibujó una cálida aceptación de su gratitud. No le sorprendió saber

que no tenía un lugar cómodo después de ver el exiguo espacio en el que vivía antes. La acompañó a la alcoba que ocupaba en el tercer piso. De pie junto a la puerta, la mujer desvió la mirada, con evidente malestar.

—Nunca me he acostado con una muchacha que no estuviera dispuesta y no empezaré a hacerlo con mi esposa. Vuestro legítimo lugar está en mi cama, en mis brazos, Katja. Entiendo que necesitéis tiempo para adaptaros, aunque no me agrade. Si me dejáis esperando mucho tiempo, me veré forzado a hacer una incursión a medianoche para robarme una bonita chica Sinclair. —Calder ocultó un suspiro.

Intentó utilizar un tono ligero y burlón, pero el hambre que sentía por ella le traicionó. Antes de que pudiera apartarse, se abalanzó sobre ella y la besó. Katja retrocedió, rígida contra sus labios, claramente agitada por los acontecimientos del día. Sin embargo, Calder la siguió con la boca, sin atarla a él de ninguna otra forma. Al profundizar el beso, el deseo del lord encendió el hambre de su esposa, y sus manos se enroscaron alrededor de su cuello, estrechándolo contra sí. Calder le rodeó los hombros con un brazo mientras con el otro le acariciaba las nalgas, presionándola contra la erección que suplicaba ser saciada.

Para su sorpresa, Katja correspondió a sus hambrientos besos con fervor. Sin dejar de abrazarla, empujó la puerta y tiró de ella hacia el interior, cerrándola de una patada. Su boca abandonó la de ella para mordisquear y besar la tierna carne de su cuello. Cada suave mordisco le arrancaba un gemido o un suspiro. Cada sonido apasionado que Katja emitía avivaba aún más su lujuria. Le besó suavemente la mejilla y el ojo maltratados. Apartó el brazo de sus hombros y le acarició los pechos, estimulando los deliciosos pezones ocultos bajo la toga de lana. El olor a lavanda y el aroma intensamente suyo, tentaron su nariz.

Las manos de Katja tiraron con impaciencia de la correa y el cinturón de él. Un sonido de frustración se elevó mientras ella forcejeaba con su ropa. Calder sonrió y levantó los brazos, permitiéndole quitarse la túnica y tirarla a un lado. Se sintió satisfecho al saber que había despertado en ella una pasión tan voraz como la suya. Las yemas de sus dedos tocaron su pecho desnudo y él casi oyó el chisporroteo del calor de sus manos sobre su piel. Ambos se sobresaltaron cuando la fría nariz de Freki acarició su mano y luego la de él, asegurándose de que todos estuvieran bien. La mano de Katja abandonó el pecho de Calder el tiempo suficiente para asegurar a la bestia que el abrazo de su marido era bienvenido.

Apaciguada por Freki, Katja volvió a centrar su atención en su marido, imitando las acciones de Calder, mordiéndole y besándole el cuello, con la respiración rápida y entrecortada. Gimiendo ante su ardiente respuesta, él apartó la mano de su trasero y arrancó los cordones de su vestido. Soltando la prenda, la apartó a un lado, mientras sus febriles caricias se hacían cada vez más frenéticas. Levantó el dobladillo de su camisa y puso la mano sobre la piel satinada de su pierna.

—Oh, Calder.

—Sí, amor.

Su mano se deslizó por el muslo, acariciándolo y provocándolo, y luego se movió para desabrocharle la funda de la pantorrilla. Sus rodillas se doblaron una vez, amenazando con ceder. En ese momento, la cogió en brazos y la llevó a una silla frente a la chimenea. Las brasas de cerezo proyectaban un resplandor seductor, que realzaba el rubor rosado que teñía su piel de marfil. Al sentarla, le quitó la camisa, dejándola gloriosamente desnuda ante sí.

Una certeza incomprensible se apoderó de él: nunca desearía a otra mujer como lo hacía con ella. Sonrió ante el grito de sorpresa de ella cuando sus dedos encontraron su objetivo. Suavemente, reanudó sus caricias, deleitándose cuando ella se relajó, dándole su confianza.

—Calder, ¿qué estáis haciendo? —susurró ella.

—Estoy demostrando mi valía como vuestro esposo, mi noble vikinga. —Le acarició el cuello, bajando, haciéndole cosquillas en el vientre con su corta barba.

—No debéis...

Un gemido interrumpió el resto de su respuesta cuando Calder acarició el bulto anidado entre sus pliegues. El aroma de su excitación llenó sus sentidos, estimulándolo. La respiración de Katja se entrecortó y un leve grito salió de sus labios. Calder se echó hacia atrás para admirar su obra. Su hermosa Katja yacía tendida sobre la silla como un felino exhausto. La tomó en sus brazos y la colocó sobre la alfombra frente a la chimenea. Se tumbó a su lado, acariciándola lentamente desde los pechos hasta la parte superior de los muslos. Sus ojos se abrieron y su mano se posó sobre su corazón, enredándose con el cabello de su pecho.

—Mmm. Sin duda la Iglesia llamaría a eso pecado.

—Sin duda, si nos molestáramos en preguntar. Sin embargo, lo que ocurre entre marido y mujer en su alcoba no es asunto de la iglesia. —Sonrió al oír su voz soñolienta.

El lord se inclinó hacia ella y la besó suavemente. Katja abrió inmediatamente la boca, tomando el control de forma perezosa. Con un movimiento sinuoso, frotó su pecho y sus caderas contra los de él, profundizando su beso.

—Montadme, Katja.

Una sonrisa apareció en sus labios mientras consideraba su petición. Colocó las manos en el pecho de su esposo y, con un leve toque, lo tumbó de espaldas sobre las pieles. Katja se elevó sobre él y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, hundiéndose poco a poco hasta envolverlo por completo.

Colocando ambas manos sobre su pecho, se movió contra él, con su cabello cayendo en cascada sobre su torso. Lo que empezó como un ritmo pausado se convirtió en un ritmo endiablado. Calder se obligó a contenerse, mordiéndose el labio contra la tormenta que amenazaba con desatarse. Con los ojos muy abiertos, ella se convulsionó a su alrededor.

Calder explotó, la liberación más poderosa que jamás había conocido. Agotado, se desplomó contra la alfombra, Katja sobre su pecho, con el cuerpo tembloroso. La rodeó con sus brazos, con la intención de no soltarla nunca.

«¡Por Dios, casi me mata!»

Su feroz vikinga, su apasionada amante, su herida esposa, las tres unidas en una forma que le encendía con una sola mirada. Elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento por la complicada mujer que tenía entre sus brazos. Mientras escuchaba su respiración agitada y el palpar de sus corazones, se preguntó cuánto tiempo podría abrazarla antes de que ella lamentara sus actos y se retirara.

La acarició desde el hombro hasta la curva de la cadera, esperando que sus persistentes atenciones demostraran que su interés por ella iba mucho más allá de saciar su lujuria. Su respiración se normalizó y permaneció quieta. Se preguntó si su estado de serenidad se debía a que él seguía hundido en ella, a sus suaves caricias o al firme agarre que le daba con el otro brazo. Tal vez a los tres. No podía soportar abandonar su cuerpo, perder su calor o dejar de tocar el terciopelo de su piel.

—No quiero dejaros marchar. —Calder rozó sus cabellos con su cara.

—Debo levantarme temprano para la cacería. —Su voz era suave y dulce, y no hizo ademán de levantarse.

—Sí, y tengo que arreglar las pequeñas granjas. —Calder tampoco tenía ganas de levantarse.

Finalmente, Calder hizo rodar a Katja a su lado, luego se levantó y la tomó en brazos. La llevó a la cama, retiró las mantas y la tumbó sobre las sábanas. Recogió su camisa y ella se la colocó rápidamente, cubriendo su desnudez. La envolvió con las mantas y le dio un suave beso en los labios.

—Dormid bien, *milady*.

Katja asintió con la cabeza, y en su rostro se reflejaron una serie de emociones que él no pudo leer.

Calder apagó el fuego, se vistió y entonces se marchó, profundamente saciado, pero insatisfecho.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, Katja se despertó más tarde de lo previsto. Los primeros rastros del amanecer se colaban por las rendijas de las desgastadas contraventanas de madera, las mismas que dejaban entrar el aire frío y cortante que ocupaba su habitación. Armada de valor, se apartó de la comodidad de la cama y de la gran bestia que la mantenía caliente. Se colocó los *trews*, la túnica, las botas y el jubón de cuero, se lavó la cara, recogió sus armas y bajó las escaleras con Freki pisándole los talones.

Al salir, vio a Robbie con sus caballos ya ensillados, junto con un tercero, como le habían pedido. De su montura colgaban un odre y una pequeña bolsa. Los primeros rayos de la mañana se colaban por detrás de los árboles y ella parpadeó, casi sin ver la manzana que Robbie le arrojó. Mordió la fruta y el dulce zumo se deslizó por su barbilla.

—Gracias. Perdonad mi tardanza. —Saludó a Robbie con la manzana a medio comer.

—No os preocupéis, querida hermana. Calder me advirtió que podríais dormir un poco más esta mañana. —El tono burlón de su voz hacía juego con el brillo de sus ojos.

Un escalofrío le subió por el cuello. Volteó en un arrebato de vergüenza, montó en Skündi, haciendo señas a Freki para que la acompañara, y esperó las instrucciones de Robbie.

—Pensé que podríamos buscar un ciervo o dos. Los urogallos también abundan en esta época del año. Si tenemos tiempo suficiente, podríamos pasar por el río y ver si podemos sacar algunos salmones del agua. —Robbie se subió a su propio caballo.

—¿Sacarlos del agua?

—Seducidlos, atraedlos, hechizadlos. Si eso no funciona, usaremos esta presa. —Robbie guiñó un ojo y señaló un artilugio de estacas largas y redes tejidas atadas a la parte trasera de su caballo.

—Eres un bribón, Robbie MacGerry. —Las burlas de un hombre que no era su hermano la pusieron nerviosa. Suspiró.

«Será mejor que me acostumbre. Parece ser su pasatiempo favorito».

Robbie le recordaba a su hermano Patrik. Aunque Robbie era mayor que ella, era aún más desenvuelto y juguetón que su hermano pequeño. Era otro recordatorio de la poca alegría que existía tras los muros de Ruadhcreag.

* * *

—Katja, ¿estáis escuchando? —Varias horas después, la voz de Robbie la sacó de sus profundos pensamientos.

—Lo siento. Mi atención estaba en encontrar más presas que cazar. —Volvió bruscamente al presente, notando una expresión de preocupación en el rostro de Robbie.

Una ceja levantada y una sonrisa socarrona le dijeron que él no creía ni una palabra.

—Creo que lo hicimos lo suficientemente bien para un día con sólo nosotros dos y esa pequeña bestia.

Mirando por encima del hombro a su caballo de carga, estuvo de acuerdo en que lo habían hecho muy bien. Con un ciervo a lomos de cada caballo, cuatro manadas de liebres, varios urogallos, una veintena de salmones y truchas, agradeció en silencio que estuvieran a la altura de lo que había presumido en la cena de la noche anterior. A Katja le parecía admirable que

hubieran conseguido tanto, dado lo distraída que había estado.

Durante todo el día, su mente le dio vueltas a las palabras y acciones de la noche anterior. Se había reprendido más veces de las que podía contar por haber caído tan fácilmente en los brazos de Calder. Su piel se calentó y sus pechos volvieron a hormiguesear al pensar en las libertades que le había permitido.

«¿Se lo permití? Casi se lo supliqué».

La noche anterior, al despertarse dos veces mientras dormía para alcanzar su lugar vacío en la cama, Katja supo que no era mejor que la puta desvergonzada que él mantenía a su alrededor para satisfacer sus necesidades. Un simple beso suyo la excitó como nunca antes. Después de vencer su escasa resistencia, podría haberle hecho cosas indescriptibles y ella lo habría agradecido. El calor recorrió su vientre. Le hizo cosas indescriptibles, y las había disfrutado demasiado. Y lo que era peor, su cuerpo traicionero ansiaba más.

—Es un buen hombre y será un buen marido y padre para vuestros hijos.

La voz retumbante de Robbie la sacudió de su autoflagelación. No se había dado cuenta de que se había acercado.

—Lo sé. Lo había entendido la primera vez que se unieron. Sin embargo, él seguía siendo un hombre, y ella sabía mejor que muchos que los hombres se dejaban dominar por sus instintos más groseros. Se odiaba a sí misma porque parecía que llevaba la maldición de su madre de enamorarse con demasiada facilidad de un hombre que no podía importarle tan profundamente.

—Debe ser un gran cambio casarse y asentarse en el corazón del territorio enemigo.

—Sí. —Katja reconoció el tono juguetón de Robbie. Le lanzó una rápida mirada, y luego dio un rodillazo a Skündi para que acelerara el paso.

Cuando llegaron a la cima de la siguiente colina, el pueblo se hizo visible.

—Yo digo que pasemos por la granja donde trabaja Calder para mostrar nuestra recompensa. Lo pondremos en su lugar después de los comentarios de anoche sobre vuestras habilidades. —Robbie claramente no podía perder la oportunidad de provocar a su hermano mayor.

—No. No tenemos suficiente sol para esas tonterías. Los ciervos necesitan ser desollados y preparados mientras dure el día.

Los hombros de Robbie se alzaron en un exagerado suspiro, aunque la alegría de su rostro delataba su fingida decepción.

Entraron en la cocina por la puerta trasera, poniendo a los sorprendidos trabajadores en un alboroto con su recompensa. Katja fue rápidamente a su habitación y se puso una de las resistentes faldas de lana que llevaba cuando trabajaba. De vuelta a la cocina, cogió un cuchillo y se dispuso a destripar y deshuesar el pescado. El personal de cocina la observó atónito. Ante la mirada interrogante y silenciosa de Katja, los trabajadores se afanaron en sus tareas.

Con movimientos rápidos que denotaban años de experiencia, Katja limpió y echó el pescado en un cubo de salmuera. Mientras otros se ocupaban de los urogallos y los ciervos, ella se dedicó a despellejar y preparar las liebres, cuidando las pieles, pues sabía que proporcionarían calor y suavidad a las crías cuando cambiara el tiempo.

Katja miró a la mujer que le habían presentado como cocinera. Una mujer bajita y corpulenta de edad indeterminada, que mantenía ocupadas al resto de las mujeres de forma amable pero firme.

—¿Tenéis una cabaña?

—Sí. Justo detrás del pozo, *milady*.

—Por favor, encended el fuego. Este pescado debería estar listo para colgar una vez que las

brasas estén calientes.

—Sí, *milady*. ¿Creéis que al lord le gustaría una morcilla? —La cocinera inclinó la cabeza, con una expresión de satisfacción en su rostro.

—Sí, lo creo. Hay que salar y ahumar todos los ciervos menos uno. Asad el ciervo esta noche, y lo que no se coma podéis usarlo para estofado en los próximos días.

—Es un buen plan, *milady*. Y es bueno volver a tener una señora. La madre del lord era una buena señora, pero no sabía cocinar como vosotros. —Una sonrisa adornó el rostro Cook.

Capas gemelas de amarillo y lavanda se entrelazaban alrededor de la anciana, reflejando la feliz verdad de sus palabras, y Katja reconoció a su primera verdadera aliada, aparte de la familia inmediata con la que se había casado. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una sensación de ardor le subió por la garganta. El simple agradecimiento no debería conmoverla tanto, pero lo hizo. Asintió, agachó la cabeza y siguió preparando la partida que tenía delante.

Horas más tarde, Katja inspeccionó la preparación de la cena con satisfacción. Había ignorado intencionadamente a la pelirroja Lorna durante toda la tarde, dejando que Cook dirigiera sus tareas. En verdad, mientras la relación de Calder con la mujer permaneciera en el pasado, no le molestaba, aunque sí se preguntaba por qué su marido parecía encontrarla deseable después de haber tenido a la fulana en su cama.

Sus esfuerzos por evitar a la antigua amante de Calder no resultaron fructíferos. Lorna llevaba un gran plato de venado asado al gran salón y chocó con Katja, derramando parte de la grasa caliente sobre su brazo. Katja siseó de dolor.

—Perdón, *milady*. La bandeja es muy pesada. —Lorna agachó la cabeza.

Aunque sus palabras tenían un aire de inocencia, las auras rojas y verdes de ira y resentimiento decían lo contrario. Katja asintió y se dirigió al otro lado de la cocina, donde había un cubo de agua fresca. Después de limpiarse la toga y el brazo lo mejor que pudo, se aplicó un ungüento para quemaduras en el lugar y esperó el regreso de la mujer.

A continuación, Lorna entró en la cocina y pasó por delante de Katja. Cogiendo un extremo de la trenza de la mujer, Katja la envolvió en su mano dos veces y dio un tirón a Lorna hasta que quedaron frente a frente.

—No me importa que os hayáis acostado con mi marido hasta cansaros antes de que llegara aquí. Sin embargo, no tendréis nada que ver con él a partir de ahora. Y si volvéis a tocarme, os golpearé yo misma hasta que vuestra propia madre no os conozca. —Soltando la trenza, Katja empujó a la mujer.

La expresión sorprendida de Lorna se transformó en rabia, y sus manos se aferraron a sus costados.

—Calder se cansará de vosotros muy pronto si el moratón de vuestro rostro sirve de señal. No sois más que piel y huesos. Volverá a buscarme cuando tenga un heredero y ya no necesite ensuciarse con una *siursach* de Sinclair.

Katja cerró el puño y la golpeó como Ranald le había enseñado, impactando la mandíbula de Lorna y haciendo que la odiosa bruja cayera al suelo sin gracia. Cook dio un paso y empujó el cuerpo inerte con un pie calzado.

—No os preocupéis, *milady*. La pondré a fregar retretes, alimentar cerdos y limpiar chimeneas hasta que aprenda a respetar.

—Si oigo otra palabra contra nuestra señora, podéis esperar el mismo trato, excepto que usaré una vara en lugar de mi puño. —Cook miró las caras de asombro de las otras mujeres, con las manos firmemente plantadas en sus anchas caderas.

—Volved al trabajo. La comida no se servirá sola. —Asintió con la cabeza y dio órdenes a

los súbditos.

Katja sacudió el dolor de su mano, con una oleada de confianza que eclipsó el recuerdo de la ira de su señor si se atrevía a defenderse.

«¡Madre de Dios, eso duele! Pero se sentía tan bien».

Sin tiempo para cambiarse de ropa antes de la comida, se vistió con el vestido manchado por el trabajo de la tarde y el ataque de Lorna. Tal vez llegar a la cena con la evidencia del trabajo del día demostraría a los MacGerry que su nueva ama no era de las que exigían mimos ni evitaban el trabajo duro.

Los hombres se levantaron cuando ella entró en el salón. Katja se detuvo bruscamente, su recién adquirida confianza en sí misma se esfumó ante todos. Calder la cogió de la mano y la acomodó en el asiento a su lado.

—Robbie nos ha contado lo que ha pasado hoy en la cacería. Parece que Ranald no exageraba vuestras habilidades.

Katja dejó que sus labios se levantaran ligeramente al oír su elogio. Miró a Robbie, quien le guiñó un ojo con una sonrisa en la cara.

—Es tan precisa con su arco como nadie que haya visto. La única ventaja a mi favor era la distancia. Yo maté una cierva, pero fue Katja quien abatió al poderoso ciervo que teníais delante, con un poco de ayuda de su cazador cuadrúpedo. Lo derribó con una flecha en el cuello, y la bestia hizo el resto. Juro que nunca he visto un ciervo caer tan duro. Freki también cazó la mayoría de las liebres.

Todos los presentes se quedaron mirándola. Los cumplidos y el escrutinio hicieron que se le cerrara la garganta, mientras algo parecido al miedo le recorría la columna vertebral. No podía respirar y sintió un dolor punzante en el pecho. Un deseo irrefrenable de huir de la sala se apoderó de ella.

—Bebe esto. —Calder le puso una copa de vino en la mano.

Katja bebió un largo trago y se concentró en contener la respiración, con la mirada baja, evitando las miradas de los que la rodeaban. Un momento después, lo que la había atenazado se desvaneció. Levantó la vista y vio la mirada evaluadora de Calder, con el ceño fruncido. Por alguna razón, se le metió en la cabeza que un ceño fruncido no era propio de un rostro tan apuesto, y, tontamente, deseó saber cómo hacerle sonreír.

—¿Estáis enferma? —La preocupación aumentó el tono de su voz.

—No, lo que sea que haya sido, ha pasado. —Katja volvió a respirar hondo, despejando el resto de su pánico. Siguió mirándolo por debajo de las pestañas. Aunque se tranquilizó un poco, los restos de un ceño fruncido mancharon sus facciones mientras él le ponía comida en el plato e indicaba a un sirviente que le rellenara la taza. Otro trago y una respiración tranquilizadora parecieron apaciguarlo.

—Sé que aún os estáis adaptando, pero Finn y yo tenemos que reunirnos con un pequeño clan al norte de vuestras tierras antes de que llegue el invierno. Ofreceremos acuerdos de arrendamiento al clan MacCairn. Gracias a vosotros, tenemos la tierra y los suministros para ello. Ahora necesitamos a la gente.

—¿He oído que otro grupo se unirá a nosotros? —Asintió con la cabeza.

—Sí. Los MacFies. Son un clan pobre que recientemente perdió a su lord por fiebre. El hombre no tenía heredero conocido. Su clan es pequeño y hay dudas sobre dónde recaerá el liderazgo. Algunos decidieron seguir adelante, y unos pocos tienen lazos aquí a través del matrimonio. Como habéis visto, no tenemos suficientes hombres para cuidar los campos y mantener el ritmo de trabajo en el castillo.

Sin querer insultar la condición de su hogar, no respondió.

—Un carro con provisiones de vuestro padre llegará en los próximos días. El resto de vuestras posesiones estarán en el carro —continuó Calder.

Katja pensó en su ropa y en el puñado de libros que poseía. A excepción de dos joyas que su madre trajo al matrimonio, no poseía nada más. Incluso esas pertenecían ahora a su marido.

—Robbie y Beitris cuidarán de vosotros. Avísales si necesitáis algo. Sólo estaremos fuera unos días.

—Esperaba pasar más tiempo demostrando mi valía como vuestro marido. Con la llegada del invierno, pronto tendré tiempo de sobra para mostraros todas las formas en que podemos darnos placer mutuamente. —Se acercó hasta que su pierna tocó la de Katja y le susurró al oído.

Las imágenes del juego amoroso de la noche anterior se agolparon en su mente, amenazando con robarle la cordura. La respiración de Katja se entrecortó y el calor se acumuló en su vientre. Antes de ceder al deseo de abrazarlo y exigirle que la llevara arriba y le mostrara lo que quería decir, saltó de su asiento.

—Me ocuparé de que Cook tenga comida y bebida preparadas para vuestro viaje, esposo.

Sin darle oportunidad de responder, se dirigió a la cocina como si quisiera huir del aura roja de lujuria que sabía que la envolvería, si tan solo se detuviera un momento para ver.

* * *

Calder pasó la mañana siguiente en la silla de montar, reflexionando sobre lo que le había ocurrido a Katja la noche anterior. Su precipitada retirada con el pretexto de preparar las provisiones para su partida fue bastante fácil de adivinar. Como atrapada por un fantasma invisible, había huido hacia la cocina. Había visto una expresión de miedo similar en los rostros de muchachos inexpertos la víspera de su primera batalla. Aunque más tarde ella le dio la bienvenida a su cama, los pensamientos de su angustia anterior persistieron.

—¿Por qué tenéis el ceño fruncido esta mañana, mi lord? No es nuestro encuentro con los MacCairn. —Finn habló lo suficientemente bajo como para que los otros dos hombres no oyeran su pregunta.

Calder respondió con un gruñido.

—Un hombre con una cara como esa está loco por una muchacha. —Impasible, Finn insistió.

—¿Qué más, tío? —Calder le lanzó una mirada de frustración.

—Oh, noté que vuestra novia parecía un poco nerviosa anoche. ¿Sabéis por qué?

—No. Es parte del problema. Se puso pálida como un espectro y dejó de respirar por un momento. Me pregunté si había visto a una *Bean Sith*.

—Parecía bastante bien hasta que la atención de la gente se volvió hacia ella.

—¿Creéis que ese es el problema? —Calder se sobresaltó ante la observación.

—Lo creo. Normalmente está tranquila hasta que unos cuantos pares de ojos se fijan en ella. Creo que no está acostumbrada a llamar la atención.

Calder dejó que la información se asentara. Encajaba con el resto de lo que sabía, su desconfianza hacia los hombres, su incomodidad ante el contacto casual. Ahora podía añadir la angustia debida a la atención de una multitud. ¿Angustia? Diablos, lo que había presenciado era nada menos que terror. Casi había oído el miedo que desprendía. Dirigía una explotación más del doble de grande que Fairetur. ¿No habría estado rodeada de más gente de la que su sala podía presumir? Recordó cómo había pasado desapercibida en la sala de su padre cuando llegaron, y su reacción ante la muestra de respeto de los MacGerry. Era evidente que no estaba acostumbrada a tanta atención. Frotó la áspera cruz en su correa de cuero alrededor de su cuello y se preguntó

cómo demonios podría ayudarla en esto. Como nueva señora del clan, sería objeto de constante observación y cotilleo.

No era la primera vez desde que se convirtió en lord que deseaba poder pedir consejo a su padre. Los misterios que presentaba su esposa lo hacían doblemente cierto. Aparte de ocuparse de su cuidado y protección, no sabía nada sobre cómo mantener a una esposa. Bueno, aparte del tiempo que pasaban en la alcoba. Por lo que él sabía, ella podría estar embarazada de él.

«¡Santo Dios!»

Aún no se había acostumbrado a la idea de ser marido. La idea de convertirse en padre lo asustaba.

—Tranquilo, Armunn. —Relajó la postura, pues sin darse cuenta había tensado las riendas, haciendo que su caballo bailara ante su brusco manejo. La bestia se calmó y Calder se volvió hacia su tío.

—¿Cómo tratasteis a la tía Noreen cuando hizo algo que os molestó?

—Mi Noreen era una muchacha sensata. Cada vez que no le gustaba algo que yo hacía o decía, me lo hacía saber rápidamente. No dejaba que las cosas siguieran de esa manera. Sin embargo, fue criada en un hogar cariñoso por gente buena y temerosa de Dios. No se puede explicar lo que vuestra esposa ha soportado todos estos años. —Finn frunció el ceño y se tiró de una oreja.

—Si el moratón que adorna su cara sirve de pista, tuvo un torturador más que un padre. — Calder maldijo en voz baja.

El silencio era tan denso como las manchas de niebla que cubrían el terreno bajo.

—¿Recordáis la yegua que Auld Angus encontró vagando por sus tierras? —Finn se movió en su silla.

—Sí.

—Ella había sufrido algo terrible por el abuso y el hambre. ¿Recordáis cómo la recuperamos?

—Padre me pidió que la alimentara a mano todos los días mientras yo le ofrecía palabras suaves y caricias. Después de un tiempo, puso a otros a su cuidado, pero se aseguró de que yo pasara unos minutos con ella cada día.

—Pronto se acomodó detrás del arado como si hubiera nacido para ello. Creo que vuestra novia necesita los mismos cuidados que la vieja Belle.

—¿Creéis que, simplemente atendiendo a sus necesidades, ofreciendo palabras amables y caricias suaves será suficiente? Creo que una mujer es un poco más complicada que un caballo de arar, tío. —De alguna manera el dicho sonaba más fácil que el hecho.

—Sí, a menos que tengáis un plan mejor. —Finn rio entre dientes, llamando la atención de los otros dos hombres.

Sin querer hacer el ridículo delante de los demás, Calder espoléo a su caballo, ignorando la carcajada de Finn.

* * *

Katja se reunió con Beitris y Torri en el gran salón para la comida de la mañana. Las sirvientas trajeron escudillas de gachas de avena y una jarra de sidra. Los olores de la avena humeante y el otoño se mezclaban en la sala. Comieron con impaciencia. Katja frunció el ceño ante el sabor amargo de sus gachas y deseó que la miel enmascarara lo que parecía ser quizás un poco de avena enmohecida. Añadió mentalmente una limpieza a fondo de la despensa a su lista de cosas que hacer pronto.

—¿Qué planes tenéis para hoy, Katja? —Beitris aclaró su garganta.

—Debo reunirme con Robbie en el solar del lord esta mañana. Me enseñará los resultados de la cosecha de este año y cómo se administra Fairetur. —Katja levantó la vista, distraída de su comida.

Katja se llevó una mano al estómago, el cual emitió un gorgoteo nauseabundo. Algo no iba bien. Esperó a que lo poco que había tragado se asentara antes de seguir comiendo. Por desgracia, sus gachas matutinas no tenían intención de quedarse tranquilas.

—¿Qué os pasa? —Torri puso una mano en el brazo de Katja, con el ceño fruncido.

Katja se levantó de la mesa, tapándose la boca con una mano, y salió corriendo hacia la puerta. Apenas pudo salir, dobló una esquina donde estaba parcialmente oculta, se agachó y vomitó, vaciando el contenido de su estómago. Una intensa sensación de ardor se extendió mientras su cuerpo se purgaba de lo que había consumido. Freki le empujó el hombro y gimió.

Tras otro ataque de arcadas y unas cuantas toses, el malestar cesó, dejando tras de sí un ardiente cosquilleo que bailaba a lo largo de su piel.

—Estoy bien, muchacho. —Sus palabras pretendían reconfortarlos a ambos, aunque no estaba segura de que fuera verdad. No era una enfermedad común la que producía las sensaciones persistentes. Por suerte, los calambres retrocedieron antes de que la voz de Torri se acercara.

—Katja. ¿Estáis bien? —La voz de la muchacha llevaba una nota de angustia.

—Creo que lo estaré. ¿Os sentís mal también? —Katja se secó el sudor de la cara. Rezó para que quienquiera que hubiera envenenado su comida no los hubiera atacado a las tres.

Torri la miró un momento, sacudiendo la cabeza antes de comprender.

—¡Alguien ha envenenado vuestra comida! —Se tapó la boca con una mano, con los ojos muy abiertos por la consternación.

—Beitris. —Katja dejó escapar un grito suave, apenas capaz de encontrar su voz al pensar que la abuela de Torri también era una víctima.

La mirada de consternación de Torri se convirtió en una de pánico. Katja y ella corrieron a la sala y encontraron a la anciana inspeccionando la escudilla de Katja, con una expresión intensa en su arrugado rostro. Beitris les hizo señas para que se acercaran.

—Alguien ha puesto acónito en vuestras gachas, *milady*. —Su voz era lo bastante baja como para que sólo la oyeran los tres. Inmediatamente, sus ojos se volvieron hacia la cocina, donde un destello de cabello oscuro desapareció por la puerta.

—¿Habéis vaciado el gaznate? —Beitris sujetó el brazo de Katja.

Katja asintió, segura de que no quedaba veneno, pero debía tener cuidado al proceder. El cansancio se apoderó de ella y la instó a buscar la cama.

—Sí, no queda nada. Sin embargo, no me siento bien. Necesito descansar un poco.

Beitris se acercó a la frente de Katja, frunciendo el ceño al tocar su piel. La mano de la anciana se sintió notablemente fría.

—Prepararé un purgante y haré que Cook se reúna con nosotras en vuestra habitación. Necesita saber qué ha pasado y quién ha estado en su cocina esta mañana. Hasta que descubramos quién ha cometido esta fechoría, probaremos toda vuestra comida antes de servirla.

—Por favor, contadle a Robbie lo que ha pasado. Me disculparé más tarde por faltar a nuestra cita. —Katja asintió.

—Dejadme veros arriba. —Torri rodeó a Katja con un brazo y la acompañó escaleras arriba hasta su puerta. Aunque sólo estaba fatigada, Katja permitió que la chica la mimara, recordando la manera cariñosa de Morag.

—Id a hablar con Robbie. Querrá saber lo que ha pasado esta mañana. —Apoyándose en la puerta, Katja dio unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro de la muchacha.

—¿Estaréis bien si me voy? —Torri entrecerró la mirada.

—Sí. Os prometo descansar y esperar a que regreséis.

Con un gesto de la cabeza, Torri bajó las escaleras con paso decidido.

Katja entró en su pequeña habitación y colocó un trozo de turba sobre las brasas. Después de avivar el fuego, se quitó la toga y se deslizó bajo la colcha, colocando un puñal bajo la almohada. Freki se unió a ella en la vieja y mohosa cólcedra.

Alguien había aprovechado la ausencia de su marido para envenenarla. La idea debería haberla asustado para que se mantuviera alerta. Sin embargo, su cuerpo tenía otras ideas. Cerró los párpados de plomo y se rindió al sueño.

Cuando despertó, Beitris estaba sentada en una silla junto a la cama, con la cabeza blanca inclinada sobre un cuadrado de tela parcialmente bordado, los ojos cerrados y la mandíbula floja. Katja sonrió, recordando a su propia *madre*. Había velado a Katja cada vez que caía enferma, y a menudo se quedaba dormida mientras lo hacía. La rápida aceptación de Beitris como miembro de la familia le derribió el corazón. En dos días ya había encontrado más calor aquí que en los últimos años en su propia casa.

Un olor nauseabundo flotaba en el aire y Katja arrugó la nariz. Vio una taza en la pequeña mesa junto a la anciana. Su contenido era probablemente la causa del extraño olor de la habitación.

Beitris se incorporó y la observó con unos ojos azules que parecían no perderse nada.

—¿Estáis despierta, entonces?

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—¿Queréis decir, cuánto tiempo hemos dormido? —Beitris chasqueó la lengua, se levantó y abrió un postigo de madera—. A juzgar por el sol, quizá un par de horas, ni una más. ¿Cómo os ha ido?

—Mucho mejor. Todavía un poco débil y cansada, pero mejor. Parece que el acónito no ha tenido tiempo de hacer su mal. —La aprensión recorrió la espina dorsal de Katja.

—Sí. Habéis purgado el veneno antes de que pudiera hacer estragos y causar un daño real. Vuestro cuerpo debió reconocerlo enseguida. Tenéis suerte. —Cogió la taza y el ceño de Beitris se arrugó aún más—. Me sentiré mejor cuando hayáis bebido esto. Limpiará cualquier resto de veneno.

Katja aceptó la taza con reticencia. Al remover el contenido, el olor que llenaba la habitación se renovó. Arrugó la nariz, se llevó la taza a los labios e inclinó el vaso de cerámica, enviando el asqueroso brebaje a su garganta con una mueca.

—Sí, es un brebaje asqueroso, pero la mayoría de los buenos lo son. Este os hará correr al retrete en las próximas horas. Es un pequeño precio a pagar. —Beitris carcajeó.

—Muchas gracias. —La respuesta de Katja se quedó a medias, provocando otra risita de su autoproclamada curandera.

Un suave golpe sonó cuando Torri abrió la puerta y entró en la habitación. La preocupación arrugó su ceño mientras corría al lado de Katja.

—¿Estáis mejor? —Unos ojos preocupados examinaron el rostro de Katja.

Katja sonrió, asintió y se levantó de la cama, dejando que Torri la ayudara a vestirse. Unos minutos después, otro golpe hizo que la chica abriera la puerta. Robbie estaba en el umbral, con el rostro duro y los brazos cruzados sobre el pecho. Su mirada evaluadora, más intensa que la de su abuela, no dejaba escapar nada.

—Si no queríais repasar los libros esta mañana, todo lo que teníais que hacer era decirlo. No hace falta que os toméis tantas molestias para evitarme.

Una sonrisa recelosa se dibujó en su rostro, aunque Katja reconoció que se escondía detrás del regaño, suavizando la seriedad del asunto.

—Torri interrumpió mi mañana, hilando algún cuento fantástico. Me gustaría oírlo de vosotros dos, por favor. —Robbie entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

A continuación, Katja relató rápidamente los acontecimientos de la mañana.

—¿Estáis segura de que era aconita? —Los ojos de Robbie se entrecerraron hacia Beitris.

—Sí. No hay duda del sabor.

—¡Santo Dios! Tenemos un asesino acechando muy cerca. —La expresión de Robbie se endureció. De un tirón, abrió la puerta, salió al pasillo y dio una orden clara a un hombre que estaba fuera, luego volvió a la cabecera de la cama.

—*Lady MacGerry*, como el inmediato *sucesor* del lord en el clan, sois mi responsabilidad en ausencia mi hermano. Por favor, descansad y recuperaos de esta terrible experiencia y confiad en mí para reunirme con Cook. Encontraré al demonio responsable de intentar privar a mi querido hermano de lo mejor que le ha pasado en la vida. Podemos reanudar nuestra discusión sobre el lamentable estado de nuestras propiedades cuando os sintáis mejor. Por lo tanto, he designado a un guardia en vuestra puerta. Nadie entra sin permiso y, si os apetece uniros a nosotros más tarde, él os vigilará por si las cobardes alimañas vuelven a intentarlo.

Katja asintió a Robbie y volvió a experimentar la extraña y dulce sensación de tener un defensor. Desvió la mirada sobre el desconcertante conflicto de la alegría amarilla que asociaba con la personalidad vivaz de Robbie y las vetas púrpuras, cierto signo de culpabilidad. ¿Cómo podía ser ambas cosas? ¿Se alegraba de que el atentado contra su vida hubiera fracasado? ¿O avergonzado por no haber tenido éxito?

CAPÍTULO 10

Tal como había predicho Beitris, Katja pasó el resto de la tarde y las primeras horas de la noche corriendo al retrete, ya que la bebida de la anciana le había limpiado los intestinos. Para cuando el maldito remedio hizo su efecto, estaba demasiado cansada para bajar a cenar, y no deseaba que nada pasara por sus labios por miedo a que no perdurara. En lugar de eso, bebió sorbos de vino aguado hasta que el sueño la reclamó.

A la mañana siguiente, Robbie saludó a Katja con una inclinación de cabeza, mientras abría los libros de cuentas en el desgastado escritorio situado en el solar del lord.

—Al menos habéis recuperado el color.

El pálido color lavanda de la verdad teñía los bordes de su aura amarilla normal, tranquilizándola.

—Cook dice que no tiene idea de quién ha envenenado vuestras gachas. Con tantos que han entrado y salido de la cocina, casi cualquiera podría haberlo hecho. Cualquiera menos Lorna. Cook me asegura que la mujer no puso un pie en la cocina, ya que había estado limpiando retretes todo el día. La vieja dragona se ha tomado este ataque a nuestra nueva ama como algo personal y me asegura que no se os servirá nada que no pase primero por sus labios.

Katja pensó en protestar, pero la expresión severa de Robbie detuvo cualquier objeción. Se limitó a asentir con la cabeza, dando las gracias, y luego dirigió su atención a los libros de cuentas que tenían delante. Le costó un poco entender los números garabateados en las páginas. Quienquiera que hubiera hecho las anotaciones más recientes tenía una gran mano con la pluma.

—Como veis, nuestras reservas no alcanzarán hasta las primeras cosechas. —Robbie miró a Katja con una ceja levantada.

—Sí. Mi marido no tuvo más remedio que aceptar las condiciones del conde. —Entendió su mensaje implícito.

—Calder me contó los detalles de vuestro contrato matrimonial. Conozco a mi hermano. Nunca habría accedido a los precipitados acontecimientos si muchas vidas no estuvieran en peligro.

—Lo sé. Mi señor utilizó la grave situación del clan MacGerry para obligar a Calder a ayudarle en una humillación final contra mí. —Katja bajó la mirada. Su voz apenas pasó de un susurro.

—¿Por qué haríais algo así? Calder no lo dijo. Sólo dijo que deseaba alejaros de Ruadhcreag lo antes posible. —Robbie inclinó la cabeza, con mirada intensa.

Katja evitó una respuesta directa con un movimiento de cabeza, esperando que ni Calder ni Robbie insistieran en las razones por las que su señor mostraba odio hacia ella.

—Una cosa es cierta. Necesitáis desesperadamente el oro que os proporciona mi dote. Si el viaje de Calder tiene éxito, la siembra de primavera debería mejorar mucho.

—Sí. La pregunta es, ¿cuántos de nosotros sobreviviremos para ver el final del invierno?

Katja se encontró con la mirada de Robbie y se dio cuenta de que vivir bien alimentado bajo el pulgar de un tirano parecía un destino mejor para algunos que morir de hambre rodeado de amor.

* * *

Fiel a su palabra, el conde envió dos carromatos llenos de provisiones, junto con un buen número de ovejas. Barriles de víveres y sacos de grano empequeñecían el pequeño cofre de pertenencias de Katja. Christer guiaba a los hombres que acompañaban al resto de su dote... una grata sorpresa.

—¿Cómo estáis, hermana? —Su hermano la liberó de un fuerte abrazo e inclinó la cabeza para tomarle la medida, con la mirada fija momentáneamente en su ojo magullado.

—Sólo han pasado cuatro días. ¿Qué tan diferente podría ser? —Mantuvo la voz firme, no quería revelar mucho de sus experiencias recientes.

—Oh, sois una nueva novia y la señora del clan con el que nos hemos peleado durante casi cien años. ¿Qué podría estar mal? —Christer sonrió. Su humor le provocó una sonrisa reticente. Por su parte, Katja hizo a un lado los pensamientos de su humillación durante la boda y los insultos públicos de Lorna, junto con el recuerdo de sus gachas envenenadas. Su matrimonio con Calder ayudó a forjar una frágil paz entre sus clanes. No sería responsable de ver la alianza rota.

—Estoy bien, en verdad. Algunos MacGerry han sido bastante acogedores. Mi marido dice que el resto vendrá con el tiempo. —Se mantuvo firme, negándose a flaquear ante la penetrante mirada de su hermano.

—Vuestros ojos tienen un precioso tono verde y púrpura, aunque quizá no sea vuestro mejor aspecto. Ojalá hubierais seguido mi consejo con padre —suspiró—. Sospecho que estáis a salvo aquí, pero ¿me avisaréis si las cosas empeoran? —Su tono parecía más una orden que una pregunta.

—La paz después de tres generaciones de derramamiento de sangre vale cualquier palabra mordaz o mirada dura que pueda encontrar. —Katja inclinó la barbilla.

—Sigue sin gustarme. Vuestro lord y marido no está aquí para rendir cuentas. —Christer negó con la cabeza.

—Como os dije, mi marido está fuera reunido con otro clan para conseguir más manos que trabajen los campos. El invierno muestra signos de su pronta llegada, con sólo unos pocos días antes de que la nieve detenga cualquier trabajo en el exterior.

—Sí, el acuerdo de arrendamiento. Vuestro cuñado lo mencionó. —Christer asintió hacia Robbie que ayudó a descargar los últimos suministros.

—¿Estáis seguros de que no pasaréis la noche y partiréis al día siguiente? Vos y vuestros hombres sois bienvenidos. —Robbie se acercó a ellos, con el brazo extendido hacia Christer.

—Gracias por la oferta, pero el conde fue muy claro al decir que no quería poner a prueba nuestro nuevo acuerdo entrando en el torreón o comiendo de los productos proporcionados. Prometo aprovechar la hospitalidad de MacGerry cuando se derrita la nieve.

La visión de los hombres de Sinclair y MacGerry trabajando juntos con cautela reafirmó la determinación de Katja de hacer que su matrimonio funcionara.

La descarga se completó rápidamente y los hombres de Sinclair se prepararon para partir. Su despedida de Christer no tuvo nada que ver con la anterior. Ahora sabía cuál era su lugar y, aunque no todos la aceptaban, Katja gozaba de la estima del lord y su familia. Sería suficiente.

Ver las carretas vacías alejarse por el camino hacia Ruadhcreag y sus pocas posesiones llevadas al torreón puso fin a sus circunstancias.

—Venid, hermana, llevemos las provisiones al torreón y luego podréis anotar vuestras primeras entradas en los libros. —La llamada de Robbie la sacó de sus pensamientos.

Katja añadió cada preciado artículo a la aún escasa lista de provisiones en los libros de Fairetur. Robbie entregó las ovejas y el ganado a un par de ancianos y un puñado de muchachos que, junto con cuatro perros, presentaron las nuevas incorporaciones al resto de su escaso rebaño.

La cena fue festiva, ocasionada por la llegada de comida y ovejas tan necesarias. Katja se alegró de ver que los remolinos de auras rojas, aunque seguían presentes, eran menos esta noche. Un número sorprendente de gestos de respeto y sonrisas se dirigieron hacia ella. Aunque estaba lejos de la predicción de Calder de que habría una cola para besarle la mano, el hecho de que hubiera menos miradas furiosas era una buena señal.

Calder les había dicho que se quedarían uno o dos días más con los MacCairn. Resignada a dormir sólo con Freki las dos noches siguientes, ella y el perro subieron las escaleras hasta el tercer piso. La verdad es que echaba de menos a Calder. Consideró la idea de mudarse a su habitación. Ahora era su marido y había decidido ser una buena esposa. Con una sonrisa, recordó su afirmación de que ella debía estar en su cama. Con un estremecimiento de felicidad en el pecho, Katja abrió la puerta de su habitación. Freki gruñó por lo bajo, con los pelos de punta en señal de advertencia. Avanzó hacia la cama, con una amenaza retumbante resonando en su pecho. Golpeó la base de la colcedra con el hocico y algo se movió bajo las mantas. Rápidamente, Katja cogió su espada de un rincón de la habitación, la desenvainó y utilizó la punta para apartar la ropa de cama, capa por capa. Tiró las últimas sábanas al suelo y descubrió dos víboras enroscadas sobre la cama, con las cabezas levantadas en una pose mortal. Siseaban de desagrado, con sus gruesos cuerpos marrones entrelazados y un dibujo dentado negro en la cresta de la espalda. Con un movimiento de muñeca, Katja decapitó a la primera antes de que Freki pudiera embestir.

—¡Halda! —Freki se congeló ante su orden, aunque gruñó amenazadoramente a la víbora restante. Con otro chasquido de muñeca, cortó la segunda serpiente por la mitad, estremeciéndose de asco mientras se retorció sobre la cama. Utilizó la espada para arrojar los cuerpos al otro lado de la habitación, frente a la chimenea, donde continuaron su agonía.

Un temblor la recorrió al pensar en lo que aquello significaba. Primero, veneno en su comida, luego serpientes venenosas en su cama. Independientemente de lo que pensara Calder, al menos uno de los miembros del clan consideraba que la hija de los Sinclair no era una buena elección como esposa para su lord. Este villano aparentemente vio su muerte como un pago por los pecados de su padre contra los MacGerry. Incluso con las serpientes muertas, Katja fue incapaz de subir a la cama donde las dos se habían enroscado. En lugar de eso, se sentó en la silla junto al fuego, envuelta en las mantas. Observó a las víboras con mórbida curiosidad mientras sus cuerpos se retorcían sin vida. La aversión se estremeció ante la visión, aunque no pudo apartar la mirada. Había que informar a Robbie. Sabía que doblaría la guardia y vigilaría su cámara. Una cosa era que su padre la detestara, pero otra era que alguien la deseara tanto como para hacer intentos tan descarados.

¿Y ahora qué? Si el malhechor era tan osado como para atentar contra su vida en la sala o en su habitación, ¿dónde podría estar a salvo? Ansiaba el regreso de Calder, ¿pero detendría su presencia a quienquiera que estuviese detrás de estos ataques? Freki yacía en el suelo frente al hogar, con las orejas aguzadas y los ojos fijos en la puerta, como si comprendiera que ella seguía en peligro.

Katja se despertó sobresaltada al oír que llamaban a la puerta de su habitación. Las líneas del sol de la mañana iluminaban el suelo. Freki gruñó suavemente.

—Tranquilo, muchacho. —Puso una mano sobre la cabeza de su guardián, reconfortándolos a ambos.

—Katja, ¿estáis despierta?

—Buenos días, Torri. Confío en que hayáis dormido bien. —La voz de Torri atravesó el panel de madera. Entonces, Katja se levantó, cubrió las serpientes y abrió la puerta.

La muchacha sonrió y asintió, luego frunció el ceño al ver el estado de la cama y las mantas que cubrían la silla junto a la chimenea.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que traigáis a Robbie. Preferiría contarle una sola vez, si no os importa.

—Sí, ahora regreso. Robbie está desayunando en la sala. —La mirada de Torri volvió a barrer la habitación.

Katja esperó hasta que la oscura cabeza de Torri desapareció por los escalones, luego cerró la puerta, acomodando la barra en su lugar. De repente, unos pasos en el pasillo y la voz familiar de Robbie la impulsaron a abrirla nuevamente. Su mirada recorrió la habitación y luego se fijó en ella.

—Buenos días, Katja. Mi pequeña hermana dice que tenéis otra historia para mí. Viendo vuestra habitación, debe ser muy divertida. —Sus palabras desenfadadas chocaron con su mirada endurecida.

Katja apartó la alfombra de la chimenea para mostrar las serpientes entrelazadas.

Los ojos de Robbie se abrieron de par en par y luego se entrecerraron de nuevo, siseando entre sus dientes una maldición murmurada que describía un acto que ella no creía físicamente posible. Las uñas de Torri se clavaron en el brazo de Katja.

—Por el estado de vuestra cama, las habéis encontrado bajo las mantas. —En cuclillas, Robbie examinó la última amenaza y Katja asintió.

—Sabéis que debo designar un guardia en vuestra habitación, ¿verdad? Mi hermano me despellejará vivo si os ocurre algo mientras está fuera. Y me atrevería a decir que vuestros hermanos pronto estarían en nuestra puerta buscando venganza. —La mandíbula de Robbie se tensó al contemplar los cadáveres. Volvió la mirada hacia su señora.

Katja ignoró la mención a sus hermanos y no a su señor. Era verdad que su señor no derramaría ni una lágrima por su muerte. Por mucho que odiara la idea de una guardia, sabía que era inútil discutir. Tras la sugerencia de Robbie de que pasara tiempo con los que ella conocía, se pasó el día en la cocina preparando sidra y vinagre con los restos de la cosecha de manzanas de otoño. Freki yacía en el suelo, junto a la puerta trasera, royendo un hueso de un ciervo que había sido cazado anteriormente.

A pesar del fresco día de finales de otoño, el calor de los calderos en ebullición hacía que la cocina resultara agobiantemente calurosa. El joven Dugan había sido asignado por Robbie para vigilarla ese día, pero en su lugar, observó a una de las muchachas de la cocina. Ambas parecían estar cerca de la edad de casarse, tal vez unos diecisiete veranos, y coqueteaban con sus ojos y sonrisas durante toda la mañana. A Katja le parecía dulce, pero Cook regañó a Shea por no seguir el ritmo de su trabajo.

—Necesito un poco de aire fresco, Dugan. Me quedaré junto a la puerta y gritaré si os necesito. —Katja llenó una jarra con agua de cebada y se dirigió a la puerta.

El espigado muchacho apartó su mirada encaprichada de la encantadora joven cocinera el tiempo suficiente para reconocer las palabras de Katja con un movimiento de cabeza. Ella salió ocultando la sonrisa.

La brisa levantó el pañuelo que llevaba, secándole el sudor del cuello y la cara. Freki la siguió, con los dientes chasqueando contra el hueso que llevaba. Se dejó caer, atrapando el hueso con las patas, y siguió lamiendo el extremo. Caminó un poco, con las manos en las caderas, estirando la parte baja de la espalda, la cual estaba tensa y dolorida de estar agachada todos los días.

—¡*Milady, milady!*

Un hombre que Katja no reconoció dobló la esquina y se dirigió hacia ella con decisión. Freki se puso en pie y gruñó. El hombre aflojó el paso, con los ojos fijos en el perro.

—Abajo.

Freki se detuvo obedientemente y se sentó, con los músculos tensos, a la espera de su siguiente orden.

—¿Os conozco? —Katja miró al hombre., quien se detuvo a varios metros de distancia, con las manos extendidas en señal de sumisión, y sus ojos se clavaron entre ella y su compañero. El aura marrón y azul oscuro que lo rodeaba le indicó que tenía miedo de hablarle del encargo que le habían hecho.

—No, *milady*. Soy del clan MacCairn. Estaba con el grupo que volvía con vuestro marido cuando su montura lo arrojó. —El hombre se movía, inquieto.

—¿Está muy malherido? —Katja se llevó la mano a la garganta mientras luchaba contra el miedo repentino.

—Tiene una fea herida en la cabeza. Tememos que muera, *milady*. El lord pidió por vos. Me enviaron a buscaros rápido.

—¡Dulce Madre María! Dejadme ir corriendo a decírselo a su hermano. —Dio un paso hacia la puerta de la cocina.

El hombre intentó detenerla, pero un gruñido bajo de Freki la detuvo.

—*Milady*, no tenemos tiempo. El lord puede morir antes de que lleguemos si no nos damos prisa.

El pánico se apoderó de Katja ante la urgencia en la voz del hombre y la idea de que Calder muriera y ella llegara demasiado tarde. Se persignó con una rápida plegaria murmurada, luego recogió sus faldas y corrió hacia los establos justo cuando Titus sacaba a Skündi, ensillada y lista para partir, con su arco y su carcaj de flechas colgados de la cruz del caballo.

—MacCairn me ha hablado del lord. Jamie y yo rezaremos por un milagro.

Katja asintió distraídamente al mozo de cuadra, demasiado asustada para distraerse hablando. Con manos y piernas temblorosas, montó en Skündi mientras MacCairn subía a un robusto poni. Freki les pisaba los talones incansablemente mientras seguían un sendero hacia el norte y el oeste durante unas cuantas leguas antes de desviarse del camino. Tras superar una cresta, se dirigieron a un pequeño valle al otro lado. MacCairn se detuvo en el prado cercano a una quema, unos dos kilómetros más allá.

—No entiendo, ¿dónde está mi marido? —Katja miró a su alrededor, perpleja.

Dos hombres salieron de un pequeño bosque, uno con una ballesta en las manos y el otro con un gruñido de odio en la cara.

—Concluyendo sus negocios con los MacCairn, seguramente.

—¿Auld Liam? —Una fría incredulidad la atenazó por dentro al reconocer al anciano MacGerry.

—Sí, engendro del mal. No moriríais ni por veneno ni por víboras, así que tuve que encontrar una manera de sacaros de debajo de las narices de Robbie. —Liam le dio un codazo a su pequeño caballo para que se acercara.

El estómago se le revolvió, quemándole la garganta, consternada al darse cuenta de que era él quien deseaba su muerte. Una mezcla de odio, rojo oscuro y gris, se arremolinó como la niebla alrededor de Liam. Su intensidad casi la dejó sin aliento.

—¿Por qué me odiáis tanto? ¿Me hacéis responsable de los pecados de mi padre? —Con un esfuerzo, encontró la voz.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de lo remoto de su ubicación y de lo sola que se

encontraba. Pasarían días antes de que alguien encontrara sus restos. Freki gemía ansiosamente y Katja se estremeció, consciente de que las intrigas de Liam significaban también la muerte de su querido perro.

—¿Os odio? Sois una Sinclair, ya es bastante malo. El hecho de que seáis la hija del lord Sinclair os convierte en el objeto del mismísimo diablo. —Los ojos de Liam brillaron.

—Matadla a ella y a esa bestia maldita, y luego enterrad los cuerpos. —El quejido de Freki se convirtió en un gruñido grave. Auld Liam miró a la bestia, tiró de las riendas de su pequeño caballo y lo hizo retroceder un paso. Este ladró al hombre de la ballesta.

—¿Qué tal un poco de diversión antes? —La mirada del otro hombre se arrastró con admiración sobre Katja.

—No me importa. Ensuciaos con la muchacha si queréis. Aseguraos de que nadie la encuentre cuando hayáis terminado.

Auld Liam señaló con su caballo hacia la cresta y trotó hacia el torreón de los MacGerry.

—Vamos, querida. Deja que Rab se salga con la suya fácilmente y os prometo un final rápido. —Cogió las riendas de su caballo. Los dos hombres miraron a Katja con desprecio.

Con una rapidez nacida del pánico y la determinación de frustrar sus planes, Katja desenvainó la daga que llevaba oculta en la manga y acuchilló al hombre en el antebrazo. Este se llevó el brazo al pecho, y el repentino movimiento hizo que su pequeño caballo bailara agitado.

—¡Maldito! Sangrareis por eso.

—¡Freki, atacad! —Señaló a Auld Liam, que se había vuelto hacia la conmoción. A Katja le hirvió la sangre.

Con el ágil movimiento de un depredador a la caza, Freki cargó tras Liam, alcanzando su máxima velocidad en dos zancadas. El tercer hombre giró sobre sí mismo, disparando su ballesta contra el perro lobo. Falló por un amplio margen, ya que la saeta se enterró en el duro suelo a varios metros de distancia. Inclinandose hacia abajo, Liam dio una patada a su poni, impulsándolo a correr. Cubriendo el terreno a grandes zancadas, Freki los alcanzó fácilmente con un enorme salto, derribando al demonio de su poni. Liam cayó al suelo con fuerza, levantando un brazo para mantener al perro a raya. Gritó cuando las mandíbulas de Freki aprisionaron su brazo.

—¡Soltadlo!

Respondiendo a la orden de Katja, Freki soltó a Liam y se colocó encima de él, gruñendo una advertencia. Volviendo a centrar su atención en el hombre que estaba a su lado y que se quedó boquiabierto cuando Liam cayó, Katja sacó la daga de la vaina que llevaba en la nuca y se la lanzó a Rab, alcanzándolo en la garganta. El hombre se desplomó sobre su caballo, con las manos apretando inútilmente la herida abierta en su cuello. El otro hombre desmontó su caballo y se esforzó por recargar su ballesta. Katja sacó su arco y una flecha de su carcaj. De pie en los estribos, tensó el arco, apuntando con la punta al canalla.

—¡Alto! Arrojad vuestra arma al suelo.

El hombre ignoró su orden. Colocó la punta de la ballesta en el suelo, se colocó en el estribo del arma, tiró de la cuerda hacia atrás y buscó una saeta. Sin más aviso, dejó volar su flecha mientras el hombre levantaba la ballesta.

El disparo le atravesó el pecho, haciéndole caer al suelo con un ruido sordo. Katja desmontó, preparó otra flecha y se dirigió hacia donde yacía el hombre, con la mano aferrando el extremo emplumado de su asta de fresno. Su respiración entrecortada y la lentitud de sus movimientos presagiaban su fin. Recogió la ballesta y la arrojó hacia la hoguera. Cuando se dio la vuelta, el cuerpo de este se sacudió una vez y exhaló un último suspiro entrecortado.

Con ambos esbirros muertos, Katja dirigió su atención a Auld Liam. Freki lo vigilaba,

aunque parecía innecesario, ya que Liam aún no se había levantado de su caída.

—*Kvala*. —Le hizo un gesto a Freki para que se alejara.

Freki pasó por encima de Liam y se colocó a su lado mientras ella caminaba hacia donde yacía su atormentador, con los ojos fijos en las pesadas nubes grises que llenaban el cielo. El sonido de los cascos alcanzó su oído, y volvió a empuñar una flecha, preparada para quienquiera que cargara sobre la cresta. Robbie, seguido de Dugan y dos hombres cuyos rostros reconoció, cruzaron la colina y se dirigieron hacia donde ella estaba. Katja bajó el arco y se arrodilló junto al anciano. Robbie desmontó y se unió a ella.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Auld Liam me atrajo con el cuento de que Calder se había caído del caballo y yacía moribundo. Esperó con otros dos para asesinarme y enterrarme donde no pudieran encontrarme.

—A Katja le irritó su tono.

—¿Por qué, anciano? —Robbie tomó la mano de Liam con ambos puños y lo sacudió.

—Porque ella es... La prole de Sinclair. Yo no... enterrar a mis parientes... los últimos tres años... para ver a esta bruja Sinclair como señora de mi clan. —Liam parpadeó dos veces. Sus palabras se arrastraban mientras hablaba, y su voz se apagaba.

—Haré que os cuelguen por esto. —Los dedos de Robbie se enroscaron en la camisa de Liam, levantando su torso del suelo y acercando al villano.

—Siento decepcionaros, muchacho, pero su *Cù Sìth* hizo el trabajo por vosotros. —Liam tosió una vez, emitiendo un sonido espasmódico.

Robbie hizo rodar a Liam hacia un lado, dejando al descubierto la parte posterior de su cabeza. Su cabello gris estaba aplastado contra el cráneo, lleno de sangre y vísceras. El borde afilado de una roca semienterrada brillaba enrojecido. La sangre empapaba la tierra que tenía debajo y sus ojos brillaban por la inminencia de la muerte. Los labios de Liam se movieron, pero Katja no oyó ningún sonido. Repitió la frase, esta vez lo suficientemente alto como para que ella pudiera oírla.

—*Arte et marte*.

—Qué extraño, esas deberían ser sus últimas palabras. —Robbie ayudó a Liam a volver a la tierra y cerró los ojos con un lento movimiento de la mano.

—¿Qué significan?

—Significan «Por habilidad y valor». Es el lema de los MacGerry. Cómo encontró valor en este acto odioso, puede explicárselo a su creador.

—Dugan, vosotros y los muchachos ocupaos de su cuerpo. Envolvedlo en su tartán y atadlo a su poni. Lo enterraremos en la tierra de MacGerry. —Se levantó, limpiando sus palmas lentamente sobre su tartán.

—¿Y los otros dos? —preguntó Dugan.

—No los conozco. Dejad a los malhechores para los cuervos carroñeros. Sus pecados de hoy no les hacen merecedores de un entierro cristiano. —Robbie les dedicó una mirada.

Los jóvenes asintieron y se pusieron manos a la obra. Katja miró los cuerpos inmóviles por el abrazo de la muerte.

«Tres hombres muertos, todos por mi mano».

Katja se inclinó y tuvo arcadas cuando la espeluznante realidad de lo que había ocurrido caló en ella. Las manos de Robbie la sostuvieron mientras su estómago se deshacía de su contenido, pero no de su sentimiento de culpa.

—Oh, no es culpa vuestra. Sois una muchacha valiente. Tomaos un respiro y contadme toda la historia.

Dugan le acercó un odre de cerveza. Katja asintió dándole las gracias, luego enjuagó el sabor de la bilis antes de beber un largo trago. Freki le acarició la mano y se tumbó a su lado con un resoplido. Con voz temblorosa, Katja relató los sucesos de la última hora, mientras su mano acariciaba la piel de Freki para reconfortarla.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —Por fin llegó al final de su relato.

—Titus envió a Jamie tras de mí, y luego nos dio vuestra ubicación. No fue difícil seguir vuestro rastro, sobre todo cuando os salisteis del camino. —Robbie posó una suave mano en su hombro—. Venid. No os perderé de vista hasta que Calder regrese. Cenaremos en el solar del lord mientras pienso en el desagradable asunto de descubrir a los cómplices de Liam.

—¿Dónde estaría yo sin vosotros, mi valiente muchacho? —Dolorida y cansada, Katja sacó un trozo de carne seca de sus árguenas y se lo dio a su guardián.

Freki casi inhala el bocado. Acarició a su ama y le dio un cariñoso lametón en la mano. Todavía temblorosa por las secuelas de la batalla, montó en Skündi y se unió a los MacGerry para el viaje de vuelta a casa, con Freki trotando despreocupadamente a su lado.

Dugan evitaba el contacto visual, y una niebla púrpura se arremolinaba a su alrededor, indicando culpa o vergüenza. Katja supuso que se culpaba por haberla dejado caer en manos de Auld Liam. No le culpaba. Los hombres tan decididos como Liam siempre encontraban la manera de conseguir lo que querían. Aunque se había sentido segura en Fairetur los primeros días, ya no lo estaba. Incluso con Robbie y Freki protegiéndola, temía que fuera imposible superar más de sesenta años de odio. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguien intentara asesinarla de nuevo? ¿Cuántas veces hasta que alguien lo consiguiera?

CAPÍTULO 11

La cena transcurrió en un tenso silencio. Aunque Beitris y Torri sabían que había ocurrido algo terrible, que había causado la muerte de Auld Liam, ninguno de los dos interrogó a Katja durante la comida. El estofado de venado sólo tenía un día, pero para Katja había perdido su sabor y hurgaba en la comida.

Los acontecimientos de la tarde se repetían en su mente. El olor y la visión de la sangre permanecían grabados en su memoria. Más de una vez, Katja buscó sangre en sus manos y en su vestido. Sorprendió a Robbie observándola y se sobresaltó al ver que el verde claro de la lástima que sentía por él se había desvanecido, dando paso a un azul apagado de confusión. Tras un momento, descartó el cambio, incapaz de detenerse en el enigma. Probablemente meditaba sobre los acontecimientos de los últimos días y se debatía sobre la mejor manera de desenmascarar a los cómplices de Liam.

—Por favor, informad a Cook que me gustaría tomar un baño antes de dormir. —Katja se volvió hacia la sirvienta que estaba recogiendo los restos de la comida.

La muchacha hizo una reverencia, rodeada de auras azul claro de miedo y confusión. Katja no podía culparla. Las habladurías corrían deprisa en un torreón pequeño. No se sabía qué historias circulaban sobre la muerte de Liam. Ella no sabía lo que Robbie les había dicho a Dugan y a los otros dos, sólo que les había ordenado que difundieran alguna versión de los acontecimientos del día en un esfuerzo por hacer salir a los demás implicados. De repente, la muchacha de la cocina apareció junto al hombro de Katja.

—Vuestro baño le espera, *milady*.

—Gracias. —Katja se levantó, al igual que todos los comensales. La continua cortesía la confundió.

—Os acompañaré a vuestra habitación. —Robbie la miró con seriedad.

—Torri y yo nos ocuparemos de vuestro baño. Nadie se atreverá a hacer travesuras con nosotras a bordo. —Beitris se levantó lentamente, con una mirada aguda que contradecía su aparente debilidad.

Katja sintió un nudo en la garganta ante el apoyo demostrado por su nueva familia, y agachó la cabeza por miedo a delatar la fuerza con que la conmovían sus actos de bondad.

* * *

El ruido de botas en las escaleras en mitad de la noche despertó a Katja de un ligero sueño. Por la tranquila reacción de Freki, reconoció los sonidos y no los consideró una amenaza. Una vez lo bastante despierta como para reconocer la risa ahogada de Finn, se dio cuenta de que su marido por fin había llegado. Se colocó un sencillo vestido sobre la cabeza, decidiendo renunciar al calzado. Levantó la barra de la puerta y echó un vistazo al sombrío pasillo. Se dio cuenta de que Robbie ya no montaba guardia en la puerta y que probablemente había seguido a los hombres hasta la cámara de Calder. Como no quería despertar a Beitris y Torri en la habitación contigua, caminó sin hacer ruido por el pasillo y subió las escaleras.

Las voces masculinas se hacían más fuertes y la expectativa de ver a su marido después de más de una noche crecía, aligerando su corazón. Se reprendió a sí misma por sus débiles emociones femeninas. ¿Estaba tan ida que la mera idea de ver a su marido hacía volar su

corazón? Al detenerse en el rellano, admitió que sí. Sus labios se torcieron con pesar y Katja sacudió la cabeza antes de continuar por el pasillo. La puerta de la habitación de Calder estaba entreabierta y la luz se derramaba por el pasillo.

—¿Creéis que es prudente poner a vuestra amante a cargo de una granja en las tierras de vuestra esposa? —La inconfundible voz de Finn formuló la pregunta.

Katja apartó la mano del pestillo como si la hubiera mordido y se alejó de la puerta, con los oídos atentos a la respuesta de Calder.

—Mi esposa dijo que quería que Lorna se fuera del torreón. Estoy cumpliendo sus deseos.

«¡Pérfido bastardo!»

La idea de que Calder tuviera a su puta al alcance de la mano le robó el aliento. La palma de la mano le oprimió el repentino dolor en el pecho, y se escabulló aún más en el oscuro pasadizo.

—¿No pensáis consultar a Katja?

Katja resopló. Al menos *Robbie* cuestionó el odioso plan de su marido.

—¿Vosotros también? —La réplica de Calder retumbó en voz baja—. Ya he tenido bastante de este anciano empujándome y presionándome, diciéndome lo que debo y no debo hacer. No empecéis vos también.

—Tenemos que hablar de Katja. —La insistencia llenaba las palabras de Robbie.

—Puedo ocuparme de mi propia esposa. —Las afiladas palabras de Calder no admitían discusión.

—No lo entendéis. —La voz de Robbie se elevó con frustración.

—No, esta noche no. Estoy cansado y ya es muy tarde. Os veré en la sala dentro de unas horas.

Los pies se arrastraron por el suelo de madera y Katja bajó las escaleras con silenciosa presteza. Cerró la puerta de su habitación antes de que Finn y Robbie llegaran a su nivel. Apoyada en el portal, abrazándose contra el dolor de la traición, las lágrimas fluyeron libremente mientras la autocompasión se apoderaba de ella. Un dolor sin parangón atravesó su corazón. El dulce rostro de su madre le vino a la mente, y con él la comprensión, cuando Katja comprendió la profundidad del sufrimiento de una mujer cuando entrega su corazón. Había creído que su marido era fiel a su palabra. Enfrentarse a la realidad de su traición la hirió más allá de las palabras.

«Es un hombre como cualquier otro. Unas pocas palabras bonitas y caricias suaves no lo hacen diferente».

Katja enjuagó sus ojos mientras la ira emergía de la autocompasión. Su espina dorsal se puso rígida, el deseo de abandonar este desdichado lugar floreció ferozmente. Qué tontería pensar que la estima de Beitris y Torri sería suficiente. Ni siquiera el miedo de saber que algunos en el clan deseaban su muerte se comparaba con el dolor de descubrir que su marido mantenía a su odiosa puta. Recordó sus palabras de sólo unos días antes.

«Os prometí mi fidelidad. No tendré a nadie más en mi cama de ahora en adelante».

La confianza que había dejado crecer se derrumbó en ruinas. Ahora que él había obtenido de su unión la paz, las monedas y las tierras que necesitaba, todos lo que quedaba era que ella diera a luz a su heredero. El calor se apoderó de su pecho. Ya había sacrificado bastante. No se convertiría en su madre. Y si se quedaba en Fairetur un día más, la ira podría llevarla a hacer algo terrible a su engañoso marido o a su descarada ramera. Aunque justificado a sus propios ojos, dudaba que alguien más lo viera así.

«No pertenezco a este lugar».

La verdad de esta revelación resonó en su interior y caló en sus huesos. No podía quedarse,

ni regresar al hogar de su señor. Katja se estremeció ante la idea de volver a vivir bajo el pulgar de aquel degenerado. Él le había dejado claro que no quería volver a poner sus ojos en ella, un sentimiento que ella correspondía de todo corazón.

Katja reflexionó sobre su situación. En los últimos meses había sentido el impulso de escapar de los abusos de su padre. Más de una vez, a lo largo de los años, había pensado en huir a casa de su madre. Sin embargo, el viaje era largo y peligroso. ¿Merecía la pena arriesgarse?

«No seré posesión de un hombre infiel».

El amanecer se apresuraba, faltaban poco más de una hora o dos. Pronto se levantarían las puertas para los que reparaban las labranzas y cuidaban los rebaños. Los MacFies llegarían pronto, así que el torreón estaría ocupado este día de finales de otoño. Podría marcharse antes de que alguien notara su ausencia. Katja preparó el zurrón y salió de su habitación con Freki como sombra. Se detuvo ante la puerta de Beitris y Torri. Ignorando el tirón de su corazón, apretó los puños y la mandíbula, giró sobre sus talones y bajó silenciosamente las escaleras hasta la cocina. Ocupada con la comida de la mañana, Cook se limitó a asentir cuando Katja cogió una ronda de pan, queso y carne seca de una bandeja que había sobre la larga mesa de servir. El aura amarilla de felicidad que se arremolinaba en torno a Cook inspiró una sonrisa agrisada en el corazón de Katja. Sin mediar palabra, ella y Freki cruzaron la puerta y entraron en la torre del homenaje.

Jamie bostezó y se quitó el sueño de los ojos, con la paja aún pegada a la ropa, mientras Katja entraba en los establos.

—Os habéis levantado temprano, *milady*.

—Sí. Pensaba cabalgar hasta el lago esta mañana. —Fue fácil sonreír al muchacho al recordar que era uno de los pocos que la habían acogido de verdad. Agitó una mano en un movimiento de espanto—. Volved a vuestra cama. Puedo ir a buscar mi propio caballo.

—No, *milady*. Titus me cortaría la cabeza si no lo hiciera por vos. Además, ya estoy levantado. —Jamie negó con la cabeza.

El muchacho se apresuró a preparar a Skündi mientras Katja aseguraba sus armas y árguenas. Jamie acarició valientemente la enorme cabeza de Freki, ganándose un húmedo movimiento de la lengua del perro por su atrevimiento. La bestia mimada apoyó la cabeza en la mano del muchacho hasta que el joven le rascó su lugar favorito detrás de las orejas. Freki lanzó un suspiro de satisfacción y empujó al muchacho con su carnoso hombro.

—Creo que le agrado, *milady*. —El entusiasmo de Jamie hizo sonreír a Katja.

—Sí, así es.

—El primer día temí que me comiera.

Katja sonrió con indulgencia, con los ojos ardiendo de emoción. Respiró hondo y reprimió los fuertes sentimientos. Sujetando las riendas con tanta firmeza como determinación, montó en el caballo que la esperaba.

Jamie bostezó al despedirse. Con Freki pisándole los talones, Katja acompañó a Skündi hasta la puerta principal. Se encontró con algunos muchachos y dos ancianos que se dirigían a las granjas, y caminó a su lado asintiendo y sonriendo cuando alguien la miraba a los ojos. Una vez cruzada la puerta, giró hacia el oeste y espoleó a Skündi al galope para perpetuar su historia de dirigirse hacia Loch Beaggorm. El dolor de la partida oprimía su corazón y se llevó la palma de la mano al pecho para aliviar el escozor.

«No me quedará donde no me quieren. No viviré la vida de mi madre».

Las palabras reforzaron su determinación, pero las lágrimas llenaron sus ojos y dejó que Skündi encontrara su propio camino.

Una vez superada la colina y fuera de la vista del torreón y la aldea, giró hacia el sur por un

pequeño arroyo y retrocedió hacia el este, hacia el camino de Hacraig. El agua borró las huellas de las pezuñas de Skündi tan rápido como las hizo. Después de haber pasado Fairetur, ella lo dirigió hacia el norte hasta que encontraron el camino del este. Según sus cálculos, había casi dos días de camino hasta Thurso y la costa. Lo había visto en el mapa y había oído a su padre y a sus hermanos hablar lo suficiente de los barcos que llegaban y partían con mercancías del puerto como para conocer su ubicación.

Lo único que le preocupaba era lo difícil que podía resultar llegar a Lerwick, en las islas Shetland. La tía Runa y el tío Lund la recibirían con los brazos abiertos, estaba segura. Su tío estaría encantado de ver qué había sido de aquel incómodo fardo de pieles que le había regalado hacía unos años.

Katja se estremeció y se ciñó la capa. Después de una mañana nublada, el día amaneció despejado, con un suave pero frío viento del norte que la apresuró en su camino y formó una capa helada alrededor de su corazón.

* * *

Calder se levantó, renovado y esperanzado. Las negociaciones con los MacCairn se habían completado, y ahora tenía a los muchachos necesarios para cuidar las tierras de Katja. Al pensar en su esposa, sonrió, deseando verla esta mañana. Tras un rápido aseo, se vistió y bajó las escaleras para romper el ayuno. Entró en la sala y no tardó en darse cuenta de las miradas tensas que le dirigía su abuela. Torri parecía afligido, su hermano abiertamente enfadado, y la mirada de su tío clavada en la escudilla de gachas que tenía delante. Katja no aparecía por ninguna parte. Cuando tomó asiento, una sirvienta puso un tazón de gachas y una jarra de sidra sobre la mesa.

—¿Por qué esas caras amargas esta mañana? ¿Dónde está mi encantadora novia? No es propio de ella dormir hasta tarde. —Calder mezcló un poco de miel con la avena cocida y las manzanas secas.

—Con mucho gusto responderé a vuestras preguntas, en privado. —Robbie se reclinó en su silla, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, idéntico al de la noche anterior.

—¿Sucedo algo? —Calder dejó la cuchara y miró a su hermano.

Robbie se levantó y se dirigió al solar, abriendo la puerta expectante. Calder sostuvo la escudilla en una mano y la sidra en la otra, y le siguió, con un escalofrío de inquietud recorriéndole la espalda. Beitris y Torri entraron en la habitación delante de él.

—Esperad a un viejo. Tengo la sensación de que no quiero perderme esto. —Finn se levantó, haciendo crujir las articulaciones al enderezar la espalda, y dio un paso cojeando hacia el solar.

Una vez que todos encontraron asiento, Robbie comenzó la historia con las gachas envenenadas. Torri y Beitris añadieron detalles a medida que avanzaba la historia. Calder escuchó, atónito, sus gachas olvidadas mientras escuchaba la historia de traición e intento de asesinato de su esposa. Su mandíbula se tensó hasta que le crujieron los dientes.

—¡Santo Dios! ¿Encontrasteis con quién trabajaba Liam en el torreón?

—No. Lo único que sé es que no fue Lorna. Ella fue contada cada día, y no sirvió en la cocina ni arriba de las escaleras en esos días. —Robbie negó con la cabeza.

—Puede que ella no lo hiciera, pero apuesto a que tuvo algo que ver con este mal. —Calder echaba humo, preguntándose por qué no había seguido antes el consejo de su tío con respecto a su antigua amante.

—Realmente creo que Lorna es inocente —protestó Robbie—. La presioné mucho, amenazándola con la sogá si no decía la verdad. Estaba realmente asustada y no parecía saber de

qué iba Auld Liam. En todo caso, Liam la mantuvo en la oscuridad para proporcionarle un incauto en caso de que lo necesitara.

—¿Dónde está Katja ahora?

—He preguntado y se marchó al amanecer para cabalgar hasta el lago, según el joven Jamie. —Robbie frunció el ceño, como si no se creyera la historia.

—¿Por qué abandonaría Katja la seguridad del torreón? Traedme a Jamie. El propio muchacho lo contará. —El desconcierto sacudió el cerebro de Calder. Golpeó la mesa con la mano abierta, saltó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Interrogué al muchacho dos veces para asegurarme. Tully estaba de guardia en la puerta y confirmó la historia de Jamie. Vuestra mujer giró hacia el oeste en cuanto llegó al camino. —Robbie negó con la cabeza.

—No tiene sentido que se fuera sola de la fortaleza. Huir para evitar futuras dificultades tampoco tiene sentido. Y no es propio de ella hacerse la cobarde. —Calder se restregó la cara, esforzándose por comprender por qué se había marchado.

—¿Cobarde? No. No viste a los dos hombres que Liam puso sobre ella. Uno tenía un feo corte en el brazo, probablemente por intentar sujetarla, y ambos tenían sus flechas clavadas profundamente en el pecho. Puso su bestia sobre Liam y acababa de acercarse a él cuando cabalgamos sobre la cresta. La muchacha tiene hierro en la columna —resopló Robbie.

—Sí, lo creo. Sin embargo, lo que no creo es que se haya ido a pasar el día al lago.

—Parece que, entre mi mal trato hacia ella y la diablura de Liam, mi hermosa novia ha decidido abandonar el clan MacGerry. —Su corazón se estremeció.

CAPÍTULO 12

El fuerte paso de Skündi le permitía cubrir terreno durante horas sin cansarse. Katja estaba agradecida por tener un caballo tan bueno, aunque sabía que su señor sólo le proporcionaba una montura de calidad porque cualquier otra cosa quedaría mal con el conde.

Freki trotaba a su lado. Tras dos breves paradas para beber agua en el arroyo que caía cerca del camino y para permitir que Skündi pastara la hierba moribunda, llegaron a Hacraig antes de que la luz del día renunciara a su dominio.

Katja se envolvió en la capucha de su capa y, al amparo de la penumbra, atravesó el pueblo sin ser vista, deteniéndose en una pequeña posada en el extremo norte. Un hombre corpulento apareció en la puerta y su delantal sucio lo identificó como el mesonero.

—Buenas noches, señor. El Cerdo y el Arado no es elegante, pero si necesita una habitación y comida caliente, ha venido al lugar adecuado. —Observó su aspecto con el ceño fruncido.

—Buenas noches, señor. Sí, deseo alojamiento y comida para los tres.

El mesonero la miró de nuevo, pareciendo sorprenderse de que fuera una mujer. Su atención se desvió hacia Freki. Katja vaciló. No había pensado en la posibilidad de que los establecimientos públicos no permitieran la entrada a su acompañante.

—No permito perros en mi posada, y no quiero problemas con un marido o un padre enfadado. La sala común pronto se llenará de muchachos que beben mucho y se deleitan provocando diabluras. Una mujer sola vestida de hombre es un problema si alguna vez lo he visto. Cuatro peniques os darán un pequeño cuarto de servicio en el primer suelo para pasar la noche. Veré que os lleven la cena a vuestra habitación. Eso os mantendrá fuera de la vista y de los problemas hasta mañana. Vuestro caballo recibirá un buen masaje y su ración de avena. Sin faltar al respeto, es lo mejor que puedo ofrecerlos.

—No quiero problemas. Una habitación en la parte de atrás parece una buena elección. incluid una segunda comida y dejad entrar a mi perro, y os doblaré el precio a una moneda de plata. No os preocupéis. Los modales de mi chiquillo son dignos de la corte del buen rey Jamie. —Katja asintió.

—No os ofendáis, *milady*, pero antes veré el color de vuestra moneda. —El mesonero se acarició la barba mientras consideraba su oferta. Los colores de la desconfianza se arremolinaban a su alrededor.

Katja sacó una de las varias monedas de plata con la efigie del rey David en relieve y se lo entregó al hombre. Su abuela le había dado en secreto una moneda de plata cada San Miguel desde que murió su madre y le había ordenado que las escondiera en el dobladillo de su capa. Katja envió una bendición silenciosa a la mujer cuya previsión había hecho posible este viaje a su familia.

El hombre examinó la moneda, le dio una vuelta y luego dos, y asintió. Hizo señas a un mozo de cuadra que esperaba a cierta distancia.

—Ori se ocupará de vuestro caballo. Os llevaré a vuestra habitación y haré que mi esposa os traiga dos tazones de estofado. No es mucho, pero sí caliente y saciante. Os pido que os quedéis en vuestra habitación hasta el amanecer. Ori tendrá vuestro caballo ensillado y listo para cabalgar al día siguiente. —El mensaje tácito de que sólo era bienvenida por una noche -y a regañadientes- estaba claro.

La habitación que le ofreció era pequeña pero limpia. El único mobiliario era una mesa

raída y un taburete de tres patas. Un jergón de paja ocupaba la mayor parte del espacio. Katja colocó sus armas y sus árguenas en un rincón del jergón y colgó su capa de una clavija de madera. Aunque no había chimenea, la habitación era cálida. La pared enladrillada y los ruidos amortiguados le indicaron que la cocina estaba al otro lado y era la responsable del calor.

Unos minutos más tarde, unos golpes en la puerta anunciaron a una mujer mayor, de aspecto robusto, que llevaba una bandeja con dos escudillas humeantes, una jarra y una taza.

—Buenas noches, *milady*. Aquí tenéis vuestra cena. Espero que mi marido no haya sido demasiado duro con vos. Es fácil de irritar cuando hay extraños cerca. No os preocupéis por vuestro perro. Es bienvenido siempre que cuide sus modales, aunque Dios sabe que esa bestia se comporta mejor que los bribones que servimos a estas horas de la noche. —Su jovial voz hacía juego con sus amables modales.

—Es para vuestro muchacho, ¿verdad? —La amable mujer se acercó a Freki con una escudilla de estofado.

—Sí, señora. —Katja respondió a la pregunta de la mujer.

La esposa del mesonero asintió y se puso en cuclillas ante el enorme perro. La nariz de Freki se estremeció al olfatear el aire, y sus ojos se mostraron esperanzados. Puso la escudilla en el suelo delante de él y le acarició la enorme cabeza.

—No es más que un chiquillo crecido. —Se rio y volvió a acariciarle el pelaje dos veces más. Freki ignoró sus caricias y devoró rápidamente el estofado.

—Golpead la pared si necesitáis algo. Tendré agua para que os lavéis por la mañana y *bannocks* frescos para romper el ayuno. —La mujer se levantó y sus huesos crujieron con fuerza.

—Gracias por vuestra hospitalidad.

La anciana sonrió, agitó una mano y cerró la puerta suavemente tras de sí. En ese momento, la voz de la mesonera resonó a través de las delgadas paredes de la estructura.

—¡Aquí! Cuidado con esa bandeja de cerveza, señorita. Si derramáis una sola gota, os será descontado de la paga.

Katja se estremeció, su tono exigente le recordaba a su señor. Sonrió al darse cuenta de que la probabilidad de volver a oír su voz era remota. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció cuando una tristeza que había ignorado todos los días se apoderó de ella. ¿Había hecho lo correcto al marcharse? ¿Debería haber confrontado a Calder, *pedirle* una explicación?

«¡Mi marido metió a su puta en un una pequeña granja de mis tierras!»

Las emociones le revolvían el estómago mientras buscaba una postura cómoda en el jergón de paja. Freki suspiró profundamente. Katja trató de calmar su mente, pensando en cómo conseguiría un pasaje en barco a Lerwick al día siguiente como una mujer sola con un gran caballo y un perro bastante grande. Recordando su poco cordial bienvenida en la posada, Katja supuso que su recibimiento no sería mejor en los muelles de Thurso. Rezó para que la plata que llevaba marcara la diferencia allí como lo había hecho esta víspera.

Un ligero golpe en la puerta la despertó unas horas más tarde. La cola de Freki le dijo a Katja que la mujer del mesonero había vuelto.

—Buenos días, *milady*. Aquí tenéis el agua y la comida que os prometí.

Una sirvienta puso una cacerola con agua sobre la tambaleante mesa. Unas gotas de vapor surgieron y se desvanecieron de su superficie. Otra chica colocó junto a la cacerola una bandejita con *bannocks* y una taza de leche de cabra. Katja temió que la mesa cayera al suelo, pero las patas enjutas y desaparejadas encontraron el equilibrio.

—Y algo para vuestro muchacho. —La mujer mayor lanzó un trozo de carne seca a Freki. Este lo cogió en el aire con un sonoro chasquido de sus mandíbulas. Le siguieron tres trozos más

y, con cada chasquido, la mujer reía de placer.

Katja tomó un *bannock* y la leche, con una sonrisa en la cara mientras Freki entretenía a la anciana.

—Creo que lo echaríais a perder si nos quedáramos otro día. —Sonrió.

—Oh, me retiro. Tenéis que ir a un sitio, y yo tengo un marido y unos invitados para los que terminar de cocinar. Ori ya debería tener vuestro caballo alimentado y ensillado. —La mujer limpió sus manos en el delantal y abrió la puerta.

—¿Cuán lejos está Thurso? —Katja recogió rápidamente sus pertenencias.

—Tal vez dos horas en ese buen caballo vuestro. Buena suerte, *milady*. —La mujer asintió hacia el camino.

—Gracias por vuestra hospitalidad, señora.

Como predijo la matrona, el mozo de cuadra tenía a Skündi montado y listo para partir. Katja colocó el resto de los *bannocks* envueltos en lino en sus árguenas y montó. Se volvió para saludar a la mujer, pero la puerta de la posada se había cerrado tras ella. El mozo de cuadra inclinó su capucho hacia ella y se dirigió hacia el granero.

El pequeño pueblo de Hacraig empezó a despertar de su letargo. El oxidado sonido de un gallo marcaba el comienzo de un nuevo día. Katja agradeció que el viaje a Thurso fuera corto. Si seguía el camino que bordeaba el río, llegaría a su destino, ya que el río Thurso desembocaba en el mar.

Tras una hora de viaje, se toparon con una cabaña de pastores junto al río. Por el polvo que se veía a lo lejos y el estiércol fresco en el camino, los pastores y el ganado acababan de pasar por allí. Probablemente se dirigían al mercado, a una o dos horas de distancia.

Katja desmontó y llevó a Skündi a beber al arroyo, desinteresada por alcanzar al ganado y a los hombres que lo conducían. El río se había ensanchado y sus orillas eran menos empinadas, lo que facilitaba el acceso. Freki saltó a través del arroyo, chasqueando el agua. Katja se puso en cucullas para llenar su odre y bebió un largo trago. Una rama se quebró detrás de ella.

—Mirad lo que tenemos aquí, muchachos. Un buen trozo de carne de caballo y una mujer.

Dos hombres se acercaron. La barriga del más cercano se extendía por encima de su cinturón, tan repulsiva como el resto de su aspecto desaliñado. El segundo hombre era más delgado, un poco más alto, pero parecía igual de sucio. Empuñaba una daga más larga que su antebrazo. Un aura de color rojo brillante los rodeaba a ambos, reflejando sus pensamientos lujuriosos. Ninguno de los dos se comportaba como un guerrero, y Katja esperaba que fueran simples ladrones. Aunque el del cuchillo largo parecía bastante letal.

En ese momento, Katja miró rápidamente a Freki. Tenía las orejas pegadas al cráneo, y el ruido del agua ahogaba el rumor de sus labios. Katja estaba segura de que los hombres aún no podían verle, ya que se encontraba bajo la orilla y todavía en el agua. Con un sutil gesto de su mano extendida, ordenó a Freki que se quedara.

—No deseo problemas. —Katja los miró fijamente.

—Entonces no nos deis ninguno cuando os pongamos de espaldas y sobreviviréis a este día con nada más que unos cuantos moratones y un coño dolorido. —El hombre delgado que empuñaba la daga sonrió y se acercó, con los dientes torcidos, amarillos y entreabiertos.

Katja apretó los dientes de rabia. ¿Acaso todos los hombres la consideraban mercancía para vender, intercambiar o utilizar para su placer? Consideró sus opciones, concentrándose en el hombre del cuchillo largo. Con la espada en su funda, atada al caballo, sólo tendría sus dagas para defenderse. Con un movimiento fluido, se levantó y desenvainó la espada. Plantando un pie hacia delante, lanzó el cuchillo hacia el hombre delgado, apuntando a la parte interior de su

muslo. Sin nada más que ropa casera defendiendo su cuerpo, su inesperado movimiento dio en el blanco.

—¡Putita flaca! —gritó el hombre, tambaleándose al apretar el cuchillo. Sacó la hoja de su muslo y sus *trews* enrojecieron. Katja había apuntado a la gran arteria de su pierna, y parecía que al menos la había cortado.

Al instante desenvainó las dagas que llevaba atadas a los antebrazos y lanzó la primera hacia el corpulento hombre, apuntando a la carne blanda de su vientre. Sin vacilar, lanzó la segunda daga contra el hombre delgado, intentando acertar de nuevo donde había impactado la primera.

Su lanzamiento contra el hombre más pesado falló y rebotó en su hombro. Este cargó contra ella con un rugido. Su segunda daga se clavó en la pierna del primero.

—¡Freki! ¡Atacad!

Liberado de la orden de quedarse, Freki saltó por la orilla y se lanzó contra el hombre cerrando la brecha entre ellos. La velocidad y la corpulencia del sabueso tiraron al gordo al suelo. Freki atacó su garganta, pero el villano bloqueó su ataque con un brazo protector. Hundiendo sus colmillos en la carne del brazo del hombre, Freki lo sacudió, desgarrando músculos y tendones mientras el hombre gritaba de miedo y dolor.

Katja volvió su atención hacia el ladrón armado que se había quitado la segunda daga de la pierna. Sus *trews*, ahora oscurecidos por la sangre de su vida, contaban la historia. La joven se puso en cuclillas y desenvainó ambos cuchillos de bota, lanzando primero uno y luego el otro hacia las tripas del hombre. Él bloqueó el segundo lanzamiento con su puñal, pero el primero se enterró profundamente unos centímetros por debajo de su cinturón.

Los gritos de su compañero en el suelo se detuvieron en seco. Katja desenvainó las dos dagas que llevaba al cinto y se dirigió hacia el hombre delgado, con su ira desatada. Este se arrancó la espada que tenía clavada en el medio y la añadió al montón que tenía a sus pies.

—Me has matado, pequeña zorra. —Su respiración se hizo entrecortada y se tambaleó. La incredulidad inundó sus palabras—. Nos has matado a los dos.

—Os dije que no quería problemas. Os lo habéis buscado.

—¿Quién sois?

—La última persona que veréis en esta tierra. —Hizo un movimiento de vaivén hacia la derecha, con la esperanza de crear una abertura, todos muy conscientes de que él no estaba lo suficientemente lejos como para ser presa fácil, a sabiendas de que sus largos brazos le daban la ventaja del alcance. Demasiado listo para caer en su estratagema o demasiado fatigado por la pérdida de sangre para reaccionar, permaneció allí, balanceándose sobre sus pies. En el segundo movimiento de la Sinclair, el hombre blandió el puñal con violencia, de derecha a izquierda, sin acertarle por muy poco. Como sospechaba, no era un guerrero.

Katja siguió la trayectoria de la hoja, se acercó al pecho del hombre y le clavó el primer cuchillo en la parte carnosa del brazo que tenía extendido hacia ella, haciéndole retroceder. Le clavó el segundo puñal en la muesca de la base de la garganta, por encima del esternón. Sus últimas palabras se perdieron en un gorgoteo de sangre mientras caía de rodillas. Perdiendo la batalla con la muerte, cayó desplomado a los pies de Katja. La joven esperó a que le vinieran las náuseas, como la última vez que había matado. Hoy no sintió nada. Ni rabia. Ni miedo. Ni culpa. Su corazón era un vacío. Miró fijamente los ojos sin vida del bruto y recogió sus espadas, añadiendo la suya a su colección. En un rápido registro encontró unas pocas monedas de cobre y cinco peniques de plata entre los dos muertos.

La idea de dejar los cuerpos junto a la hoguera no le sentó bien, así que tomó primero a un

hombre y luego al otro por las botas y arrastró los cadáveres hacia la maleza, consiguiendo evitar mirarles a la cara. No quería volver a pensar en ellos cuando acabara el día. Volvió a la hoguera, con Freki a su lado, y limpió la sangre. Después de limpiar bien sus armas, las devolvió a sus fundas.

La daga de los cojones podía impresionar desde lejos, pero si la examinaba de cerca se daba cuenta de que era de baja calidad. Ambos hombres habían llevado un cuchillo grande para comer y otros menesteres. Los guardó en sus árguenas para venderlos más tarde. El acero era valioso, incluso el de mala calidad. Los caballos de los ladrones pastaban plácidamente cerca, y ninguno protestó cuando ella recogió sus riendas y las ató. Su venta, junto con las espadas y las monedas que había recogido, se sumaría a la suya propia y le daría suficiente para vivir durante un tiempo.

El gruñido grave de Freki detuvo su respiración. Acalorado por su anterior pelea con el salvaje, salió corriendo del lado de Katja hacia la sombra moteada de los árboles. Aturdida, y sabiendo que no atacaría a alguien que conocía, le dejó marchar. En ese instante, gritos de ira la sacaron de su aturdimiento y corrió tras Freki, cogiendo su espada de la silla de Skündi a su paso. Unos gruñidos enfurecidos se elevaron por encima de los gritos. Algo desorientada en las sombras tras la brillante luz junto al río, Katja se detuvo en seco, observando las formas retorcidas del sabueso y el hombre en el suelo, a pocos metros de distancia.

El hombre asestó un golpe de refilón en el hombro de Freki. Este tropezó hacia un lado, pero volvió a la lucha sin gemir. Katja lo sujetó por el cuello y lo arrastró hacia atrás, esquivando una hoja que surcó el aire a la altura de su mano. La golpeó con la espada y ésta cayó a un lado.

—¡Freki! *Halda*.

El hombre que estaba a sus pies la miraba fijamente a través de una maraña de cabello oscuro, con el lado izquierdo de la cara hecho un amasijo de viejas cicatrices salpicadas de sangre de heridas recientes en el brazo. Se deslizó hacia atrás hasta quedar medio sentado contra un árbol, y sus movimientos le recordaron a los de un lobo acorralado. Un lobo herido y furioso.

—¿Los dos hombres que me atacaron eran vuestros compañeros? —preguntó Katja, sus dedos retorciéndose en el cuello de Freki.

—Malditos patanes. Vencidos por una mujer. —Escupió.

Katja levantó una ceja y una espada, tentándole a reconsiderar su propia situación.

—Ellos no eran amigos míos —gruñó—.

—Entonces marchaos y aprended de su error.

Con una última mirada a Katja y a su perro, el hombre apoyó el brazo herido en el costado y desapareció en el bosque. Esperaba que fuera la última vez que lo viera. Katja se acercó al río y bebió profundamente del agua burbujeante, aturdida y un poco sin aliento por lo que había hecho. Freki se puso de pie en el río y lamió con sed, mientras la corriente se separaba alrededor de sus piernas. Skündi mordisqueaba la hierba al borde del río, resoplando de vez en cuando como si quisiera limpiar sus fosas nasales del hedor de la sangre fresca. Deseó poder borrar sus acciones con la misma facilidad. Contempló los cadáveres de los hombres que habían pensado llevársela, que habían dado su vida para extraer lo que deseaban de la suya, para deshacerse de ella cuando hubiesen terminado.

«No tenía que haber llegado a esto».

Sin embargo, desde el momento en que el primer hombre la había mirado fijamente, con la lujuria abierta en su rostro, la muerte era el único final posible. Someterse a sus exigencias no sería una opción, y se había preparado para su propia muerte, aunque temblaba al pensar en lo que les ocurriría a Freki y Skündi. Respiró hondo, limpió sus manos en la capa y cogió las riendas de Skündi, que aún se encontraba nervioso por la batalla y el olor, levantó la cabeza y

retrocedió.

—*Halda*, Skündi. —Pasó una mano por el liso cuello del caballo de forma tranquilizadora.

Freki subió por la orilla y se interpuso entre Katja y Skündi. El caballo bajó la cabeza, acariciando con el hocico al perro. Aparentemente tranquilizado por la presencia de su viejo amigo, el animal se calmó y Katja lo condujo al pequeño bosquecillo de árboles donde se apiñaban los caballos de los muertos. Una yegua chilló y saludó con a Skündi, con las orejas pegadas al cráneo. Este sacudió la cabeza e inclinó el cuello, dándole un empujón con el pecho.

—*¡Vær stille!* No necesito que alertéis al mundo de nuestra presencia. Ya me habéis metido en demasiados problemas.

Los caballos se calmaron y ella los ató. Guardó los puñales de los muertos en un zurrón que colgaba de la silla de uno de los lanudos caballos y colocó las monedas en distintos lugares de su cuerpo y de los arreos de Skündi para evitar perder todo lo ganado en un robo.

El sol caía con fuerza sobre ella y lamentó tanto la pérdida de tiempo en el camino como el motivo del retraso. Consciente de que era cuestión de tiempo que alguien más se acercara por el camino, montó en su caballo y condujo a los demás hasta el borde del sendero de tierra, con la esperanza de llegar a Thurso antes de encontrarse con otros viajeros.

Los llevó a toda prisa por el camino, con los ojos escrutando el terreno bajo la capucha, alerta ante cualquier peligro. Freki caminaba a su lado, con la lengua fuera de las mandíbulas, sin mostrar signos de herida. El terreno se aplanaba y descendía gradualmente hacia el mar. Los viajeros pasaban con curiosidad por los animales que ella conducía. Katja se dirigió a la ciudad sin saludar a nadie. Siguió el sonido de un martillo sobre el acero, pero se detuvo al darse cuenta de que había confundido los ruidos de una herrería con los de la construcción de un barco. Como no se atrevía a pedir ayuda a un hombre, preguntó a una mujer que salía de una taberna cómo llegar allí. Ignorando la mirada evaluadora de la mujer sobre su ropa, Katja dio la vuelta a los caballos y volvió sobre sus pasos, llegando rápidamente a su destino. El herrero levantó la vista de su trabajo.

—Tengo caballos pequeños para vender.

Una bruma de azufre brilló alrededor del hombre mientras se enderezaba, con una mano apoyada en la parte baja de la espalda. Rápidamente se convirtió en el gris de la avaricia, pero sus ojos estaban puestos en los caballos, no en ella. Estaba ansioso por negociar.

—¿A quién pertenecen estos caballos? Son unos jamelgos sin valor.

—Admito que su linaje es muy inferior al de mi caballo, pero no aceptaré menos de lo justo por ellos. En cuanto a su propiedad, son míos.

—He visto a la yegua baya antes. Es un verdadero espanto, y pertenece a Gair Orrock.

—Sus ojos se entrecerraron. Con la barbilla levantada, desafió la afirmación de Katja.

—Describidlo.

—Hombre mayor, cabello negro, ojos marrones. El lado izquierdo de su rostro tiene cicatrices de un incendio. —El herrero cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho—. Odia todo lo Sinclair.

—Conocí a un hombre así y a otros dos a una hora o menos de la ciudad. Ahora respeta más a las mujeres que viajan solas, pero vivirá para contar la historia de la bestia con colmillos que le arrancó la carne del brazo y le cambió las cicatrices de la cara. —El corazón de Katja vaciló.

La mirada del herrero se dirigió al perro que tenía a su lado. Freki jadeó ligeramente, con los ojos fijos en el hombre que hablaba con su dueña. Al cabo de un momento, el hombre volvió a centrar su atención en Katja.

—¿Y los demás?

—No contarán tales historias.

Esta vez, la mirada del herrero se dirigió a la bolsa repleta de armas.

—Quiero vender los caballos y las armas. Tengo las mías y necesito la moneda.

—Os daré una moneda justa, pero no por la yegua. Gair no ofrecerá plata por su bestia cuando venga a por ella. —El hombre frunció el ceño.

Katja vaciló al saber cómo era el hombre al que Freki había hecho huir para salvar su vida. Era cierto que probablemente se había granjeado el enemigo más oscuro que jamás encontraría, pero planeaba alejarse de Thurso en el próximo barco con destino a Lerwick. Con suerte, el tal Gair Orrock pasaría varios días curando sus heridas antes de regresar a la ciudad.

Tras una breve negociación, ella y el herrero llegaron a un acuerdo y cabalgó hacia el centro de la ciudad. Ahora que se había distanciado un poco de los canallas que la habían abordado, se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Compró un trozo de queso y pan para ella y una bolsa de carne seca para Freki, y continuó hasta el puerto para preguntar por la reserva del pasaje a Stromness, la primera etapa de su viaje a Lerwick.

La oscuridad cubría la pequeña ciudad cuando Katja abandonó el puerto. Los oídos le zumbaban por las maldiciones y las insinuaciones lascivas que había recibido de los hombres del astillero. La mitad de ellos no la consideraban más que un problema y una maldición por tocar siquiera sus barcos, los otros le ofrecían una plaza a bordo a un precio descriptivo que le hacía cuajar la comida en el estómago y le quemaba los oídos incluso ahora. Para empeorar las cosas, los pocos cuya atención se agudizó ante la mención del dinero se negaron a permitir que Freki subiera a bordo.

—No sé qué hacer, Freki. No os dejaré atrás, y sois demasiado grande para llevaros de contrabando. —Alborotó las orejas del perro.

El perro gimió y golpeó el suelo con la cola. Katja se sentó sobre sus talones junto a él, sintiéndose reconfortada por su robusto cuerpo y su profunda amistad. Desde que su tío Lund se lo había entregado como un trozo de piel huesuda, el perro apenas se había separado de ella, y no de buena gana. Sacó otro trozo de carne de su bolsa y Freki aceptó la ofrenda, masticando las duras fibras secas un momento antes de tragar. Katja se recostó contra la áspera pared del edificio en el que se había refugiado y cerró los ojos, mientras su mente daba vueltas a los problemas que tenía ante sí.

Un rugido de advertencia en el pecho de Freki despertó a Katja al instante. Sus dedos apretaron con fuerza el collar del perro, pero el gruñido no disminuyó. Miró a su alrededor en la penumbra con movimientos bruscos de la cabeza, deslizándose la mano libre hacia la daga enfundada en su bota.

Freki se lanzó hacia delante con un rugido, soltándose del alcance de Katja. Skündi se apartó un paso, asustado. Katja se puso en cuclillas, con la daga en un puño y los dedos abiertos. Un grito ahogado llegó a sus oídos.

—¡Socorro!

—¡Freki! ¡Halda!

CAPÍTULO 13

El perro se echó hacia atrás, con la cabeza gacha, los pelos de punta, los ojos fijos en el pequeño cuerpo que había en el suelo ante él. El muchacho apartó el brazo de su cabeza, su manga hecha jirones no se diferenciaba del abrigo que llevaba, por lo que Katja no podía saber si el daño se lo había hecho Freki o no.

—Levantaos.

—¡Me comerá! —El muchacho le lanzó una mirada aterrorizada.

—Sólo si yo lo ordeno. —Levantó una ceja—. ¿Me obedeceréis?

Con una lenta inclinación de cabeza que fue aumentando gradualmente de vigor, el muchacho se puso cautelosamente en pie. Katja observó que su otra manga estaba tan hecha jirones como la primera, y que las mitades de su raído abrigo estaban unidas por una cuerda atada a la delgada cintura del muchacho.

—¿Cómo os llamáis, muchacho? —Se esforzó por mantener una voz severa, luchando contra la parte de ella que deseaba abrazarlo, alimentarlo y exigirle que se bañara más de una vez al año.

El joven frotó su nariz con un sucio dedo, con una mirada cautelosa.

—Mi nombre es Donnan. —Sus palabras se retorcieron como si detestara separarse de su nombre.

Katja lo inspeccionó, desde la parte superior de su cabello enmarañado de marta hasta sus pies descalzos, tan oscuros por la suciedad que al principio pensó que estaba calzado. Sus ojos negros brillaban con un toque de desafío.

—Vaciad vuestros bolsillos.

—¡No podéis obligarme! ¡Son mis cosas, no vuestras! —Se echó hacia atrás.

Sin apartar la mirada, hizo un gesto a Freki. Este dio un paso adelante, amenazador, y sus labios se curvaron para mostrar unos colmillos blancos.

—Freki debe su nombre a uno de los lobos de Odín. Es descendiente de los lobos de las tierras del norte, lo bastante feroz para acabar con una bestia merodeadora sin pensárselo dos veces. —Inclinó la cabeza—. ¿Os convencerá de que os rindáis?

Donnan miró boquiabierto al enorme cazador de lobos. Por un momento Katja no supo si estaba paralizado por el miedo o midiendo sus posibilidades de escapar. Con un movimiento repentino, el muchacho se despojó rápidamente del abrigo de sus delgados hombros y se lo entregó, con un temblor en el brazo.

Katja aceptó la prenda con cautela y echó un vistazo al interior de los dos grandes bolsillos exteriores. Un mendrugo de pan mohoso y un poco de carne seca eran el único contenido de uno, y en el otro había un par de piedras negras. Con el ceño fruncido por la decepción, sacó una moneda de plata de un bolsillo interior, y sus dedos se toparon con otras tres monedas, cada una envuelta en un trozo de tela para que no tintinearan entre sí.

—Ahora son más. —Donnan la miró con una sonrisa pícara.

—Las habéis cogido. —No tenía que preguntar. Pero quería oír su respuesta.

—Trabajo cuando puedo. Pero cuando no puedo, hago lo que debo. —Se encogió de hombros.

—¿Dónde trabajáis?

—Hago mandados para los hombres mientras descargan los barcos. Un poco de cerveza, un

bocado de cena. Me quedo con lo que no gasto. —Indicó los muelles con un movimiento de la barbilla.

—¿Y cuando no tenéis que hacer mandados?

—Los borrachos son presa fácil. —El desafío iluminó su rostro. Y derritió el corazón de Katja. El aura gris esperada, que indicaba codicia, no apareció. El verde oscuro del resentimiento, que ella comprendía perfectamente, se entrelazaba con una tenue línea púrpura, que demostraba que se avergonzaba de la vida que llevaba.

«Puede ser útil y tal vez yo pueda ayudarle».

La joven frotó su barbilla con las yemas de los dedos, pensativa, y le devolvió el abrigo. Él metió los brazos en las andrajosas mangas y se lo ciñó a la cintura.

—Os pagaré para que me ayudéis.

—¿Me entregaréis por ladrón? —Donnan se detuvo, su aura se fundió en el azul pálido de la confusión. Sus ojos se desviaron hacia Freki, que se había relajado y estaba al lado de Katja, jadeando ligeramente.

—Os ofrezco la oportunidad de cambiar vuestra vida a mejor. ¿Consideráis mi oferta?

—¿Qué debo hacer? —Su cautelosa mirada buscó la de ella, y Katja, con calma, le dio tiempo para reflexionar.

—Necesito pasaje en el próximo barco con destino a Lerwick. Para mí, Freki y el caballo. —La satisfacción la invadió y luchó contra el impulso de sonreír.

—No permitirán a una mujer a bordo. Dan mala suerte en un barco. —Donnan silbó bajo. Sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Es verdad! No miento.

—¡He estado a bordo de muchos barcos! La mayoría van de aquí a Stromness y de allí a Lerwick. Es difícil encontrar un barco con espacio para un caballo. Tampoco les gustan mucho los perros. Especialmente los grandes y feroces. —Se animó ante el asentimiento de Katja.

—¿Podrías nombrar un barco que pueda llevarnos a todos? ¿Incluyéndoos a vosotros?

—¿Yo? —preguntó Donnan, claramente sorprendido—. ¿Por qué yo?

—No parece que tengáis mucho que esperar aquí. Mi tío tiene un negocio de construcción de barcos en Bremirehoull, en las Shetland. Siempre puede necesitar muchachos diligentes y honestos. —Consiguió no inmutarse, con la esperanza de que Donnan pudiera enmendarse lo suficiente como para ser honesto, y su tío viera el beneficio de contratar al desaliñado muchacho.

—Sería un nuevo comienzo para vosotros. Tal vez dentro de unos años tengáis suficiente destreza para contratar a alguien a bordo como ayudante, si lo deseáis, o tomar la decisión de seguir aprendiendo a construir barcos.

—¡Sí! Sólo necesito un trabajo estable. No tendré que robar carteras cuando tenga algo de dinero. —Los ojos de Donnan se abrieron de par en par y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Levantó la voz y las palabras le salieron más rápidas—. Podría trabajar todos los días, ¡soy fuerte! Y no como mucho. Y puedo dormir en cualquier sitio.

Katja miró a su espalda y vio una caja de madera volcada sobre la que había una manta tendida a un lado, como si se tratara de una habitación con cortinas.

—¿Es vuestra casa? —preguntó en voz baja.

—Es la mía —respondió él, con una gran dosis de amargura y desesperación en sus palabras. Donnan se crispó las manos.

Katja deseaba abrazarlo, decirle que sus preocupaciones habían terminado, pero tales acciones y palabras le eran ajenas y no era fácil actuar en consecuencia. Se conformó con asentir enérgicamente.

—Busquemos un barco.

* * *

Calder detuvo su caballo y desmontó junto al lago. Su corazón se derrumbó. A pesar de las sombrías predicciones de su hermano y su tío y de sus propias palabras de culpabilidad, esperaba encontrar a Katja aquí. Se asomó a cada sombra, a cada remolino que rozaba la orilla, a cada roca lo bastante grande como para albergar a su mujer. No vio el cabello rubio plateado ni los ojos grises. Su mirada se volvió hacia el suelo. La tierra esponjosa mostraba las cicatrices de las huellas de caballos y ciervos, y no se le ocurría nada que hiciera destacar las huellas del caballo de Katja. El lord paseó por la orilla del lago, pero al final se vio obligado a admitir que no estaba más cerca de localizarla que antes.

«¿Dónde podría estar? No es una viajera experimentada. Admitió que nunca había salido de Ruadhcreag. ¿Volvería allí?»

Calder negó con la cabeza.

«¿Fue tal el trato que le di que volvería con el bastardo de su padre?»

El estómago se le revolvió al pensarlo. Había querido darle una vida de bondad, comprensión y amor como nunca había conocido. Apostaría a que nunca se había enfrentado al odio como en los últimos días. Hasta ahora, su plan había fracasado estrepitosamente. Escupió al suelo para librarse del amargo sabor del desaliento. Montó en su caballo y lo condujo a regañadientes hacia la frontera de Sinclair, con la esperanza de encontrar a su bella muchacha antes de llegar a Ruadhcreag.

Cuando llegó a la fortaleza de los Sinclair, largas sombras cubrían su camino. Entró en la fortaleza pisando los talones de unos pocos trabajadores que volvían del campo con sus herramientas de madera en la mano. En unos instantes se vio rodeado por tres guerreros Sinclair, erizados de sospechas y con las armas bien afiladas.

—¡Deteneos!

Calder giró la cabeza al oír la voz, aliviado al ver que Christer, el hermano de Katja, se dirigía hacia él a grandes zancadas.

—¿Qué ha ocurrido? —El rostro de Christer, normalmente rubicundo por el sol y el viento, palideció hasta quedar blanco.

—Vuestra hermana está bien. —Calder se apresuró a tranquilizarle. Miró a los soldados Sinclair—. ¿Puedo hablaros en privado?

Con una inclinación de cabeza, Christer despidió a los hombres y Calder desmontó, entregando sus riendas a un mozo de cuadra con la advertencia de que alimentara y diera de beber a la bestia, pero que mantuviera el caballo listo para cuando él lo llamara.

Los dos hombres buscaron un rincón del torreón entre dos edificios. Los demás pasaron junto a ellos con poco interés, pues se acercaba la hora de la cena. El aroma de las carnes cocinándose flotaba en la brisa y a Calder le rugía el estómago, pero lo ignoró.

—Katja está... mejor dicho, estaba bien la última vez que mi abuela la vio.

—He estado muy ocupado preparando el clan para el invierno. No he sido un marido atento. —Christer frunció el ceño, entrecerrando los ojos. Calder agitó la mano en señal de paz y agachó la cabeza—. Las cosas han sido difíciles para Katja.

Christer rechinó los dientes.

—Ella tenía expectativas -bueno, yo tenía expectativas- y tenía todo el derecho a una transición más fácil a su nueva vida. Pero he metido la pata, Christer, y lleva desaparecida de Fairetur desde esta mañana temprano. —Calder asintió.

Brevemente le contó a Christer lo que sabía, estremeciéndose al oír de su propia boca los problemas de su esposa. Casi esperaba oír el silbido del hierro un instante antes de que lo cortara,

justicia por permitir que le ocurrieran tragedias tan cercanas.

—Es obvio que no está aquí, aunque por mi vida que no podría verla viviendo de nuevo bajo el gobierno de su padre. Aunque tampoco tengo ni idea de dónde podría estar. —Le dolía admitir que sabía tan poco de su esposa—. ¿Podéis ayudarme?

—¿Juráis que el hombre que instigó esto está muerto? —Christer respiró hondo, su agitación evidente.

—Sí. Y tengo a Robbie buscando cómplices en el clan. —Extendió las manos, con las palmas hacia arriba en señal de súplica—. He aprendido una amarga lección. No volveré a descuidarla. Ni su comodidad, ni su seguridad, ni su felicidad.

Christer le dirigió una mirada, y Calder se sintió abrasado hasta los dedos de los pies.

—No todos tienen la culpa. Nuestros clanes han estado en guerra demasiado tiempo, y hay algunos en ambos bandos que no aceptarán la tregua con gracia. Mantengo mi opinión anterior de que seréis un buen marido para ella.

—Debo encontrarla y convencerla de que es verdad.

—Ella no vendría aquí. Ya entendéis por qué. El único lugar al que se me ocurre que podría ir es a casa de nuestro tío, pero es un largo viaje desde aquí.

—No me importa. Iré ahora mismo. ¿Cómo la encuentro? —Calder se animó al oír la sugerencia de Christer.

El hombre le dirigió una mirada fulminante y Calder sintió que su corazón se desplomaba.

—Lund Sjoberg vive en Bremirehoull, en las Shetland. Debes reservar pasaje desde Thurso cruzando el Mar del Norte hasta Stromness y de allí a Lerwick.

—¡Eso son varios días de viaje! Podría pasarle cualquier cosa por el camino. Ella no consideraría tal cosa.

—Creo que ella lo ha considerado antes, aunque nunca ha sido provocada lo suficiente como para intentar el viaje. —Christer asintió.

Sus miradas se cruzaron. Calder buscaba comprensión y misericordia, pero sabía que no recibiría ninguna de las dos. Su falta de comprensión había causado una brecha demasiado grande.

—Entonces la he enviado a la muerte.

* * *

Katja cubrió su frente con la capucha y pisó con firmeza el ancho tablón. El barco se deslizaba bajo sus pies con el oleaje de la marea y Skündi retrocedió, con el blanco de los ojos brillando de miedo.

—*Komdu*, amigo. —Puso suavemente la palma de la mano sobre el hocico del animal—.

Tranquilo.

Le dio un momento al caballo para que se calmara y avanzó con confianza, esperando que Skündi la siguiera. Freki merodeaba al otro lado de Katja, con las orejas inclinadas hacia delante, escudriñando el barco y fijándose en los rudos hombres que los miraban desafiantes con sus ojos oscuros.

—Aquí es donde se queda vuestro caballo. —Donnan corrió por la cubierta. Señaló una pequeña zona bajo el castillo de proa, con una pesada red de cuerda colgada en tres lados para crear un espacio cerrado contra el casco del barco. Para sorpresa de Katja, un poco de heno fresco cubría las ásperas tablas, proporcionando un fino cojín sobre el entablado, así como forraje para el caballo.

—Lo habéis hecho bien. —Ató las cuerdas a una cornamusa de la pared del barco,

asegurando a Skündi en su establo provisional.

—No hay un camarote para vosotros, ya que este barco sólo hace el trayecto de Thurso a Stromness llevando carga y pocos pasajeros, pero podéis quedaros en el camarote del capitán si lo deseáis. —Donnan sonrió y le indicó que se acercara.

—No le dijisteis que soy una mujer y que buscaba intimidad, ¿verdad? —Katja le lanzó una mirada de sorpresa.

—No. No soy tonto. Le dije que pertenecíais a un clan importante que estaba de negocios en el norte. No usará su cabaña para el viaje y aceptará con gusto una moneda si desean quedarse allí. Llegaremos en menos de medio día. —Donnan frunció el ceño. Le infundió un aire despreocupado y de superioridad.

—Gracias, pero Freki y yo nos quedaremos con Skündi durante el viaje. Nunca ha estado a bordo de un barco en alta mar. —Katja sonrió.

—¡Yo tampoco!

Donnan se sonrojó y Katja recordó que se había dado aires de experimentado marinero de cubierta.

—Entonces nos animaremos mutuamente, ¿sí?

El chirrido de la madera la sobresaltó, poniéndola en guardia. Los hombres habían dejado de mirar y ahora corrían por la cubierta, arrastrando el tablón de carga a bordo y poniéndose manos a la obra. Un hombre moreno se acercó a ella.

—Es un placer teneros a bordo, milord —dijo, con una voz más adecuada para gritar en medio de las tormentas que para mantener una conversación agradable.

Katja inclinó la cabeza hacia delante, añadiendo más sombra a su rostro.

—Gracias. —Murmuró en voz baja para darle un tono ronco. Chocó contra Donnan, este la miró y se aclaró la garganta en señal de comprensión.

—Milord desea que le dejemos con sus pensamientos. —Se inclinó hacia el capitán—. Tiene muchas cosas en la cabeza sobre sus negocios y todos.

—Y yo tengo un barco que atender. Decidle a vuestro amo que haremos todo lo posible para que tenga un viaje tranquilo. —El hombre fornido asintió.

Katja soltó un suspiro mientras el hombre se dirigía al otro extremo del barco, gritando órdenes a su paso. Una única vela cuadrada en el centro de la cubierta se desplegó. Una vez lejos del atracadero, el viento atrapó la pesada lona, empujando el barco hacia el Mar del Norte.

Atracaron unas horas más tarde. Las aves marinas revoloteaban sobre ellos, chillando su hambre a los barcos atracados en Stromness. Los trabajadores se entregaron a la tarea de descargar el barco y prepararlo para su regreso a Thurso. Katja y Donnan tendrían que embarcar en un segundo barco para hacer el largo viaje a Lerwick. Con el día a medias, Donnan se desplomó en el suelo junto a Katja.

Una vez más, su sexo y los animales que se negaba a dejar atrás paralizaban sus planes, y la espera para saber si Donnan había logrado encontrar atraque en un barco con destino a Lerwick parecía demasiado larga. Katja miró al muchacho con exasperación mal disimulada cuando por fin regresó.

—¿Y bien?

—¡Los rufianes pensaron que había robado la moneda! —Donnan la miró, indignado.

Katja inclinó la cabeza.

—Sí, pero ahora soy honesto. —Levantó una mano en señal de protesta. Cogió una piedrecita de la calle y la arrojó al suelo, un desahogo para su resentimiento.

—Encontré un capitán dispuesto a llevarnos a Lerwick, pero me costó la última moneda. —

Sus ojos se entornaron y Katja captó la leve respiración entrecortada de un niño que espera un castigo.

—Lo hicisteis bien, Donnan. Era una tarea difícil y persististeis hasta que lo conseguisteis. El dinero extra no nos mendigará.

La joven le dedicó una sonrisa alentadora, que fue recompensada con una sonrisa brillante y el retorno de su descarada confianza.

—Es un barco más grande y puedo esperar a comer cuando lleguemos al astillero de vuestro tío. Él nos dará de comer, ¿sí?

—Puedo alimentarnos antes de zarpar. No os preocupéis. —Katja sonrió, rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó dos monedas de plata—. Tomad. Traednos un festín. No os olvidéis de Freki.

La cara de Donnan se iluminó de alegría, y con cuidado puso un poco en cada bolsillo, apoyando su creencia de no poner todas sus monedas en un solo lugar.

—¡Volveré!

—Asegúrate de traer algo dulce también. —Se puso sobre sus talones, derrapando hasta detenerse ante la llamada de Katja. La miró expectante.

Con un enfático movimiento de cabeza, el muchacho se marchó.

—¿Creéis que yo, una simple mujer, puedo conseguir una medida de avena para Skündi mientras esperamos el regreso del joven Donnan? —Katja alborotó las orejas de Freki.

Skündi resopló y sacudió la cabeza como si comprendiera y aprobara su nueva búsqueda. Katja condujo a los animales por la calle empedrada que dividía la ciudad de forma bastante serpenteante. Había callejuelas estrechas en todas direcciones.

«Espero que no nos perdamos». Sujetó con fuerza las riendas del caballo.

Una rápida pregunta a un mercader que pasaba por allí, con pernos de tela apilados sobre los hombros, le dio la dirección de un establo cercano.

El mozo del establo estaba demasiado ocupado como para fijarse en una mujer sola, e hizo señas a un muchacho cercano para que le trajera un cubo de avena y otro de agua para su cansado caballo. Skündi devoró rápidamente su comida y Katja le dejó beber hasta saciarse antes de que regresaran a la zona cercana a los muelles donde esperaba Donnan.

* * *

Calder espoleó más deprisa a su caballo, intentando huir de su sentimiento de culpa y de las imágenes de Katja sola en el camino hacia Thurso. Se arriesgaba mucho viajando solo, aunque no tenía hombres MacGerry de sobra, y había optado por viajar sin una guardia armada que lo retrasara. No era probable que una mujer sola -incluso con un monstruo peludo a su lado- hiciera el viaje sin ser molestada.

La oscuridad cayó a su alrededor. Había rechazado el ofrecimiento de Christer de pasar la noche, entendiendo que sólo tendría acceso a los barracones de los hombres, fuera de la vista y del conocimiento del conde. Aparte de la renuencia de Calder a pasar tiempo cerca del padre de Katja, la urgencia por encontrarla era demasiado grande, y Christer pareció aliviado cuando Calder se marchó sin detenerse ni siquiera a tomar un refrigerio, aunque hizo que el mozo de cuadra pusiera un odre de agua y una bolsa de tortas de avena en la silla mientras le llevaba el caballo de Calder.

«¡Maldición, maldición, maldición!»

¿Es posible que sus problemas empeoraran? Dejaría la administración de las propiedades en manos de Robbie y Finn. Su tío entendía el proceso de preparación para el invierno, y su hermano era joven e incansable. Calder dejó de lado los problemas que le traían las nuevas

tierras y los nuevos propietarios y se centró en su novia.

Las palabras de Christer le atormentaban.

«Ella nunca ha sido la favorita de nuestro padre. Incluso cuando era una niña dulce y atractiva, no se molestaba en disimular su disgusto. Nuestra madrina protegió a Katja después de la muerte de nuestra madre. Sin embargo, una vez que ella murió y Katja asumió sus responsabilidades, él rara vez desperdiciaba una oportunidad para desacreditarla».

El lord hizo una pausa, mirando el suelo de guijarros como si contuviera la respuesta a un antiguo acertijo.

«¿Creéis en la visión?»

La pregunta había aquietado el corazón de Calder con el murmullo de la brujería. Se encogió de hombros.

Christer asintió.

«La capacidad de ver cosas que otros no pueden ver: si una persona dice la verdad o si está nerviosa por algo. Katja lo llama aura. Diferentes colores le dicen cosas diferentes. Las mujeres Sinclair a menudo tienen este don. O sería un don si mi padre no utilizara los conocimientos que le proporcionaba para engañar y controlar a los hombres con los que trataba. Quería usar a Katja de esa manera, pero mi madre le juró que la muchacha no heredaría la visión. El conde maldijo a mi madre por su sangre vikinga. Dijo que manchaba la herencia Sinclair».

Calder no había entendido del todo las palabras de Christer. Todavía no lo hacía, aunque tal vez le dijeron por qué el conde odiaba a Katja. El hombre era un tirano, incapaz de amar lo que no le aportaba poder y prestigio. Sus hijos eran fuertes, severos, y había sido capaz de convertirlos en guerreros de cierto renombre. Se había casado con Elke Reginulfsdottir por su vínculo con el negocio de construcción naval de su hermano por matrimonio y los contactos de navegación que beneficiaban a su clan. Y porque su belleza lo convertía en la envidia de muchos hombres, aunque se apresuraba a despreciarla cuando sus expectativas sobre ella no coincidían con sus caprichos. El pecho de Calder se apretó.

«Pobre Katja».

Su hermosa, fuerte e inteligente esposa había tenido pocas oportunidades de tener una infancia normal. Y él había tenido poca experiencia en el cortejo y en las formas de hacer saber a una mujer que era apreciada. En su corta vida, Katja había sido rechazada por su padre y descuidada por su marido. Sus manos apretaron las riendas. Las nubes se espesaban en lo alto, oscureciendo la luna, pero el camino hacia Fairetur resultaba familiar incluso en la oscuridad. Los truenos retumbaban en el bosque y llovía a cántaros. Por el cuello de su capa corrían riachuelos helados que serpenteaban por su espalda.

El invierno estaba a sólo una tormenta de distancia.

CAPÍTULO 14

—¡Tenemos pasaje en «La Gaviota», pero debemos darnos prisa! —Las manos de Donnan volaban mientras le hacía señas a Katja para que se dirigiera a los muelles. Se metió un bacalao en la boca y las migas chisporrotearon ligeramente.

—El capitán se marcha. Se avecina una tormenta invernal y no nos esperará. Quiere estar en Lerwick para reparar el barco antes de que se cierre el paso durante el invierno. —Recogió una bolsa de agua y un saco de dormir de Katja—. ¡Vamos! —Sujetó la mano de Katja, arrastrándola hacia delante.

—No le estoy haciendo daño. Pero hoy no podemos tardar. —Freki gimió y Donnan aflojó su agarre.

—Ya voy, Donnan. —Katja ocultó una sonrisa ante la seguridad del muchacho, que contrastaba con el niño indeciso y a la defensiva del que se había hecho amiga hacía sólo un par de días. Y las ropas nuevas que le había mandado comprar le daban un aire alegre, aunque había hecho falta que ella le dijera que su presencia no le daba buena imagen para que accediera a gastar la preciada moneda.

—Cubríos los ojos con la capucha y dad pasos más largos. Camináis como una dama. Dadme las riendas de Skündi. No caminarías con vuestro propio caballo, ¿verdad? —Donnan se adelantó corriendo, lanzando instrucciones y una mirada de «daos prisa» por encima del hombro.

Katja se ciñó bien la capa, impidiendo que la brisa helada entrara en su interior. El frío le escocía las mejillas y los ojos le lloraban cuando el viento arreciaba. Nadie les dedicó una segunda mirada mientras cruzaban la ancha tabla hacia el barco. Las órdenes roncadas, arrebatadas por el viento a través de la cubierta, luchaban por hacerse oír por encima del crujido de las cuerdas y los tirones tensos, así como del gemido de los tablones mojados y cargados. La cubierta se movía bajo los pies de Katja como un ser vivo, y Skündi patinaba nervioso, con el ruido sordo de sus cascos sumándose al estruendo.

Canturreó suavemente a la bestia, colocando una palma sobre el sudoroso cuello del caballo.

—*Korrnorr*.

Freki se apoyó en las piernas de Skündi y la bestia se calmó.

—Atad el caballo ahí. Si os habéis dejado algo, tendréis que ir a buscarlo más adelante. Partimos ahora. —Un hombre enjuto se acercó a ellos. Señaló una gran argolla oxidada atornillada al costado del único camarote de la cubierta.

La tabla de embarque chirrió cuando un muchacho apenas mayor que Donnan la arrastró a bordo. Skündi levantó la cabeza y se alejó del ruido.

—*Kvala*. —Donnan dio un tirón firme de las riendas, sorprendiendo a Katja y tranquilizando a Skündi con la única palabra en nórdico. El marinero se encogió de hombros ante la mirada interrogativa de Katja, que dejó la información para más tarde, cuando los marineros ya no les oyeran.

—El capitán estará por aquí. Si necesitáis algo, preguntad por mí. Me llamo Knut. La travesía será dura. Mantén vuestro caballo y perro fuera de nuestro camino. —El enjuto marinero ladeó la cabeza. Con una inclinación de cabeza para enfatizar sus palabras, Knut se alejó, sin que su equilibrio se viera afectado por el balanceo del barco.

—¿No hay puesto? —Katja se volvió hacia Donnan, en voz baja.

—Al capitán no le importa si el caballo se cae por la borda. Era el único que se iba a Lerwick que consideraría llevarlo a bordo. Él y el perro. —Donnan dirigió a Freki una mirada mordaz.

—Gracias por vuestra ayuda. Me alegro de que nos perdamos la tormenta. —Katja se dio cuenta de la verdad de sus palabras.

—¿Perderla? Vamos a estar en medio de ella. —Donnan le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

* * *

Katja se quedó mirando la puerta. Una daga colocada en la bisagra superior impedía que el pesado panel se cerrara por completo, permitiendo que el aire cortante y cargado de sal circulara por la habitación. Al principio había cerrado la puerta, ansiosa por refugiarse de la escalofriante tormenta. Pero pronto descubrió que el camarote era demasiado pequeño y que los olores de marineros desaliñados y de la comida de la semana anterior eran un desagradable intercambio por el aire gélido pero limpio que se respiraba más allá de las paredes.

Skündi y Freki se apiñaron cerca de la puerta, ocupando un espacio precioso y añadiendo sus propios olores a piel mojada a la maloliente mezcla. Combinados con el cabeceo y el vaivén de la maltrecha nave, los empalagosos olores le revolvieron el estómago, y Katja tragó con cautela contra la cena que había ingerido horas antes. Sin embargo, no pudo sacar a ninguno de los dos animales del estrecho camarote, y el capitán y Knut habían estado demasiado ocupados para darse cuenta.

—¿Creéis que nos hundiremos? —El rostro pálido de Donnan brillaba en la oscuridad, reflejando débilmente el resplandor azul de la luna mientras negras nubes se agitaban sobre su superficie.

Katja trató de compadecerse del muchacho, acurrucado en un rincón de la habitación, con los brazos apretados alrededor de la cintura. Le costaba hablar, con la cabeza vacía de pensamientos mientras una fría gota de sudor se deslizaba entre sus pechos.

—No creo que me importe. —Su angustia pudo más que ella.

Freki gimió y hundió más la cabeza en su regazo. Katja le apretó las orejas y trató de calmar su acelerado corazón. Los latidos irregulares la mareaban y cada sacudida del barco amenazaba con desequilibrar su precario control de la realidad.

—Creía que os hacía ilusión correr contra la tormenta. —Alcanzó a ver los ojos asustados de Donnan, redondos por la consternación, y mordió su labio. Se burló de él suavemente, forzando una sonrisa en sus labios.

—Estaba emocionado. —Donnan se retorció, agachando la cabeza mientras se armaba de valor. Una leve sonrisa iluminó su rostro—. No fue tan divertido atraparlo como pensé que sería.

—Sí. No creo tener experiencia en el mar todavía. —Katja rio suavemente.

—Lo haré mejor la próxima vez. —Donnan le dirigió una mirada solemne.

—No os preocupéis. Creo que vi una o dos caras con náuseas entre los marineros antes de venir aquí. Tal vez el capitán no esperaba una tormenta así.

Los dos se sentaron en silencio mientras los vientos chillaban fuera, el barco gemía mientras se sacudía de un lado a otro en las olas agitadas. Las pezuñas de Skündi repiqueteaban sobre las tablas mientras luchaba por mantener el equilibrio. Katja no podía hacer nada. La mañana los encontraría acercándose a Lerwick, o en el fondo del mar.

* * *

Calder hizo pasar su cansado caballo por las puertas de Fairetur, y el centinela le saludó brevemente. El amanecer coronaba la montaña, tocando las piedras grises con plata y rosa. Desmontó, dejando a Armunn al cuidado somnoliento de un mozo de cuadra, y caminó cansinamente hacia el salón.

Las mesas ya estaban colocadas y algunas cabezas levantaban la vista de sus tazas humeantes. Torri saltó del banco con un grito de angustia y se arrojó a los brazos de Calder.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermana?

Calder apretó la nuca de Torri contra su palma y la atrajo hacia su pecho. Dejando caer un beso sobre sus rizos, la dejó suavemente a su lado y se acercó a la mesa. Apareció un hueco para él en el banco entre Beitris y Robbie cuando ambos se apartaron. Frente a ellos, los ojos oscuros de Finn reflejaban su preocupación.

Tras aceptar una jarra de cerveza aguada de una sirvienta, Calder esperó a que se alejara de su vista antes de mirar a la preocupada familia que le rodeaba.

—No estaba en Ruadhcreag. —Envolvió sus fríos dedos alrededor de la taza caliente, anhelando una forma de calentar la desolación de su interior. Un murmullo de voces surgió a su alrededor. Levantó una mano para pedir silencio, preguntándose en qué momento su miembro se había vuelto tan pesado.

—He hablado con uno de sus hermanos. Cree que puede haber viajado a casa de la hermana de su madre.

Suspiros de alivio flotaban alrededor. Los hombros tensos se relajaron. Las voces bajaron a un registro más tranquilo.

—¿Dónde vive? —El tono brillante de Torri se ensombreció con preocupación.

—En Lerwick.

La confusión y la sorpresa se abalanzaron sobre él como dardos bien dirigidos. Calder sacudió la cabeza. Con miradas expectantes, la familia guardó silencio.

—Debo dar tiempo a Armunn para que se recupere mientras preparo las provisiones para el viaje.

—No habrá travesías a Lerwick en esta época del año, muchacho —declaró Finn—. Vuestra novia tendrá que quedarse en Thurso hasta que la traigáis.

—No me consuela la perspectiva de que permanezca desprotegida en Thurso, tío. —Calder gruñó, odiando la creciente oscuridad en su interior.

—¿Por qué habría viajado tan lejos, Calder? ¿Por qué su padre era un hombre tan malo? —Torri le lanzó una mirada angustiada.

—No era bueno con ella cuando vivía allí, y no quería que volviera. Es difícil explicárselo, muchacha, pero el conde de Sinclair estaba resentido con su hija por muchas razones. Quería su dote y tierras para él, pero su abuela se aseguró de que nunca pudiera quitárselas. Y quería usarla para su avaricia, pero ella no estaba dispuesta a ayudarlo. —Calder palmeó la mano de su hermana.

Y eso era todo lo que Calder estaba dispuesto a revelar sobre el tema de la *visión* de Katja. Que su esposa pudiera ver cosas de él que prefería mantener en privado no era algo que estuviera dispuesto a discutir. Aunque Christer no estaba seguro de que ella hubiera sido bendecida con ese poder, tenía sentido cuando Calder reflexionó sobre la cautela de Katja hacia sí misma y hacia los demás. Puede ser extraño, pero su esposa veía más de los que la rodeaban que los meros movimientos del cuerpo y las expresiones faciales.

Calder se preguntaba de qué colores eran las auras de la ira y el amor. Y cuando encontrara a Katja, ¿a cuál creería ella?

* * *

Los rostros demacrados contemplaban los destellos dorados del amanecer que se abrían paso a través de las oscuras nubes en un estallido de luz. La tormenta había pasado hacía apenas una hora, reduciendo las olas a un oleaje más reconfortante, legando una merecida sensación de tranquilidad a todos los que trabajaban para llevar el barco a buen puerto.

Katja y Donnan, cansados, pero más firmes, se inclinaron sobre la barandilla. La emoción latía en su pecho a medida que se acercaba la costa.

¡Lerwick! Katja respiró hondo, el aire fresco y salado la llenó de expectación. Los mástiles de los barcos se alzaban en silueta oscura contra el cielo azul pálido como árboles despojados de sus ramas. La nieve amontonada suavizaba las duras líneas y destellaba dorada y rosada bajo los primeros rayos del sol. Los hombres se movían por los muelles y los barcos. Las gaviotas abandonaron sus perchas para inspeccionar los nuevos barcos que llegaban al puerto, con sus voces estridentes en el aire claro de la mañana.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Donnan. Sus manos agarraban con fuerza la barandilla, pero su rostro estaba inundado de alegría y su postura sobre las tablas rodantes era firme.

—¿Creéis que llegaréis a marinero, joven Donnan? —Katja lo miró con indulgencia.

—Estoy muy contento de ver tierra. Pero creo que me gustaría ser marinero algún día.

—Su mirada se volvió pensativa.

—Podéis ser lo que queráis, muchacho. Trabaja duro, sé honesto y los hombres honrarán tus esfuerzos.

—¿Estáis seguro de que vuestro tío me aceptará como aprendiz? —Donnan asintió enérgicamente.

—Creo que puedo convencerle de que os conceda una oportunidad. —Sonrió.

El barco atracó en el muelle previsto menos de una hora después. Donnan se había resistido a abandonar la barandilla, fascinado por la actividad a su alrededor. Katja sacó a Skündi y Freki de su exiguo refugio, decidida a ser de las primeras en descargar. Freki se apoyó en sus piernas, y Skündi se sacudió como un perro enorme, pero no ofreció ninguna objeción al lento rodar de la cubierta.

Katja asintió brevemente a Knut cuando la plancha de carga cayó al muelle. Le habría gustado darle las gracias por la habilidad que les había permitido mantenerse en la superficie de las olas la noche anterior, pero no se atrevió a revelar su identidad de mujer. Les hizo un gesto con la mano para que se marcharan, y Katja condujo a su pequeño grupo por delante de los esforzados marineros, con sus musculosos brazos cargados de mercancías.

El muelle se había convertido en un lugar más concurrido en el tiempo que habían tardado en llegar. Las tablas estaban resbaladizas por el hielo y la nieve medio derretidos, y los empujones de los cuerpos hacían peligroso el trayecto desde el barco. Katja se detuvo por fin en un puesto de aspecto próspero donde un hombre corpulento contaba monedas en una bolsa.

—Buscamos a Lund Sjoberg. —Se acercó al oído de Donnan. El muchacho repitió su afirmación y recibió como respuesta un movimiento de cabeza del hombre. Donnan lanzó una moneda de cobre al aire y el hombre la cogió con destreza, metiéndola en la bolsa con un delicado *tintineo* mientras se unía a sus nuevas compañeras.

Katja buscó a los hombres en la zona indicada, su mirada pasó de una cara a otra, con la esperanza de encontrar rápidamente a su tío.

«¡Allí!»

La cabeza blanca y rubia no era tan notable en un puerto cuya ascendencia presumía de linajes nórdicos casi puros, pero sus anchos hombros y su imponente presencia la llenaron de una

sensación de familiaridad y sus rodillas casi se doblaron de alivio.

—¡Tío Lund! —Emocionada, se olvidó de bajar el tono de voz.

El hombre se dio la vuelta y la miró sin detenerse. Luego se detuvo durante un suspiro y la miró. La miró fijamente, su estrecha mirada se ensanchó al reconocer la verdad.

—¿Katja? —Dio un paso hacia ella y, cuando la joven asintió, extendió los brazos.

Katja empujó las riendas de Skündi hacia las manos de Donnan y huyó hacia el abrazo de su tío, donde la esperaba toda la aceptación y el amor que siempre había deseado. Donnan la sacudió y la zarandeó, ajeno o indiferente a las miradas de los que le rodeaban. Freki se unió a la algarabía, saltando y ladrando, moviendo la cola con locura.

—¡A un lado, peludo hijo de lobo! *Halda*. —Lund apartó al gran perro de un codazo.

Freki se tiró al suelo al oír la orden y agitó la cola con entusiasmo sobre las tablas.

—Al menos le habéis enseñado una orden. —Lund sonrió y volvió a dejar a Katja en el suelo. Incluyó la cabeza, con el ceño fruncido en lugar de la sonrisa de bienvenida—. ¿Qué os trae a este puerto con este tiempo, muchacha?

Katja contuvo la risa ante su repentino cambio de actitud, el alivio de estar casi al final del viaje y entre la familia le daba vértigo.

—He venido a visitaros a vos y a la tía Runa. —Mirando por encima del hombro, señaló a Donnan—. Y he traído un invitado.

—¿Con qué clase de niño os habéis aliado, Katja? —Lund frunció el ceño, observando el aspecto desaliñado del muchacho.

—Él es la única razón por la que estoy aquí y no varada en Thurso, tío. Encontró un lugar a bordo de un barco donde no preguntan por mi sexo ni por mi perro.

—Y eso es otra cosa —retumbó Lund, poniendo las manos en las caderas.

—¿Podríamos hablar de esto en casa, tío? ¿Por favor? —Katja le dio un ligero golpecito en el antebrazo.

—¡*Komdu*! —Su grito atrajo a un muchacho a su lado—. Corred a mi casa e informad a mi mujer de que tenemos invitados.

El chaval asintió y salió corriendo en un santiamén.

—*Milady*, ¿puedo ayudaros a subir a vuestro caballo? —Lund inclinó la cabeza hacia Katja y le tendió el brazo.

—Gracias, tío. Donnan puede montar conmigo. —Katja le sonrió. Captó la mirada escéptica del muchacho y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Aunque no era necesario, dejó que su tío la impulsara a lomos de Skündi, y Donnan subió detrás de ella. Se inquietó un momento, luego cogió su capa con los puños y Katja empujó a Skündi tras el corcel de su tío.

Pronto abandonaron el bullicio de los muelles y las ajetreadas calles de la ciudad para dirigirse a una casa pequeña y baja situada poco más allá.

Un poderoso ladrido resonó en el aire cuando Lund desmontó.

—*Kvala*. —La orden de Lund detuvo al perro.

Un perro aún más grande que Freki miró con recelo a los recién llegados. No emitió ningún sonido más, pero curvó un labio cuando Freki se adelantó un paso.

—*Kvala*. —Katja instó a Freki a calmarse mientras los dos perros se enfrentaban con los pelajes erizados.

—Ha crecido casi hasta el tamaño de su señor. —Lund levantó a Katja del caballo.

Katja abrió la boca para protestar por su ayuda, que consideraba innecesaria, pero su deseo de ayudarla era sincero y aceptó su abrazo mientras le rodeaba la cintura con un brazo y la acompañaba hasta la casa.

* * *

El atardecer llegó pronto, con un soplo de nieve en su aliento. Calder se acurrucó bajo su tartán e instó a su caballo a aumentar la velocidad.

—Levantad los pies, Armunn —ordenó a su corcel—. No llegaremos a Thurso esta noche, pero preferiría llegar a Hacraig y encontrar una posada con comida caliente y paredes resistentes antes de detenernos.

Armunn le obedeció y comenzó a galopar lentamente. Se detuvieron junto a un pequeño arroyo, con las piedras y las ramas cercanas cubiertas de escarcha en el aire frío y brumoso. El barro chupaba los cascos de Armunn, que se metió en el agua para beber.

—Tranquilo, muchacho. Demasiada agua helada os revolverá el estómago. —Volvió a la silla, dolorido por los músculos de sus piernas que protestaban por el largo viaje.

Un cálido resplandor de luz a través de las ventanas agrietadas y cerradas dio la bienvenida a Calder al Cerdo y el Arado mucho después de que anoheciera. La puerta se abrió, derramando estridentes carcajadas y un borracho sobre el frío suelo. Otro hombre tropezó tras él, pivotando precariamente para dirigir una confusa protesta a sus compañeros del interior.

—No sé si espero que Katja haya pasado por aquí o no. —Calder detuvo a Armunn.

De todas las cosas a las que podría estar enfrentándose, todas las posibilidades con las que se había torturado durante el largo día, contemplar el deplorable comportamiento de unos hombres borrachos era suficiente para corroerle hasta el tuétano de los huesos.

Un mozo de cuadra le gritó desde la puerta de un robusto edificio en el borde del pequeño patio.

—¿Necesitas un lugar para tu caballo esta noche? —Se limpió la boca con la manga y Calder percibió el olor a carne asada en el aire. El estómago del lord rugió.

—Sí. Un establo, un poco de heno, e información si la tenéis. —Calder se bajó de la silla y condujo a Armunn al establo.

—¿Qué clase de información buscáis? Mi amo... —Las cejas del muchacho se alzaron ante la pequeña moneda que Calder le ofreció.

—No sabrá que hemos hablado —aseguró Calder.

Con una sonrisa, el muchacho se guardó la moneda.

—Sólo deseo saber si una joven ha pasado por aquí. Probablemente esté sola, excepto por su caballo y su perro.

—¡Oh, sí! Hace dos o tres noches. Pasó la noche y luego se marchó. —El muchacho movió la cabeza.

—¿Cómo estaba? ¿Pasó algo? —El pecho de Calder se contrajo, y su corazón latió con fuerza.

—Nada. El mesonero le dio una pequeña habitación y le pidió que se quedara a dormir. Su mujer le llevó la comida. —El muchacho negó con la cabeza.

Calder no pudo reprimir su sonrisa, su alivio era vertiginoso.

—Gracias. Dejaré a Armunn a vuestro cuidado y volveré a por él por la mañana.

Con un gruñido de entusiasmo, el mozo de cuadra condujo al caballo a su establo y comenzó a quitarle los aperos. Calder vaciló en el umbral de la puerta, con el puño apoyado en el portal mientras consideraba las noticias.

Sin duda era un consuelo saber que Katja había llegado sana y salva hasta allí. Aunque era preocupante saber que viajaba abiertamente como una muchacha, y el perro ciertamente la identificó sin dudarle. Necesitaba encontrar al mesonero o a su esposa. Tenía más preguntas y necesitaba respuestas. Cruzó el patio con la cabeza agachada para protegerse del cortante viento,

agradecido por haber llegado a la posada y no tener que dormir a la intemperie esa noche invernal. Pensó brevemente en la peligrosa travesía de Thurso a Stromness, en el hielo que ya se estaba formando en las ramas y las piedras. En el peso del hielo sobre un barco aparejado en el océano azotado por el temporal. Incapaz de deshacerse de sus inquietantes pensamientos, Calder empuñó el pestillo y entró en la bulliciosa posada.

CAPÍTULO 15

La habitación brillaba con un alegre color dorado gracias a las robustas velas y a la enorme chimenea encastrada en la pared del fondo. La puerta se cerró sobre los talones de Calder, interrumpiendo el viento amargo, y éste aspiró una bocanada de humo, calor y el aroma maduro de los cuerpos mal lavados que casi lo ahogó. Parpadeando contra la luz de una chimenea lo bastante grande como para contener sin dificultad el gran jabalí que se asaba sobre las llamas bajas, Calder se dirigió hacia una silla vacía.

—¿Qué os puedo ofrecer?

Levantó la vista al oír el ronroneo gutural de una voz femenina, más allá de los turgentes pechos que se agitaban a la altura de sus ojos, hacia la muchacha que rondaba a su lado. Ella levantó una ceja y agitó ligeramente el torso, aumentando el rebote de sus pechos por encima del escote del vestido.

—Una taza y una fuente. —Ignoró su generosa oferta.

Con un movimiento de cabeza, la sirvienta se alejó a toda prisa. Calder se tomó un momento para inspeccionar la sala. Unas cuantas cabezas se habían vuelto en su dirección al entrar, pero nadie parecía prestarle atención ahora. Las voces retumbaban, los bancos repiqueteaban contra el suelo de piedra y las risas chisporroteaban aquí y allá por la sala.

Un brazo pasó junto a él y le puso delante una fuente de carne humeante, un trozo de pan y una cuña de queso. Calder miró la mano arrugada y siguió el brazo hasta la sonrisa de la mujer mayor.

—¿Sois la esposa del mesonero?

—Sí. —La mujer le dirigió una mirada dubitativa.

—Me gustaría preguntaros algo más tarde, si no os importa. —Le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa encantadora.

—¿Estáis seguro de que no deseáis hablar con la muchacha? —Contestó a su comentario moviendo la barbilla en dirección a la sirvienta de inspiradas dotes.

—No. Creo que a mi esposa no le importaría mi interés por los encantos de otra persona, por muy considerables que sean. —El cuello de Calder se calentó.

—Una perspectiva fresca, sin duda. Y una que habla de un hombre recién casado y satisfecho. —La mujer inclinó la cabeza hacia él e hizo una breve inclinación de cabeza—. Tomaos vuestro tiempo para cenar. Los alborotadores llegarán pronto a casa si quieren llegar antes de que llegue la tormenta.

—¿Tormenta? —Calder se enderezó en su silla.

—Sí. No os preocupéis, muchacho. El Cerdo y el Arado ha resistido muchas tormentas invernales. Imagino que aguantará otra. Aún es pronto en la temporada. —Recogió las tazas vacías del otro extremo de la mesa de Calder, donde tres hombres habían abandonado sus puestos, dejando tras de sí un montón de despojos en platos desparramados, huesos roídos y una taza volcada.

Tras dejar que la esposa del mesonero se ocupara de sus asuntos, Calder esperó impaciente a que la sala común se calmara por la noche. Los juegos y la conversación persistían en los márgenes, pero pronto surgieron ronquidos procedentes de varios montones de tartanes y otras ropas de cama esparcidas por la habitación. Un hombre, envuelto de forma anónima en una capa, lo miraba desde su banco en un rincón. Los vellos en la nuca de Calder se erizaron. Otro hombre

se detuvo a hablar con el desconocido, llamando su atención. Calder los miró por encima del borde de su taza. El desconocido no estaba de acuerdo con lo que su compañero proponía, pues se apartó de la mesa de un empujón, poniéndose en pie con un movimiento brusco, con un brazo apretado contra el cuerpo. Le dirigió una mirada inescrutable, y la respiración de Calder se entrecortó cuando la luz del fuego resaltó la piel arrugada y arruinada de un lado de su rostro. Los ojos oscuros se entrecerraron bajo unas cejas negras erizadas, pero un instante después, los hombres se habían ido, y Calder los seguía con la mirada.

—Con la tormenta que se avecina, no tengo ninguna habitación libre que ofreceros, pero sois bienvenidos aquí como los demás. Pero cuidad vuestros bolsillos. No puedo jurar que conserves vuestras monedas si no sois cuidadoso. —La mujer del mesonero se dejó caer pesadamente en el banco frente a Calder y se encogió de hombros—. No puedo vigilar toda la noche.

—Os agradezco un momento de vuestro tiempo. Y dormiré con un ojo abierto.

La mujer soltó una corta carcajada y bebió un sorbo de su taza.

—Teníais razón antes, sobre lo de estar recién casados. Mi esposa y yo llevamos casados sólo unas semanas. He estado demasiado ocupado con los asuntos del clan como para pasar con ella el tiempo que una muchacha necesita cuando acaba de alejarse de su familia y amigos. —Calder respiró hondo.

—¿Habéis perdido a vuestra mujer? —Le lanzó una mirada perspicaz.

—Sí. Sé hacia dónde se dirige. Me gustaría saber a qué distancia estoy de ella. —El aire salió de sus pulmones y su estómago se estremeció.

—Describidla —pidió la mujer.

—¿Tienen muchas mujeres no acompañadas en el Cerdo y el Arado?

—No me interesa ayudar a un hombre que no puede cuidar de una buena muchacha. Tal vez vos seáis diferente. —Encogió los hombros.

—Tenéis razón. No me he ocupado de ella. Pero espero convencerla de que puedo cambiar —suspiró Calder.

—¿Podréis hacerlo?

—Reconozco que la he descuidado, aunque preparar al clan para el invierno es importante. —Miró a la mujer en busca de compasión, pero ella se limitó a enarcar una ceja.

—No deseo llevarla a casa contra su voluntad. Necesito velar por su seguridad.

—¿Vuestra esposa tiene un pequeño perro?

—¿Pequeño? No. Mi mujer tiene un perro más grande que el caballo en el que he venido.

—Vuestra esposa llegó hace tres noches. Permaneció aquí sin ser molestada y partió a la mañana siguiente. No tengo ni idea de adónde viajó, salvo que continuó hacia el norte, hacia Thurso. —La mujer sonrió.

—Sí. Tiene parientes en las islas.

—Entonces muchacho, es mejor que regreséis a casa hasta la primavera. Con el viento pateando como un oso descontento, no habrá barcos dispuestos a hacer la travesía hasta que el tiempo mejore. —Se levantó, cansada—. Buena suerte y que Dios os acompañe, muchacho. Si ya está en las islas, está fuera de vuestro alcance.

* * *

Una mujer apareció en la puerta de la casa, retorciéndose las manos en los pliegues de su delantal mientras levantaba el cuello, escudriñando los rostros de los jinetes que se acercaban. El corazón de Katja se estremeció al ver aquel rostro tan familiar, tan parecido al de su madre, que a

punto estuvo de echarse a llorar.

—¡Tía Runa! —Con un grito, Katja saltó de la espalda de Skündi y subió corriendo. Temblando de alivio y agotamiento, se acurrucó en el abrazo de su tía.

—¡Miraos, Katja! Si no lo hubiera sabido, habría jurado que mi querida hermana había vuelto conmigo. —Runa, medio riendo, medio llorando, sostuvo por fin a Katja a poca distancia—. Os parecéis exactamente a ella. —Su mirada recorrió el rostro de Katja y pasó el dorso de sus dedos por las mejillas de su sobrina, llenas de lágrimas.

—Pasad, Elkesdotter. Sois bienvenida aquí.

Con el brazo de Runa sobre los hombros, Katja entró en la casa, dejando a Lund y Donnan al cuidado de los caballos. Freki le pisaba los talones.

Runa le indicó a Katja que se sentara. Ella eligió una silla a la luz del sol y se deleitó con el calor que le caía sobre los hombros y la espalda. Runa colocó rápidamente una jarra de cerveza caliente y tazas sobre la mesa, y sirvió una ración a Katja antes de que ésta tomara asiento.

—¿Qué os trae a Lerwick, Katja?

Katja vaciló, con los dedos alrededor de la taza caliente, y luego bebió un sorbo. Dejó la taza a un lado y miró a su tía. Un aura azul pálido de confusión se mezcló rápidamente con el amarillo resplandeciente que recordaba de la alegre y generosa hermana de su madre. Los colores dieron fuerza a Katja.

—He venido a visitaros, tía.

Runa inclinó la cabeza, con una sonrisa genuina y alentadora.

—Padre...

El resplandor de Runa se encharcó en el rojo turbio de la ira mientras una mueca fruncía las comisuras de sus labios. Sujetó la taza con fuerza y dejó de mirar la mesa antes de volver a mirar a Katja.

—¿Vuestro padre os ha permitido viajar hasta aquí por vuestra cuenta? —Su voz era quebradiza—. Sabe que no es bienvenido aquí.

—No sabe dónde estoy. —Katja negó con la cabeza y desvió la mirada—. Tampoco es probable que le importe, a menos que obstaculice el contrato que hizo con mi nuevo marido.

—Tenéis una historia que contar, *niese*. Debes contármelo todo. —Runa se reclinó en su silla, claramente sorprendida. Miró a Katja y se sirvió otra taza.

* * *

La luz del sol entraba por la ventana, verde y dorada a través de los gruesos cristales. Una criada se deslizó por la habitación, en silencio salvo por el silbido de sus pies resbaladizos sobre el suelo de piedra. Terminada su tarea, salió de la cocina, dejando a su ama y a Katja solas una vez más, excepto Freki, que roía satisfecho un hueso en un rincón.

—¿Creéis que habéis hecho lo correcto, *niese*? —preguntó Runa.

Katja suspiró profundamente. La garganta le dolía por la hora o más de conversación que le había llevado contarle la historia a su tía. Tenía el trasero entumecido de tanto estar sentada en la silla. Y el corazón le dolía de confusión y otras emociones que no estaba preparada para expresar.

—Juró que me honraría... y me abandonó menos de un día después en los brazos de su amante. Juró protegerme, y yo he conseguido sobrevivir sola a tres intentos de asesinato. Juró cuidar de mí, pero descubro que ha instalado a su amante en una cabaña no muy lejos de nuestra casa.

Los ojos, hinchados por las lágrimas, le picaban y se los enjugó con el dorso de la mano. En

silencio, Runa le pasó otro trozo de lino finamente tejido y ribeteado con delicado encaje.

—Creo que es inocente del envenenamiento y demás. —El rostro de Katja se endureció. Entonces, suspiró, apretando el trozo de tela con tanta fuerza que ninguna plancha podría alisar su superficie—. Pero no me quedaré preguntándome cada noche si ha estado con ella antes.

—Mi pobre corderita. Vuestro padre siempre ha sido una fuente de problemas para nosotros, y parece que ha vuelto a fracasar, esta vez en la tarea de encontrar un marido cariñoso para una hija tan hermosa. —Runa se levantó de la silla y se colocó detrás de Katja, rodeándole los hombros con los brazos y acercándola a ella.

—Él no me ve como tal. —Katja resopló.

—Es un tonto. Siempre lo ha sido. Aunque era encantador cuando decidió cortejar a vuestra madre. —Runa soltó a Katja y giró para sentarse a su lado, posando una mano en el brazo de Katja.

—Llegó a Lerwick con un amigo, buscando a alguien que supiera reparar un barco. Habían zarpado imprudentemente a finales de la estación invernal, deseando llevar a cabo algún comercio que otros eran demasiado cautos para intentar con mal tiempo. Negoció con Lund y, en el tiempo que tardó en terminar las reparaciones, decidió que Elke era la mujer para él.

—No lo entiendo. A menudo era cruel con ella, decía que su herencia nórdica manchaba el linaje Sinclair. —Katja miró fijamente a su tía, con el ceño fruncido.

—Creo haberos dicho que vuestro padre era a menudo un necio. Estaba asombrado de lo hermosa que era. Qué dulce y amable. No podía apartar los ojos de su cabello rubio plateado. —Le dedicó a Katja una sonrisa triste—. Os parecéis a ella, Katja. Eres tan encantadora.

—No tan hermosa como para ganarme el corazón de mi padre. O el de mi marido —añadió en un susurro triste. Con la mirada perdida, Katja se sintió confundida por el aura verde claro de lástima mezclada con el rosa del amor que rodeaba a su tía.

—No permitáis que su idiotez cambie la mujer que sois. Tenéis fuerza e intrepidez, la muchacha que no se dejó vencer la última vez que la vi. La joven que incluso ahora lleva nada menos que cuatro espadas bajo la manga y la túnica. —Runa estrechó suavemente el brazo de Katja.

—Quedaos con nosotros todo el tiempo que queráis. Tenéis a vuestro tío y a mí para acompañaros si alguno de esos dos tontos se atreve a aparecer por aquí. —Sonrió suavemente a Katja.

—Gracias, tía Runa. —Katja no estaba segura de qué le provocaba más lágrimas: su padre por sus años de abuso, su marido por romper las promesas que le había hecho, o el amor absoluto y la feroz protección en la voz de su tía mientras su aura rosa se arremolinaba con fuerza—. Os seré útil.

—No os preocupéis por eso, *Elkesdottir*. Sois de la familia y se os trata como tales. —Se levantó y sonrió pícaramente a Katja—. Y la familia siempre es útil.

Se dirigió a la cocina, inspeccionando las ollas que burbujearan sobre el fuego de la chimenea. Mientras revolvía el guiso, un rico aroma recorría la habitación. Mojó un cucharón en el delicioso caldo y sirvió una ración a Katja.

—Aquí tenéis. Un poco de sopa caliente para acabar de quitaros el frío y llenar esos rincones vacíos de vuestra barriga. Los hombres no llegarán para la comida del mediodía hasta dentro de una hora o más, y tengo la sensación de que necesitáis alimentaros después de vuestro largo viaje.

—Gracias, pero... —Katja olisqueó el contenido de la escudilla, sus ojos se abrieron de par en par mientras el escaso contenido de su estómago subía de forma alarmante. Tapó su boca con

una palma contra el rugido de su vientre y huyó de la habitación.

* * *

—¿Dónde está Katja? —Lund colgó su pesada capa en la percha junto a la puerta y le dio a su mujer un beso en la mejilla.

—Está descansando. Al parecer, la tormenta de anoche agitó más que las olas. —Runa inclinó la cara hacia su beso mientras colocaba una fuente con pan y una trinchera de estofado sobre la mesa.

—Su estómago no aceptó de buen grado mi oferta de almorzar temprano. —Se acomodó en la mesa y Runa tomó asiento a su lado.

—¿Os ha dicho por qué está aquí sin ningún guardia? —preguntó Lund, haciendo un gesto en el aire con la cuchara. A continuación, engulló una generosa cucharada del sustancioso estofado y aspiró una bocanada de aire cuando el caldo caliente golpeó su lengua. Tragó y arrancó un trozo de pan.

—Sí. El tonto con el que se casó mi hermana, desposó a mi dulce sobrina con un bastardo desconsiderado igual que él. Ya ha tenido bastante y no la culpo. —Runa dio un sorbo más señorial a su estofado, ignorando el goteo de la cuchara de su marido sobre la mesa.

Las cejas de Lund se alzaron en armonía hasta fundirse con el mechón de cabello que le caía sobre la frente. Runa se acomodó distraídamente los mechones errantes detrás de una oreja, pasando las yemas de los dedos por la línea de la mandíbula mientras los ojos de su marido se oscurecían peligrosamente.

—¡Le daré una paliza de muerte a ese bastardo! —declaró—.

—¿A cuál? Su padre la ha descuidado y maltratado desde la muerte de Elke, y la ha unido a un bribón mercenario que conserva abiertamente una amante. —Runa dio un sorbo a su caldo en silencio y luego puso una mano suavemente sobre el puño en blanco de Lund.

—Cuidado con la cuchara, mi amor. No queráis romper otra.

—No están en condiciones de estar en la misma habitación que Katja. Ella se quedará aquí. —Lund le lanzó una mirada de culpabilidad y aflojó el puño.

—¿Lund? —La suave voz de Runa llamó su atención—. También ha habido tres atentados contra su vida desde que se casó. Gachas envenenadas, víboras en su cama, y un ataque directo después de ser atraída fuera del torreón.

—Si alguno de los dos se atreve a poner un pie en Lerwick, lo mataré. —La cólera de Lund hizo que el aire saliera de la habitación. El fuego de la chimenea chisporroteaba. Su voz retumbó grave, pero fría como el hielo.

—Pensé que veríais las cosas a mi manera. —Runa asintió.

* * *

Calder se estremeció al alejarse del Cerdo y el Arado. Ráfagas feroces y heladas azotaban su tartán a su alrededor, lanzándole pequeñas gotas de aguanieve. Armunn agachó la cabeza y patinó hacia los lados, tratando de plantar su ancha retaguardia contra el viento cortante.

—Debemos llegar a Thurso. —Calder repitió la letanía a la que se aferraba como un ahogado a una cuerda deshilachada. Thurso estaba a poca distancia, pero el tiempo hacía que la esperanza de llegar a la ciudad costera con los dedos de las manos y los pies intactos fuera, en el mejor de los casos, dudosa.

—No me gusta la tormenta que se avecina más que a vosotros, muchacho. Pero no podemos

dejar sola a Katja, y temo por su seguridad. —Acarició el cuello de su caballo.

Hilos de memoria provenientes de la historia de Robbie recorrieron su mente. Su Katja había matado a tres hombres, incluido el viejo Liam, que era un guerrero curtido en mil batallas. Calder apenas podía creerlo, pero Robbie había insistido en que ella no había recibido ayuda de él.

El rostro de Christer se había ensombrecido de rabia, pero no había mostrado ninguna sorpresa real cuando Calder le había mencionado los hechos.

«Sabíamos que nuestro padre no la favorecía, y su desprecio era imitado por los que le rodeaban. La respetaban poco, y mis hermanos y yo temíamos que alguien traspasara los pocos límites que había. No podíamos hacer más que advertir en silencio a los visitantes. Así que le enseñamos a defenderse. Hasta la muerte si era necesario».

Ninguna daga pequeña, o *sgian dubh*, tal vez deslizada en una delgada vaina por la parte delantera de su faja. Calder recordó las armas en las que se había fijado cuando salieron de Ruadhcreag hacia Fairetur el día de su boda.

«Dos puñales en su cinturón, tres en sus botas, y uno que deslizó bajo la trenza de su nuca y que habría permanecido oculto si él no la hubiera visto colocarlo allí. Probablemente un séptimo en una vaina sujeta a su antebrazo, además de su espada atada al lomo de su caballo, y el arco curvo en su funda de cuero. Y Freki a su lado».

Su hermosa novia se sentía cómoda con sus armas, y las había usado para matar.

«¿Ella había dudado? ¿Los había cortado sin pensárselo dos veces?»

Calder frunció el ceño. Quería una esposa capaz de defenderse. ¿Pero quería una mujer que fuera una asesina a sangre fría?

No. Ésa no era su Katja. No era una persona que hiciera daño a los demás sin remordimientos. Le había suplicado que no golpeará a Lorna, ¡por el amor de Dios! Aunque había resuelto el problema con la muchacha rápidamente, no había derramado ni una gota de sangre. Bueno, Lorna tuvo un pequeño moretón en la mandíbula durante unos días, ciertamente menos de lo que merecía.

Armunn se apartó de nuevo del sendero, encontrando un respiro del viento tras un saliente junto a la orilla del río. Calder maldijo en voz baja y a regañadientes hizo subir al animal por la suave pendiente. Miró a su alrededor, ansioso por darse cuenta de que había cabalgado sin prestar atención a quién podría encontrarse en el camino. Aunque la mayoría habría tenido el sentido común de quedarse en casa mientras arreciaba la tormenta, los caminos estaban plagados de bandidos, y aquellos lo bastante desesperados como para estar en el exterior con semejante tiempo serían realmente peligrosos.

CAPÍTULO 16

La tarde llegó pronto, pisándole los talones a un reacio sol. Totalmente mojado, frío y agotado, Calder detuvo a Armunn frente a la herrería, no lejos de los muelles de Thurso. No parecía haber nadie, lo cual no era de extrañar, ya que el tiempo desapacible mantenía a la mayoría de la gente sensata detrás de las puertas. Calder ató a Armunn bajo el saliente del tejado de la herrería y se acercó a la vivienda por el pequeño patio cubierto de barro.

Tras unos golpes en el panel de madera, la puerta se abrió. Una barbilla canosa sobresalía beligerante por encima de un pecho bien musculado.

—¿Qué sucede?

Calder consideró al hombre de la entrada, sus astutos ojos le evaluaron, comprendiendo que un hombre a la intemperie como era Calder, podía estar muy necesitado-y ser una fuente de monedas. Calder sacó un penique de plata de su zurrón.

—Busco un caballo. Su jinete es una muchacha joven, con un perro muy grande a su lado. Sólo quiero saber si ha llegado hasta aquí sana y salva.

Al mencionar a la mujer y al perro, los ojos del hombre se abrieron un instante antes de volver a fruncir el ceño. El pulso de Calder se aceleró. El hombre la ha visto.

—Le compré un jamelgo a una mujer con un perro como el que describís, dijo que necesitaba la moneda. —La mirada del hombre se dirigió rápidamente al granero y regresó.

«¿Un jamelgo? Le pagó mal por Skündi y está encubriendo su acto deshonesto. ¿Qué le ocurrió a Katja para separarse del caballo?»

—Le habéis robado. Pagar menos de lo que vale el caballo es un robo. —Calder frunció el ceño, llevándose las manos a los costados mientras se inclinaba hacia delante.

—Le pagué una buena suma —protestó el herrero—. Echad un vistazo vosotros mismos.

Calder asintió brevemente con la cabeza, el hombre cerró la puerta tras de sí y cruzó el patio. Entraron en el cálido refugio del establo, con olores a heno y carne de caballo humeante flotando en la estructura de techo bajo.

El herrero se detuvo ante un pequeño corral bajo el alero, donde se arremolinaban tres caballos que mostraban un leve interés por los hombres. Saludó con la mano a un pequeño caballo que se balanceaba en un rincón, pegado a la cola de una bonita yegua alazana.

—Ése es el jamelgo por el que pagué. Buena plata por una bolsa de huesos que no valdrá mucho más en el mercado.

—Este no es su caballo.

—Ella me lo vendió. —El herrero inclinó la cabeza, con los ojos entrecerrados.

—No lo reconozco. —Calder sacudió la cabeza.

El lord se quedó mirando al decrepito jamelgo, con la cruz marcando el áspero pellejo sobre los hombros, prometiendo al jinete un asiento doloroso si no lo acolchaba adecuadamente.

—¿Podéis decirme algo más? —preguntó, con la mirada fija en la bestia que Katja había conseguido de algún modo.

—También me vendió esto.

Calder dio un respingo al oír el tintineo del metal sobre la madera, y dirigió la mirada hacia la pila de armas que había sobre una mesita. Se acercó al alijo, estudiando los puñales y los cuchillos.

—Yo tampoco los reconozco.

—Hace un par de días apareció una muchacha -seguramente la que buscáis, ya que no se puede confundir a su bestial cazador de lobos- que quería vender dos caballos y estas inmundicias. —El herrero se encogió de hombros—. No tenía motivos para no comprarlos. Agitó la mano sobre las piezas de acero oxidado y sin brillo.

—¿Las armas y los *caballos*? ¿Había otro?

—Aquella. Pero no le di monedas por ella. —El herrero sacudió la barbilla hacia la yegua baya.

—Yo tampoco la conozco. —Calder sacudió la cabeza lentamente, desconcertado.

—Yo sí. —Una voz retumbó detrás de ellos.

* * *

Katja movía la comida en su trinchera sin mucho entusiasmo. Los aromas de la excelente cocina de Runa se habían desvanecido, para alivio de Katja, y su estómago ya no rugía en señal de protesta, pero seguía teniendo poco apetito.

El tío Lund se había marchado con Donnan después de una comida apresurada, besando a ambas damas y advirtiéndoles que no lo esperaran despiertas. El invierno se les echaba encima y él tenía tareas que realizar para asegurarse de que los barcos a su cargo se mantuvieran en buenas condiciones durante los gélidos meses que se avecinaban, azotados por las tormentas.

—¿Todavía os duele el estómago? —Runa se sentó en el banco junto a Katja.

—Está mejor, pero no creo que pueda hacer mucho hoy. —Katja levantó la vista, sobresaltada, y su cuchillo cayó a la mesa cuando sus dedos se separaron por la sorpresa.

—Lo haré mejor por la mañana. —Sonrió a su tía con nostalgia.

Sin embargo, no le fue mejor después de una noche de descanso. El sudor helado le cubría la frente y el malestar aumentaba cada vez que levantaba la cabeza de la almohada. Runa la tumbó en la cama y le dio un trozo de pan.

—Comed despacio. Si no os lo coméis, podéis beber un sorbo de mi tisana especial.

Katja quiso protestar, pero el relajante aroma hizo que el nudo de su estómago pasara de vertiginosa protesta a interesado rumor. Dio un mordisco tentativo, luego otro, aliviada cuando no mostró signos de provocar otra ronda de náuseas.

—Tomad. Probad esto. —Con una ceja arqueada hacia el perro gigante que estaba junto a Katja y que miraba con desconfianza cómo trataba a su dueña, Runa levantó suavemente la cabeza de Katja lo suficiente para que pudiera beber el brebaje caliente. Con un suspiro, Katja tragó saliva, bajó la cabeza a la almohada y cerró los ojos.

—Os dejo un rato. Cuando os sintáis mejor, terminad esto. Creo que pronto estaréis de pie. —Runa se levantó, dejando el resto del pan y el té en una mesita que puso junto a la cama.

—No me siento exactamente enferma. Estoy bien siempre que permanezca tumbada.

—Katja murmuró una leve protesta.

—Estáis con fiebre —convino Runa—. Hablaremos más de esto cuando os recuperéis.

«Qué cosa tan extraña. ¿Por qué no hablar de mi enfermedad ahora? ¿Por qué esperar hasta que esté mejor?»

Sin embargo, Katja se quedó dormida, con los dedos entrelazados en el pelaje de Freki, antes de que pudiera plantear sus preguntas.

* * *

La mañana estaba a medio terminar y Katja se resistía a quedarse en cama. Levantó la

cabeza con cautela y se sorprendió de encontrar el estómago y la cabeza despejados y sin problemas. Se alegró y tiró la manta a un lado, vistiéndose rápidamente cuando el aire frío tocó su piel. Encontró a Runa en la cocina, dando instrucciones a la criada sobre la comida del mediodía. Katja envió a Freki fuera para que hiciera un poco de ejercicio y se detuvo en la puerta. Runa sonrió ampliamente cuando Katja entró en la habitación, su mirada escrutadora.

—¿Cómo estáis, *Elkesdottir*?

—Mucho mejor, tía. Me temo que he tardado un poco en adaptarme a tierra después de la tormenta que nos azotó en el camino. Además, quería preguntar por Donnan, el muchacho que me acompañó hasta aquí. ¿Ha hablado el tío de él? —Katja se llevó un poco de queso a la boca con una sonrisa.

—Le ha dado un puesto, con la esperanza de convertir al muchacho en aprendiz cuando sea un poco mayor. No tiene padrino, así que Lund desea observarlo antes de confirmarlo como aprendiz. Donnan estuvo aquí en la comida de la mañana y preguntó por vosotros. Siento que no le vierais. Es probable que Lund lo mantenga muy ocupado hasta que las tormentas los lleven al interior.

Feliz por el muchacho del que se había hecho amiga, Katja asintió, aceptando la decisión de su tío al respecto. Aunque creía que Donnan era sincero en su gratitud y deseoso de hacer carrera, sabía poco de él o de su capacidad para mantenerse fiel durante los largos años que permanecería al servicio de Lund.

—¿Qué ocurre? —Percibió el leve gesto de su tía.

—Venid al salón, Katja. Contadme más de vos. Os he echado de menos estos últimos años. ¿Cuántos han pasado?

Katja siguió a su tía a la acogedora habitación de la parte delantera de la casa. Aunque su tío tenía una oficina en los muelles y otra en su casa, esta habitación se mantenía fresca y ordenada, un lugar donde los visitantes -de negocios o sociales- podían relajarse. La joven se acomodó en una amplia silla acolchada, se quitó los zapatos y metió los pies bajo la falda del vestido que le había prestado su tía.

—Hace casi cinco años que el tío Lund me regaló a Freki cuando era un cachorrito y vino a Ruadhcreag en su breve visita. —Dudó, recordando la abyecta soledad después de que él se marchara, su rechazo a permitir que Katja le acompañara. ¿Por qué había permitido que el deber la retuviera en casa?

—Y no os he visto desde antes de que muriera mi madre.

—Eso es demasiado tiempo para las dos. —Runa sonrió, suavizando la consternación de Katja—. ¿Cómo están vuestros hermanos? Estoy segura de que son valientes y guapos.

—Bjorn siempre parece serio, aunque imagino que ser el hijo mayor de mi padre no es fácil. Christer y yo somos más cercanos, aunque Patrik y yo tenemos más edad. Christer siempre ha intentado protegerme de la censura de los demás. Él y el capitán del conde me enseñaron a defenderme. —Katja sonrió al recordar al trío.

—¿Son los responsables del montón de armas que hay en vuestra habitación?

—Sí. —La memoria de Katja la arrastró a los hombres que había matado, inundándola de culpa. Templó la respiración, decidida a no mencionar a la pareja de ladrones, muertos bajo los matorrales junto al camino de Thurso. Su tía sabía del ataque cuando la sacaron del torreón de Fairetur. Pero, ¿qué pensaría de una sobrina que mataba con tanta facilidad? Echó un vistazo. El aura amarilla de felicidad irradiaba de su tía como era de esperar. El azul claro que indicaba su estado de relajación vaciló, creando una fina línea de verde pálido. ¿Su tía se compadecía de ella?

Una inesperada desesperación se apoderó de ella. Quería su amor, no compasión... necesitaba *desesperadamente* su amor.

—¿Qué os pasa, Katja? ¿Qué veis?

—¿Qué queréis decir? —Sorprendida, Katja la miró boquiabierta, con el cuerpo frío y caliente a la vez, amenazada por el miedo.

—Cuando me miráis. ¿Qué veis?

La luz roja y turbia se mezclaba con el rosa y el verde medio de un curandero natural.

—Tenéis una luz. —Katja abrió la boca, la cerró y tragó saliva.

—Decidme. ¿Todo el mundo tiene una luz?

Katja asintió con dificultad.

—Entonces es verdad. Elke quería que lo entendiera, pero en aquel momento me estremecí ante lo que algunos considerarían brujería. Y porque ella lo llamaba vuestra maldición. Sin embargo, ella murió cuando erais muy pequeña, y después no pude preguntar a nadie por miedo a lo que pudiera pasaros.

—El conde quería utilizarla -utilizarme- para beneficiarle ante aquellos con los que hacía negocios. Esto me habría convertido en su esclava más que una simple hija inútil. Y habría sido responsable de traicionar a muchos. —Los ojos de Katja rebosaban lágrimas—. Madre me ordenó que nunca hablara de ello. Pero me ha enseñado mucho sobre la gente. Sus auras nunca mienten.

—¿Verdad? ¿Qué os dice mi aura? —Runa inclinó la cabeza.

—La vuestra siempre es amarilla porque sois una persona alegre. Pero ahora es rosa, lo que me dice que me quieréis. —Katja pensó en su tía y esbozó una leve sonrisa—. Y el verde me recuerda que sois una curandera nata y que quizá queráis ayudarme.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué más, Katja?

—Hay una luz roja turbia en vos, pero no sé por qué estáis enfadada conmigo.

—Tenéis razón en lo primero. Os quiero, Katja. Sois la hija que desearía haber podido darle a Lund. Y yo soy una sanadora y haría cualquier cosa para ayudaros. —Apoyó una palma en el brazo de Katja—. Pero miradme bien, Katja. ¿Os parezco enojada con vosotros?

—He hecho un desastre. Tenéis derecho a enojaros conmigo. He mentido y he matado. Tía Runa, he matado hombres. —La voz de Katja se quebró.

—Katja, querida... La ira que veis no va dirigida a vosotros. Es por las veces que deseé haberos protegido, por no haber protegido a mi hermana. Y es por los hombres que presumieron demasiado, que deseaban dañaros o controlaros, no permitiros ser la hermosa persona que sois. No siento ira por vosotros.

—¡Pero la veo! Debe ser contra mí. ¿Cómo puedo ver colores destinados a otros?

—¿Alguna vez os limitáis a mirar a la gente? ¿Las miráis de verdad?

—No. Quiero decir, no le agrado a la gente y no deseo... —Su voz se entrecortó cuando la confusión le robó las palabras.

—Aprendisteis a evitarlos. Los manteníais a distancia para que no os hicieran daño. Lo entiendo, Katja. Sin embargo, la gente está hecha de muchos pensamientos. La mayoría de las veces puedes pasar por alto lo que dicen y estudiar lo que hacen. Conociendo a vuestro padre como lo conocíais y lo desesperadamente que deseaba vuestra habilidad, os llevó a confiar en vuestra habilidad especial, juzgando a todo el mundo por lo que veáis en la superficie. Y al hacerlo, no lograsteis aprender a ver sus corazones.

* * *

Un hombre salió de la puerta, con la luz desvaneciéndose a sus espaldas y el rostro en sombras. El corazón de Calder triplicó sus latidos al ver el brazo apretado contra el costado del hombre. Un rayo de sol invernal se coló por un resquicio de la pared y le iluminó el rostro arruinado.

—¿Qué sabéis de la mujer que os vendió la yegua baya?

El fornido herrero bajó la mirada y arrastró los pies sobre la tierra compacta del suelo del establo. El miedo y la evasión crepitaban en él.

—No compré la yegua. La reconocí como suya. —Se encogió de hombros—. Sabía que la yegua no era suya para venderla, y podéis reclamarla como queráis. Habría mandado a buscaros cuando el tiempo mejorara.

—¿Conocéis a la mujer? —El hombre de la cicatriz gruñó y dirigió su atención a Calder.

—Así es.

Calder y el desconocido se estudiaron mutuamente. Un caballo resopló, golpeando la paja con la pezuña.

—Hace dos días, dos hombres abandonaron mi campamento, uno de ellos sustituyendo tontamente a mi yegua por la suya, la cual había lacerado antes con una herradura mal ajustada. Cuando los alcancé, los dos estaban muertos, y la muchacha de Sinclair me echó el perro encima.

—Me pillaron desprevenido, o tanto ella como el perro yacerían bajo los arbustos con los tontos a los que mató. —Con un pequeño gesto del brazo, indicó su herida.

—¿La conocéis? ¿Sabéis su nombre? ¿La atacaron? —Calder retrocedió un paso.

—Es una asesina a sangre fría, pero su instinto es honesto. Su padre es un bastardo malvado al que no le importa el destino de los demás. —El rugido de amarga carcajada del hombre fue aún más fétido por la forma en que retorció las cicatrices de su rostro.

—¿Está herida? —Aterrorizado por las palabras del hombre, la imaginación de Calder se desbocó.

—Ella trajo los caballos aquí —relató el hombre—. Herrero, ¿os pareció que estaba herida?

—A mí me pareció que estaba bien, con vuestro perdón. —El herrero echó una rápida mirada a Calder.

—¿Estáis seguro? —Calder volvió a centrar sus pensamientos—. ¿Quién sois y por qué importa si es una Sinclair?

—Me llamo Gair Orrock. Mucha gente buena ha sufrido terriblemente a manos de los Sinclair, aunque yo soy uno de los pocos que quedan para llorarlos. Y he jurado borrar a los Sinclair de la faz de la tierra antes de morir. —El hombre se acercó un paso más, hacia la luz cargada de polvo.

—Ese sentimiento no me sorprende. Pero la mujer no se parece en nada a los Sinclair.

—Calder no admitió que el conde era el padre de Katja.

—No, no se parece. Sin embargo, es la viva imagen de su madre.

* * *

Katja saboreó el aire fresco y frío en sus mejillas. Con los ojos cerrados, dejó que el calor del sol de la tarde le besara la cara mientras se apoyaba en el muro bajo, la piedra firme contra su espalda. Su mente estaba deliciosamente en blanco, un bálsamo después de las revelaciones de su tía.

Las reservas no tardaron en aparecer. ¿Era cierto? ¿Había dependido tanto de la visión que había perdido la capacidad de ver de verdad? No quería ni pensarlo. Rehuía el dolor y la responsabilidad que ese pensamiento le producía. Pero, a pesar de sus esfuerzos, las palabras de

Runa volvieron a ella.

«¿Cuándo fue la última vez que os permitisteis confiar en alguien? ¿La última vez que aceptasteis a alguien como amigo sin usar vuestra vista? ¿Os habéis brindado amistad a cambio?»

Morag, su antigua nodriza, y Ranald, el capitán de su señor, eran los únicos, aparte de sus hermanos, a los que podía considerar amigos antes de mudarse a Fairetur. Y ellos habían hecho todo lo posible por protegerla, manteniéndose al margen de la ira de su padre.

Sus hermanos. Katja se inquietó. Era fácil confiar en ellos. Los conocía desde que nacieron y habían demostrado su lealtad. Una y otra vez le habían advertido del mal genio de su padre, habían desviado sus golpes. Con los ojos aún cerrados, imaginó a cada uno de sus hermanos.

Bjorn. A diferencia de sus hermanos de cabellos dorados, él era moreno como su padre. ¿Sería por eso que su piel se erizaba tan levemente cuando pensaba en él? Su aura, la tenue plata de la abundancia física, reflejaba sin duda su cuerpo robusto, sus músculos afilados y sus habilidades de lucha sin parangón. Era el heredero, el próximo líder de los Sinclair, y el hilo naranja de autoridad que tejía su aura lo demostraba. ¿La niebla gris que unía los dos colores era una mera mezcla? ¿O era el color indicativo de pensamientos oscuros? ¿O de melancolía?

Katja liberó la tensión que crecía en su pecho, abrió los ojos para mirar a lo lejos, dando rienda suelta a sus pensamientos, y exhaló un suspiro lento cuando la revelación perdió fuerza.

Su querido hermano mayor tenía tantos motivos como cualquiera de ellos para el resentimiento, la consternación, la melancolía... quizá más. ¿Cuánto le había empujado su padre a ser más fuerte, más duro? ¿Quién era el hombre y quién la marioneta del conde?

Un pensamiento revelador. Todos cumplían sus órdenes. Excepto por la verdad de su don, todos se ajustaban a sus exigencias, a su estilo de vida y a las reglas siempre cambiantes que lo mantenían firmemente al mando. Ella había luchado a diario para manejar a Ruadhcreag como él deseaba, temiendo su escrutinio, la perfección su único objetivo. Siempre desequilibrada por las exigencias del conde de más comida, mejor comida en las mesas, sólo para que la orden cambiara a menos comida, y una mordaz admonición contra el despilfarro, una vez que había corregido el *descuido* anterior. Y otro cambio en un ciclo interminable.

Nunca estaba satisfecho. Katja lo sabía. Cambiar sus exigencias la mantenía bajo su control, le impedía pensar o actuar por sí misma. La mantenía concentrada en su próximo desaire, en lo imperfecta que era, en lo incapaz que era de existir sin su guía. ¿Qué se había atrevido a desafiar su autoridad absoluta?

En contra de las órdenes directas de su padre, había criado y entrenado a Freki, el regalo de su tío, enseñándole órdenes en *norn* tanto para honrar su herencia como para frustrar a su padre. Había soñado con liberarse de su control, de su desprecio, de ese desdén omnipresente que le carcomía el corazón a diario. Y, sin embargo, la única vez que había hecho realidad su sueño había sido abandonar al hombre que le había prometido una vida mejor.

Se incorporó bruscamente, con la ira encendida en sus pensamientos melancólicos.

—¡La deshonestidad se acabó! Ningún hombre volverá a tratarme como a una esclava. Nada me convencerá jamás de volver a una vida en la que cada una de mis palabras está sometida a la tolerancia de un hombre.

—Tampoco consentiré una vida apartada para otra mujer. —El recuerdo del desconsolado dolor de su madre la inundó de dolor físico.

Sobresaltada por haber hablado en voz alta, dejó caer la mano sobre la huesuda cabeza de Freki. Con un gemido, Freki lamió su mano y empujó su palma cuando dejó de acariciarlo. Haciendo caso omiso de su demanda de consuelo, Katja avanzó a grandes zancadas, con las

botas marcando débiles huellas en la suave y húmeda suciedad del sendero que conducía a Clickimin Loch. Un viejo castillo, o *borg* en *norn*, tan antiguo como las piedras que formaban la fortaleza amurallada, atrajo su atención. Descansando sobre una encina en medio del lago, se alzaba como una corona desmoronada sobre el agua.

Freki merodeaba a su lado, claramente descontento con su estado de ánimo.

—No volveré a hacerlo, Freki, no soy lo bastante fuerte para arriesgar mi corazón otra vez. Sois mi mejor amigo, Freki. Mi único amigo. —Tragó saliva al darse cuenta de que su tía tenía razón. No había vergüenza en tener unos pocos amigos íntimos. Pero los pocos conocidos de Katja en Ruadcreag se habían mantenido a distancia, reacios a entablar amistad con la despreciada hija del conde, y desde luego ella no había fomentado una relación más estrecha.

—Sí, Skündi también es mi amigo. —Freki volvió a darle un empujón en la mano y Katja ahogó una carcajada.

Resopló y limpió sus ojos con la manga. Enredó los dedos en el áspero pelaje de Freki, el gesto familiar la tranquilizó. Con una respiración tranquila, soltó al sabueso.

—Id a estirar las piernas. Yo iré detrás de vosotros.

El perro le lanzó una mirada interrogante y luego se alejó, volando sin esfuerzo sobre el terreno rocoso con cada zancada grácil. Katja lo siguió más despacio, sin fijarse en el camino, mientras las sombras se alargaban y el frío creciente la obligaba a abrigarse. Sin embargo, el ejercicio no tardó en calentarla e hizo caso omiso de las bajas temperaturas, saltando de roca en roca con la misma agilidad que los caballos que pastaban cerca.

Escogió una gran roca y se sentó sobre su áspera superficie, contemplando el lago, las piedras del *borg* brillando bajo el sol poniente. Acomodó el largo de su capa para suavizar el asiento y se contentó con descansar. Respirando hondo y sin pausa, se recuperó fácilmente del esfuerzo. Freki saltó sobre la hierba marrón, con la nariz pegada a la tierra mientras perseguía un olor. Los caballos lo ignoraban, formando pequeños grupos contra el frío, sin prestar atención al perro del tamaño de un lobo.

Katja escuchó un grito y miró por encima del hombro. Una pequeña figura se acercaba, agitando un brazo. Katja resbaló de su roca, y Freki detuvo su caza, trazando un bucle hacia el intruso.

—¡Freki, halda! —gritó Donnan.

Leal sólo a Katja, el perro no se detuvo, sino que aminoró la marcha, con las orejas erguidas hacia delante mientras consideraba al muchacho que tenía delante.

—No os obedecerá sin que yo se lo ordene. —Katja rio, despreocupada y mareada por la sensación—. Ya habéis ordenado antes a mis bestias. ¿Dónde habéis aprendido las palabras *norn*? —Se detuvo ante el muchacho, con las manos en las caderas mientras observaba su aura amarilla de alegría, el azul entrelazado del equilibrio calentándole el corazón.

—Aprendes muchas palabras, viviendo en los muelles de Thurso. —Donnan le dedicó una sonrisa insolente.

—¿Queréis oír otras? —Sus ojos se entrecerraron con picardía.

—¡Impertinente! Mi tío os taponará los oídos si os oye hablar así. —Katja se rio y le dio un ligero golpecito en la cabeza que el muchacho esquivó con facilidad.

—Como su aprendiz más reciente, sí. Pero no como el muchacho que encontró a su sobrina y la trajo antes de que se cubriera de nieve. —La sonrisa de Donnan se ensanchó. Agitó un brazo hacia el cielo—. ¿No miráis las nubes?

Para sorpresa de Katja, las nubes se cernían grises y pesadas. Un viento amargo le azotó la capa y quemó sus mejillas. Acompañó al muchacho y volvió sobre sus pasos hacia la casa.

—¿Cómo has estado, Donnan? ¿Creéis que os quedaréis con mi tío en Lerwick? ¿Os ha ofrecido un lugar?

—Vuestro tío es un hombre valiente. Voy a ser su ayudante hasta que sea mayor. Seguro que entonces tendrá un sitio para mí como aprendiz. —La luz de la veneración al héroe brillaba en sus ojos.

—Y el olor de la madera cortada, la forma de los barcos... Katja, ¡quiero ser constructor de barcos! —Sus manos dibujaron el aire con emoción.

—¿Ya os habéis enamorado después de sólo un día? —bromeó ella, con el corazón lleno de dolor por el orgullo y la felicidad que sentía por el muchacho.

—No puedo pagaros vuestra ayuda. —Donnan agachó la cabeza. Por su parte, Katja tuvo la amabilidad de no llamar la atención sobre aquel chillido poco varonil.

—Me alegro de que hayáis encontrado vuestro lugar. Mi tío ha hecho bien en ponerlos de aprendiz. —Le revolvió el cabello en un gesto de hermana mayor que no pudo resistir.

La sonrisa de Donnan le dijo todo lo que necesitaba saber.

«Qué suerte tiene de haber encontrado un oficio que le llama al corazón. Qué suerte tener al tío Lund como maestro. Qué maravilloso es saber que trabajará duro, pero con justicia».

—¿Y vosotros, Katja? ¿Habéis encontrado lo que buscabais? —Donnan inclinó su mirada en dirección a ella.

Katja sabía que sólo deseaba que ella fuera tan feliz como él, pero su corazón dio un extraño vuelco.

—Estoy satisfecha e inquieta a la vez. Mi familia me acepta y me aprecia todos los días. Pero no estoy segura de que sea suficiente.

CAPÍTULO 17

El aire del establo era cada vez más denso, una mezcla asfixiante de polvo, heno viejo, estiércol y rabia.

—¿Cómo conocéis a la hija del conde? —Calder apretó la mandíbula, apenas capaz de controlar la furia que invadía su cuerpo, rachas de calor y frío recorriéndolo, aflojando sus músculos, agudizando sus reflejos, preparándolo para la batalla.

—Una vez navegué con los Sinclair. —Gair pronunció las palabras con los labios rígidos, con clara burla—. Hace veintisiete años, fuimos a reparar el barco a Lerwick. Fue allí donde conoció a la muchacha con la que se casaría. Se llamaba Elke Reginulfsdottir.

—Os equivocáis. ¿Os dolería saber que su esposa ya no vive? —El estómago de Calder se revolvió. El hermano mayor de Katja, Bjorn, tenía veinticinco años. Era evidente que el hombre conocía tanto al conde de Sinclair como a su difunta esposa.

—Era demasiado buena para él. Mejor que muriera a que soportara la pena eterna que él le traería. —La piel palideció blanca alrededor de la carne enrojecida y fruncida de su rostro. Los ojos del hombre brillaron.

—Tuvo hijos y una hija con ella. —Calder vaciló entre la ira cautelosa y la compasión por el hombre que parecía haber sufrido mucho a manos del conde—. Si la muchacha es la imagen de su madre, Elke Reginulfsdottir era una mujer hermosa.

—Hermosa pero cambiante como una *Selkie*. Cuando descubrió que el conde podía ofrecerle más que yo, lo siguió de inmediato. —Retrocediendo hacia las sombras como un perro salvaje, Gair gruñó.

Calder ignoró la comparación que hizo el hombre de la madre de Katja con las encantadoras fieras acuáticas cuyo amor por el mar anulaba sus sentimientos por sus amantes humanos. Y la infundada amargura de Gair hacia Katja hizo que la ira de Calder volviera a subir en espiral.

—No podéis echarle en cara a su hija los problemas de su madre.

—Es el engendro de su padre. —El hombre escupió y levantó su brazo destrozado hacia los rayos de luz que se desvanecían—. Bien entrenada por el bastardo de su padre.

—Tengo que agradecerse a su padre. Una vez tuvimos una sociedad, un acuerdo para comerciar. Mi clan, marinos, arriesgó mucho para promover la ambición del conde. Pero cuando fracasamos -aunque domar el mar azotado por el invierno era una tarea imposible incluso para los que estaban bajo el mando del gran Sinclair-, hizo que sus hombres eliminaran a cualquiera que pudiera aportar pruebas contra sus planes. Mataron a todos los que se opusieron a ellos, y también a inocentes. Para completar su tarea, quemaron mi hogar hasta los cimientos, dejando a unos pocos que se vieron forzados a vivir de nuevo o a la piratería para sobrevivir. El clan Orrock no es ahora más que un puñado de forajidos, intentando recordar que una vez fuimos hombres honorables. —Volvió a inclinarse hacia la luz e hizo un gesto con la mano, indicando las cicatrices fruncidas de su cara.

—Él y los de su clase deberían ser borrados de la tierra. No os equivoquéis. Si encuentro por casualidad a la hija del bastardo, y la encontraré, no escapará a su destino. —Dio un paso al frente, amenazador, con el hedor de su ira envolviéndole.

La sangre de Calder se heló en sus venas y su corazón palpitó con un latido débil y errático. ¿Mataría a Katja? ¿La única cosa dulce y pura en la equivocada vida de Calder? Una vez más, su desconsideración había puesto a Katja en manos de un hombre que no se lo pensaría dos veces

antes de matarla.

Calder miró fijamente a Gair Orrock, empuñando las manos para no sacar un arma.

—No volveréis a hablar así de ella. No me importa lo que le hagáis a su padre. Y veréis que sus hijos están hechos de una pasta diferente a la suya. Pero tienen una oportunidad contra vosotros, si los desafiáis. A la muchacha la dejaréis en paz.

—¿No me habéis escuchado? Aparte del hecho de que su linaje la marca para la muerte, ¿no entendéis el peligro que supone esta mujer? Me ha costado dos hombres y el uso de este brazo. ¿Qué es para vosotros una perra tan insensible? —La risa burlona de Gair ladró en el aire frío.

Calder se inclinó hacia el hombre, erizado por el deseo de clavarle su daga en el negro corazón.

—La muchacha —gruñó—, no es una perra insensible. La *muchacha* es mi *esposa*.

* * *

La niebla marina se espesó alrededor de Calder a la mañana siguiente mientras se acurrucaba bajo el alero del tejado de la posada. Los vientos, que podrían haber despejado la *niebla*, se habían calmado, y unas nubes grises y opacas, cargadas de nieve, se cernían sobre los tejados.

¿Había llegado Katja sana y salva a Lerwick? Un barco, que regresaba de su viaje diario a Stromness, estaba atracado en el puerto, apenas visible a través de la espesa niebla. Su capitán había reconocido la descripción que Calder había hecho de Freki, pero juraba que no había permitido a ninguna mujer a bordo de su barco. Y su seguridad de que el perro había estado acompañado por un muchacho y su amo, dejó a Calder confuso y preocupado. Muy preocupado.

Era difícil imaginar a Freki en manos de otro. La bestia estaba consagrada a Katja, y Calder no imaginaba que ni siquiera la muerte pudiera cambiar eso. Rezó para que ella no yaciera sin ser detectada bajo un mojón o un arbusto conveniente, un monumento a su estupidez. Una víctima de robo y cosas peores.

¿Katja estaba vestida de hombre? Una opción mucho mejor, aunque no podía imaginarse cómo alguien podía dejar de notar sus graciosas curvas bajo un conjunto de *trews*. No se le había ocurrido preguntar cómo iba vestida, ya que pensaba que viajaba abiertamente como mujer. Hasta Thurso. Hasta que su género no le supuso ninguna concesión y le cerró muchas puertas, incluidas las de los barcos, donde se sabía que una mujer -especialmente una tan atractiva como Katja, y sin compañía- podía desviar la atención de un marinero de su deber, enfadando así a los dioses del mar y poniendo en peligro el barco. Aunque se creía que una mujer desnuda traía buena suerte...

Calder sacudió la cabeza. No había oído hablar de esa superstición en particular, la del talismán de la mujer desnuda, mientras buscaba noticias de Katja. Era mucho más probable que se hubiera disfrazado, utilizado a un cómplice para comprar el pasaje y abandonado Thurso... ¿hace casi cinco días? Miró al plomizo cielo, reprimiendo una maldición por el cambio de tiempo que le impedía perseguirla.

Aunque si a Gair Orrock se le había ocurrido seguir a Katja, no había tenido mejor suerte. Calder respiró hondo. El hombre era fanático en su odio hacia los Sinclair. Y por eso, Calder no podía culparle. Aunque la enemistad entre Sinclair y MacGerry venía de antiguo, los Sinclair no habían llevado la lucha a las puertas de Fairetur. Se estremeció al pensar en los efectos de tal batalla sobre su clan, su familia, Torri y Beitris. Sin duda, el castillo estaba mejor fortificado que una casa solariega o un grupo fortificado de pequeñas granjas, pero no resistirían mucho tiempo a las fuerzas de los Sinclair.

Calder se apartó del edificio y entró arrastrando los pies. Permanecer de pie bajo el viento helado no tenía otro propósito que castigarse por su falta de comprensión y tacto con su nueva esposa. Llevaba demasiado tiempo viviendo a la sombra de su hermano, sin las preocupaciones del clan, tomándose las cosas con calma con las muchachas que lo querían por su desenvoltura y su humor, dos características de las que carecía notablemente desde que se había convertido en lord. Sus días de vivir como un hijo menor habían pasado. Había llegado el momento de ser un hombre responsable. Y las perspectivas de apaciguar a su esposa, comprensiblemente angustiada, no eran buenas.

* * *

Un viento huracanado aullaba desde el mar, llevando el gélido frío del invierno hasta los huesos de Katja. Se metió en la casa, pensando mejor en recorrer el camino azotado por el viento hasta el establo para ver cómo estaba Skündi. El tío Lund le había recordado que el establo era resistente y agradablemente cálido con los cuerpos de tantos animales juntos. Pero ella estaba inquieta, acostumbrada a tan poca actividad y a la relativa tranquilidad de la casa unifamiliar. Aunque había prometido a su tía que sería útil, las criadas le dejaban poco que hacer. Y las mañanas se le hacían cada vez más difíciles. Se detuvo en el pasillo y se pasó una mano tentativamente por el estómago, un escalofrío diferente le recorrió las entrañas. Las náuseas al despertarse ya no la dejaban preguntándose si sólo le faltaban unos pocos síntomas para sucumbir a la fiebre. Tampoco temía que sus gachas estuvieran contaminadas.

Por las tardes estaba cada vez más hambrienta y se afanaba en preparar la cena. Y ninguna de las miradas atentas de la tía Runa le quitaba el apetito. Katja se sentía impotente ante el nuevo apetito que la corroía.

Las voces murmuraban desde la cocina, pero ella deseaba unos momentos más de soledad. Incluso las criadas intercambiaban miradas cuando ella entraba en la habitación, algo con lo que estaba demasiado familiarizada, pero que no dejaba de ser inquietante. Consciente de que la habitación delantera estaba vacía, Katja acercó una cómoda silla a la chimenea y se hundió en sus cojines. Su estómago rugió, tan vacío como una tetera agujereada. Pero no estaba preparada para empezar las tareas de la tarde. Acurrucada en el calor de una suave manta, en una silla frente al fuego, tenía una sensación de bienestar, de satisfacción, de somnolencia.

¿Podría estar embarazada de Calder? Una oleada de nostalgia la invadió. Pero no podía imaginar cómo cambiaría eso su vida con Calder. Una vez que tuviera un heredero, ella ya no le interesaría, y él le había dejado claro a su amante que se contentaba con saciar su lujuria. Ciertamente no había garantía de que este niño fuera un muchacho. Una hija, aunque preciosa para Katja, no sería de ninguna utilidad para Calder. Podía simplemente negarse a hablarle a Calder del niño. En lo que a ella concernía, podía adoptar a su heredero de otra. Y si se aplicaba, era muy probable que la licenciosa Lorna pronto le diera un hijo. El corazón de Katja se retorció en su interior. Más que los atentados contra su vida, le había dolido saber que había instalado a su amante en una casa de campo, manteniéndola a su alcance. Hizo a un lado el recuerdo del rostro de su madre, desgarrado por el dolor, mientras miraba con nostalgia a su hija. Katja nunca se permitiría sentirse tan atormentada, tan desamparada.

Sin embargo, en su corazón, sabía que llevaba en su vientre al hijo de Calder. Un precioso regalo que él seguramente no rechazaría, no importaba si era un muchacho o una muchacha. El anhelo de una familia tiraba de su corazón. ¿Podría convencer a Calder de que dejara de lado a Lorna? ¿Podría confiar en él si accedía?

* * *

La tormenta invernal se desvaneció con una ráfaga de sol. Tres días de vientos huracanados habían traído el invierno a las islas, frío, implacable y ominoso. Refugiada en la casa de los Sjoberg, la inquietud de Katja se había calmado poco a poco. Y también su barriga.

Libre de náuseas paralizantes por primera mañana en casi una semana, Katja abrió la puerta de par en par en un exceso de buena salud juvenil y salió a la luz del sol. Freki corrió junto a ella por la nieve, surcando grandes ventisqueros y lanzando polvo blanco al aire. Katja se rio de su exuberancia, sintiéndose en paz con el mundo.

—¡Es una bonita mañana! —exclamó mientras Runa la regañaba desde la puerta.

—Disfrutad del cielo despejado, *Elkesdottir*. Nos quedan muy pocos cielos despejados hasta que acabe este invierno. —Su tía suspiró y entrecerró la mirada—. ¿Os encontráis bien esta mañana?

—Sí. Imagino que hoy superaré la destreza alimentaria de Donnan. —Katja volvió a reír, esta vez al darse cuenta de que se sentía bien.

—El muchacho tendrá que trabajar duro para compensar su alimentación —Runa sonrió y estuvo de acuerdo, con un movimiento de cabeza para el muchacho en crecimiento—, creo que ha ganado centímetros en los pocos días que lleváis aquí.

—Y yo creceré al mismo ritmo que él. —Katja dejó caer un hombro, no muy dispuesta a mirar a su tía de frente. Sus palabras eran suaves por el asombro y la expectación ante la reacción de Runa.

—Ya era hora de que os dierais cuenta de vuestra condición. —Runa se ciñó la túnica mientras se adentraba en el camino con Katja. Colocó un brazo sobre los hombros de la muchacha y la abrazó, apoyando la mejilla en su cabeza.

—Estoy dispuesta a escuchar vuestros pensamientos, Katja. Lo que está pasando, lo que esto significa para vuestra vida. Sólo tenéis que preguntar.

Abrumada por la serena aceptación y el ofrecimiento de ayuda de su tía -su total ausencia de críticas-, Katja asintió con la cabeza, tragando saliva para evitar las lágrimas de agradecimiento.

—No sé qué hacer.

—Debéis mirar a vuestro corazón, muchacha. El niño tiene un padre que probablemente querría saber de su hijo. Hay muchas dificultades entre ustedes. ¿Qué os dice vuestro corazón?

—Está en silencio, tía. Calder me prometió cuidados y protección. Arriesgué mi vida por su promesa. Y la arriesgué de nuevo para venir aquí cuando rompió su promesa. No arriesgaré la vida de mi hijo. —Algo dentro de Katja se retorció violentamente al recordar las semanas pasadas.

—No os pediría que le hicierais daño al niño. Os protegería a ambos ferozmente de él si llegara el caso.

—¿Y si algunas cosas son culpa mía? ¿Y si Calder no es el único que ha traído problemas a nuestro matrimonio? —La respiración de Katja se entrecortó.

—¿Cómo es eso, Katja?

A continuación, caminaron lentamente por el sendero helado, con la luz del sol brillando suavemente sobre sus cabezas mientras el aire enrarecido rosaba sus mejillas.

—He pensado mucho en lo que dijisteis estos últimos días. No sé cómo hacer amigos o cómo estar realmente cerca de alguien. Deseo un matrimonio completamente diferente al que tuvieron mis padres. Pero no sé cómo hacerlo. Sólo creo en lo que dice mi *vista*. ¿Cómo aprendo a confiar en estas otras cosas? La forma en que alguien mueve la cabeza, las manos, la forma en que camina y habla. ¿Cómo sé si una persona ha cambiado?

—¿Recordáis la ira que visteis en mí? Todavía la siento en el corazón. Pero miradme a la cara. ¿Qué os dicen mis ojos? Runa se detuvo y atrajo a Katja hacia sí.

La joven inclinó la cabeza y contempló la mirada franca y abierta de su tía. Sus ojos se redondearon, sinceros, amables. Una ligera inclinación hacia arriba en los labios: humor, fuerza.

—Me dicen que queréis ayudarme. Que os importa lo que me pase.

—Siempre me importará lo que os ocurra, Katja. Siento mucho que crecierais conociendo sólo la burla y el miedo. Mi hermana y yo tuvimos poco contacto después de que se casara, y la última vez que me visitó, estaba retraída y terriblemente triste y no quiso abrirme su corazón. Pensé que habría otras oportunidades de ayudarla, pero murió poco después.

Los ojos de Katja se llenaron de lágrimas, pero quedó cautivada por la repentina intensidad de la mirada de su tía. Los ojos de Runa ardían y el agarre de sus manos se tensaba.

—No dejéis que eso ocurra, Katja. Hablad siempre conmigo. Protegeré vuestras confidencias con la misma fiereza con la que os protege esa bestia. No importa lo que haya pasado, no importa lo que os hayan dicho, os querré y cuidaré.

Katja miró por encima del hombro de su tía, a través de la nieve, barrida por el viento en fantásticas acumulaciones que brillaban a la luz, donde Freki retozaba. Calentada por las palabras y el amor incondicional de su tía, el corazón de Katja comenzaba a sanar.

* * *

Todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Calder luchó por despertarse, un rayo de luz inesperado le cegó. Se dio cuenta que la tormenta había pasado.

Incorporándose bruscamente, rodeó sus caderas con el tartán, asegurándolo con su gastado cinturón de cuero. Se echó la lana sobre los hombros y salió corriendo por la puerta de la pequeña habitación hacia el claro sol de la mañana.

Los ruidos del ajetreado muelle le zarandeaban sobre los talones. Las gaviotas chillaban en lo alto, compitiendo por una posición en los mástiles y cabos de los barcos, exigiendo que les dieran de comer. Los hombres preparaban los barcos para zarpar a primera hora de la mañana, una carrera náutica para salir del puerto a mar abierto mientras el tiempo acompañara. Los pies golpeaban los muelles, y las anchas escobas barrían la nieve pisoteada y el hielo de las tablas.

—Busco pasaje a Lerwick. —Esquivando a los atareados muchachos, Calder se acercó al barco más cercano.

—Tenemos sitio para un pasajero de pago. Primero haremos escala en Stromness y luego partiremos hacia Lerwick esta noche. —Un hombre le dirigió una breve mirada.

—Tengo un caballo.

—No tenemos provisión para un caballo. Si lo traen a bordo, será su responsabilidad y deberá mantenerse alejado. Si se cae por la borda, nadie os ayudará. —El hombre frunció el ceño.

—¿Cuándo partís? —Calder asintió.

—Zarparemos dentro de una hora. No lleguéis tarde. —El hombre miró al cielo y luego al caos general que le rodeaba.

Despidiendo así a Calder, cruzó la cubierta dando un grito a un estibador que se debatía bajo el peso de una caja de madera. Con una mirada al cielo, Calder volvió sobre sus pasos hasta el antiguo establo donde Armunn esperaba, calentito en su establo.

El caballo arrancaba heno de los restos de un pesebre casi desgastado tras años de preocupación por incontables dientes equinos. Copos secos de la hierba del verano pasado flotaban a su alrededor mientras sacudía la cabeza, separando los tallos en pequeños trozos.

—Hemos terminado aquí, muchacho. Es hora de la siguiente etapa de nuestro viaje. ¿Qué os parece una tarde en Stromness? —Calder abrió la chirriante media puerta.

Armunn resopló, rociando trozos de heno y humedad en dirección a Calder. El lord sonrió y pasó la brida por encima de la cabeza del caballo. Armunn sacudió su cabeza y cuello, acomodando sus crines con un chasquido del bocado contra sus dientes. Calder levantó la silla y la manta, y tiró de la cincha para ajustarla. Sin oponer más que una resistencia simbólica, Armunn siguió a Calder hacia la luz del sol invernal.

La esperanza surgió en el pecho de Calder, aligerando su paso mientras regresaba al barco.

«Un día, un día más y veré a Katja».

Su corazón estallaba con las cosas que le diría, las palabras que ganarían su corazón y demostrarían que tenía la intención de mantener la promesa que le había hecho.

«Nunca más tendrás que mirar por encima del hombro, Katja. Siempre estaré ahí para protegeros».

Por imposible que fuera, estaba decidido a aliviar sus preocupaciones a toda costa.

«Os cuidaré, os daré hijos y una familia».

Su familia, no los cobardes que su padre había criado y que temían cuidar de su hermana.

Armunn resopló como si hubiera oído las palabras de Calder, quien sacudió las riendas, alejando sus agitados pensamientos.

—Sí, los muchachos no son exactamente *cobardes*, pero me molesta que mi esposa se las arreglara sola. La protegeremos. Nos aseguraremos de que nunca dude de que es amada.

Disminuyeron la velocidad, con cuidado de no dar un paso en falso en el hielo persistente, conscientes del bullicio a su alrededor. Al llegar al barco en el que había conseguido pasaje, condujo a su caballo, que protestaba, por la rampa de carga. Calder lanzó una moneda al primer oficial, que la cogió con la facilidad de la larga práctica y, con un movimiento de la barbilla, indicó una pequeña zona abierta en la cubierta entre cajas bien apiladas.

Calder pasó las riendas de Armunn por una anilla oxidada de la pared y se preparó para el viaje a Stromness, negándose a considerar nada que no fueran los acogedores brazos de Katja.

CAPÍTULO 18

Katja se quedó mirando el tenue halo que rodeaba la luna mientras abría la puerta para dejar entrar a Donnan en la casa.

—Tal vez podáis dormir un poco por la mañana —opinó compadecida por los pasos arrastrados del muchacho.

—Vuestro tío quiere que me levante antes de que salga el sol. —La miró con incredulidad. Suspiró y se desplomó en el suelo junto a la chimenea. Estaban solos en la pequeña habitación delantera, el resto de la familia tranquila en sus propias actividades nocturnas.

Freki golpeó la alfombra con la cola y recorrió a rastras la corta distancia que lo separaba de Donnan. Dio un empujón al muchacho, con las orejas pegadas al cráneo, y meneó la cola más deprisa cuando Donnan se defendió de él con golpes juguetones y gritos estridentes destinados a provocar en el perro un frenesí de forcejeo.

Katja sonrió con indulgencia a la pareja mientras luchaban en el suelo. Al cabo de un momento, Freki se puso en pie de un salto y corrió por la habitación, volviendo a arrancar gritos de risa al muchacho antes de alejarse de nuevo.

Finalmente, se acomodaron, con las lenguas fuera mientras jadeaban, acurrucados juntos en el suelo.

—Debéis aprender a vigilar el cielo y a escuchar las órdenes de mi tío. Hay una sombra fantasmal sobre la luna esta noche.

—¿Qué significa eso? —Donnan se levantó sobre sus codos.

—Se llama *moonbroch*. Es una señal del mal tiempo que se avecina. Con suerte, nos dará una hora más de sueño por la mañana.

—Es bueno saberlo. Gracias. —Donnan inclinó la cabeza, pensativo, y se apoyó sobre sus codos.

—Parece que os sentís mejor, Katja. ¿Estáis bien?

—Sobreviviré. ¿Cómo os va en manos de mi trabajador tío? —La diversión hizo cosquillas en una comisura del labio de Katja.

—No es peor que otros para los que he trabajado. Y me enseñará a construir barcos, no se limitará a encargarme algunos mandados y luego echarme a un lado. —El muchacho la miró.

El recuerdo de la vida de Donnan sólo una semana antes hizo que Katja se pusiera sobria.

—Me alegro mucho de que nos hayamos conocido, Donnan.

—Yo también. —Sonrió y se sentó, con una mano apoyada en el pelaje de Freki—. Y quiero que me aviséis si viene por aquí.

—¿Quién?

—El hombre que os hizo llorar. —Donnan frunció el ceño.

Katja parpadeó. No habían hablado del motivo de su viaje a Lerwick, sólo de que se había comprometido a viajar, tanto como para contratar a un ladrón como acompañante.

—Gracias, pero no creo que necesitéis preocuparos por él. Necesitábamos un poco de tiempo separados, eso es todo.

—No hay que cruzar el Mar del Norte en invierno para que pasemos *un tiempo separados* —replicó, imitando a la perfección su acento y levantó una ceja—. No tengo muchos años, pero sé cuándo un hombre ha hecho llorar a una mujer. Ayudaré a vuestro tío a manteneros a salvo.

—¡Oh, Donnan! ¡Sois un muchacho tan valiente! Os daré un grito si necesito que me

rescatéis.

—Sé que os abandonó a los de su clan que no os querían e intentaron mataros. —Frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabéis?

—Vuestro tío no me lo dijo exactamente. La gente no siempre se fija en mí cuando hablan. —Se encogió de hombros.

—No tengáis un corazón blando, Katja. No escuchéis sus falsas palabras. —Sus ojos se encendieron.

—Si viene aquí, le escucharé. —Dirigió a Donnan una mirada que le hizo fruncir las cejas, pero interrumpió sus argumentos—. Es poco probable que llegue antes de la primavera, si es que llega. —Miró por la pesada ventana de cristal—. Habrá pocos cruzando el mar antes de entonces.

—No necesitáis ir con él, Katja. Podéis quedaros aquí. Sé que vuestros tíos lo permitirán. Y parecíais felices antes. No habéis sido felices desde que nos conocimos. No de verdad.

—Tengo mucho en que pensar. —Se levantó de su asiento, se deslizó hasta la ventana y cerró los sólidos postigos contra el frío aire nocturno—. Agradezco vuestra preocupación, pero tengo mucho que pensar.

—¿Fue cruel con vosotros? ¿Os dejó el ojo morado? —Donnan inclinó la cabeza para verle la cara.

—¡Donnan! Ya es suficiente. Es hora de que os vayáis a la cama. El tío Lund os requerirá tan pronto como sea posible por la mañana. —La barbilla levantada de Katja no admitió desacuerdo y Donnan se puso en pie. Freki se levantó y caminó al lado de Katja, metiendo la nariz en su mano.

—No dejaré que vuelva a haceros daño. —Donnan le dirigió una última mirada feroz.

—¡Alejaos! —Señalando la puerta, hizo un gesto al muchacho para que saliera de la habitación. Runa entró, pasando a Donnan en el portal.

—Se está desarrollando muy bien, pero está tan cansado que se desploma —opinó mientras el muchacho desaparecía por el pasillo.

—Está enfadado conmigo. —Katja sacudió la cabeza.

—¿Con vosotros? —Runa cogió una madeja de lana de una cesta y se sentó en su silla. Las agujas de tejer de madera permanecieron en silencio en su regazo.

—De algún modo oyó al tío Lund hablar de Calder y de algunas de las cosas que han ocurrido desde mi matrimonio. —Katja suspiró y giró lentamente sobre sí misma. Una sonrisa tensa se dibujó en la comisura de sus labios—. Calder tendrá que ganarse la aprobación de Donnan si quiero volver a Fairetur.

—¿Deseáis volver? —Runa miró a su sobrina.

—No sé lo que quiero. Aparte de tener este niño. Apenas sé que el niño está ahí, pero me imagino teniéndolo en brazos dentro de unos meses. —Katja se dejó caer en su asiento y rodeó su cintura con los brazos.

—Parecerá que son más que unos pocos. Las mujeres siempre se quejan de que el último mes dura un año. —Runa se echó a reír.

—Contadme más cosas de mi madre. A veces la echo mucho de menos.

—Era dos años más joven que yo, y muy bonita. Su flor preferida era la menta de lobo. Bordaba las diminutas flores amarillas en cuadrados de lino hasta que juré que se quedaría ciega. —Runa se reclinó en su silla y miró al techo.

—Bordaba campanillas para mí. Aún conservo uno de sus pañuelos. A veces creo que todavía puedo oler... —El corazón de Katja se estremeció.

Las lágrimas brotaron cuando la joven se empapó de los recuerdos, por débiles que fueran después de tantos años. Respiró con dificultad y le dedicó una sonrisa a su tía.

—Llevaba su olor y, aunque ha pasado demasiado tiempo para que perdure en la tela, llevo el pañuelo conmigo. Para tenerla cerca.

—Oh, Katja. Yo también la echo de menos. Nos fascinaba a todos, y seré la primera en admitir que era una consentida. ¡Pero era tan alegre! No podíais evitar quererla.

Runa cogió sus agujas de tejer y se acomodó en su silla, el suave sonido de estas seguía los movimientos de sus manos.

—Padre no podía soportar la idea de que Elke se casara y nos dejara para formar su propia familia. Buscó un hombre digno de ella, aunque me atrevería a decir que no había ninguno.

—Una sonrisa iluminó su voz—. Hubo más de uno, pero éste fue persistente. Padre se opuso al principio. El hombre no era muy rico y no vivía en la isla. Era un partido de amor por su parte, aunque Elke no le hizo caso, y nadie le habló de su oferta.

—El conde de Caithness le había llamado la atención. Admito que era una figura llamativa: intenso, musculoso, encantador. No fue hasta mucho más tarde que nos dimos cuenta de lo manipulador que era. Y para entonces, ya era demasiado tarde —suspiró—.

—Qué extraño pensar que mamá tuvo un pretendiente antes que papá. Me pregunto qué fue de él.

—Era lord de una pequeña propiedad cerca de Thurso. Después de que Elke se casara, nunca volvimos a saber de él. Aunque estaba muy enojado al enterarse del compromiso, enfurecido, para ser precisos.

—Antes era un visitante bastante frecuente, aunque normalmente en el despacho de padre. Elke y yo sólo estuvimos en su presencia una o dos veces, pero estaba claro que se fijaba en ella. Aunque su clan era bastante pequeño y apenas conocido, estaba desarrollando un comercio marítimo... y se mostraba muy prometedor. —Las agujas de tejer de Runa se detuvieron.

Katja soltó el aliento lentamente, ansiosa por escuchar las siguientes palabras. Runa permaneció en silencio, pensativa.

—¿Y bien?

—Él fue quien trajo a tu padre aquí cuando su barco necesitó reparaciones. Tenían una empresa en común... —Runa negó con la cabeza. Su voz se entrecortó y se quedó mirando las llamas de la chimenea. Al cabo de un momento, se encogió de hombros—. Creo recordar que disolvieron el negocio después de aquello. No me sorprendería que estuviera tan enfadado. Es la primera vez que pienso en él en mucho tiempo.

—Pobre mamá. Me pregunto cuán diferente habría sido su vida si se hubiera casado con él. Parecía estar enamorado de ella.

—Obsesionado con ella, posiblemente —opinó Runa con un bufido—. Tampoco puedo decir que eso sea saludable entre marido y mujer.

—Podría haber sido amable —insistió Katja, reacia a abandonar la idea—. Si tan sólo mi abuelo hubiera dejado que se conocieran, que él la cortejara.

—Vuestro abuelo no habría escatimado esfuerzos para traer a vuestra madre a casa si hubiera sabido cómo la trataba vuestro padre. Rara vez se le escapaba la verdad, y ojalá me la hubiera confiado antes.

—Me pregunto si el hombre vino alguna vez a Ruadhcreag. ¿Algo que lo distinga, tía Runa? Qué raro pensar que lo haya visto.

—Era normal. Cabello negro, ojos marrones... realmente no lo conozco.

—Su nombre era inusual —añadió, sacando las palabras, procesando el recuerdo. Dejó caer

la lana sobre su regazo—. Es lo único que se me ocurre.

—¿Cómo era? —La emoción de Katja aumentó.

—Lo recuerdo porque sonaba muy parecido a *gjarn*, nuestra palabra para decir «ansioso», y él lo era.

Runa sonrió a Katja.

—Gair. Su nombre era Gair Orrock.

* * *

No era marinero. Ni en sus sueños más salvajes, ni en sus perezosos días de muchacho flotando en Loch Beaggorm, había imaginado tales olas. Calder miró mareado el flamear de la vela hecha jirones que colgaba de manera desamparada del único mástil que había en lo alto. Los tablones de madera estaban resbaladizos por el hielo, y los remolinos de agua de mar formaban charcos en las partes desgastadas de la cubierta.

Armunn estaba de pie junto a Calder, con las piernas abiertas para protegerse del balanceo del barco. Tenía la cabeza entre las rodillas y las orejas caídas por el cansancio.

—Lo siento, muchacho. Haré que os den una bolsa extra de avena cuando estemos en tierra. No espero el viaje de vuelta más que vos. —Calder acarició el hombro del caballo cuyos músculos temblaban bajo la piel satinada.

El primer oficial había advertido a Calder de la posibilidad de una travesía dura hasta Lerwick. Al parecer, era de esperar en invierno, aunque era un poco pronto para que los barcos permanecieran atracados, invernando durante la temporada. Aun así, el *moonbroch* había sido, en efecto, un aviso de tormenta, aunque el capitán no había querido permanecer en Stromness, prefiriendo arriesgarse en mar abierto para llegar a su destino. Habían llegado a Lerwick, pero había estado cerca.

Entraron cojeando en el puerto en medio de la niebla fría y húmeda, emergiendo como un espectro, respaldados por la delgada luz del sol del amanecer. Las gaviotas, sobresaltadas, chillaron de bienvenida al saltar al aire, como sombras grises contra el cielo gris. La actividad en los muelles era escasa para la mente de Calder, aunque los marineros se movían con bastante animación a la llamada del capitán. Unas pesadas cuerdas golpearon la cubierta cuando el barco atracó en su amarradero. Se balanceaba ebrio sobre el oleaje contra el muelle, pero los marineros saltaban sin inmutarse ni inmutarse por la sacudida. Sujetando las riendas de cuero por debajo del bocado, Calder condujo a Armunn por los tablones hasta el muelle. No le prestaron mucha atención mientras avanzaba con cuidado por la resbaladiza superficie. Detuvo a un muchacho que bostezaba mientras se escabullía a la luz de la mañana. Cuando este se detuvo, lo miró con recelo.

—Busco a Lund Sjoberg.

—Es él. Está muy ocupado esta mañana. —Con un movimiento de la barbilla, el muchacho señaló a un hombre alto y musculoso que no estaba lejos, con el cabello rubio casi blanco bajo el sol naciente.

Calder vaciló, observando al hombre que, blandiendo un hacha en una mano, podía confundirse fácilmente con un guerrero vikingo. Respirando con calma, Calder notó que el hombre parecía ser una versión madura de Christer, quien le agradaba, se recordó a sí mismo con severidad. No había razón para vacilar en aquel momento.

—Si seguís aquí cuando vuelva, os presentaré. —La actitud fanfarrona del muchacho incitó a Calder a actuar.

Con un movimiento de cabeza para que el muchacho siguiera su camino, Calder se acercó al

tío de Katja a través de la creciente multitud. El lord se pasó los dedos por el cabello, el arrastre del agua de mar espesando y enmarañando las hebras. Acomodó su tartán con un encogimiento de hombros y renunció a otros intentos de estar presentable. Sin duda no era el primer viajero cansado que Lund Sjöberg había visto en su vida. Sin embargo, odiaba causar una mala impresión al tío de Katja cuando deseaba presentarse como un lord y esposo competente. Especialmente, cuando sabía que se trataba de un próspero constructor naval que difícilmente entregaría a su sobrina a un hombre que parecía un desaliñado *mumblecrust*. Suspiró.

«Seré un mendigo y estaré desaliñado, pero al menos tengo todos los dientes. Simplemente tendré que convencer al tío de Katja de que no soy un mercenario».

Entonces, se detuvo a unos metros del hombre al que el muchacho llamaba Lund Sjöberg. Este le dirigió una mirada, pero terminó su conversación con los otros dos hombres presentes y les hizo seguir su camino antes de hacer una seña a Calder.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —Sus modales no eran tan bruscos como para indicar que Calder estaba perdiendo el tiempo, pero sí lo suficiente como para hacerle saber que no se dedicaba a charlas ociosas.

La multitud que esperaba la atención de Lund Sjöberg crecía. Calder movió los pies, se lo pensó mejor y se acercó un paso. La mirada del hombre le recorrió de pies a cabeza. Frunció el ceño.

—No quiero haceros perder el tiempo, pero mi nombre es Calder MacGerry. Busco a mi esposa, vuestra sobrina, Katja Sinclair.

* * *

La mandíbula de Lund se apretó con fuerza. Su mirada se entrecerró en el hombre esbelto pero robusto que tenía delante. Muchacho. No era más que un muchacho. No era de extrañar que hubiera descuidado a su mujer. Puños andrajosos en mangas lo bastante cortas para ser prácticas, no a la moda, manos enmarcadas acostumbradas a trabajar. El atuendo del muchacho estaba ceñido con un cinturón de cuero atado con un nudo flexible, la correa delgada por los años de uso. Una barba oscura enmarcaba su mandíbula cuadrada, haciendo eco a las manchas de cansancio bajo sus ojos. Sin embargo, se mantenía firme, con la espalda recta y la mirada fija.

—Entrad. Os atenderé enseguida. —En contra de su buen juicio, Lund indicó a Calder una puerta a su espalda.

Con una inclinación de cabeza, Calder ató su caballo a una barandilla cercana, cerca del edificio y fuera de la peor parte del viento, y luego se deslizó dentro de la habitación que servía de oficina a Lund en el muelle.

Lund se quedó mirando la puerta cuando se cerró tras el marido de su sobrina, y luego se volvió bruscamente hacia los hombres que esperaban sus siguientes órdenes. Con un chasquido de dedos, atrajo a su lado a su ayudante Arn.

—Ocupaos de sus necesidades y terminad de preparar las literas. No estaré disponible el resto de la mañana. —Lund miró a los tres hombres que esperaban pacientemente.

Arn apartó a los hombres, los saludos y las garantías cayeron como zumbidos en los oídos de Lund. Con la atención completamente desviada, Lund siguió a Calder hasta el despacho. Levantó el pestillo y entró, recordando el chisporroteo en su sangre cuando su esposa le recitó las ofensas de Calder. ¿Cómo se atrevía éste -este muchacho- a abandonar a su sobrina para enfrentarse a los hostiles hombres del clan MacGerry? ¿Qué podría ser más importante que ocuparse del tierno corazón de la muchacha? Más le valía tener razones convincentes para sus acciones. Convencerle, Lund, de las razones de su negligencia podría salvar su matrimonio. Y su

vida.

* * *

Calder echó un vistazo a las estanterías y cubos que cubrían las paredes, prueba de la finalidad de la pequeña habitación. Una gran mesa ocupaba casi la mitad de la habitación, con la superficie cargada de rollos de pergamino y salpicada de pequeñas piedras para mantener las páginas aplanadas en su sitio. Las plumas, con sus plumillas pulcramente afiladas, yacían en fila a un lado.

En las estanterías había libros como Calder nunca había visto, encuadernados en cuero y madera, la mayoría lisos, pero algunos con elegantes tallas.

«Está fuera de mi alcance, pensó Calder, y no por primera vez. Pero es mi novia, y haré todo lo posible por compensarla».

Acercó un dedo con reverencia a un grueso tomo que reposaba esquinado en un estante... y casi se sobresaltó cuando Lund entró en la habitación.

—¿Sois la razón por la que mi sobrina arriesgó su vida para venir aquí?

Ningún saludo. Ni ofrecimiento de hospitalidad. Las palabras de Lund parecían más una acusación que una pregunta en busca de confirmación.

—Soy su marido, sí. Pero nunca la pondría en peligro intencionalmente. Me di cuenta de la enormidad de nuestras dificultades demasiado tarde.

—¿*Nuestras dificultades?*

Lund enarcó una ceja, estrechando la mirada hasta que Calder tuvo que luchar contra el impulso de retorcerse. El aire de la pequeña habitación, sólo ligeramente caldeado por un pequeño brasero situado en la esquina más alejada, se hizo denso, cargado de amenazas tácitas. Y desprecio.

Lund interrumpió su mirada y se dirigió a la gran silla que había detrás de su escritorio. Al contrario que su banco de trabajo, la superficie de su mesa personal, mucho más pequeña, estaba desordenada. Con la capa ondeando, Lund se dejó caer en su asiento, ignorando la comodidad de Calder, y se reclinó hacia atrás, apretando con los dedos los brazos de la silla, sin que su corpulencia resultara menos amenazadora por su repentina pérdida de estatura.

—Decidme por qué debería llevaros ante Katja —instó, con sus palabras como un chispazo verbal, como si claramente le gustase una clasificación más física de las acciones pasadas de Calder.

—Katja y yo nos casamos de forma apresurada, por insistencia de su padre. Yo no había pensado en conseguir una esposa, y estoy seguro de que ella tampoco había pensado en un marido. Nos vimos en el altar y regresamos a Fairetur, mi hogar, ese mismo día. Nuestros clanes han sido enemigos durante muchos años, y aunque yo esperaba que mi pueblo la acogiera como una promesa de prosperidad y paz, hubo quienes decidieron odiarla. Para mi vergüenza, le presté poca atención en las semanas posteriores a nuestra boda. Mi clan es pobre, pero la dote de Katja nos dio la oportunidad no sólo de sobrevivir al invierno, sino de prosperar... pero sólo si se le daba el uso adecuado rápidamente. —Calder movió los pies, sintiendo el peso de la mirada de Lund hasta la misma boca del estómago—. Elegí el bienestar del clan sobre el de mi esposa. Dejé que ella dirigiera el clan en mi ausencia. Fui un idiota.

—¿Que sois un idiota es vuestra mejor defensa? —Lund cruzó los brazos sobre el pecho, claramente distanciado. Un destello de pánico se apoderó de Calder, mezclándose con el calor de la incomodidad que crecía en él. El agotamiento le golpeaba, junto con la certeza de que no era rival para Katja, ni para su tío.

—Quiero... —Calder se estremeció y maldijo en voz baja por las palabras que no salían de

sus labios. Aferrándose a los andrajosos restos de su orgullo, endureció la mirada.

—Quiero que sepáis que nada de esto es culpa suya. Es mía. Aunque sólo sea para aclarar las cosas entre nosotros, quiero que escuchéis esto de mí. Y, si considera ser mi esposa, haré todo lo posible por cumplir la promesa que le hice el día que nos casamos.

—Supongo que es un comienzo. Pero será mejor que puláis vuestras palabras, muchacho. Será mucho más difícil convencerla. —Lund asintió.

El muchacho con el que Calder había hablado antes se coló en la habitación, primero con una nariz indiscreta, seguida de unos ojos redondos llenos de indignación. Cuando Lund se limitó a enarcar una ceja para interrogarle, entró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Es éste? ¿Estáis pensando en llevárselo? —Dirigió su mirada a Calder con un destello de ira.

La anodina mirada de Lund se endureció perceptivamente, y Calder no estaba seguro de si su disgusto se centraba en el impertinente mocoso o si estaba de acuerdo con el muchacho y reconsideraba su decisión.

—No le deseo ningún mal, pero tengo intención de hablar con ella. —Calder frunció el ceño, irritado por el peso que se daba a la opinión del insolente muchacho.

—No merecéis hablar con ella. Podría haber muerto huyendo de ti. No sois dignos de limpiarle el trasero. —El muchacho apuntó con un dedo acusador.

—Por muy ciertas que sean vuestras dos primeras apreciaciones, no creo que tengáis el privilegio de comentar la tercera. —Calder le dirigió una mirada escalofriante.

Con los ojos entrecerrados, el muchacho permaneció inmóvil ante la reprimenda. Lund se aclaró la garganta.

—Venid conmigo y os llevaré con Katja. —Se levantó de la silla y dirigió al muchacho una mirada tranquilizadora—. Aunque el muchacho aún no es aprendiz, no me gusta la sangre en mi suelo.

CAPÍTULO 19

Pedir otro día tan hermoso como el anterior sería demasiado, sobre todo después de la tormenta que cruzó el océano durante la noche. Katja acarició la nariz de Skündi, comprobó su cubo de agua y el montón de heno de su comedero, y luego silbó a Freki. A continuación, se arrebujó en su capa y se preparó para el frío camino hasta la casa.

—Es un viento *huracanado*. —Un latigazo mordaz le arrancó la capucha de la cabeza. Aferrándose con más fuerza a los bordes de la lana, agachó la cabeza y aceleró el paso, ignorando los mechones de cabello que saltaban a su alrededor. Sobresaltada al oír voces, se detuvo.

Dos hombres, uno característico del tío Lund, con sus anchos hombros y abundante cabello blanco dorado, entregaban sus caballos a un mozo de cuadra. El segundo hombre salió de detrás del tío Lund, con su tartán verde oscuro y azul azotado por el viento. Luces azules, rosas y moradas se arremolinaban a su alrededor. *Incertidumbre. Amor. Culpa.* ¿Qué significaba?

El corazón de Katja se estremeció cuando el hombre la miró como si percibiera su presencia, y sus brillantes ojos azul MacGerry le atravesaron el alma. Dio medio paso hacia ella y la joven abrió la boca para hablar, aunque no se le ocurría qué decir.

«¿Por qué me prometiste tu amor y luego me traicionaste? ¿Debería haber hecho algo más? ¿Por qué no puedo respirar?»

Ella lo deseaba. Quería que la abrazara y le dijera que todo iría bien. Quería arrojarlo por el acantilado donde las olas se estrellaban. Luego correr a su lado y...

Algo tiró con fuerza de su capa e hizo un gesto con la mano para que Freki se detuviera.

—¡Soy yo, Katja! —Donnan volvió a tirar de su capa.

Sobresaltada, Katja apartó la mano de las palmaditas dirigidas a la peluda cabeza de Freki. Miró la cara de Donnan, con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras levantaba la barbilla en dirección a Calder.

—Él está aquí.

—Sí —murmuró Katja, volviendo a centrar su atención en su marido. Calderladeó la cabeza, como una pregunta silenciosa. Freki se apoyó en su cadera, al otro lado.

—No os conviene, Katja. No escuchéis sus mentiras. —Donnan siseó y volvió a cogerle la capa.

—Hablaré con vosotros más tarde, Donnan —replicó Katja, dándole a su voz la fuerza suficiente para acallar más advertencias del muchacho.

—¿Deseáis hablar con él? No se os obliga si no lo deseáis. —Lund captó la mirada de Calder y se volvió hacia Katja. Le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza y se puso a su lado.

—Nunca me ha deseado el mal, tío. ¿Quizás podríamos entrar, para protegernos del tiempo? —Se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Tomad la habitación delantera. Vuestra tía traerá bebida y tal vez algo de comer. Aunque no os juro que no estará contaminado.

El sutil humor de Lund la tranquilizó, le devolvió los pies a la tierra y calmó su acelerado corazón. Se dio cuenta de que sujetaba con fuerza el brazo de su tío. Con una mirada de pesar, lo soltó.

—Sí. Imagino que al menos le importará mirarle. Esperemos que eso sea todo.

—No temáis, Katja. Si el joven Calder da un paso en falso, el muchacho os defenderá.

—Me atrevo a decir que escucharé en la puerta. Gracias, tío. Escucharé lo que Calder tiene que decir. —Katja ofreció una pequeña sonrisa.

«Pero no volveré a ofrecerle mi corazón».

* * *

El mundo alrededor de Calder se desvaneció. Katja era más hermosa de lo que él recordaba, su cabello del color del sol puro de la mañana cuando irrumpe a través de las finas nubes en verano. Estaba radiante, con las mejillas sonrosadas por el viento y los ojos brillantes, aunque él sospechaba que eso también se debía al viento, pues no podía imaginársela derramando lágrimas de alegría en su presencia.

Ansiaba que ella le diera la bienvenida con algo más que simple hospitalidad. Se habría puesto de rodillas si ella le hubiera abierto los brazos, pero habría sobrevivido. Por el momento, se conformaría con una cortés aceptación, con que accediera a hablar con él en privado y con un poco de humor. Aunque no acogió con agrado la abreviada distracción pegada a su lado con tanta seguridad como su perro.

—¿Vendréis? —pronunció la joven.

El sonido o la inflexión de su voz no le permitieron comprender nada. Ella lo condujo al interior de la casa, despojándose de la capa, el perro y el protector de dos patas en la puerta, mientras entraban en una cómoda zona para sentarse. Le indicó una silla y se sentó enfrente.

—No hace falta que cerréis la puerta. Todos desean veros, y hasta que la tía Runa traiga bebidas, nos interrumpirán de todos modos.

Era a la vez una maldición y una bendición. La había buscado durante más de una semana, aterrorizado por las historias que había oído de ella por el camino. Temeroso de que se la llevara el siguiente hombre que la viera, mortificado por no estar allí para protegerla. Pero ahora... ahora estaba con ella de nuevo, y no sabía si quería insultarla o gritarle. Si prefería besarla o abrazarla tan fuerte que nunca volviera a separarse de él.

Sus manos se crisparon, sus brazos temblaron. ¿Qué veía Katja?

Había ojos en la puerta, que lo mantenían inmóvil como ninguna otra cosa podía hacerlo. El cabello de la nuca se le erizó, pero se negó a dar indicios de que sabía que había alguien allí. Era probable que se tratara del muchacho -Donnan, lo había llamado Lund- con quien Katja había entablado amistad en Thurso. También era probable que Calder le debiera al muchacho su agradecimiento por mantener a Katja a salvo en su viaje de Thurso a Lerwick, pero ya pensaría en eso más tarde.

Una mujer alta y esbelta entró en la habitación, dirigiendo la colocación de una bandeja en una mesita a la altura del codo de Katja, mientras dos jóvenes preparaban una jarra, tazas y un plato de pan y queso. Despidió a las muchachas con un gesto de la mano y miró a Calder, con sus ojos grises y su fuerte barbilla, idénticos a los de Katja. Calder no necesitaba presentación para saber que era la tía de Katja.

—Tenéis mucho de lo que responder. No voy a tolerar intimidaciones ni falsas promesas.

—Gracias por proteger a Katja. Ha habido muy pocas personas en su vida en las que pudiera confiar. —Calder inclinó la cabeza respetuosamente y la miró a los ojos—. Es mi ferviente deseo convertirme en una de esas personas. La decisión, por supuesto, es suya.

La mujer asintió secamente y, colocando una mano tranquilizadora sobre el hombro de Katja, vaciló sólo un momento antes de salir de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Calder miró a su esposa. Su pecho subía y bajaba con respiraciones largas y profundas, como para tranquilizarse. Sus mejillas, aún teñidas de rosa, daban un toque de color a su piel,

ahora pálida. Unos dedos plegaron la gruesa lana de su falda.

¿A qué le temía ella?

—Katja, no sabéis cuánto me alegro de encontraros bien. —Calder se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—¿No pensasteis que puedo cuidar de mí misma? —Levantó la mirada, con sus fríos ojos clavados en los de él.

¿Y por qué no? ¿No la había dejado sola con un clan extraño que contaba con un gran número de personas que odiaban el hecho de que fuera una Sinclair? ¿Por qué no se había preocupado por ella? No había una buena respuesta a su pregunta, y la dejó pasar.

—¿Estáis bien? —Consideró un enfoque diferente.

—Bastante bien. —Su piel palideció aún más.

—¿Estáis herida?

—¿Parezco herida? —En esta ocasión agitó la cabeza.

La respuesta obvia era no, pero antes de que él pudiera replicar, ella apartó sus palabras con un gesto impaciente.

—Calder, no sé por qué habéis venido. Vuestro clan os necesita. Queda mucho por hacer para que todo esté preparado para la primavera.

—Pero yo os necesito, Katja.

—Necesitáis mi dote. —Se mordió el labio y bajó la mirada.

—Mantengo mis palabras. Os necesito, Katja.

—¿Por qué?

—¿Acaso desnudar mi alma no es suficiente? ¿Qué queréis de mí?

Los ojos de la joven saltaron a la vida, brillantes de ira o agitación, él no lo sabía. No quería ni lo uno ni lo otro.

—Quiero que se me permita vivir mi vida tranquilamente aquí. Anhele una vida sencilla, en paz y satisfecha de mí misma y de mi trabajo... —Volvió a morderse el labio y miró hacia la ventana.

—¿Qué os pasa, Katja? ¿Por qué deseáis encerraros aquí?

—¿Qué esperáis de vuestro futuro, Calder?

El lord se esforzó por dejar que ella guiara la conversación.

—Mi vida cambió drásticamente el día que mi padre murió. Nunca estuve destinado a ser lord, pero sucedió. Soy muy trabajador, pero he cargado con demasiadas responsabilidades en el último mes, y hay hombres capaces a los que debería haber permitido que me ayudaran. Me gustaría pasar tiempo conociéndolos. Aprender lo que os hace sonreír, reír. Quiero crear una familia, tener hijos y verlos crecer.

Katja se levantó de un salto y se acercó a la pequeña ventana enrejada. Tocó el pestillo con los dedos y lo soltó para apartar las tablas, dejando entrar en la habitación una fina luz plateada.

—No soy la persona que buscáis. No pertenezco a vuestro clan. Por mucho que os empeñéis, siempre tendré que vigilar mi espalda, inspeccionar mi comida, echar las mantas hacia atrás por la noche antes de meterme en la cama. —Le miró por encima del hombro—. Iros a casa, Calder. No discutiré vuestro derecho a quedaros con vuestra amante. Seréis libres de adoptar a cualquier niño que ella os dé.

—¿Qué obtendríais de un acuerdo así, Katja?

La joven apretó la mandíbula y él se dio cuenta de que las palabras le dolían. Se levantó despacio, con las manos bajas, sin amenazar.

—Libertad. Liberarme de las expectativas de demasiada gente que desea controlarme.

—Ya he enviado a Lorna lejos. Ella accedió a casarse con un hombre que cumpla con el acuerdo de arrendamiento en vuestras tierras dadas por dote. —Se acercó más, estudiando su rostro, el parpadeo sorprendido de sus ojos grises.

—No habrá ningún hijo ilegítimo que adoptar. Así que, decidme, ¿qué sacaría yo de vuestro acuerdo?

Katja le miró fijamente, claramente en guerra consigo misma. Calder esperó pacientemente, dándole espacio para respirar. Entonces, se llevó la mano al vientre.

—Tendréis a este niño.

No quedaba aire en la habitación. Sus pulmones pesaban, sus músculos temblaban como si acabara de correr una gran carrera. Era imposible oír por encima del rugido de sus oídos. Calder miraba estupefacto a su mujer, cuya esbelta figura no mostraba nada que apoyara su afirmación.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—¿Estabais allí, o no lo recordáis? Claramente fue más memorable para mí que para vosotros. —Los ojos de Katja resplandecieron, y la curva de sus labios delataba su dolor.

—Por Dios... No me refería a eso. —Calder se pasó una mano por el cabello.

—El niño es vuestro y no llegará hasta principios de verano.

Calder quería estrecharla entre sus brazos, asegurarle que sabía que no le había engañado. Ansiaba estrecharla contra él, sentir al niño moverse dentro de ella, aunque sospechaba que pasaría algún tiempo antes de que eso ocurriera. Necesitó todas sus fuerzas para mantener los brazos a los lados.

—Si el niño es un muchacho, tendrá derecho a formarse como futuro lord de los MacGerry. Me aseguraré de que sepa quién es y tenga una espada en la mano antes de que se marche. Por mucho que me disguste la guerra, no soy tan tonta como para desear que mi hijo esté en desventaja. Y cuando tenga una edad, llegaremos a vosotros. —Se apartó la falda al pasar junto a él.

El lord cruzó hacia ella en dos rápidos pasos y rodeó con los dedos la parte superior de sus brazos, sorprendido una vez más por la firme musculatura que se ocultaba bajo la tela del vestido. Los brazos de un guerrero. Los brazos de su esposa.

—¡Vosotros y el niño sois míos! No permitiré que os encerréis así.

—¿Pensáis poseerme? —Envío una mirada de desprecio a sus manos y luego suspiró—. Vos y mi padre sois iguales. Cada uno a su manera, buscáis poseerme y usarme para vuestros fines.

Katja no tenía necesidad de luchar contra él. Si algo podía haberle inducido a soltarla, la idea de que le pusiera a la altura de su padre hizo que a Calder se le helara la sangre. Aflojó el agarre y dio un paso atrás.

—Os he seguido durante casi una noche. Estoy exhausto y no puedo pensar con claridad. Tal vez sea mejor un baño y un descanso.

Sin esperar su respuesta, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

* * *

Katja se dejó caer en la silla, incapaz de permanecer de pie un instante más. Se agarró la parte delantera del vestido con tanta fuerza que pensó que la tela podría rasgarse, pero no pudo soltarla. Cerró los ojos y un gemido se apagó en su garganta.

Runa se apresuró a entrar en la habitación y se arrodilló junto a Katja, cogiéndole las manos en señal de compasión.

—¿Él echó a Lorna? Pero yo le oí, se jactaba de tenerla cerca. Se negó a dejar que Robbie le

desafiara —gimió Katja.

¿O no? Había sido la gota que colmó el vaso. Ella había ido a él, contenta de que estuviera en casa. Dispuesta a darle una oportunidad a su matrimonio. Sólo para arrebatarse la mano de la puerta parcialmente abierta mientras sus palabras le quemaban el alma.

No había esperado a enfrentarse a él, no había querido ver los hermosos colores de su nuevo marido enturbiados con el marrón de la deshonestidad, el rojo de la lujuria por otra mujer.

—Quería que fuera el hombre que me hiciera olvidarlo todo. El marido en quien pudiera confiar, que me diera compañía, consideración.

—¿Y amor? —preguntó Runa suavemente—. ¿Esperabais que se enamorara locamente de vos y que nunca cruzarais una palabra?

—¿Por qué no? ¿No hay otro hombre como el tío Lund que cuide de su esposa? ¿Son todos los hombres como mi padre?

—Ya he visto bastante de la naturaleza más baja de los hombres que viven bajo el techo de mi padre. El aura gris de los pensamientos oscuros, el verde oscuro de los celos y el resentimiento. El brillo rojo de la lujuria, el púrpura de la culpa y la vergüenza. ¿Esto es todo de lo que son capaces? —Se levantó con furia, ignorando el bufido incrédulo de su tía.

—No abriré mi corazón y mis piernas a un hombre, sólo para que me deje de lado cuando mi uso como yegua de cría haya terminado. —Katja se revolvió, levantó una mano, interrumpiendo las palabras de Runa y poniéndose de mal humor—. ¡Quiero más! ¡Merezco más!

Calder atravesó la puerta y se detuvo ante ella. Le cogió las manos, aunque ella apenas sintió su contacto.

—En presencia de Dios y ante estos testigos prometo ser para vosotros un esposo cariñoso, fiel y leal mientras ambos vivamos. No os pido que seáis otra cosa que lo que sois, porque amo lo que sé de vos y confío en lo que llegaréis a ser. Siempre os respetaré y os honraré. Nadie se interpondrá entre nosotros. Sólo quiero protegeros lo suficiente para que seáis libres y daros momentos que os dejen sin aliento.

Demasiado aturdida para apartarse, Katja no se resistió cuando Calder depositó un suave beso en su frente. Cerró la boca con un chasquido, atónita al verla abierta como un pez en tierra. En ese momento, Lund cogió a su mujer suavemente de la mano y la condujo a la puerta.

—Le dije al muchacho que puliera sus palabras.

* * *

Al principio, le había hablado de sus logros en Fairetur, y de Torri, Beitris y Robbie. Sorprendida al descubrir lo mucho que echaba de menos a la gente que había llegado a conocer en el poco tiempo que llevaba allí, Katja escuchó con avidez. El sonido de su voz, tan serio y afectuoso, la tranquilizó. La envolvió en sus brazos cuando le contó su viaje a Lerwick, enterró el rostro en su cabello cuando ella relató el peligro en que se había puesto. No la reprendió, sino que depositó un persistente beso en sus labios como una plegaria para que no volviera a cometer una locura semejante.

El agua de la bañera se había enfriado y las velas se habían consumido cuando pasaron a la habitación que Runa había preparado para Calder. Katja calentó más agua y se quedó para asistir al baño de su marido. Descubrió que le gustaba sentir la piel de él bajo sus manos y, si no se daba cuenta de que el agua estaba fría -y el aura cada vez más roja que lo rodeaba no mentía-, a él también le gustaban sus manos.

—Tenéis que saber algo sobre mí. —Katja sintió la necesidad de hablarle de su *visión*, pero

no quería estropear su nuevo acuerdo.

—Quiero saberlo todo de vosotros, muchacha. Encontrar cosas nuevas que me gusten de vos se está convirtiendo en mi pasatiempo favorito.

—Espero que siga siendo cierto. —Sintiéndose frágil e insegura, le devolvió su amable sonrisa.

Calder se puso de pie en la bañera. El agua resbalaba por su piel, como ríos de diamantes sobre el bronce pulido. Katja parpadeó, con el recuerdo de su unión semanas antes repentinamente caliente bajo su piel. Con un suspiro, le tendió un trozo de lino. Él sonrió y levantó los brazos, invitándola a secarlo.

Katja tragó saliva.

«¿Cómo puede ser esto más difícil que luchar contra dos hombres que quieren matarme o cruzar el Mar del Norte en medio de una tormenta?»

El absurdo la golpeó y se acercó a Calder, respirando su aroma, usando el lino para pulir su piel hasta dejarla tibia, completamente consciente de lo que sus acciones le hacían a él... y a sí misma.

Calder no se movió. Sus dedos se crisparon y su respiración se hizo más profunda, pero por lo demás permaneció quieto como una estatua. Katja recorrió con las yemas de los dedos los músculos ondulados de su brazo, con el tacto vívido de la última vez que él la había abrazado. La quería.

«Él me ama».

Katja apoyó las palmas de las manos en su piel, se deslizó por sus hombros, bajó por su espalda hasta su estrecha cintura. Su piel desprendía calor. Los finos cabellos brillaban a la luz. El rosa y el rojo estallaron a su alrededor cuando ella apoyó la mejilla en su hombro y se inclinó hacia él. Cerró los ojos, ignoró la vista y prefirió escuchar a su corazón.

«Lo amo».

Deslizó las manos por su vientre y su pecho. Calder se inclinó hacia ella.

—Estuvo bien, ¿verdad, Katja? Muy bueno.

Katja asintió, ahogada por la necesidad de sentir su piel contra la de él. De recordar, de saber lo bien que estaban juntos. Ya no se compararía con su madre... ni con ninguna otra. Su necesidad de Calder era inexplicable, la consumía toda, era única.

—Confiad en mí, Katja. Nunca quise haceros daño. Prometí protegeros y fracasé. Nunca fue culpa vuestra, sólo mía. —Ella abrió los ojos cuando él la miró y le rodeó las mejillas con las manos.

—No confío en vosotros...

—Claro que podéis —insistió—.

—Tenéis que saber *por qué* no confío en vosotros. Veo cosas, auras. —Katja apoyó la punta de un dedo en sus labios. Buscó en su rostro el asombro, la consternación y la indignación que seguramente le seguirían cuando se diera cuenta de lo que ella quería decir. Un hombre malvado se deleitaría con su habilidad sobrenatural. Un hombre justo lo consideraría una blasfemia.

Calder no era un hombre malvado.

—Lo sé. Vuestro hermano me lo dijo. —Asintió con la cabeza.

—¿Qué hermano? —Sus ojos se abrieron de golpe.

—Christer. Aunque en aquel momento estaba bastante enfadado conmigo. —Calder le pasó la yema del pulgar por la mejilla y le besó la punta de la nariz.

—¿No os molesta? ¿Os preocupa? —Katja parpadeó.

—Sí. ¿A qué hombre le gusta descubrir que su mujer puede decir más de él de lo que

sugieren sus palabras? Aunque creo que los hombres siempre lo encuentran así, incluso sin la *visión*. —Se encogió de hombros.

—Cariño, no me importa que veáis auras. Es vuestro don y sólo vosotros podéis hacer lo que queráis. —Su sonrisa se ensanchó y apoyó la frente en la de ella.

—No me sirve de nada —susurró la joven, hueca al darse cuenta de que la parte de sí misma en la que había confiado tanto la había traicionado igualmente.

—¿Cómo es eso? Habéis confiado en ella todos estos años para manteneros a salvo.

—A salvo. Y separada, aislada. —Katja suspiró—. He descubierto que las auras me dicen mucho de una persona, pero quizá no todo. Mi tía tenía un aura rojo oscuro, que significa ira, pero no estaba enfadada *conmigo*, sino con cosas que tenían que ver conmigo, pero no *conmigo*. Si no lo hubiera dicho, habría supuesto que no sólo estaba enfadada, sino que había dejado de quererme.

—Miradme, Katja. Decidme lo que veis. Contádmelo todo. —Calder retrocedió medio paso.

—El color plata me dice que sois fuertes físicamente. Y las chispas de púrpura y rojo muestran un poco de culpa, y más que una pizca de lujuria. —Estudió su cuerpo, dirigió su renuente mirada a las luces que vacilaban a su alrededor. El calor inundó sus mejillas—. También está el rosa del amor y el azul suave de la incertidumbre.

—Todo esto es cierto. Me siento culpable por lo que no hice, no por lo que piense haceros en el futuro. No podéis perderos mis pensamientos lujuriosos y apenas necesitáis comprobar mi aura cuando podéis verificarlo asomándoos un poco más al sur, ¿vale?

—Os amo, Katja. Pero no estoy seguro de nuestro futuro. ¿Me aceptaréis? —Sonrió entre dientes.

CAPÍTULO 20

Katja le respondió con el corazón. Se apretó contra él, rodeándole el cuello con los brazos, estirándose sobre las puntas de los pies.

—¿Podéis desatarme?

—No lo sé. De repente mis manos se han vuelto torpes. —Calder respondió con una carcajada. Movi6 su mano detr6s de ella y, arrastrando la trenza por encima del hombro, busc6 los cordones por toda la espalda. Con una sonrisa de triunfo, tir6 de ellos y Katja movi6 los hombros mientras 6l aflojaba el vestido. Dej6 caer un beso sobre la piel desnuda y vacil6 mientras la pesada tela se deslizaba por sus pechos hasta el suelo.

Sus pechos se veían claramente a través de la muselina de la camisa. Los pezones se veían de color rosa oscuro, con un valle oscuro entre ellos. Calder se tom6 su tiempo, los cogi6 con las manos y pas6 las yemas de los pulgares por las puntas sensibles. Katja se inclin6 hacia 6l con un suave gemido. Levant6 la cara y 6l baj6 los labios hacia los suyos, hambrientos y ansiosos.

Katja se desat6 el lazo del cuello y tir6 la camisa al suelo. Con un suspiro mezcla de alivio e insistencia, pos6 su piel sobre la de su amado, y se sinti6 acogida.

«Mi hogar».

—Mi hermosa Katja.

Calder desliz6 un brazo por detr6s de sus rodillas y la levant6. Cruz6 hasta la cama y la coloc6 all6, acun6ndola contra 6l como si fuera infinitamente fr6gil. Incalculable. Preciosa.

El lord se tom6 su tiempo para despertar sus deseos, aunque ella se retorci6 bajo sus manos, incit6ndole a seguir. Cuando la penetr6, ambos estaban bañados en sudor. 6l gimi6, resisti6ndose a soltarse, pero Katja se deshizo bajo 6l en un grito de placer, con las uñas mordi6ndole la piel y las piernas rode6ndole la cintura con tanta fuerza que apenas pod6a moverse. Sus caderas volvieron a sacudirse y 6l se deshizo, uni6ndose a ella en la brillantez de su uni6n.

Se acurrucaron juntos, toc6ndose durante la perezosa tarde, amando cuando la pasi6n los despertaba de nuevo. Incluso despu6s, cuando buscaron un respiro en el aire fresco de su piel, 6l mantuvo los dedos de una mano entrelazados con los de ella.

—Siento no haber entendido nada —murmur6 Katja a altas horas de la noche—. Deber6a haber preguntado...

—No deber6ais haber preguntado. No deber6a haberos dado motivos para dudar. —Calder le bes6 la sien.

—¿Lorna se ha ido de verdad?

—Nunca tuve planes de tenerla cerca. Incluso antes de que nos cas6ramos, Lorna y yo s6lo nos consol6bamos ocasionalmente. Pero no pod6a simplemente echarla. Darle una posici6n como esposa donde se la necesita la complaci6.

—A m6 tambi6n me complace —admiti6 Katja—. Pero os o6 decir que la instalar6ais en una cabaña cercana. Inmediatamente supuse que seguir6ais visit6ndola.

—Lo siento mucho, amor. Los hombres de vuestra vida nunca os dieron muchas razones para confiar en ellos, pero espero demostrar lo contrario. —El brazo de Calder la estrech6.

—As6 es. —Katja apoy6 la mejilla en su pecho.

—No ten6a ni idea de que Auld Liam llegar6a tan lejos... —El pecho de Calder se estremeci6 y le apart6 el cabello de la mejilla—. Me alegro de que se6is lo bastante fuertes como para protegeros.

—Nunca me había enfrentado a un hombre en peligro mortal. Pero mis hermanos y Ranald - sin duda conocedores del tipo de hombres atraídos por mi da que visitarían Ruadhcreag- fueron implacables a la hora de enseñarme a defenderme. No quiero volver a hacerlo, pero ahora hay menos sinvergüenzas que quieren aprovecharse de las mujeres.

—Sí. Y si las historias de Katja y su «bestia mítica» crecen a buen ritmo, tal vez algunos más se lo piensen dos veces antes de abordar a una muchacha bonita en el camino a Thurso. — Calder soltó una suave carcajada.

—¿Bestia Mítica? Es un dulce muchacho. Y realmente no estaría aquí si no fuera por él.

—Puede tener mi porción de carne asada como recompensa. Y creo que tenemos otro muchacho que ha decidido defenderte.

—¿Donnan? Ha tenido un pasado desafortunado, pero quizá se enfrente a un futuro mejor.

—No cree que yo sea digno de vosotros. Dijo que no soy digno de limpiarte el trasero. Me pregunto dónde habrá aprendido esas palabras. —Calder frunció el ceño.

—¡Ese pequeño travieso! He hablado con él sobre su lenguaje. Será problema del tío Lund cuando me haya ido. —Katja sonrió.

—¿De verdad vendréis a casa conmigo, Katja?

—Sí. Creo que puedo ir a este matrimonio con otros ojos, otras expectativas. No os compararé con otros. Y aprenderé a preguntar si algo no está claro.

—Ahora sé el tesoro que tengo y no os haré daño. El amor hay que cuidarlo, no ponerlo en un estante una vez ganado. Y me aseguraré de que todos en Fairetur sepan quién es su señora. El mal que os he hecho ha sido por ignorancia, no por intención. Gracias por abrir mis ojos.

* * *

Katja y Calder disfrutaban de tazas de sidra caliente cuando Runa entró en la cocina para empezar la comida de la mañana. Una criada somnolienta le hizo señas para que se sentara en una silla y le puso una taza delante.

—¿Ya se han levantado los criados? Habría pensado que hoy erais los últimos en levantaros. —Runa bebió un sorbo de sidra y suspiró—. Aunque ayer os vimos poco e imagino que estaréis hambrientos.

—¡Tía Runa! —Las mejillas de Katja se calentaron de vergüenza.

Calder rio y le dio una palmadita en la mano.

«Es mi marido».

Las palabras eran a la vez tímidas y orgullosas y Katja agachó la cabeza para ocultar la sonrisa.

Un Donnan recientemente aseado entró en la habitación antes que su amo, ocupando el extremo del banco de Katja, desde donde envió a Calder una mirada asesina.

Lund se dejó caer al lado de su esposa y golpeó la mesa para coger su taza.

—No hagáis caso a vuestra tía, *niese*. Todavía le molesta oír que tiene el marido que otras mujeres anhelan.

—Por el amor de... ¿no podemos olvidarlo? —Runa puso los ojos en blanco e inclinó la cabeza hacia Katja—. Estoy de acuerdo en que es un hombre bastante singular, y a menudo reflexivo, tal vez no más que irritante la mayoría de los días. Sin embargo, vuestras palabras se le han subido a la cabeza y me recuerda mi buena suerte al conseguir una pesca tan espectacular un poco más a menudo de lo que es bueno para su salud.

Calder hundió la risa en su taza y apartó los codos de la mesa cuando la criada le tendió una enorme escudilla de gachas. Donnan se lanzó a por la suya y su cuchara, pero consiguió recordar

sus modales un instante antes de que el cucharón de Runa forzara su atención. Se acomodó en su asiento, con las manos cruzadas sobre el regazo, mientras ella servía la mesa.

Finalmente, todos tenían ante sí un humeante tazón de avena cocida con leche, miel y mantequilla, un trozo de pan y una taza de sidra caliente. Lund acercó las manos a la mesa y todos las unieron vacilantes.

—*Deg, Gud, til ære.*

—A Dios sea el honor. —Todos murmuraron tras él.

Donnan miró a los demás y cogió la cuchara, engullendo las gachas a un ritmo alarmante. Una leve mirada de reproche le frenó, pero ya iba por la segunda ración cuando Katja terminó la primera. El muchacho le tiró de la manga y se inclinó hacia ella para que no oyera sus palabras.

—Venid y ayudadme con los caballos.

—¿Pasa algo? —Katja le miró fijamente.

—Sé que Skündi os echa de menos. Y Freki necesita ejercicio. —Donnan agitó la cabeza. Miró a Calder alrededor de Katja y frunció el ceño—. Y yo necesito hablar con vosotros.

—Dejadme hablar con Calder... —Katja asintió.

—¿No podéis actuar sin preguntarle? —El desprecio brotaba de su voz, aunque la mantuvo suave, con cuidado de no arriesgarse a la desaprobación de Lund.

—Sois un muchacho atrevido. —Katja echó la barbilla hacia atrás mientras levantaba la ceja.

—¿Vendréis? —Donnan respiró impaciente.

—Iros. Terminaré mis gachas en paz y luego iré al establo. Aseguraos de que Skündi tenga heno fresco en su establo cuando llegue. —Katja hizo una pausa y luego asintió.

Donnan asintió espasmódicamente, cogiendo un puñado doble de pan mientras se ponía en pie. Inclinó la cabeza hacia Lund.

—Voy a los establos, señor. Tengo varios que limpiar.

Ante el gesto silencioso de Lund, Donnan salió corriendo por la puerta.

—Donnan quiere reprenderme por haberme enamorado tan rápidamente de lo que él imagina que son vuestros inexistentes encantos. Me persuadió para que me reuniera con él en el granero poniendo en duda mi preocupación por el bienestar de mis animales. —Katja se apoyó en el brazo de Calder, con la barbilla sobre su hombro.

—¿Debería reunirme con él detrás del granero para recomponer mi reputación... y la vuestra también? —Calder sonrió.

—No. Dudo que me haya enfrentado a un hombre más intrépido, con todos los años que le faltan. Pero venceré. No dudéis en ir a ver a Armunn dentro de un rato si se os pasa por la cabeza. —Katja sonrió y le dio un rápido beso en la mejilla mientras se ponía en pie.

—Lo haré. No dejéis que el chico os moleste. —Calder la cogió de la muñeca y la acercó para darle un fuerte beso en los labios antes de soltarla.

—Y ocupaos de vuestra bestia. Se moría de ganas de veros mientras atendíais a vuestro marido. Lo envié al establo de Skündi en lugar de obligarlo a ir a la perrera como un sabueso cualquiera. —Lund levantó la vista de su taza humeante.

—El perro, claro, no vuestro marido. —Le dirigió una mirada a Calder.

Katja se rio y les saludó con la mano mientras salía de la cocina. Al detenerse en la puerta principal, comprobó las espadas que llevaba en el antebrazo y en la nuca. Calder se había burlado de ella cuando la sorprendió con la daga en el muslo, pero hacía demasiados años que no se separaba de ellas. La verdad era que, en un día normal, no contaría menos de seis o siete espadas, pero aquella no era una mañana normal. Esta mañana se había despertado en los brazos de

Calder. Y en la casa de su tío, se sentía más segura que en cualquier otro lugar en el que hubiera estado. Envolviéndose en su capa, la joven abrió la puerta y salió.

El sol, que se colaba entre las plumosas nubes, acarició su piel con un calor luminoso, como si la iluminara desde dentro. De cara al sol, Katja bajó por el sendero hasta el establo, canturreando alegremente. La interminable brisa le acariciaba la trenza, la capa, las faldas, dándoles un juguetón tirón. El patio estaba tranquilo, salvo por el silbido ocasional de un zarapito. Los pájaros se esparcían por el prado cercano, con sus largos picos palpando el suelo en busca de presas profundas.

De un fuerte tirón, Katja abrió la obstinada puerta lateral del establo y parpadeó en la repentina penumbra, sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la brillante luz exterior. La puerta se cerró con un chirrido y ella aspiró el aire perfumado de heno, el almizcle del estiércol y el fuerte sabor de la orina.

«¡Buen chico! Ya está trabajando duro».

Volvió a sonreír mientras echaba un vistazo al establo, con el tejado bajo para resistir el calor, los establos llenos de paja fresca y montones de paja sucia en el pasillo central a la espera del carro.

De la cuadra de Skündi salieron ladridos y Katja se rio cuando la cabeza del sabueso asomó por el borde superior de la media puerta abierta. Freki aplanó las orejas contra el cráneo y movió todo el cuerpo en un saludo entusiasta. Antes de que Katja pudiera abrir la puerta, Freki saltó por encima y aterrizó grácilmente en el pasillo. Gimoteó entusiasmado cuando Katja le alborotó el pelaje y sus patas bailaron sobre la tierra apelmazada.

—¿Me habéis echado de menos, muchacho?

Le sorprendió lo concentrada que había estado en Calder el día anterior, pero sabía que Freki había estado en buenas manos a pesar de su falta de atención. Lo abrazó con fuerza.

—Nunca más seréis relegados al establo. Sois libres de dormir en mi habitación. Aunque os prepararemos una cama junto a la chimenea.

—No creo que a Calder le guste que una bestia de vuestro tamaño ocupe espacio en su cama, pero podéis averiguarlo. —Freki ladeó la cabeza, aparentemente horrorizado por su sugerencia. Katja se echó a reír.

—¡No! No podéis ir con él. No es bueno para vosotros. —Donnan se lanzó por el pasillo del establo. Se detuvo a unos metros de distancia, con las manos en las caderas. Incliniéndose hacia delante, la fulminó con la mirada.

—Sólo va a romperos el corazón, Katja. No seréis tan tonta como para enamoraros de él otra vez, ¿verdad? —Lanzó una mirada por encima del hombro y bajó la voz—. Podría tener un accidente, ya sabes.

Katja se mantuvo firme ante su airado desafío, aunque tuvo que morderse el labio para contener la sonrisa. Le reconfortaba el corazón tener un defensor así, pero sabía que él no se tomaría a la ligera que ella desestimara sus preocupaciones.

—Entiendo que tengáis reservas, Donnan. Yo también estaría loca si no tuviera mis dudas. Y aunque Calder podría fácilmente perderse en la niebla una mañana al llegar del mar y caer por uno de los acantilados, creo que le daremos una segunda oportunidad antes de recurrir a tales medidas. —Cruzó las manos ante sí y asintió lentamente, prestando a sus palabras la atención que merecían.

—No le haría daño de verdad. Pero podría asustarle bastante. —Donnan frunció el ceño y rascó con un dedo del pie la tierra compacta del pasillo.

—Sé que podríais, y aunque tampoco creo que sea lo correcto, me alegra saber que os

preocupáis por mí.

—Sois como mi hermana. Yo no tenía familia y ahora no volveré a tenerla. —Donnan cruzó los brazos sobre el pecho y agachó la cabeza.

—¡Oh, Donnan! Sois el mejor hermano de todos. Pero las familias se separan para formar una nueva, eso no significa que no volvamos a vernos. —El corazón de Katja se retorció en su pecho.

Aunque sabía que la vida de aprendiz no le dejaba tiempo para los días que él tardaría en visitarla en Fairetur.

—Tío Lund y tía Runa son vuestra familia ahora.

—Vuestro tío es mi amo —gruñó Donnan.

—¿Y quién os ha estado engordando? ¿Y os da golosinas para llevar casi todas las mañanas? —Katja apoyó las manos en las caderas.

—¿Lo sabíais? —El recuerdo de las golosinas arrancó una sonrisa a Donnan.

—Tía Runa es la persona con el corazón más blando que conozco. Aunque lo negará y me sacará el pellejo por sugerirlo. También mete golosinas en los bolsillos del tío Lund. —Katja negó con la cabeza mientras contenía la risa.

—¿Os marcháis? —La sonrisa de Donnan se desvaneció.

—Sí.

—¿Vais a tener un hijo? —Su voz bajó a un susurro.

—Sí. Y le diré que tiene un tío llamado Donnan que quiere conocerlo algún día.

—Aunque sea una niña, seguiré siendo su tío, ¿sí? —Una sonrisa se dibujó en una comisura de los labios del muchacho.

—Aunque sea una muchacha. —Esta vez, Katja sonrió.

—Os echaré de menos a vos y a vuestro perro. —Donnan echó los hombros hacia atrás como si quisiera librarse de su momento de debilidad.

—Y Freki y yo también os echaremos de menos. No estaríamos aquí si no fuera por vosotros. Siempre lo recordaré. —Katja le despeinó el cabello.

El joven se encogió de hombros con indiferencia, como si rescatar damiselas en apuros fuera algo cotidiano para él. Pero el color tiñó sus mejillas y Katja supo que sus palabras le complacían.

—*Ek ann þér*, Donnan. Ahora sois parte de mi familia. Eso nunca cambiará.

Donnan agachó la cabeza y parpadeó con fuerza, y Katja se preguntó si alguien le había dicho antes que lo amaban.

—¿Cuándo os iréis?

—Lo antes posible. No habrá muchas más oportunidades de cruzar el mar antes de que lleguen las tormentas de invierno.

—¿Queréis decir que empeorarán? —Sus ojos se abrieron de golpe.

—Sí. Empeorarán. Y le pediréis a mi tío un abrigo más grueso y guantes, y la tía Runa os tejerá una bufanda. De hecho, no me sorprendería que no lo estuviera haciendo ahora. —Katja soltó una carcajada.

—Son buena gente. No tienen que acogerme.

—Demostrareis lo que valéis, muchacho. No os preocupéis.

* * *

Calder se paseaba por la habitación delantera, la chimenea luchando una batalla perdida contra el amargo frío mientras una tormenta invernal arreciaba en el exterior. Tres pasos de frío,

tres pasos de vuelta al calor. Date la vuelta y regresa. Se dirigió a una silla junto al fuego y se desplomó en el asiento.

«¿Cuánto puede durar una tormenta? Ha pasado casi una noche y el cielo no se ha despejado, y mucho menos un respiro suficiente para reservar pasaje a Thurso».

Se hundió más en el cojín de la silla, estirando los dedos de los pies hacia el fuego, buscando otras distracciones a su preocupación.

«Un hijo».

La idea nunca dejaba de asombrarle. Su cuerpo, tenso por su incapacidad de cambiar el tiempo para adaptarlo a sus necesidades, se relajó. Una sonrisa se dibujó en una comisura de sus labios.

«No puedo creer que vaya a ser padre este verano».

Un escalofrío le recorrió la espalda. La responsabilidad se abatió sobre él, amenazando con anegar sus buenas intenciones hasta entonces declaradas. Respiró hondo.

«¿Puedo ser alguien a quien mi hijo respete? ¿Alguien en quien pueda confiar? ¿Será el niño una niña o un niño?»

De repente sus dedos ansiaban crear algo para el niño. Algo que hiciera más real al pequeño que no vería durante siete largos meses.

«¿Una espada de juguete? ¿Una muñeca de madera?»

Unas manos suaves se deslizaron por sus hombros, aliviando los nudos de la preocupación. El sutil aroma de la lavanda captó sus sentidos un segundo antes de que el instinto de ponerse en pie se apoderara de él.

—Sé que estáis preocupados por el tiempo. El tío Lund dice que pasará otro día antes de que el viento se calme, pero que después será un buen día para navegar. Sugiere que vayáis mañana al muelle y descubráis quién zarpará antes y le echéis una moneda. —Katja le besó en la cabeza.

—No creo que esperar mucho haga más que traernos peor tiempo. Y si nos quedamos durante el invierno, no será seguro que viajéis. —Acarició los dedos que la joven había apoyado en su hombro y se inclinó hacia su caricia.

—No me plantearía arriesgaros, ni a vos ni al niño. —Calder cogió su muñeca y la atrajo hacia su regazo, abrazándola.

—Sí. Me gustaría visitar más tiempo a mis tíos, pero pronto el viaje a casa será demasiado peligroso.

—Desearía poder enviar un mensaje para que nos encuentren en Thurso. Me sentiría mejor teniendo guardias cabalgando con nosotros.

—Puedo valerme por mí misma, esposo. Me refería al hielo y la nieve. —Katja rio entre dientes.

—No me gusta pensar que Gair Orrock os guarde rencor. —Calder sacudió la cabeza.

—Dudo que le agrade que lo haya vencido y matado a sus hombres. Y sabemos lo que mi padre le hizo a él y a su clan. ¿Pero cómo sabrá que he regresado? Poca gente se arriesga en el mar en esta época del año. Viajaremos rápido una vez que salgamos de Thurso, me vestiré con *trews* y me envolveré en una capa y viajaremos como dos miembros del clan, no como una mujer sola. ¿Cómo podría reconocerme?

Algo apaciguado, la atención de Calder se desvió hacia el agradable peso de Katja en su regazo. Le rozó la mejilla con las yemas de los dedos y bajó por la larga línea de su cuello. Deslizándose los dedos por el escote del vestido, se deleitó con la suavidad satinada de su piel.

—Deseo llevarme a mi mujer a la cama antes de que su tío me arrastre al frío. ¿Qué os

parece la idea?

Katja salió de su regazo y, cogiéndole de la mano, le condujo a través de la puerta.
Freki estiró sus largos miembros y los siguió hasta salir de la habitación.

CAPÍTULO 21

La despedida de Lund y Runa fue difícil, llena de lágrimas y sonrisas y promesas de visita. Katja lamentaba perder el preciado lazo familiar, pues sabía que pasarían meses, sino años, antes de que volviera a verlos. La tristeza se enfrentaba a la emoción de empezar una nueva vida con Calder y su bebé.

Como predijo Lund, el tiempo se despejó de manera espectacular, ofreciéndoles hermosos cielos que combinaron con el agitado paisaje.

—Eres más verde que un sapo astuto. —Katja se burló de Calder mientras el barco se acercaba a Thurso.

—Quiero a vuestros tíos, pero dejemos que nos visiten la próxima vez —gimió—.

Katja apretó el brazo de él con simpatía y expectación, volviendo la cara hacia el sol mientras las gaviotas revoloteaban sobre su cabeza. El aleteo de las velas se fundió con los gritos de los hombres en los muelles cuando su barco se detuvo contra los tablones de madera. Calder y ella se dirigieron rápidamente a la plancha de carga, guiando a los cansados caballos, con Freki pisándoles los talones, y desembarcaron.

Observó el mar de rostros a su alrededor y se dio cuenta de que Calder también lo hacía. Freki caminó entre ellos, evitando el hervidero de cuerpos que entraban y salían en sus innumerables diligencias.

—Pasaremos aquí la noche y nos pondremos en camino al amanecer. —Calder señaló el camino que conducía a la ciudad.

—Prefiero cabalgar hasta Hacraig y quedarme allí en la posada. Es un viaje corto y sería bueno estirar las piernas. —Katja no estuvo de acuerdo.

—Vi a Orrock en la posada de Hacraig. No creo que sea una buena elección.

—Lo viste aquí, también. Thurso es una ciudad muy concurrida. Será más fácil encontrarlo en el pueblo.

Katja sabía que a él no le gustaba. Se pasó una mano por el cabello, frunciendo el ceño. Las arrugas se dibujaron en su rostro y ella se dio cuenta de lo agotadora que había sido para él la travesía desde Lerwick.

—Oh, tenéis razón. Se está haciendo tarde, y no deberíamos estar en el camino después del anochecer. Encontraremos una habitación privada antes de que todos hablen y nos pondremos algo de comida caliente en la barriga. —Colocó su mano en la de él.

—Mi barriga necesita alimento extra, esposo. —Calder abrió la boca para replicar, pero ella le dirigió una mirada penetrante.

Con un gesto de decisión, Calder la condujo a una posada cercana a las afueras de la ciudad.

La mañana siguiente transcurrió en silencio, envuelta en una espesa niebla. Las hojas espesas y húmedas amortiguaban el sonido de los cascos de los caballos. El aire era frío y cortante, y los árboles brillaban de escarcha.

Katja sopló una bocanada de aire, observando cómo se mezclaba, frío y gris, con la espesa niebla. La inhalación le abrasó los pulmones, pero sonrió, con su sangre vikinga exaltada por el frío cortante. El camino serpenteaba a lo largo del río, donde la niebla se cernía unos treinta centímetros sobre el agua. Los árboles abrazaban las orillas, protegiéndolos a ella y a Calder del fuerte viento.

Freki sacó un conejo de entre la maleza y salió corriendo en su persecución. Con la cabeza

gacha y los ojos fijos en su objetivo, el conejo no era rival para la velocidad del sabueso. Alcanzó a su presa en media docena de zancadas y se posó cerca de una roca para comer.

Katja sacudió la cabeza. Si lo hubiera enviado a cazar, él le habría traído el conejo. Pero Calder y ella habían roto el ayuno en la posada, y un sabueso adulto necesitaba mucho sustento.

—El viaje a Hacraig no es largo. ¿Hacemos un día corto y descansamos allí antes de continuar hacia Fairetur? ¿O seguimos adelante y nos arriesgamos a pasar la noche a la intemperie?

—Dudo que debamos detenernos mientras el sol está en lo alto. Pero no creo que debamos dormir sin refugio. —Calder inclinó la cabeza, meditando la pregunta de Katja.

—Estoy de acuerdo. Hace frío, pero no veo nubes de tormenta. Parece que tenemos gracia para viajar al menos un día más.

—Será bueno estar en casa y ante un fuego crepitante. Sé que Beitris y Torri os han echado de menos.

—Las he echado de menos. Es bueno tener una hermana.

—¿Incluso una que parlotea tanto como ella? —Calder sonrió.

—Es encantadora. No me importa. —Katja se rio.

Superaron una pequeña colina, cerca de un recodo del río, donde los árboles se apiñaban y la escarcha se ocultaba del sol sobre las raíces cubiertas de nieve. Katja se giró sobre su montura.

—¿Dónde se ha metido Freki?

—Probablemente persiguiendo a otro conejo. —Calder miró a su alrededor.

De repente, las ramas crujieron y los cascos golpearon el suelo helado, desviando su atención de los pensamientos sobre Freki. Antes de que Katja comprendiera lo que estaba ocurriendo, Calder desenvainó su espada y utilizó la parte plana de la hoja para golpear a Skündi en la grupa.

—¡Corred!

Skündi chilló, echando las orejas hacia atrás mientras saltaba al galope asustado, agitando la nieve y la tierra bajo sus cascos.

Katja tardó unos instantes en recuperarse de la conmoción provocada por las acciones de Calder. Controló a Skündi a poca distancia por el camino y echó un vistazo por encima del hombro. Tres hombres armados convergieron sobre su marido mientras otros dos la acorralaban. La nieve volaba bajo los cascos de sus fornidos caballos. La ira le abrasó las entrañas y encendió su sangre vikinga. Desenvainó su espada y giró a Skündi para enfrentarse a la amenaza que se acercaba.

—¡Freki! ¡Atacad! —Con la espada en alto, gritó su grito de guerra y su voz resonó en el aire puro.

Dándose cuenta de que las probabilidades de que Calder sobreviviera a un ataque de tres forajidos eran escasas, se armó de valor contra el resultado e instó a Skündi a avanzar para interceptar a su primer perseguidor.

Las tácticas de batalla que Ranald y sus hermanos le habían inculcado pasaron a primer plano. Colocó al jinete más cercano entre ella y el siguiente. Skündi se abalanzó sobre el pequeño caballo y su pecho bien musculado aplastó al caballo, más pequeño y delgado. Su jinete se agarró con ambas manos a las crines de su desgreado poni, luchando por mantenerse montado.

Con un grito de rabia, Katja hizo caer su espada sobre la cabeza del hombre. Este cayó al suelo y el animal sin jinete se precipitó por el sendero. Con el segundo perseguidor casi sobre ella, Katja hizo frenar a Skündi, hundiéndolo sobre sus ancas.

—*Lofa* —ordenó—.

Su destrero se levantó sobre sus patas traseras, agitando las delanteras con herraduras de acero cuando el siguiente forajido se acercó a ellos. El hombre la miró estupefacto. Serró las riendas de su poni, intentando evitar el poderoso ataque del caballo más grande, pero tanto el jinete como el pequeño caballo cayeron ensangrentados y destrozados bajo los cascos de Skündi.

Con el camino despejado, Katja centró su atención en Calder, que resistía a sus atacantes. Armunn se mantenía firme, mordiendo y pateando cuando un pequeño caballo se acercaba demasiado, pero la valentía de caballo y jinete era abrumadora. Calder sangraba por dos heridas que Katja pudo ver. Los hombres insistieron en su ataque con espadas y gritos. La sangre y el sol brillaban sobre el acero. Su marido moría ante sus ojos.

Katja sacó el cuchillo de la vaina que llevaba en la nuca, se levantó sobre los estribos y lanzó la hoja, golpeando el flanco del caballo más cercano, que se encabritó y chilló de dolor.

La silueta leonada de Freki surgió de entre la maleza en un torrente de fuerza y sonido, gruñendo mientras golpeaba el corvejón de otro caballo. El pequeño caballo chilló y lanzó una veloz patada, descabalgando a su jinete y golpeando a Freki en la cabeza. La fuerza arrojó a Freki contra un árbol, donde se desplomó en una espeluznante quietud.

Katja ignoró la punzada que sintió en el pecho al verlo y embistió con Skündi hacia el pequeño caballo al que había golpeado con su espada. El jinete, desequilibrado, cayó al suelo, pero rápidamente se puso en pie. Katja golpeó el hombro del hombre con su espada y tiró su largo puñal a la hierba. El forajido cayó de rodillas. Enloquecido por el fuego de la batalla, Skündi se levantó y cayó, aplastando el cráneo del hombre bajo sus pezuñas mortales.

Calder permaneció inmerso en la batalla con el último forajido. Una mancha carmesí brotaba de un corte en su pecho, su mano izquierda apenas agarraba las riendas de Armunn mientras la sangre manaba de un profundo corte en su antebrazo. Usando las rodillas para guiar a su corcel, Calder hizo girar a Armunn un cuarto de vuelta para colocar a su oponente a su derecha.

No dispuesta a quedarse sentada mirando, Katja espoleó a Skündi con un grito de desafío.

—¡MacGerry!

Skündi embistió a la yegua del forajido, haciendo que jinete y caballo cayeran al suelo. El hombre se levantó con cautela, sujetándose las costillas probablemente rotas y manando sangre de una herida reciente en la frente.

Katja parpadeó, sobresaltada, cuando el hombre levantó su rostro lleno de cicatrices, con los ojos llenos de odio. Un aura de dolor de color azufre guerreaba con la espesa nube negra de una larga falta de perdón y el rojo turbio de la ira.

Gair Orrock.

* * *

Calder miró fijamente a Katja a través de unas pestañas parcialmente enmarañadas por la sangre congelada. El pecho le pesaba por el esfuerzo y el corazón le latía con ansia de batalla. El dolor de sus heridas era un mero cosquilleo, contenido por la rabia que lo invadía.

Gair Orrock.

Sabía que se había equivocado al dejarlo con vida cuando se marchó de Thurso. Le había compadecido por lo que había sufrido a manos del conde, pero en el fondo de su corazón sabía que ese hombre nunca sería una amenaza. ¿Debilidad? ¿O justicia?

El hombre vaciló, tambaleándose sobre sus pies. Gritó y cayó de rodillas. Lentamente se desplomó hacia delante y se apoyó con una mano en el suelo mientras un chorro de sangre

brotaba de sus labios. Una tos profunda lo sacudió y gimió lastimosamente, sosteniéndose el brazo sobre el pecho.

Calder y Katja intercambiaron miradas. Katja empujó a Skündi para que se acercara, pero no desmontó.

—Necesitaréis cuidados para sobrevivir a esa herida. ¿Aceptaréis nuestra ayuda?

—La ayuda de vuestro padre me metió en el infierno en el que he vivido los últimos veintiséis años —replicó Gair.

—Yo no soy mi padre.

—Dejadlo —señaló Calder—. Es mejor de lo que se merece.

—Está herido...

—¿Podría haberos matado a vos y a vuestro hijo!

—Y estuvo a punto de mataros. Pero como una vez amó a mi madre, le ofreceré clemencia.

—Os parecéis a como Elke era, joven, enérgica y amable. —Gair inclinó la cabeza, su mirada se deslizó sobre Katja, hasta posarse en su rostro, y cerró los ojos—. Nunca se fijó en mí. Y cuando vuestro padre decidió casarse con ella, ya era demasiado tarde.

—Mi tía dijo que amabais a mi madre.

—Yo no era... rival... para el rico conde. —La respiración de Gair cambió, superficial y rápida mientras luchaba por respirar.

—Si os hubiera conocido, su riqueza y su título no habrían importado.

La luz de los ojos de Gair se atenuó y luego desapareció, y su cuerpo se aflojó contra el suelo. Calder se balanceó en su silla y la mirada de Katja se dirigió inmediatamente hacia él.

—¿Podéis montar?

—Sí.

El dolor lo invadió, oscureciendo su visión. Sintió más que vio el cuerpo de Skündi a su lado, las riendas de Armunn resbalando de sus manos mientras Katja las empuñaba con su mano libre. La vio desmontar, pero no pudo protestar. Rápidamente le ató el brazo, tirando de una tira de tela sobre una almohadilla hecha con los restos de la manga de su túnica. Sus dedos presionaron las otras heridas para detener la hemorragia, dejando las vendas atadas a toda prisa.

Katja desapareció de su vista, pero regresó instantes después. O tal vez más tiempo, ya que el mundo de Calder sólo existía en el dolor y el frío que adormecía la mente. Montó detrás de él, rodeándolo con los brazos mientras empujaba el caballo para que avanzara.

Calder se desplomó hacia delante y se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO 22

Katja revisó de nuevo las vendas de Calder, escudriñando la larga longitud de la herida de su antebrazo en busca de signos de infección, las vetas de enrojecimiento y calor que indicarían el comienzo de una batalla perdida por el brazo de Calder... y tal vez por su vida. La curandera de Hacraig se había demorado largas horas en las heridas de Calder, enjuagándolas una y otra vez con una solución de hierbas antes de suturarlas, un procedimiento que Katja aprobaba de todo corazón.

La carne se frunció entre los pesados puntos, pero se alegró de no ver ninguna secreción en el vendaje. Una sonrisa tembló en sus labios mientras le pasaba los dedos suavemente por el cabello, frotando con la yema del pulgar la áspera barba alrededor del corte en el cuero cabelludo.

No le gustará cómo le hemos cortado el cabello, pero le volverá a crecer.

La respiración se le agitó en el pecho al pensar en el tiempo que había pasado desde que él perdió el conocimiento, dos largos días antes. Se acuclilló sobre sus talones, cansada y desanimada.

—Deberíais comer, muchacha. Yo me quedaré con vuestro muchacho.

Katja miró con ojos sombríos a la mujer de la mesonera, lanzando una mirada desinteresada a la bandeja que descansaba sobre la inestable mesa. Su estómago gruñía, pero apenas tenía fuerzas para comer. Recogió la bandeja y cruzó la pequeña habitación hasta la manta junto a la chimenea. Freki levantó la cabeza y su cola batió un suave tatuaje en el suelo de tierra compacta.

Mordisco a mordisco, los dos compartieron la comida. Se aseguró de que Freki tuviera a mano un plato de agua para beber y Katja se acurrucó junto a él, dejando que el calor del fuego aliviara sus dolores.

Debía de haberse quedado dormida. La puerta se abrió y ella miró atónita la silueta oscura que se perfilaba en el portal. Se quedó un momento mirando la figura de Calder en la estrecha cama. Freki gimió por lo bajo, pero no se levantó. El hombre de la puerta desvió la mirada hacia el perro y luego hacia Katja.

—¿Estáis bien, muchacha? —Entró y cerró la puerta.

—¿Tío Finn? —Katja parpadeó rápidamente, aturdida tras la siesta. Hizo un intento fallido de ponerse en pie y Finn le sujetó el codo para ayudarla. Ella le dedicó una sonrisa de gratitud y cruzó al lado de Calder, donde la esposa del mesonero miraba a Finn con gesto de duda.

Katja dejó caer unos suaves dedos sobre la frente de Calder. Sus párpados se agitaron y, por primera vez en casi tres días, vio el brillo de los ojos azules de MacGerry mirándola. Sintió un alivio tan profundo que casi la hizo caer de rodillas, ahuyentando la tristeza y la rabia. Sonrió, ahogó unas lágrimas repentinas y volvió a sonreír cuando las lágrimas se derramaron por su rostro.

—Bienvenido de nuevo —susurró—.

—Creería que estoy en el cielo... si no fuera... por la lanza... sobre vuestro hombro.

—Los ojos de Calder siguieron a Finn, que se cernía sobre Katja.

—Vuestro tío no es un trol. —Katja dejó escapar un resoplido de sorpresa.

Le reprendió suavemente, encantada de escuchar las bromas de Calder, por débiles que fueran.

—No os preocupéis, muchacha. Que os llamen trol es mejor que enfrentaros a lo que me

temía.

—Tiene un corte en el cuero cabelludo. —Katja asintió con un sombrío movimiento de cabeza. Miró fijamente a Calder, con la respiración entrecortada pero más firme que antes, el brillo de sus ojos resplandeciendo tras los párpados entrecerrados. Se refugió de sus emociones hablando de las heridas de Calder. Apartó los mechones desgredados de la zona rasurada.

—Es bueno que nuestro muchacho tenga la cabeza dura. Le dará fortaleza cuando vea el estado de su rapada coronilla. ¿Pensáis uniros a la iglesia, muchacho? —Finn rio entre dientes.

—Iros al cuerno, viejo —replicó—. Puedo prescindir... de vuestro humor. —Katja ocultó una sonrisa ante el ceño fruncido de Calder.

—Se está curando bien. —Katja señaló su pecho y se apresuró a interrumpir, no deseando agotar a Calder en caso de que él y su tío comenzaran a bromear—. Se hizo un rasguño aquí y un feo golpe en el brazo. La curandera hizo un buen trabajo cosiéndole. Y ninguna de las heridas supura.

—Un buen trabajo. Os dará carácter tener una cicatriz o dos. —Finn miró de cerca las heridas y asintió con la cabeza. Su mirada se cruzó con la de Katja y observó el brazo herido de Calder.

—¿Cómo de grave? —murmuró el lord.

—¿Podéis beber un poco de cerveza suave? —Katja acarició la mejilla de Calder.

La mujer del mesonero trajo el odre de la mesa y sirvió una jarra. Finn levantó con cuidado los hombros de Calder lo suficiente para que pudiera beber y Katja le acercó la jarra a los labios. Consiguió tragar varias veces antes de gemir y volver a tumbarse en la cama. Katja lo envolvió con la manta y le besó la frente antes de volverse hacia Finn y su pregunta.

Katja le hizo un gesto para que se sentara junto a la chimenea. La mujer del mesonero recogió la bandeja y salió de la habitación, dejándolos solos.

—La herida es muy profunda, pero ha sangrado y no creo que haya perdido el uso del brazo. Sin embargo, sanará con muchas cicatrices y debe usarlo, no mimarlo, si desea recuperarlo por completo. Llevará tiempo y será doloroso. Ya he visto este tipo de herida una vez.

—¿Y el resto? —Finn asintió.

—El resto no debería molestarle en unos días. Puede que esté sensible, pero la herida del pecho fue un corte limpio. Seguiremos atentos a mareos y cosas así. Recibió un fuerte golpe en la cabeza.

De pronto, Katja perdió la compostura y se apretó las manos, hundiéndolas en su regazo para calmar el temblor. Finn le ofreció una jarra de cerveza y, al cabo de un momento, ella bebió un sorbo, logrando que no le chocara contra los dientes.

La dejó a un lado y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Gracias por venir. —Había una gran cantidad de palabras que no podía obligarse a decir. Del profundo miedo cuando cabalgaba detrás de Calder hacia la posada de Hacraig, con el cuerpo de él flojo en sus brazos, apenas capaz de mantenerlo a lomos de Armunn. La hueca sensación de estar perdida, a la deriva mientras la curandera se dedicaba a su trabajo, la absoluta inutilidad abriéndole un agujero en el corazón. Al parecer, Finn había cabalgado mucho desde Fairetur, pues ella no lo esperaba al menos hasta dentro de un día. Y por ello le estaría eternamente agradecida.

—¿Estáis solos? —El efecto sedante del alivio se apoderó de ella y se relajó en su silla.

—No. Tengo tres muchachos conmigo, pero están calentándose la barriga en la posada. Robbie probablemente enviará algunos más en un día o dos. Una escolta adecuada para vos.

—¿Me diréis qué ha pasado? —Se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas. Miró a Calder y luego a Katja.

Por su parte, la joven asintió con cautela, insegura de su capacidad para contar la historia.

—Zarpamos de Lerwick y llegamos a Thurso después de un largo viaje. Calder no se encontraba bien, un poco mareado, y pasamos la noche en Thurso. Era una mañana luminosa y charlamos... Freki persiguió un conejo o dos. —Katja miró al perro que estaba tumbado sobre la manta, con la cabeza apoyada en las patas y los ojos cerrados—. Sabíamos que un hombre llamado Gair Orrock podía estar esperándome. Mi padre le hizo cosas terribles a él y a su clan y odia a todos los Sinclair. Fui acosada por dos de sus hombres de camino a Thurso hace un mes. —Se retorció las manos y lentamente levantó la mirada hacia Finn—. Los maté a ambos. Gair llegó instantes después, y Freki le atacó. Independientemente de la culpa, Gair también me odiaba.

Katja respiró tranquilamente y esperó a que su corazón recuperara su ritmo normal.

—Gair acechaba nuestro regreso. Quizá tenía un espía en Thurso, vigilando a una mujer con un perro grande. A Calder y a mí nos cogió desprevenidos. Intentó alejarme, pero dos hombres me siguieron. Se dispersaron mientras me perseguían, y pude matarlos de uno en uno. Entonces volví para ayudar a Calder. Freki derribó a un caballo. Le golpeó con una pezuña y pensé que el golpe le había matado. Freki está muy inestable y no puede usar una pata delantera. Espero que se recupere con el tiempo. El último forajido fue Gair. Skündi envió a su yegua al suelo. Ella rodó sobre Gair y creo que las costillas rotas perforaron sus pulmones. Arrastré a Freki encima de Skündi y cabalgué detrás de Calder para mantenerlo sobre su caballo. Cuando salimos del claro, Gair estaba muerto.

* * *

—Eso es digno —gruñó Calder. Miró fijamente a su esposa, pero ella le dedicó una alegre sonrisa.

—Pareceríais aún menos digno si os cayerais del caballo.

—¡No me he caído de un caballo desde que era un niño! —La sorpresa estalló en el rostro de Calder.

Sin embargo, sus miembros temblaban por el esfuerzo de moverse desde su cama en la posada hasta la litera construida para él. La litera se hundió cuando Freki cojeó hasta el almacén y se acomodó a su lado. Unos ojos marrones y líquidos miraron fijamente a Calder, quien rascó la peluda cabeza.

—¿Preferís quedaros aquí hasta que estéis más fuertes? —Katja le tocó la cara, con preocupación en los ojos, y su humor se suavizó de inmediato.

—No. Estoy listo para volver a casa. ¿Os he dicho hoy que os amo? —Tamizó el gruñido de su voz.

—Me veo obligada a hablaros de vuestra negligencia al respecto. Podría convencerme de pasarlo por alto esta vez, por una pequeña penitencia. —Volvió a sonreír.

—Estoy a vuestras órdenes.

—Requeriré un beso. —Se inclinó sobre él y su trenza le rozó el pecho.

Calder inclinó la barbilla y acercó sus labios a los de su esposa. El lord suspiró cuando ella cerró la brecha que los separaba con una bocanada de aire cálido. La punta de su lengua recorrió sus labios y la boca de él se abrió, dándole la bienvenida.

—Avisadnos cuando estéis listo para partir, lord —dijo Finn. Los otros hombres ocultaron sus carcajadas detrás de sus puños.

—No les hagáis caso. —Katja se enderezó mirando a Calder, y luego se dirigió a Skündi. Acomodándose en la silla de montar, le envió a Finn una sonrisa encantadora.

—Estoy lista para volver a casa.

EPÍLOGO

La lluvia repiqueteaba en el tejado y goteaba de los aleros en un flujo constante. El cielo era una sombría mezcla de cielos grises y nubes escurridizas, pero la habitación del lord era acogedora, con una sola contraventana abierta para que entrara aire fresco, y un crepitante fuego en la chimenea en este día de finales de verano. Katja respiró hondo los aromas que se mezclaban en el aire. La lluvia se mezclaba con el olor familiar de la tierra húmeda que surgía del suelo, el sabor del humo de la leña al escapar por la chimenea, y el dulce, dulce aroma del bebé dormido sobre su pecho.

—¿Queréis que deje a la pequeña traviesa en su cuna? —La voz de Calder apenas pasó de un susurro para no despertar a la bebé.

Katja miró los rizos casi blancos que cubrían la cabeza de la niña y sus mejillas redondas y rosadas. Tenía la boca ligeramente abierta y la lengua empujada dos veces hacia delante, como si estuviera amamantando.

—No. No es pesada y me gusta verla dormir.

—A mí también me gusta mirarla. —Calder se dejó caer en el banco acolchado junto a Katja, acurrucándose contra ella. Le dio un beso en la mejilla y otro en la cabeza de la niña. Rodeó los hombros de Katja con un brazo y la acercó—. No puedo creer que pronto vaya a cumplir un mes. —Apoyó la mejilla en la cabeza de Katja.

Los relinchos y el traqueteo de los arreos llegaron desde el patio.

—Cojones de cerdo. ¿Quién viajaría en un día así? —gruñó el lord.

—Deja que Robbie se encargue. Es probable que sea un vendedor ambulante o un juglar. Alguien que necesita refugio para pasar la noche. —Katja apoyó una mano en su brazo como leve protesta cuando él se apartó para levantarse.

—Suelen ser lo bastante sensatos como para quedarse con su anfitrión cuando hace tan mal tiempo. —Se echó hacia atrás junto a Katja y la niña, aunque Katja sabía que él estaba atento a la conmoción en el patio y esperaba que su hermano le rindiera cuentas en breve.

Katja movió ligeramente al niño y se ajustó los bordes de la faja. La mano de Calder subió hasta tocarle un pecho. Sentía un zumbido cálido en lo más profundo de su ser, pesado e insistente tras las restricciones del parto. Katja murmuró su aprobación cuando los dedos de Calder la acariciaron a través de la tela de su vestido, mientras la palma de la mano de Calder sopesaba la pesadez de su pecho.

Llamaron a la puerta. Los ojos de Calder se encontraron con los suyos en una promesa antes de ceder a la necesidad.

—Entrad.

La puerta se abrió de golpe y Katja jadeó sorprendida al ver a sus tíos en el umbral. Donnan se abrió paso entre ellos, con los ojos puestos en la niña.

—¿Soy tío o tía? —preguntó—.

Todos rieron a carcajadas, despertando a la niña. Katja se levantó, empujando a la bebé, que gemía y se llevaba el pequeño puño a la boca. Runa voló por la habitación, envolvió a Katja y a la pequeña en un abrazo y por fin se apartó lo suficiente para mirar su carita.

—Tiene los ojos de Calder. No importa que la mayoría de los niños tengan los ojos azules. Los suyos son de un tono sorprendente. —Runa le dio otro abrazo a Katja—. Y su cabello será un verdadero oro nórdico. —Su voz se redujo a un susurro—. Se parece a vuestra madre.

—La llamamos Elke. ¿Os ha llegado nuestra carta?

—Hace una noche o así. Lund lo dejó todo en cuanto llegó e hizo los preparativos para que viniéramos.

—No escatimé gastos ni esfuerzos para ver a la mujer que aprecia mis mejores cualidades. —Lund sonrió, mirando por encima del hombro de Runa a Katja y a la niña.

—Es verdaderamente insufrible, Katja. Has creado un monstruo que ni nuestros antepasados vikingos podrían concebir. —Runa suspiró y puso los ojos en blanco.

Lund plantó un beso en los labios de su esposa, con los ojos brillantes de buen humor. Metió la mano entre las mujeres y arrebató a la niña de los brazos de Katja. Acunándola con cuidado en el pliegue del codo, él y Elke se miraron fijamente. Elke agitó un pequeño puño y chasqueó la lengua.

—Eres una belleza, muchacha. No habrá ninguna como tú.

—La malcrías, Lund. —Runa sacudió la cabeza, pero su voz no contenía ninguna censura. Cogió hábilmente a la niña en brazos y la meció suavemente de un lado a otro.

—Qué muchacha tan lista al salir a vuestra madre.

Elke balbuceó.

—Tengo un regalo para ella —dijo Donnan.

Todos miraron al muchacho. Sus mejillas enrojecieron, pero metió la mano en una gran cartera que colgaba de su hombro. Un chirrido se escuchó.

—Dejadlo salir, muchacho —ordenó Lund—. No os llevará todo el día.

Freki aguzó las orejas y se levantó cautelosamente de la cama. Caminó hacia el muchacho cojeando suavemente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Sólo tiene visión parcial en ese ojo. Pero su cojera ha mejorado mucho. —Katja sonrió—. La semana pasada salió al campo conmigo y cazó un conejo.

Freki olfateó la bolsa mientras Donnan metía las manos en ella y sacaba un cachorro regordete, con el pelaje un poco más oscuro que el de Freki.

—El tío Lund me dijo que podía elegir uno para la niña. Acaba de destetarse y le he puesto Geri, por la otra loba de Odín. Será como Freki, excepto que es una muchacha.

—Hizo un buen trabajo cuidando del cachorro durante el viaje. —Lund hizo un gesto de aprobación.

El muchacho agachó la cabeza, pero su sonrisa delataba su satisfacción por las palabras de Lund.

—Estoy más que satisfecha, Donnan. Qué buen regalo, y uno que crecerá con Elke. Gracias. —Katja sonrió.

—Tiene hambre—. La niña lloriqueó y Katja la cogió de los brazos de Runa.

—Los hombres estarán encantados de retirarse a la sala para tomar un refrigerio. —Runa los empujó hacia la puerta.

—Me gustaría que cuidarais del cachorro mientras estéis aquí. ¿Y tal vez jugar un poco con Freki también? —Katja puso una mano en el hombro de Donnan.

—Sí, puedo hacerlo. El tío Lund me deja cuidar de los perros en casa. —Donnan asintió.

—Gracias de nuevo, Donnan. Eres un muchacho considerado.

Donnan se volvió para seguir a los demás fuera de la habitación, con el cachorro bajo un brazo y la otra mano enterrada en el collar de Freki.

—Ah, y, ¿Donnan?

El muchacho se detuvo en la puerta y miró por encima del hombro.

—Sois un tío.

FIN

PALABRAS GAÉLICAS Y ESCOCESAS DE INTERÉS

Fairetur: torre vigía

Loch Beaggorm: pequeño lago azul

Moonbroch: halo nebuloso alrededor de la luna que anuncia la llegada del mal tiempo

Mumblecrust: mendigo sin dientes

Ruadhcreag: roca roja

Siursach: prostituta

ANTIGUAS PALABRAS NÓRDICAS

Afi: abuelo

Borg: *broch*, estructura de la Edad de Hierro propia de Escocia

Deg, Gud, til ære: A Dios el honor (bendición)

Ek ann þér: Te quiero

Elkesdottir: hija de Elke

Ganga at: atacar

Haar: niebla marina

Halda: aguantar

Henta: traer

Kornorr: tranquilo

Kvala: tranquilo

Lofta: levantarse

Niese: sobrina

Reginulfsdottir: hija de Reginulf

NOTA DE LAS AUTORAS

La novia vikinga del Highlander transcurre en una época en la que la influencia vikinga aún era fuerte en las islas Orcadas y Shetland, que no formaban parte del sistema de clanes de las Tierras Altas y conservaban muchas de sus costumbres vikingas.

Los condes de Caithness son personas reales, aunque nuestra historia transcurre entre Walter, primer conde de Atholl -que perdió el título al ser ejecutado por alta traición en 1437- y sir George Crichton, que obtuvo el título recreado en 1452. La fuerte influencia de los Sinclair en las regiones septentrionales de Escocia nos dio el impulso para el conflicto de nuestra heroína con un lord escocés empobrecido que, en circunstancias normales, nunca habría sido considerado un partido matrimonial para ella.

SOBRE LAS AUTORAS

Cathy MacRae vive en el lado soleado de las montañas Arbuckle, donde ella y su marido leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto. Puedes visitarla en *Facebook*, o leer sus *blogs* y conocer sus libros en www.cathymacraeauthor.com. Escríbele un mensaje, ¡le encanta recibir noticias de sus lectores! Para estar al día de las novedades y otras cosas divertidas, suscríbete a su boletín. Hay un sencillo formulario en su sitio web. (Allí también encontrarás las noticias de DD).

Por su parte, DD MacRae disfruta dando vida a la historia. Investigar es una de las mejores cosas a la hora de escribir una historia. Y con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta una acción impresionante a los relatos.

Puedes ponerte en contacto con DD a través de www.cathymacraeauthor.com. ¡Siempre es emocionante saber de los lectores!

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría dar las gracias a nuestras fabulosas compañeras de crítica, Dawn Marie Hamilton y Cate Parke, por su incansable trabajo en *La novia vikinga del Highlander*. Ellas vieron la historia en sus inicios y ayudaron a convertirla en el libro completo que es hoy.

Un agradecimiento especial a nuestra editora, Liette Bougie, a quien le encanta buscar palabras y frases consagradas que hacen que escribir novelas históricas sea tan divertido.

Y un aplauso a nuestros lectores beta, que siempre ven el libro como lo que es, pero sobre todo, como lo que puede llegar a ser. Gracias, Raine, Donna, Cathy, April, Sharon, Valerie, Barb y Ann.

Muchísimas gracias a Dar Albert, responsable de la nueva portada.

Cathy y DD MacRae